

Seix Barral Biblioteca Breve



Karina Pacheco Medrano

El bosque de tu nombre





Seix Barral Biblioteca Breve

Karina Pacheco Medrano

El bosque de tu nombre

De esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, no puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

El bosque de tu nombre
©2019, Karina Pacheco

© 2019, Editorial Planeta Perú S.A.
Bajo su Sello Editorial Seix Barral
Av. Juan de Aliaga 425, of. 704 - Magdalena del Mar. Lima-Perú
www.planetadelibros.com.pe

Primera edición digital: Junio 2019

ISBN: 978-612-4379-31-4
Libro electrónico disponible en www.libranda.com

A la memoria de

*Rogelia Cruz Martínez,
compañera del bosque, luz.*

*Juana Tum Kótoja',
partera, semilla.*

*En la humedad en el agua
nos ha tocado prender la hoguera
En la oscuridad en la noche
nosotros somos la región más espesa
A oscuras sesionamos bajo la helada
Y conferenciamos sobre nuestro qué hacer
De cómo allí los muertos continúan
jugando un gran papel en la guerra...
Acérquense los del fuego
Los enamorados de la vida
nos calentaremos con estos nuestros corazones
Hechos leña bajo este rudo temporal
Pero contentos*

Roberto Obregón, desaparecido en 1970.

*Lo cierto del caso es que
estamos en una guerra,
y en una guerra lo que realmente sucede
es que uno le tiene que imponer
su voluntad a otro; al adversario.
Eso es precisamente lo que es la guerra:
imponer la voluntad a otro.
Y nosotros hemos estado diciendo
que Guatemala es maravillosa, que el paisaje,
que su naturaleza no tiene comparación;
pero que necesitamos un cambio,
y el cambio consiste precisamente*

en imponerle su voluntad a otro.

Efraín Ríos Montt, dictador de Guatemala.

I

*No perderás el paso en los andamios de mi grito,
porque hay un maya alfarero en su corazón,
que bajo el mar, adentro de la estrella,
humeando en las raíces, palpitando mundo,
enreda tu nombre en mis palabras.*

Otto René Castillo

1

Como si me hallara perdido en el desierto, esta noche he vuelto a soñar con esa mujer. Desdibujada su figura por la arena, parece cuestionarme más allá de su sonrisa, parece insinuarme que el oasis que la envuelve no es un espejismo. Como me ocurriera la primera vez que soñé con ella, esta noche tampoco he respondido a su reto: me he quedado plantado en el mismo lugar, impotente en la duna en la que mis pies se han hundido, con la angustia de quien ansía avanzar pero al mismo tiempo teme que el bosque, el lago o los quetzales del oasis solo sean una trampa que a mí también me arrastrará a la muerte. He despertado sudando; a diferencia de hace cuatro noches, hoy mis pies no estaban entrecruzados, presionándose entre sí, como para explicarme que por esa causa aquel sueño concluye en pesadilla. He encendido la lámpara para despejarme. Cuesta; todavía estoy sudando. Y, sin embargo, me pregunto qué es peor: ¿quedarme paralizado por el peso de la arena como si fuera un cactus reseco de un desierto al que no pertenezco?, ¿o enfrentarme a mis miedos y superar los pasos que me separan de aquella mujer, de ese paisaje que es tan mío, aunque yo nunca haya vivido entre quetzales?

Es fácil envalentonarse bajo el cobijo de las sábanas; creer, pasada la angustia de un sueño cargante, que uno será capaz de despojarse de las máscaras y armaduras que durante gran parte de la vida le han permitido granjearse la complacencia propia y ajena. Soy consciente de que, cuando apague la lámpara, volveré a dormirme y volveré a olvidar, de modo que mañana, al levantarme, de nuevo seré la persona que duda, que teme, que es capaz de adentrarse en la profundidad de las historias ajenas; pero que en la

suya propia, conociendo lo que ahora conoce, preferirá mantener su camino sobre la superficie.

¿Cuánto tiempo se puede caminar sobre la superficie del mar, obviando la naturaleza del agua y la del propio peso humano? ¿Mi padre vivió en la superficie, o más bien hundido, demasiado hundido en los fondos más profundos de una historia trágica? ¿Mi padre qué me diría esta noche?, ¿qué me diría en los días y semanas que de manera inexorable han de venir?

En 1973, cuando yo estaba por cumplir seis años, él se marchó en un viaje que se suponía arriesgado. Y lo fue. Pero regresó. De esta manera, diez años más tarde se atrevió a escribir sobre aquel viaje; también sobre otros hechos que lo habían atravesado mucho antes de que yo naciera.

Cuando él tenía mi edad, no sé qué tipo de sueños lo habrán sacudido; no sé siquiera si podía soñar, empantanado como estaba tantas veces en insomnios. Sí sé que una noche de 1983, sospechando que durante el día no se atrevería a separarse de su máscara ni de sus armaduras, encendió una lámpara y se arrojó a escribir. Como en un delirio.

Papá. Sí, papá, aquí me tienes con los ojos abiertos, agitados mis sueños por esa mujer, recordándola como si la hubiera conocido. Aquí estoy, papá, con mi lámpara encendida, evitando hacer ruido, aferrado a un lapicero y al papel, temiendo ser tocado por fantasmas, queriendo creer que sigo soñando, sin saber qué es despertar.

2

Aquella noche confesó lo que había escondido durante una década. Con letras estiradas, ocupó las hojas que quedaron sin usar de mi primer cuaderno de caligrafía. Era un cuaderno que había guardado como recuerdo del hijo de seis años que entonces ya era un adolescente. Debió pasar varias horas escribiendo el recuento de los hechos que explicaban por qué, durante años y años, había tenido dificultades para conciliar el sueño. Sería por eso que mi madre despertó a medianoche creyendo ver fantasmas pero, al descubrirlo a su lado, el temor se le desvaneció y con naturalidad se volvió a dormir. Él fingió que estaba leyendo y escondió el cuaderno bajo su libro. *He debido detenerme un rato antes de proseguir con detalle, sin riesgo,* apuntó en la novena página de su relato. Cuando estuvo seguro de que ella dormía, de nuevo se entregó al pasado. Hasta el alba.

La luz del amanecer es mayor que la de mi lámpara. Creo que ya está todo dicho. Con estas palabras cerró su confesión. Probablemente aprovechó el momento en que mi madre se duchaba para depositar el cuaderno en el fondo de un cajón de su clóset. Allí permaneció durante veintiséis años, junto a los primeros cuadernos de mis hermanos menores, bajo una pila de recibos antiguos y un fólder de dibujos que también mantuvo oculto.

De pequeños, a mi hermana y a mí nos gustaba ver sus dibujos. Nos parecían extraordinarios, aunque había algunos turbadores: eran aquellos desprovistos de color y cargados de sombras. Al llegar a la adolescencia dejaron de interesarnos, pese a que en esa época él se hallara más entregado a esa afición; una afición por la que nunca errábamos al escoger sus regalos de

cumpleaños o Navidad: cuadernos de hojas blancas, lápices, acuarelas, colores, crayolas negras.

Para dibujar, solía retirarse al tejado de casa, donde instalaba una sombrilla los días más cálidos del verano, y al que acudía abrigado algunas tardes de invierno. «Necesita estar solo. Él es así y no vamos a ocuparnos en cambiarlo», señalaba mi madre. En efecto, en las dos casas que yo recuerdo haber compartido con mis padres, él siempre contó con un tejado donde refugiarse por momentos de nuestros ruidos y de nuestra rutina doméstica. Al contemplar sus dibujos hoy, entiendo que, más que rehuirnos, en esas alturas se buscaba a sí mismo; también parecía buscar explicaciones, justificaciones o desahogos para lo que hizo cuando tenía treintaiséis años.

¿Qué son treintaiséis años? Tengo en mis manos un dibujo que muestra a un niño con los ojos espantados, el cuerpo acurrucado y las manos intentando protegerse la cabeza, o tal vez cubrirse los oídos ante el acoso de una sombra que ocupa gran parte de la página y de cuyo perfil emergen unas fauces que expelen fuego y sangre. Mi padre tenía treintaiséis años cuando trazó aquella imagen, la última de una serie de catorce dibujos lúgubres bosquejados entre 1971 y 1973. Frente a esa oscuridad él fue esa criatura desamparada. Más tarde, frente a ella actuó de otro modo. ¿Qué hubiera hecho yo en su lugar?

Hoy sé que los dibujos no le bastaron para explicarse qué le había ocurrido. Por eso, durante una de noche de tribulación que lo asaltó a los cuarentaiséis años, tomó aquel cuaderno y en él desentrañó sus sombras. No sé qué hubiera sucedido si en 1983 mi madre, yo, o alguno de mis hermanos, hubiéramos curioseado en esos cuadernos infantiles y nos hubiéramos encontrado con sus revelaciones. Presumo que el viejo confiaba en que su familia era ajena a la nostalgia por los tiempos pasados; quizás también confiaba en que ninguno de nosotros era dado a hurgar en las pertenencias de

los demás; y si sus suposiciones erraban, pues ahí hubiera quedado su confesión ventilada, con todas las consecuencias desatadas.

3

En estos días, las noticias internacionales han vuelto a ocuparse de Guatemala. La hambruna que está azotando las zonas rurales y un reportaje sobre la escalada de violencia contra las mujeres están poniendo en evidencia que el país de mi padre sigue lastrando una pobreza desgarradora, así como las añejas lacras de impunidad, corrupción y machismo. Frente a esas noticias puedo alegrarme de que mi padre esté muerto para no tener que constatar que su país es la demostración más viva de que los señores del poder son muy capaces de cambiarlo todo para que nada cambie. Sin embargo, tal vez porque también lo aprendí de él, mientras veía esas imágenes, mis ojos escapaban al esplendor de unos bosques que han permanecido cuajados de hojas más allá de los siglos de tragedia. De allí venimos. También. Aunque ni yo ni mis hermanos hayamos nacido en esa tierra.

Los dibujos de papá que mi hermana y yo admirábamos más eran los que mostraban paisajes y gentes luciendo un colorido difícilmente accesible en nuestra ciudad. Supongo que esta preferencia no solo procedía de nuestro gusto infantil por los colores vivos, sino del hecho de que pocas veces lo veíamos tan feliz como cuando bajaba del tejado portando completo alguno de sus dibujos de niños y mujeres mayas en medio de ríos, maizales o mercados de frutas; como si al haberlo terminado se viera transportado a ellos llevando consigo a la familia y la casa segura que tenía en Londres.

Solo después de haber concluido mi carrera y haberme marchado a trabajar por dos años a Indonesia pude entender la nostalgia de mi padre por los colores de Guatemala, así como su melancolía ante la ventana de un hogar

que durante la mitad del año le ofrecía frío, niebla y noche desde tempranas horas de la tarde. A los treinta años, ciudadano bilingüe y bicultural por mi origen familiar, yo me hallaba retornado de una experiencia prolongada e intensa en un país muy diferente y lejano, consideraba que ya entendía gran parte del funcionamiento de la vida, y creía que conocía bien a mi padre. Es cierto que había logrado comprender su fijación por dibujar escenas guatemaltecas y sus mismos retiros al tejado de la casa; pero de su obsesión por las sombras me había olvidado. En aquel momento, todas mis respuestas se reducían a ser pragmático y coherente. Me sentía tan a gusto en esa posición que lo que pudiera desentonar pasaba rápido al desdén. Ahora tengo cuarentaidós años y no le estoy encontrando coherencia a nada.

En mi escritorio conservo una acuarela suya que muestra a una campesina maya lavando ropa a la orilla de un río. Todo en ella es colorido, como en las prendas que lava, como en el niño que aparece sentado a su lado, como en las montañas que la rodean. Recuerdo cuando mi padre nos enseñó esta acuarela a la que había dedicado varias tardes de verano. Yo le pregunté si alguna vez había vivido cerca de ese río; mi hermana inquirió por el ave que adornaba la camisa del niño. Él volvió a contarme que había nacido en la capital del país, aunque en su infancia pasaba las vacaciones en la casa de sus abuelos maternos en Jalapa y de allí procedían sus mejores recuerdos de Guatemala. A Miriam le confirmó que esa ave era un quetzal. Luego, llevando la acuarela consigo, nos invitó a seguirlo hasta la máquina lavadora-secadora de casa. Allí nos preguntó cuál de esas dos opciones era mejor para lavar la ropa. Mi hermana, que con nueve años ya tenía calado el feminismo de mamá, no demoró en responder que, tanto por la ropa, por el tiempo empleado, como por las mujeres que se encargan del lavado, sin duda la mejor opción era nuestra lavadora. Mi padre asintió con satisfacción. Yo no me atreví a añadir nada, temiendo que una respuesta contraria le pareciera retrógrada. No

obstante, él solicitó mi opinión. Señalé que estaba de acuerdo con Miriam, si bien me gustaba mucho el lugar donde esa mujer pasaba las horas lavando. A mi respuesta, también asintió con una sonrisa. Luego se le perdió la mirada en el techo, hasta que la volvió a fijar en nosotros y retomó la palabra:

—Para lavar la ropa sucia, no hay nada mejor que dejarla remojando largo rato; recién entonces hay que frotarla con suavidad o fuerza, según convenga al tejido, hasta liberarla de la mugre que la ha manchado.

Yo lo escuchaba con desconcierto, pensando que algún tornillo se le había desajustado en la cabeza; no entendía por qué le interesaba que aprendiéramos a lavar a mano; al fin y al cabo, en casa teníamos recién comprada esa magnífica lavadora. Él prosiguió:

—Después, hay que enjuagar con bastante agua para asegurar que la ropa no quede impregnada de jabón. Y luego es importante escurrir a fondo antes de ponerla a secar...

Mi madre siempre decía que, si hubiera sido el típico latino machista, nunca se habría enamorado de él. Como papá no destacaba demasiado en la cocina, en ese momento jugué con la idea de que la habría conquistado llevándola a un río para mostrarle qué bien lavaba la ropa, y se habría ganado su amor de por vida lavando nuestros pañales. Me empezaba a reír para mis adentros cuando él calló de repente; acaso para cerciorarse de que estábamos prestándole atención, como si aquella explicación fuera de vida o muerte. Entonces añadió algo que hoy he vuelto a recordar como si él, mi hermana y esa lavadora estuvieran a mi lado:

—... Y para que la ropa seque bien, no hay mejor cosa que tenderla en un lugar bonito; así, cuando nos la pongamos, sentiremos el alivio de las prendas limpias y el contento que han tomado mientras se secaban.

Sí, papá, tenías razón. Cuánta razón tenías. Y qué cortas posibilidades tuviste para despejarte al aire libre de la crueldad que cayó sobre ti.

4

Miriam y yo estamos discutiendo si debemos mantener en secreto las revelaciones de papá. ¿Hay verdadera necesidad de compartirlas con nuestra madre y nuestro hermano? Esto significaría enfrentarlos con una realidad que enturbiará el perfil que guardan de él. ¿Ganamos algo bueno ventilando esa confesión? No lo sé. Perder, sí que ellos podrían perder mucho: mamá la memoria de un hombre a quien siempre ha concebido como un ser sincero y extraordinariamente compasivo; mi hermano, él podría perder la inocencia. Christian ya tiene treintaiséis años, aunque nosotros lo seguimos percibiendo como al pequeño a quien debemos proteger. ¿Y qué son treintaiséis años? ¿Acaso mi padre no se sintió una criatura aterrada ante lo que le tocó asumir a esa edad? Ahí se le acabó la inocencia que aún albergaba.

Los hechos que confiesa en aquel cuaderno ocurrieron cuando Christian estaba por nacer. Yo tenía seis años; Miriam, cinco; y a los dos se nos quedó grabado el comentario nervioso de mamá en los días previos: que ojalá papá regresara a tiempo. Él no estuvo ausente el día del parto; llegó a Londres justo un día antes. Nos dijeron que había perdido el vuelo que lo traería de vuelta de Guatemala y luego había tenido problemas para conseguir otra plaza. Cuando nos hicimos mayores, recién mi madre nos confió el temor que había experimentado la primavera de 1973, cuando él regresó a su país tras siete años de exilio. Unos meses antes, a su suegra le habían diagnosticado una angina de pecho; por tanto, aunque ella estuviera embarazada y Guatemala se mantuviera bajo los garras de una dictadura, él decidió que no podía posponer más esa visita. Lo único que había aliviado los temores de mi

madre era que, en 1973, la represión estaba pasando por un periodo de relativa calma; además, antes de que se marchara, como ciudadana inglesa había conseguido una promesa de amparo de parte del embajador británico en Ciudad de Guatemala.

A fines de mayo, mi padre viajó por seis semanas. Faltando muy poco para su retorno, anunció que por razones familiares y políticas de fuerza mayor se quedaría un mes más. En ese tiempo, hubo varios días en los que permaneció desaparecido. Por entonces, las comunicaciones telefónicas entre Inglaterra y Centroamérica eran bastante complicadas y costosas, de modo que, aparte de las cartas que pudieran enviarse, habían acordado que cada lunes mamá lo llamaría a las nueve de la noche hora inglesa. Durante los dos primeros meses él había aguardado puntual esa cita telefónica. Ella se había sentido preocupada, pero no aterrorizada, hasta el lunes en que la llamada internacional se adelantó para sonar en Londres. Desde el otro lado de la línea, mi abuela guatemalteca le informó que la madrugada del viernes mi padre había viajado al campo con un amigo, asegurando que volvería el domingo por la tarde, mas no había noticias suyas y estaba temiendo que, por las implicaciones de aquel amigo con las guerrillas, pudieran hallarse en problemas. Así las cosas, mi abuela le había pedido que procurase el respaldo de la embajada británica. Eso es lo que hizo mi madre en cuanto colgó el teléfono. Pero allá era hora de almuerzo y el embajador había acudido a una invitación. El funcionario que la atendió le dijo que no se preocupara, ya que un viaje al campo en Guatemala era muy sensible a retrasos e incomunicación dada la condición de las carreteras y la práctica ausencia de servicios telefónicos en esas zonas. Mi madre intentó calmarse. Cuando a las nueve de la noche volvió a llamar a su suegra, esperanzada en que mi padre ya hubiera regresado, la abuela Laura le transmitió la desesperación que había contenido tres horas atrás y le pidió que rezara.

Mis padres no rezaban. De inmediato, mamá volvió a llamar a su embajada y explicó que la desaparición de mi padre podía obedecer a un secuestro por parte del Gobierno. El mismo diplomático que la atendiera antes le recomendó que tuviera paciencia y confiara en la posibilidad de que su marido hubiera tenido algún contratiempo mecánico o festivo no irremediable en su plan de viaje; si ese era el caso y en 72 horas no se había solucionado, le aseguró que la embajada prestaría su apoyo para recuperarlo. «¿Y qué pasa si no aparece porque ha sido secuestrado por esbirros de la dictadura y ahora mismo está siendo torturado o asesinado?», había cuestionado mi madre. Sin perder el tono cortés, aquel funcionario le recordó que en el último año ya no había estado de sitio; por tanto, en la medida en que no hubiera testigos de ese supuesto secuestro, la embajada no podría ejercer presiones sobre el Gobierno guatemalteco.

De mi infancia guardo diversos recuerdos. No sé cuál es el más feliz. Sí sé cuál, todavía hoy, me despierta una opresión helada. Miriam y yo tenemos sueño, estamos esperando que mamá nos acueste; ella ha colgado por fin el teléfono, pero se queda sentada en un sillón de la sala y empieza a llorar. Me acerco y le preguntó qué pasa. Ella no logra disimular su nerviosismo, apoya su rostro en mi hombro y llora aún más. Siento esa humedad salada traspasando mi pijama; me toca la piel. Mi hermana y yo también empezamos a llorar. Entonces, mamá yergue la cabeza, se seca las mejillas, se levanta, nos dice que está preocupada por papá, pero que todo va a estar bien. Nos lleva a la cama, allí nos reitera que todo se va a arreglar. Apaga la luz, cierra la puerta de nuestra habitación, se va.

Al cabo de un rato, en la oscuridad, Miriam me pregunta si yo creo que papá regresará. Le digo que sí y oigo su exhalación de alivio. No obstante, me quedo con un nudo en el pecho y un frío insondable.

Hoy vuelvo a sentir ese frío, pese a que todavía son días cálidos y me encuentro en mi cama, como si el llanto de mi madre se hubiera sumergido en mi piel y ahora volviera a emerger, presagiando algo atroz.

Por lo visto, aquella noche mi hermana tampoco conseguía dormir. Desde que papá se marchó a Guatemala, cada lunes contábamos las horas para que llegara el momento de escuchar su voz a través del teléfono.

He dicho que mis padres no rezaban. Desde los veinte años mi madre había dejado de practicar su religión, aunque siguió creyendo en la existencia de algo sagrado y sus hijos fuimos bautizados en su iglesia, la anglicana. Mi padre no se opuso, dado que él no era devoto de la iglesia en la que había sido formado. Como la mayoría de guatemaltecos de su época, había crecido en un entorno fervientemente católico, hasta que ingresó a la universidad. Allí, aquella educación religiosa se disolvió en pocos meses, fenómeno compartido con muchos jóvenes que, como él, se integraron a grupos izquierdistas y se volvieron agnósticos o ateos, o se implicaron en programas sociales alentados por monjas y sacerdotes de la Teología de la Liberación, una corriente que por esos años tuvo una gran expansión en América Latina. Si Miriam y yo conocíamos el padrenuestro era por mi abuela inglesa, Beth, a quien visitábamos cada domingo. Era ella quien nos llevaba a misa mientras mis padres se quedaban con el abuelo Ariel jugando damas o partidas de dominó.

Esa noche, Miriam me pidió que rezáramos. Estaba convencida de que solo nosotros podríamos proteger a papá. Me acerqué a su lado y empezamos a rezar. Hasta que nos dormimos.

5

Hace dos semanas, mi hermana me citó para conversar sobre algo importante, confidencial. No quiso decirme por teléfono de qué se trataba. Lo primero que se me vino a la cabeza es que estaría atravesando una crisis con su marido, lo suficientemente complicada como para que me llamara con esa voz tensa y furtiva. Nos vimos dos días después. Ese día yo salía más temprano de mi trabajo, de modo que fui a buscarla a su oficina. Era el 1 de septiembre; en teoría, seguíamos en verano, pero aquella tarde el cielo estaba encapotado y corría un viento gélido. Al verla salir de su oficina, delgada, pálida y sin chaqueta, la percibí frágil y me sobrevino una pulsión por cubrirla. Aunque solo le llevo trece meses, desde pequeño, probablemente estimulado por mi padre, he sentido una responsabilidad por cuidarla, sin importar que ella siempre se haya manejado con independencia. Al encontrarnos, me dio un abrazo fuerte y pronunció algo que me reveló que no estaba pasando por ningún problema conyugal:

—No sabes a lo que te vas a enfrentar... —apuntó.

Le pregunté qué estaba ocurriendo; ella puso su dedo índice sobre sus labios y me indicó que ya me contaría junto a una taza de chocolate cuando hubiéramos recogido de la guardería a los gemelos, sus hijos. Acudimos a God Choc, un lugar que ha ido cambiando de nombres y dueños desde que éramos niños, pero que sigue manteniendo un buen chocolate y una sala de juegos infantiles. Una vez que dejamos a mis sobrinos en esa sala, Miriam me entregó una carpeta de dibujos que observé con sorpresa. Luego extrajo de su cartera un cuaderno de caligrafía que fue mío treintaiséis años atrás.

Hacía dos años que nuestro padre había muerto; hacía dos meses que nuestra madre se había mudado a un apartamento céntrico con Emma, su mejor amiga desde sus tiempos de voluntaria en la Cruz Roja, y hacía un mes que Miriam había recibido la casa de mis padres como vivienda familiar. Christian, nuestro hermano menor, es arquitecto, está casado con una mujer irlandesa bastante rica y desde hace cinco años vive con ella y su hijo en Dublín; no necesitaba heredar esa casa. Miriam, que es abogada y con su perspicacia podría ganar mucho dinero en un bufete privado, trabaja en una ONG dedicada a la atención de refugiados y su salario no le permite una vida desahogada. Además, hace cuatro años tuvo unos gemelos que son tan adorables como hiperactivos, y su marido trabaja como psicólogo en otra organización humanitaria que tampoco le reporta ingresos notables. Por mi parte, hace cuatro años que estoy divorciado, no tengo hijos, y con mi salario de médico hace poco terminé de pagar la hipoteca de un departamento espacioso. Por tanto, ni para Christian ni para mí fue un drama que mi madre consultara nuestra opinión sobre la posibilidad de dejarle la casa de Londres a Miriam y heredarnos a nosotros el pequeño chalet de campo que mi padre y ella adquirieron tres meses antes de que él muriera. Mi hermano y yo nos quedamos callados un momento, hasta que opinamos (Christian antes que yo) que estábamos de acuerdo. Ante este fácil consentimiento, creo que mi madre se sintió en la obligación de compensarnos apuntando que podíamos disponer de aquel chalet a nuestro antojo. Yo me quedé titubeando; mi hermano reaccionó sin demora: le dijo que mientras ella viviera esa propiedad sería enteramente suya. Yo me limité a balbucear que opinaba lo mismo. Mamá nos recordó que por el momento no deseaba volver por ese chalet. Le despertaba tristeza. Durante muchos años, mis padres habían ahorrado para comprar esa casita de campo, próxima a un bosque y una colina; pero apenas

tuvieron tiempo para disfrutarla. Papá murió allí de un infarto. Mi madre aún no ha terminado de recuperarse de ese golpe.

En estas circunstancias, cómo puedo ser el encargado de contarle sobre las vivencias secretas, nada pequeñas, bastante sombrías, que él dejó sin revelar. En momentos intento salir de mí mismo y me río pensando que estoy dramatizando en exceso, como si estuviera buscando en la historia de mi padre una emoción y una particularidad (¡vaya particularidad!) que no existe en la mía. Pero tal vez no debería ser tan severo conmigo mismo, porque cuando logro salir fuera de mí (o si me sumerjo más adentro), me parece que lo que ha ocurrido no es ningún drama. Es una tragedia.

Poco antes de cumplir veintinueve años, mi padre se marchó de Guatemala, durante casi un año se refugió en México y los siguientes cuarenta años de su existencia los vivió muy lejos de su país. En los periodos de más cruenta violencia se mantuvo igualmente lejos, en los miles de kilómetros que separan Guatemala de Inglaterra. Aun así, de la tragedia de su país no pudo escabullirse.

Y he aquí que mi hermana y yo estamos sin saber qué hacer.

Aquel martes, en God Choc, me eché a reír al hallarme con mi primer cuaderno infantil entre manos.

—¡Pero qué reliquia es esta! —comenté, hojeando las primeras páginas—. No quiero pensar cuántos años han pasado...

Miriam me miraba de reojo.

—¡Mira qué primeras letras tan bien hechas! Esta es la prueba irrefutable de que siempre he sido más listo que tú —añadí.

—Sí, es tierno y gracioso ver tu letra redonda de niño. Sin duda es más legible que la que tienes hoy —repuso ella con una sonrisa que pronto se apagó.

—¿Te sientes bien? —inquirí.

Ella se quedó mirándome a los ojos unos segundos; luego volvió la vista a la sala donde jugaban sus hijos y comentó:

—El problema, grave, es que la última parte de este cuaderno no la escribiste tú... Y no es gracioso ni bonito ni tierno lo que allí está escrito.

Exhaló un suspiro y entonces me di cuenta de que, aunque su mirada estaba fijada en la sala de recreo, su atención no estaba puesta en mis sobrinos.

—¿De qué estás hablando, Miriam?

—Papá utilizó las hojas que quedaron en blanco para contar cosas que nunca hubiera sospechado... Me alegra que haya sido yo, y no mamá, quien ha descubierto este cuaderno.

Miriam y su marido se habían mostrado muy agradecidos con mi madre cuando les traspasó la casa. Le pidieron que se llevara todo, particularmente lo que fuera de valor, y que no se ocupara en dejar los ambientes limpios; le ofrecieron que se encargarían de deshacerse de las cosas que ella hubiera considerado desechables y, si encontraban algo importante, se lo entregarían.

—No he cumplido mi palabra. Hace cuatro días descubrí este cuaderno tuyo, junto a esta carpeta de dibujos de papá y los primeros cuadernos que Christian y yo tuvimos.

Extrajo la carpeta y me la extendió. Todos los dibujos que contenía eran sombríos, sobrecogedores. Me quedé examinándolos.

—No le he mostrado nada de esto a mamá —señaló mi hermana—. Y no pienso hacerlo.

—¿Por qué? —cuestioné—. ¿Qué cosa de malo hay como para que pretendas escondérselo?

—Lee lo que papá escribió en tu cuaderno y después opinas. Ahora mismo yo no me siento capaz de definir si eso es malo, muy malo, o si no lo es. Solo sé que estoy abrumada por lo que hay allí...

—¿Por qué no vas al grano, Miriam?

—Dale una revisión a lo que él escribió, y si te viene bien, la próxima semana hablamos con más conocimiento de causa.

Asentí. Durante largo rato la acompañé en su silencio, en su mirada fija en la sala, donde los gemelos hiperactivos podrían haber estado poniendo de cabeza a los chiquillos que jugaban con ellos y no nos hubiéramos dado cuenta.

El lunes siguiente volvimos a reunirnos en God Choc. Aunque todavía guardaba algunas dudas, me hallaba inclinado a compartir aquel cuaderno con mamá y Christian; pero una vez que dejamos a los gemelos jugando en la sala contigua, mi hermana no quiso abordar directamente ese asunto. Mientras el camarero colocaba nuestro pedido sobre la mesa, se puso a hablar sobre la nueva y desafortunada aparición de Guatemala en las noticias internacionales. Yo ya estaba terminando mi té y ella proseguía con sus reflexiones al respecto, en un soliloquio que en momentos interrumpía para levantarse de su silla y cerciorarse de que ninguno de sus hijos estuviera pasándose de la raya en la sala de juegos.

—Miriam —la interrumpí en el instante en que se calló para beber su chocolate—, debemos enseñarle ese cuaderno a mamá...

—¡Pero qué está pasando por tu cabeza! —replicó, golpeando su taza contra el plato con una cólera tal que parte del chocolate saltó dejando salpicones oscuros sobre el mantel.

—¿Cómo es posible que te alteres de esta manera por una opinión mía que deberías haber anticipado? —cuestioné, señalando la penosa situación del mantel.

—Por favor, conmigo no juegues el papel del hombre ecuánime. ¿Por qué crees que he estado hablando del país que marcó la vida y las opciones de papá? Yo no creo que tengamos derecho a convertirnos en sus jueces, ni

mucho menos que debamos perturbar a mamá mostrándole las cosas no bonitas que hizo en un momento de su vida.

—En dos momentos de su vida, querrás decir... —repuse, sin apenas pensar en lo que salía de mi boca, prácticamente arrepentido al terminar de pronunciar esas palabras.

—¿Tú..., tú? —me interrogó con la mirada cargada de reproche—. ¿Tú también serías capaz de atormentarlo por la terrible ocasión en que no pudo actuar como un héroe? ¡Ya basta! Estoy harta de tratar con gente que se arroga el derecho de juzgar sin piedad a quienes han pasado por situaciones que no les tocaría experimentar ni en sus peores pesadillas. Si te hace feliz ser tan imparcial, anda tú a entregarle ese cuaderno a mamá. Al fin y al cabo, es tu cuaderno; no es mío, tampoco de Christian.

Estaba tensa, preocupada, y yo ya sabía por qué.

—Cálmate, por favor —le pedí.

—Yo te ruego que lo pienses bien.

—¿Pero no eres tú quien siempre dice que hay que poner la verdad por encima de todo? No estás siendo muy coherente, Miriam...

—No te voy a responder eso ni voy a dejar que me confundas —replicó con dureza y se levantó de la mesa.

No quiso hablarme más, salvo para despedirse con una frase convencional. Retiró a los niños de la sala de recreo y rechazó con un cortante «no, gracias» mi ofrecimiento para llevarlos a su casa. Yo contaba con ello; además, me gustaba hacerlo, porque al momento de dejarlos, Miriam solía invitarme a proseguir la charla con ella y su marido; conversaciones que intercalábamos con una cena y con los juegos que exigían mis sobrinos. Esas invitaciones me ayudaban a cubrir una soledad que en los últimos años me comenzaba a pesar. Ese no era el caso aquella noche; pero al verla marcharse, con un gesto tan adusto que los mismos gemelos la miraban

impávidos mientras caminaban de su mano, me perturbó la manera en que las revelaciones de aquel cuaderno estaban enturbiando nuestra relación.

Como un autómata, me volví a sentar en la misma mesa, tan próxima a la sala de recreo infantil, como si yo fuera el padre de alguno de los niños que allí corría, se balanceaba, o saltaba riendo a todo pulmón. Recién eran las seis y cuarto de la tarde. Yo había contado con llevar a mi hermana a su casa y de esta forma hacer tiempo hasta las ocho en que me aguardaba otra cita. Tenía casi dos horas libres y nada a mano para leer, salvo mi cuaderno infantil que, no sé bien por qué, había portado conmigo. En el fondo, tal vez me latía el deseo de devolvérselo a Miriam, como si se tratara de una brasa ardiente de la que hubiera querido desprenderme. Al fin y al cabo, me preguntaba, si mi hermana se mostraba tan reacia a que reveláramos lo escrito por nuestro padre en ese cuaderno, si ella podía haber anticipado cuál sería mi posición, nunca debió enseñármelo; de esa manera, aquella tarde no me habría tratado como a un cretino, ni yo a ella como deshonesto. Con ira, me había señalado que no teníamos derecho a juzgar a nuestro padre ni a consternar a nuestra madre y a nuestro hermano. Si en verdad pensaba eso, debería haberse reservado esa lectura para ella sola. Así también me habría protegido a mí.

Solicité otro té. No demoraron en servírmelo. Extraje el cuaderno de mi maletín, abrí sus últimas páginas al azar y de nuevo me sumergí en su lectura.

6

Aquella noche me dejaron a pocos metros de casa. Me costaba avanzar hasta la puerta; pero mi perro me reconoció, corrió hasta mí moviendo la cola, ladrando, dando brincos de contento. Al verlo así, tan transparente en la expresión de sus sentimientos, estuve a punto de desplomarme. Acaricié su cabeza pidiéndole que se calmara. Necesitaba darme un poco más de tiempo, y aliento, antes de que mi madre abriera la puerta. En el zaguán, mi perro (Sultán) y yo nos quedamos sentados, pegados el uno al otro. Yo apoyé mi mano izquierda sobre su lomo. A ratos él buscaba mi mirada, y mi mirada se perdía. En ese momento ni siquiera sentía la urgencia de entrar a la casa para aliviar a mi madre y de inmediato llamar a mi esposa y a mis hijos que estarían aguardando mis noticias en Londres. Lo que más me aplastaba, lo que me mantenía inmovilizado a pesar de haber escapado de la muerte y haber cumplido el objetivo que me empujó a llegar hasta donde me hallaba, era que ella estaba muerta, seguía muerta y nada podría cambiar lo que le había ocurrido. Esas semanas, la persona que yo había sido hasta hacía poco se había desvanecido. Me sentía vacío. Tan muerto como ella.

Sultán parecía entenderme; era como si su contento inicial se estuviera nublando por mi pesar. Dos años antes de que yo huyera de mi país, una ahijada de la familia nos regaló ese cachorro como agradecimiento por un favor recibido. Ningún favor valdría tanto como la alegría que ese perrito esparció por nuestra casa. Hasta que yo me fui, Sultán se acostumbró a acompañarme a todos los lugares donde le estuviera permitido entrar. Cuando me marché de Guatemala, de manera tan súbita, mi madre me dijo

que durante varios días él apenas había probado bocado. Después se recuperó, y cuando me volvió a ver después de siete años, me reconoció de inmediato, como si nada de mí hubiera cambiado. Pero esa noche, después de haber estado tan feliz al verme tras algunos días de ausencia, después de haber estado sentado junto a mí en la calle quién sabe cuánto tiempo, se empezó a apagar, como si esa pequeña criatura de cuello blanco y cuerpo marrón se hubiera dado cuenta de que no era capaz de auxiliarme. Solo cuando entramos en la casa y observó la emoción de mamá al verme de nuevo, recuperó la alegría. Por un momento. Después yo llamé a Londres; luego me acosté, exhausto, aunque temiendo el insomnio. Sin embargo, me dormí como un tronco, con mi pequeño gran Sultán echado al pie de mi cama. Dormí tanto aquella noche que, al despertar y observar la amplia luz del día, me sentí limpio, libre, en paz. Por unos segundos. Cuando bajé la vista al suelo, descubrí que mi perro se mantenía tieso, inerte. Estaba muerto. ¿Por qué, Sultán? ¿Por qué la oscuridad?

Mientras tanto, en Inglaterra, el martes siguiente a su desaparición, mamá nos dejó con los abuelos. No era la primera vez que Miriam y yo pasábamos algunos días del verano con ellos, y supongo que los dos se esmeraron tanto en mimarnos que olvidamos toda preocupación. El jueves, muy temprano, mamá volvió para recogernos. Estaba exultante; nos avisó que papá había telefoneado y que, tal como estaba previsto, en pocos días estaría con nosotros.

La explicación que manejamos sobre su desaparición y las magulladuras con las que retornó a Londres era que había sufrido un accidente en una carretera rural y el pueblo donde lo atendieron no contaba con servicios telefónicos, de modo que mientras se recuperaba, no había podido llamarnos.

La emoción por el reencuentro hizo que a mi madre se le adelantara el parto. Bien es cierto que todavía hubo tiempo para darnos largos abrazos en

el aeropuerto, volver a casa y acariciar las cicatrices que papá evidenciaba en el rostro y la mano derecha. Incluso hubo tiempo para cenar, con relativa calma, hasta que mis abuelos aparecieron. El abuelo se quedó con Miriam y conmigo; la abuela acompañó a mis padres al hospital. Christian nació de madrugada. Nosotros recién lo conocimos por la tarde. Era un bebé saludable y hermoso. La angustia de la semana anterior parecía haberse esfumado para dar lugar a un final feliz. Aunque papá se cuidara de acurrucar al bebé con el lado izquierdo de su cara.

Sin darme cuenta, la tempestad de las confesiones de mi padre me había vuelto a perder. Al ver mi reloj, de un salto me levanté de la mesa y me acerqué a la barra para pagar la cuenta. Por fortuna, el lugar de la cita que tenía programada a las ocho estaba cerca.

Aquel lunes iba a cenar con una amiga de la universidad a quien no veía desde hacía tres años. Al concluir los estudios de Medicina, Elaine se marchó a San Francisco para desarrollar su especialidad en Parnassus y allí se quedó, se casó y tuvo dos hijos con un médico bastante mayor que ella. Ahora estaba de regreso, utilizando dos semanas de sus vacaciones para visitar a sus padres y ver las posibilidades de trabajo que podría hallar en el caso de retornar a Londres. Hacía casi un año que se había divorciado. Recién me enteré de este dato mientras tomábamos un aperitivo y ella me ofrecía más información de la que recibí en el correo electrónico que me había enviado unas semanas atrás. Le dije que lo lamentaba, que conocía lo duro que era atravesar por un divorcio; pero en el fondo me alegró saber que estaba libre de nuevo. No sé si Elaine se percató de ello, el caso es que afirmó que aún estaba atravesando momentos difíciles:

—Yo tenía veintinueve años cuando me casé; él tenía cuarentaidós. Ahora él tiene cincuentaicinco y se ha vuelto a enamorar de otra mujer de veintinueve. Durante todos los años que compartimos me salté muchas experiencias que correspondían a mi edad para adaptarme a la suya, y lo hubiera seguido haciendo. No imaginaba que una noche, de repente, aparecería en casa y me diría que ya no quería vivir conmigo. Tienes razón,

todos los procesos de divorcio son duros; pero no todos te dejan la sensación de haber arrojado tus mejores años a un vertedero...

Pronunció vertedero y unas imágenes atroces emergieron en mi mente. La miré con pesar. También tuve ganas de acariciarle la cabeza, como si hubiera sido una hermana gemela. No lo hice.

—Lo siento —murmuré.

Durante los seis años de formación médica básica, habíamos asistido a casi todos los cursos juntos y guardábamos tantas afinidades que algunas veces, bromeando, comentábamos que podíamos haber sido hermanos gemelos, salvo por el incuestionable evento de que yo era varón, y ella, mujer. Durante el primer año de estudios, en los cursos generales, yo había conocido a estudiantes de carreras distintas (como Sociología, Filosofía o Psicología) que me resultaban más atractivas a la hora de buscar pareja. Por su parte, Elaine empezó una relación con otro estudiante de Medicina, que duró tres años. Mi relación con quien más tarde sería mi esposa apenas duró el primer curso académico, pues la suma de horas y estudios especializados que me exigía la carrera hacía prácticamente imposible disponer de momentos libres. Ella se cansó y rompió la primera relación que tuvimos. También rompió la segunda, aunque esta durase más tiempo.

Esa noche, mientras cenábamos, Elaine no quiso extenderse más en el tema de su divorcio. Recordando nuestra época universitaria y compartiendo noticias sobre los amigos comunes, me dijo que definitivamente nosotros nunca habíamos sido gemelos. Ella optó por especializarse en inmunología; yo, en anestesiología. Cuando se marchó a vivir al extranjero, sin duda cambió de país, pero no de idioma. Al concluir mi especialidad, yo opté por un país y una lengua muy distintos al de mi padre o mi madre, aunque en los dos años que viví en Java nunca alcancé un manejo notable del bahasa indonesio, el idioma oficial del archipiélago.

—Además, tras especializarte te uniste a una organización humanitaria — señaló Elaine—; mientras yo me puse a trabajar en la clínica privada que más dinero me podía reportar. Esa es otra diferencia remarcable.

—No, no creas eso —repuse—. El humanitarismo solo me duró dos años. Podía haberme quedado trabajando con Médicos sin Fronteras mucho tiempo, incluso el resto de mi vida; pero no fue así. Al final mis intereses personales se superpusieron y regresé a Londres para desarrollar mi carrera con las comodidades y la rentabilidad que te da ser médico acá.

Al volver a Londres, rompí mi relación con una pediatra indonesia a la que encontraba atractiva y generosa. Solo estuvimos juntos diez meses, pero todavía la recuerdo y muchas veces me pregunto si mi vida habría sido más plena si me hubiera quedado con ella en Java.

Nunca había comentado esto con ninguno de mis amigos. Mientras yo hablaba, Elaine me miraba con algo parecido a la ternura. O quizás fuera compasión. Al fin y al cabo, de sus años de matrimonio a ella le quedaba la satisfacción de haber formado a dos hijos, de diez y once años.

Me sentí abochornado; intenté cambiar de tono y de tema.

—Tienes razón, Elaine, no somos gemelos: tú siempre has mantenido relaciones largas en las que has creído; yo he sido todo lo opuesto: un desastre —aseveré riendo.

Ella me volvió a mirar con compasión (sí, definitivamente era compasión, no ternura) y dejó que yo siguiera hablando, tratando en vano de esconder el pesar de quien asume que se ha pasado la vida intentando hallar y construir la relación perfecta, la situación de vida más completa, y al final del camino se encuentra tan desconcertado y solo como un adolescente, de cuarentaidós años.

—Pues sí, Elaine —volví a hablar, retomando un tono gracioso—: tus relaciones han estado marcadas por el número tres, mientras las mías por

cifras más altas; la diferencia es que tu tres cuenta en años y mis nueve, diez u once cuentan en meses.

Se echó a reír. Me sentí aliviado por su risa, aunque sabía que esta podía quebrar el punto de intimidad que nuestra conversación había alcanzado.

En efecto, desde la adolescencia, Elaine había pasado por una sucesión de relaciones que siempre duraron alrededor de tres años, hasta que conoció a quien se convertiría en su marido. Por mi parte, la única relación duradera que tuve fue con Patricia, mi exesposa, aunque la primera vez que fuimos novios no estuvimos juntos ni un año.

En octubre de 1995, pocos días antes de partir a Indonesia, me volví a encontrar con Patricia en una fiesta. Pasamos esa noche y la siguiente juntos. Me quedé con la fascinación de compartir de nuevo la cama con una mujer guapísima, muy lista, cuya carrera de socióloga parecía encaminada en el mundo de la acción social en el cual yo también estaba implicado. Cuando me marché de Londres, perdimos el contacto. Dos años más tarde, a mi retorno, me vi ante uno de los otoños más fríos e incapaz de adaptarme a las formas más cortantes en las relaciones del día a día entre la gente. Ahora no sé qué es mejor; pero en ese momento me estaba arrepintiendo de la decisión, ya irrevocable, de haber cambiado la isla de Java por la de Inglaterra.

En noviembre de 1997 empecé a trabajar en uno de los hospitales públicos más grandes de Londres. Y no tardé mucho en llamar a Patricia. Se mostró sorprendida al escucharme. Cuando nos volvimos a ver, lucía más guapa y seductora que nunca. De inmediato entablamos una relación donde los pegamentos más sólidos eran el sexo y nuestro gusto común por los lugares cálidos. Mis tiempos libres básicamente los reservaba para ella. Cada vez que podíamos, nos dábamos escapadas breves al sur de España, donde Patricia tenía primas, pues su madre es española. En aquella época, a mis padres a lo sumo los veía un par de veces al mes. Al empezar el verano, les

presenté a mi novia. Fueron bastante amables con ella, sobre todo mi padre, que nunca perdió esa expresiva cordialidad guatemalteca con las visitas, costumbre que a mis amigos les encantaba, aunque a algunos les confundía. En medio de la cena, mi madre le preguntó si hablaba castellano, ya que en casa nosotros solo nos comunicábamos en ese idioma. Patricia le dijo que muy poco, porque en su familia utilizaban el inglés.

—Bueno —intervino mi padre—, a pesar de que hables poco castellano, es algo que tenemos en común, ¿verdad? Además, tanto Guatemala como España son países latinos, con muchas similitudes...

—Eso no es cierto, León —cortó Patricia—: España es un país desarrollado; allí no hay miseria.

Silencio. Hay frases que, pronunciadas entre gentes con sensibilidades muy distintas para ver el mundo, se convierten en un hielo abismal. Esa noche no quise ver la arrogancia supina con la que mi novia estaba tratando a la Guatemala de mi padre. Mucho menos Patricia o yo hubiéramos presagiado que diez años más adelante, el espejismo de la prosperidad económica española estallaría en pedazos.

Mi padre se quedó alelado, sin saber qué contestar. Por un instante, Patricia pareció hacerse consciente de que había metido la pata; por eso apretó mi mano con nerviosismo por debajo de la mesa. Esto me despertó una pulsión por consolarla. Acaricié su mano y corté el silencio:

—Sí, papá, España es muy diferente a Guate. Tú y mamá tendrían que darse un salto por allá alguna vez. Estoy seguro de que te gustaría mucho y tendrías posibilidades de hablar castellano a tus anchas.

—Si es tan desarrollada y diferente a América Latina, creo que no estoy interesado en ir —replicó.

Patricia debió de sentirse ofendida por ese comentario, en lugar de darse cuenta de que era ella quien había pronunciado la primera afrenta y que lo

más prudente era callar o cambiar de tema. Pero casi nunca se callaba:

—Eso quiere decir, León, que prefieres que los países sean pobres...

Esta vez había lanzado su comentario de manera deliberada. Me sentí desolado, apenado por mi padre, sin darme cuenta, ni mucho menos Patricia, de la inanidad de lanzar una daga de hielo a un león; a un león de fuego.

—No, querida, la pobreza no me gusta nada; pero hay algo que me gusta todavía menos: yo aborrezco a los pobres de espíritu —respondió mi padre y a continuación le preguntó si deseaba más vino.

Aquella noche, cuando la acompañé a su casa me sentía molesto, sin saber bien contra quién. Le dije que lamentaba la tensión que se había producido, aunque opinaba que ella debería haber sido más prudente con sus palabras ante alguien como mi padre.

—¿Es que pretendes que lo trate como a un rey? —repuso.

—No, Patricia, tan solo como a un hombre para quien es importante que se observe a su país de origen con dignidad, o como mínimo sin desprecio.

Nos pusimos a discutir sobre si yo le había explicado bien quién era mi padre y cuáles eran sus sensibilidades. Ella me pidió que analizara bien si las sensibilidades o debilidades de mi padre eran también las mías, porque de ser así, no funcionaríamos como pareja. Al final, terminó por advertirme que, si yo buscaba una mujer taimada que se sometiera a los gustos de sus padres, me había equivocado con ella y sería mejor que rompiéramos. Le dije de acuerdo; pero al cabo de un mes las ansias por verla y el temor a perderla me empezaron a consumir. La llamé y ella accedió a una cita. Cuando volvimos a acostarnos, me sentí como un volcán. Pocas semanas después, le pedí que viviera conmigo. Estaba por recibir el departamento que acababa de comprar con la ayuda de una hipoteca, me parecía ideal empezar a armarme una vida enteramente nueva y en su rostro solo encontraba belleza.

Escribo esto y me doy cuenta de que sigo intentando justificarme por la decisión que tomé, por la incapacidad que tenía para ver tantas cosas que auguraban que esa unión estaba destinada al fracaso.

Patricia me respondió que, aunque estaba enamorada de mí y era una mujer liberal, solo cambiaría su casa por la mía si nos casábamos. Eso, me dijo, le proporcionaría más confianza y afirmaría su disposición y la mía para enfrentar los conflictos y problemas de pareja que seguramente emergerían con los años. También propuso que nos diéramos unas semanas para pensarlo bien, pues nuestra relación estaba en un punto en el que o bien avanzaba a una intensidad mayor, o debería romperse. Tres días después yo me sentía angustiado, pensando que con el transcurso de las horas ella optara por romper; mientras la posibilidad de *avanzar a una intensidad mayor* me enfebrecía el deseo. La llamé y le pedí que se casara conmigo. Durante varios meses abordamos con entusiasmo los preparativos, y en enero de 1999 celebramos la boda, tanto por la vía civil como por el rito católico, para complacer el deseo de su madre.

Para entonces, hacía tres meses yo me había sumado un trabajo adicional en una clínica privada y hacía pocas semanas ella había abandonado su puesto en un organismo de protección social para integrarse al área de investigación de mercados de uno de los mayores bancos británicos. Desde diversos ángulos, la presión de nuestros trabajos y nuestras diferencias no demoraron en estallar; no obstante, durante bastante tiempo la pasión de nuestras reconciliaciones parecía capaz de remontar todos los abismos. Un año y medio después, ella decidió iniciar una maestría en Administración de Negocios; esto me apenaba en la medida que implicaba prorrogar nuestro deseo de tener hijos, pero apoyé su decisión. En el fondo, quizás los dos años siguientes fueron los más apacibles de nuestro matrimonio. Dadas las horas que dedicábamos a avanzar en nuestros trabajos y estudios, apenas teníamos

tiempo para discutir. Tras conseguir su nuevo título, Patricia obtuvo un importante ascenso, motivo por el cual acordamos postergar un año más la concepción de un hijo. En los meses siguientes, nuestras peleas se convirtieron en algo cada vez más cotidiano, donde lo excepcional era llegar al final del día sin habernos disgustado por cualquier tontería. Cuando le volví a preguntar si se sentía lista para que tuviéramos un hijo, me pidió que tomáramos un tiempo más, pues nuestra relación no estaba pasando por su mejor momento. Tenía razón. Poco después, una noche en que regresaba a casa de una cena con mis padres, aparqué mi auto, recliné el asiento y me quedé allí, derrumbado, sin ganas de salir. De repente, las luces de un auto que venía en dirección contraria me despertaron. Al incorporarme, vi que se había detenido junto a mi edificio y que Patricia se despedía del conductor con un largo beso en la boca.

No sé por cuánto tiempo me quedé paralizado. Había alcanzado un punto exasperante de obnubilación y las cosas que no había querido admitir se me estaban abalanzando, como un alud. Solo cuando vi que la luz de nuestra habitación se había vuelto a apagar, salí de mi auto. De puntillas entré a casa, me acomodé en el sofá de la sala e intenté dormir. Por la mañana, mientras desayunábamos, le pregunté quién era el hombre que la había dejado en la puerta de casa la noche anterior; ella me comunicó que deseaba el divorcio. De esto han pasado cuatro años.

En todo este tiempo, al principio me vi encarrilado en la actitud de quien quiere recuperar el tiempo perdido y sale por las noches a la búsqueda de relaciones fugaces con mujeres de los más diferentes tipos que no tuvieran ninguna expectativa conmigo. Hace dos años, la muerte de mi padre me afectó; me hizo sentir vulnerable. Poco a poco fui apartándome de mi actitud de cazador nocturno; aunque aprendo a disfrutar de lo que surja, hay momentos en que me acomete una soledad asfixiante.

Faltaban pocos minutos para la medianoche. Volví a sentirme abochornado: de nuevo me había pasado un montón de rato desahogando en Elaine mis inquietudes, ocupando gran parte de la velada hablando de mis asuntos y no de los suyos. Le pedí disculpas y solicité la cuenta. Mientras la conducía a casa de sus padres, recién pudo preguntarme cómo vislumbraba su futuro laboral y personal en caso de que decidiera instalarse con sus hijos en Londres. Me pidió que le diera una opinión sincera. Me quedé callado un momento. La idea me entusiasmaba y hubiera querido pintarle un panorama brillante que la animara a retornar. A ella como médico no le iría mal; pero pensé que para sus hijos podría ser durísimo vivir tan lejos de su padre. Yo no conocía a ese hombre ni sabía cuán buena podría ser su relación con los niños, pero esa cuestión me parecía muy delicada. No pude mentirle y le di mi opinión.

Ella asintió, pronunció el nombre de sus hijos y sonrió. Nos quedamos en silencio, hasta que ella agradeció mi respuesta en un susurro. Me quedé mirándola unos segundos. Haciendo un gesto juguetón con las manos, me indicó que no perdiera la atención de la pista. Le hice caso, no sin antes poner un disco de los años setenta que fuimos tarareando el resto del camino. Al propósito, di varias vueltas por parques y avenidas para retrasar el momento de dejarla en la casa de sus padres.

—Me encantaría mostrarte mi departamento esta noche —sugerí, cuando estaba por salir de mi auto.

Elaine me miró con desconcierto. Yo apreté su mano. Se quedó conmigo.

Esa misma noche, en alguna hora próxima a la madrugada, soñé por primera vez con aquella mujer a la que nunca conocí. Con ella estaban el lago, los quetzales, el bosque. Y rodeándonos a todos, crecía ese desierto inmenso, inhóspito, hambriento.

8

Aquí estoy en casa, esta mañana de septiembre en que el otoño se asemeja más a una primavera: con temperatura cálida, cielo despejado, gente que desde temprano sale de paseo; un sábado en que yo me encuentro aguardando que la noche me transporte de nuevo hasta una mujer en cuyos brazos no tengo que fingir lo que no soy. No importa si ella se marcha lejos dentro de dos días. Desprenderse de corazas ante una persona transparente, acaso gemela, produce un alivio semejante al de quien durante años ha temido subirse a un avión y, cuando lo hace, entiende mejor lo que significa contemplar el mundo con una perspectiva más amplia y el cuerpo liviano. Aunque al volver a tierra se intensifique la sensación de vulnerabilidad.

Anoche acompañé a mi madre a hacer unas compras, luego cenamos. Esta tarde partirá a Egipto por cuatro semanas, con uno de esos paquetes de viajes dirigidos a turistas que ya conocen bastante de la historia, la arqueología o la geografía de los lugares que han de visitar. Es un tipo de servicio crecientemente solicitado por gente mayor que, como mi madre, buscan cumplir antiguos sueños de viaje y los realizan con más profundidad, con varios días libres para descansar y reflexionar sobre aquello que están descubriendo. Mientras cenábamos, con entusiasmo me habló de las cosas que más le atraen de Egipto; me ha ilustrado y sorprendido con una cantidad de detalles históricos que yo desconocía (como el hecho de que hace cuatro mil años las egipcias del pueblo llano tenían el derecho al divorcio); y hasta me ha guiñado el ojo apuntando que quizás ese viaje le permita conocer a un hombre interesante.

Debo haberla mirado con desaprobación, pues luego señaló que al cabo de dos años de la muerte de papá está volviendo a sentir la alegría de vivir.

—¡Hey! Esto te debería alegrar, en lugar de darte celos —añadió.

Yo estaba tenso y estuve a punto de contarle lo que él dejó escrito en aquel cuaderno. Algo me contuvo y me esforcé por ser cauto.

—Me alegra que te sientas bien, por supuesto. Aunque imaginarte con una pareja que no sea papá no me resulta divertido —repliqué sonriendo.

Ella me respondió que no se creía capaz de entablar una relación con otro hombre; afirmó que había sido muy feliz durante los cuarentaiún años que compartió con papá y estaba satisfecha con la vida que estaba recomponiendo como viuda.

Yo percibí ese momento propicio para preguntarle si en verdad los años que duró su relación con mi padre estuvieron marcados por la felicidad; no fuera que estuviera idealizándolo todo y olvidando las sombras.

Ella dejó reposar sus cubiertos sobre el plato de verduras asadas que había estado comiendo y me miró con seriedad.

—Por supuesto que hubo sombras. Y tú sabes que las hubo —repuso, mirándome a los ojos.

Entonces Guatemala se insertó en nuestra conversación.

—... Pero a pesar de todo, tu padre fue un hombre fuerte —sentenció ella.

—Sí, lo era.

Mamá levantó una berenjena con el tenedor, pero antes de acercarla a su boca, agregó:

—A los buenos guatemaltecos les ha tocado ser en exceso fuertes, en exceso valientes... ¿Cuándo tendrán un descanso?

Al dejarla en su casa, le reiteré que nos mandara correos electrónicos desde los diferentes puntos por donde pasara.

—No sé si pueda siempre cumplir con eso, querido —repuso—. Intentaré llamarlos por teléfono cuando se dé la ocasión; lo que sí te puedo prometer es que enviaré algún dibujo de lo que más me haya gustado.

Me dio un beso y entró a su casa portando una caja de lápices, colores y el cuaderno de dibujo que había comprado para su viaje.

Tanto por los gustos de mi madre como por la profesión de mi padre, desde que sus hijos dejamos de ser una preocupación económica para ellos, cada dos años viajaban de vacaciones a lugares que hubieran sido una importante u original cuna de civilización en el mundo. Los denominaban «viajes a los orígenes». En 1993 realizaron el primero y eligieron el Perú. Mi padre regresó conmovido. Llevaba veinte años sin visitar Guatemala y el haberse adentrado en un país que se le asemejaba mucho en su historia, su sociedad y sus mismos problemas, le impactó tanto que al llegar al Cusco decidieron abandonar el programa de su *tour* para disfrutar de más días en la antigua capital de los incas. De aquel viaje nos enviaron muchas cartas, así como dibujos de mi padre donde mamá introducía tímidamente algunas siluetas. Cuando él murió, parte de mi proceso de duelo fue releer las cartas que me había enviado de esos viajes. En la última que me escribiera del Perú, expresaba cómo esa visita le había curado de varias culpas y dudas, pues se daba cuenta de que la historia de América Latina estaba tan herida por las injusticias, pero al mismo tiempo tan impregnada de esperanza, que si él hubiera pasado por encima de esa urdimbre con indiferencia, no merecería tener los buenos hijos y la buena esposa que tenía.

Me estremece recordar esas palabras. Creo que en esa época él tenía grandes aunque silenciosas expectativas puestas en mí; en mí como una persona que no se replegaría en vivir únicamente para sí. Por entonces, yo estaba a la mitad de mi especialidad como anestesiólogo, pero ya tenía decidido que al concluirla deseaba trabajar con algún organismo humanitario

en el llamado Tercer Mundo (un término que a él no le gustaba nada). No sé cuál habrá sido su opinión sobre mí en sus últimos años de vida; me refiero a su verdadera opinión, dado que, como un padre protector, siempre andaba animándome y recordándome que yo era una gran persona. Supongo que la realidad es que murió preocupado por mí, porque sin haber construido la familia que alguna vez anhelé, tampoco había logrado permanecer firme en el romántico humanitarismo que me surgió mientras me formaba como médico.

De su segundo viaje a los orígenes no conservo ninguna carta, pues ese fue a Guatemala y yo fui parte de la comitiva. Era julio de 1995 y por fin pudo llevarnos a conocer su país. Fue un viaje muy intenso; pero esa es otra historia. En 1997, pocos meses antes de que yo regresara a vivir a Inglaterra, ellos fueron a visitarme a Indonesia y tomaron numerosos *tours* por los monumentos islámicos, así como por los restos arqueológicos hinduistas y budistas que se extienden por Java, Bali, Sumatra y Lombok. Si mal no recuerdo, en sus siguientes viajes visitaron Atenas y Creta, la Garganta de Olduvai en Tanzania y el Parque de Uluru en Australia. Uno de los destinos con el que habían soñado durante años era Mesopotamia; les supuso una gran decepción darlo por perdido cuando, en 2003, se desató la guerra de Irak con el auspicio del propio Gobierno británico. Su último «viaje a los orígenes» fue a México. Les correspondía hacerlo el verano de 2005, pero en julio de aquel año iban a nacer los gemelos de mi hermana, por lo que pospusieron ese viaje para 2006 y así pudieron celebrar sus cuarenta años de relación en el mismo país donde se habían conocido.

Al despedirme de mi madre, respiré alivio. Durante un mes podría evadir la necesidad de contarle las cosas que papá no le habría revelado ni durante su más profundo viaje a los orígenes. No obstante, mientras me marchaba, me sentí atosigado por la pregunta que no me había atrevido a plantearle esa noche, ni siquiera de manera soterrada:

¿Alguna vez papá te habló de una mujer llamada Coralia?

Por mi parte, esa noche, es decir, anoche, volví a soñar con ella.

II

La muerte se suicida en mí todos los días.

Tú lo sabes, y cuando yo me muera

viviré mi vida,

como un príncipe de hiedra

sobre la torre abolida.

Luis Cardoza y Aragón

9

El último día abril de 1966, mi madre tenía veinticuatro años, estaba viviendo en México y durante una fiesta en la que corría abundante cerveza, tequila, rock y conversación política conoció a mi padre. A diferencia de otros hombres que habían acudido sin pareja, él no se le había acercado con intención de cortejar a la «güerita inglesa» ni estaba enfrascado en una discusión política, tampoco estaba bailando. Se hallaba en uno de los balcones de la casa, solo, con su vaso de cerveza, mirando la calle. Eso fue lo que llamó la atención de mi madre y la animó a acercarse a su lado rehuyendo el acoso de uno de los convidados que más tequila debió haber bebido esa noche. Ahora bien, para que ella llegara a ese balcón, antes debió pasar por muchas otras cosas, entre las que el borracho acosador fue una circunstancia menor.

En junio de 1965, la suma de dos hechos personales y un fenómeno social arrasador determinó un giro en las opciones que mi madre tenía por delante. El primer hecho era de carácter sentimental: su novio había roto con ella para entregarse por entero a su banda de música y marcharse a Alemania, intentando, como muchos jóvenes británicos de la época, emular el recorrido que condujo a Los Beatles a la fama. El segundo hecho era que estaba concluyendo la carrera de profesora de secundaria con especialidad en Letras y no estaba segura de querer encauzar de inmediato su vida en el sistema escolar. El fenómeno social arrasador es bien conocido: en los años sesenta el mundo estaba atravesando uno de los periodos más contestatarios y creativos de la historia y Londres era uno de sus epicentros. Manifestaciones

antinucleares, movimientos contraculturales, psicodelia, eclosión de música rupturista por doquier; todo aquello se estaba expandiendo en Inglaterra como un vendaval, especialmente entre los jóvenes. Pensándolo bien, sin ese fenómeno, los hechos uno y dos que afectaron la existencia de mi madre tampoco se habrían producido. Ella empezó a sentir la urgencia por vivir algo que aportase a la construcción de un mundo mejor; pero sabía que si no se decidía pronto, en tres meses se vería instalada como profesora en una escuela secundaria en la que no sabría cómo lidiar con un alumnado harto de formalidades y ansioso de gozos y cambios radicales.

El 11 de junio de 1965 fue una de las 7000 personas que asistió al International Poetry Incarnation en el Albert Hall. Tras pasar horas escuchando en vivo a poetas como Allen Ginsberg, Gregory Corso, Lawrence Ferlinghetti o Michael Horovitz en un ambiente delirante, tuvo claro que haría lo que fuera con tal de tener alguna experiencia transformadora antes de que las comodidades de la vida formal la envolvieran. El problema es que no tenía idea de cómo lograrlo. Pocas semanas después, en un concierto, se encontró con una conocida a la que no veía desde la primaria. Se llamaba Emma y era enfermera. Fue ella, sin premeditarlo, quien propulsó su viaje a México. También es ella quien hoy comparte su casa con mi madre. Esa noche le contó que, a finales de diciembre, después de Navidad, se marcharía como voluntaria de la Cruz Roja a la capital de México. Al oírla, mamá le preguntó qué posibilidades tendría para hacer ese voluntariado. Emma se entusiasmó con la idea, pero le señaló el inconveniente de que no tenía ninguna formación en el área médica. El nulo conocimiento de castellano de ambas no parecía ser un problema mayor. Como por aquellos años eran pocos los voluntarios británicos que se lanzaban a una experiencia fuera del ámbito de las excolonias, mi madre obtuvo una rápida aceptación, con la salvedad de

que la Cruz Roja solo le proporcionaría alojamiento y con la condición de que antes de viajar a México debería adquirir un nivel básico de castellano.

Para mis abuelos esa decisión supuso un golpe. No solo era su única hija, sino que era la primera en la familia que había accedido a una educación universitaria que vislumbraron perdida si en esa aventura terminaba convertida en la mujer de un macho mexicano que no le permitiría trabajar fuera de casa ni la dejaría volver a vivir en Inglaterra (ese era el estereotipo que manejaban sobre los hombres latinos). Por mi abuela Beth sé que en los meses siguientes ella le suplicó varias veces que desistiera de esa idea. Por mi madre sé que el abuelo solo intentó reconvenirla una vez, y lo hizo con palabras cortas respecto a la importancia de apreciar la vida y la libertad que la rodeaba. Que él planteara ese argumento, en lugar de crearle sentimientos de culpa que bien podría haber utilizado, estuvo a punto de lograr que cambiase de planes. En efecto, él era el último eslabón de una familia de judíos pobres que poco antes de la Primera Guerra Mundial había emigrado de Rusia a Inglaterra. Su hermano menor había muerto luchando como soldado británico durante la Segunda Guerra Mundial sin dejar descendencia, y si él hubiera sido enlistado y muerto antes del verano de 1941, mi madre nunca hubiera sido concebida.

Mi abuelo no realizó más intentos por reconvenirla; pero dejó claro que no sufragaría los costos de sus pasajes ni los de su estancia en México, tampoco los cursos de castellano que tomara hasta su partida. De esta manera, en los seis meses siguientes mi madre se dedicó a trabajar en todo empleo que pudiera surgirle, a la par que se sumergía en el castellano con un método de libros y discos que prometían convertirlo a uno en bilingüe en cien horas. Está de más decir que esa oferta distaba mucho de ser cierta. Cuando abordaron el avión que las conduciría a México, tanto mamá como Emma se sumieron en la preocupación ante el país tan diferente que las esperaba.

El sentimiento de vulnerabilidad de mi madre era mayor, porque dudaba mucho de que sus ahorros pudieran cubrir un año de estancia en el extranjero.

Antes de despedirse, su padre le había entregado una carta con la advertencia de que no debería abrirla mientras estuviera segura de la decisión que había tomado. Por primera vez en su vida, ella estaba volando en un avión transatlántico que desde sus ventanas ya le estaba enseñando el territorio escarpado de un país donde no tenía a nadie. A su lado, la única persona que conocía y que aún no era una amiga cercana, dormía. A punto de aterrizar, abrió la carta. Encontró las palabras de un hombre de sesenta años señalando que desde que ella nació había dejado de practicar su religión porque no podía creer en un Dios que fuera vengativo y cruel con las criaturas que él mismo había creado. Por eso, le pedía que, si en algún momento se sentía acorralada, no dudase en solicitar su ayuda. La carta iba acompañada de una cantidad de dinero que triplicaba la que ella había conseguido ahorrar para su estancia en México.

10

Allí está mi padre, apoyado en un balcón del DF, solo, ajeno a la fiesta que hay al interior de la casa. Únicamente la pareja de amigos chapines (guatemaltecos) que lo ha llevado a esa reunión sabe por qué no se muestra interesado en participar del baile ni de la comida, ni siquiera de la charla política. Mi madre ignora esas razones y se le acerca.

Cuando de pequeños les preguntábamos cómo se conocieron, la respuesta era en una fiesta, y no había mucho más que preguntar sobre algo que no tiene nada de particular. Nunca sentí curiosidad para indagar quién abordó a quién, ni si esa misma noche ellos empezaron algún tipo de romance. A mis padres les habíamos oído hablar de cómo eran las fiestas mexicanas a las que acudían por entonces, también sabíamos que él era un exiliado y que cuando decidieron vivir juntos habían barajado la posibilidad de instalarse en Guatemala; pero la situación política allá determinó su opción por Inglaterra.

Ante la repentina muerte de mi padre, en julio de 2007, Christian pidió una semana de permiso en su trabajo en Dublín para acompañar a mamá un tiempo más prolongado del que tomara el entierro. Su esposa y su bebé no pudieron quedarse más de tres días, de modo que la tarde en que él retornaría a Irlanda, Miriam y yo nos sumamos para llevarlo al aeropuerto. Dada la distancia desde la ciudad hasta Heathrow, para evitarle el riesgo de perder el vuelo, salimos bastante temprano y terminamos llegando con tanta antelación que tuvimos que buscar dónde hacer tiempo. Así pues, sentados en una cafetería del aeropuerto, mi madre nos reveló detalles más íntimos de la forma cómo conoció a papá. Tengo la impresión de que, cuando empezó a

hablar, ninguno de sus hijos volvió a tomar un sorbo de los té y cafés expresos que teníamos sobre la mesa. Cuando su relato concluyó, nuestro silencio parecía haber pintado cicatrices por todo el aire.

Mi padre nunca nos contó que había sido torturado. Lo habría hecho en el caso de que sus hijos inquiriésemos sobre esa posibilidad. Nunca lo hicimos. Mamá había respetado su decisión y tampoco había querido volver a hurgar en las heridas, ya invisibles, que años más tarde él lastraba. Tal vez porque ella las vio cuando eran llagas ostensibles en su piel y en sus palabras.

Mi madre se había acercado a él, a ese balcón del DF mexicano. ¿Amor a primera vista?; ella admite que sintió una atracción radical hacia su timidez. Al inicio de su estancia en México, había disfrutado de la galantería que recibía de muchos hombres, hasta que se dio cuenta de que la mayoría de ellos se le acercaba imaginando que, al proceder de un país a sus ojos libertino, podrían llevársela a la cama sobre la marcha. Pocos meses después, estaba hastiada de ese tipo de acercamientos y el ver a mi padre tan distante de todo atrajo su atención. Al llegar a su lado le preguntó si no tenía amigos en la fiesta; él la había mirado sin lograr articular ninguna respuesta. Ella se sintió ninguneada y se dispuso a volver a la sala. Antes de que lo hiciera, él habló:

—León, me llamo León —había pronunciado, y le extendió la mano para formalizar su presentación—. Disculpá si no te he contestado antes.

Mi madre se había quedado dándole la mano largo rato.

—Yo me llamo Miriam.

Emma llegó a la fiesta unos minutos más tarde. Al verla en ese balcón, junto a ese León, su mirada fue de sorpresa. Cuando se les aproximó, el que iba a ser mi padre también se había mostrado turbado, tanto que poco después de que Emma los dejara de nuevo solos, se disculpó y se retiró de la fiesta.

Mi madre quedó desilusionada. Él se había marchado sin dar tiempo a intercambiar algún dato de contacto. Por la noche, al regresar al apartamento que compartía con Emma, le había preguntado de dónde lo conocía.

Durante sus dos primeros meses de voluntariado, mi madre había trabajado como asistente de médicos y enfermeras en el centro sanitario de la Cruz Roja en el DF. Después la trasladaron a trabajar en las oficinas, donde se dedicaba a la traducción de documentos del inglés al español, así como a la redacción de cartas y solicitudes de apoyo para socios y donantes en los países anglófonos. Para no desvincularse de la acción social que había motivado su viaje, algunas tardes atravesaba media ciudad para dar clases de higiene y literatura en una barriada donde la mayoría de jóvenes no vislumbraba un mundo mejor fuera del que les mostrara una inhalada de pegamento. A Emma le contaba las cosas que más le impactaban en su trabajo y pensaba que ella hacía lo mismo. Recién aquella noche su amiga le reveló que, el mes anterior, unos conocidos de su jefe habían pedido que atendieran a unos exiliados guatemaltecos que acababan de arribar al DF.

A ese León se le habían infectado los pies. Para brindarle el tratamiento más apropiado, tuvieron que preguntarle por el origen de sus heridas.

Él debe de haber sido escueto al dar su respuesta. Pero para explicar por qué un joven historiador guatemalteco, antes saludable y bien alimentado, podía hallarse a punto de morir en un país vecino a causa de una infección en los pies, yo necesito decir cosas que no pueden ser escuetas sobre un paisito centroamericano llamado Guate. Guatemala.

En junio de 1954, Guatemala sufrió uno de los golpes de Estado más infaustos de la historia latinoamericana. Con el fin de reinstaurar un orden dictatorial que favoreciera sus negocios, los dueños nacionales y extranjeros del país derrocaron a Jacobo Arbenz, el último representante de una primavera democrática iniciada en 1944, con unas elecciones libres que

colocaron en la presidencia a Juan José Arévalo y pusieron fin a décadas continuadas de satrapías. En esos diez años, en especial tras la elección de Arbenz, se generaron significativas reformas económicas, políticas y sociales, incluyendo una reforma agraria que concedía tierras a millares de familias campesinas que antaño laboraban en condiciones de esclavitud en fincas de grandes empresas y terratenientes, la mayoría de las cuales había obtenido esas propiedades o las había expandido mediante la expropiación de terrenos indígenas.

Puesto que la Reforma Agraria de 1952 solo se aplicó a la porción de tierras no cultivadas de las fincas de más de 269 hectáreas, la United Fruit Company (UFCO) fue la empresa más afectada: poseía más de 200 000 hectáreas de las que solo la mitad estaban cultivadas. En términos ideales, esta reforma no debería haber suscitado un golpe de Estado; además, gran parte de los terrenos de la UFCO le habían sido «donados» por los regímenes dictatoriales precedentes y la empresa sería indemnizada según los precios que declaraba ante el Estado guatemalteco a la hora de pagar sus impuestos. Pero la UFCO no era una compañía cualquiera: se trataba de la mayor exportadora de frutas tropicales del mundo y en Guatemala era la dueña de los servicios de ferrocarriles, telégrafos y teléfonos, así como de la compañía de electricidad, que también le había sido entregada a inicios del siglo XX. Esta era una posición solo equiparable a la que mantenía en los países vecinos: Honduras, El Salvador y Nicaragua, cada cual gobernado por dictadores afectos. Pero su mayor poder residía en sus propios accionistas, entre quienes figuraban grandes corporaciones internacionales y altos cargos en las agencias de Gobierno estadounidense. Ese era el caso del jefe de la CIA en 1954, Allen Dulles, quien formaba parte del directorio de la empresa; su hermano, John Foster Dulles, también accionista de la UFCO, era el secretario de Estado. Desde esas posiciones, los Dulles y otros lobbies se

encargaron de alentar la invasión de Guatemala en nombre de la libertad. Si a esto añadimos que Arbenz se había granjeado el odio de los sectores más poderosos y conservadores de su país, estaba claro que su derrocamiento no se haría esperar. Haber concedido a los indígenas el derecho al voto y la sindicalización, declarar delito la discriminación racial, implantar la seguridad social, otorgar derechos laborales a los trabajadores, estar conformado por militares y políticos de izquierda y legalizar al Partido Guatemalteco del Trabajo (el PGT, de inspiración comunista) fueron consideradas afrentas intolerables para una oligarquía anclada en la Edad Media y unos Estados Unidos enfebrecidos en la Guerra Fría.

La campaña de satanización del gobierno de Arbenz empezó incluso antes de que promulgara la reforma agraria y se agudizó a partir de 1952. En un operativo golpista diseñado por Tracy Barnes, especialista de la CIA en operaciones psicológicas paramilitares, las acciones comenzaron al interior de los Estados Unidos. Allí se distribuyó cien mil panfletos que afirmaban que Guatemala se había convertido en la puerta de entrada para el comunismo soviético al continente; se produjeron tres documentales del mismo cariz, que fueron transmitidos de forma gratuita en los cines de las principales ciudades norteamericanas; a la vez que numerosos medios presentaban fotografías trucadas de cuerpos mutilados para mostrar que así trataba Arbenz a sus opositores. Todo esto ha quedado al descubierto con el transcurso de los años y la apertura de los archivos confidenciales de la CIA; pero en aquella época, el pavor al enemigo soviético fue utilizado para que gran parte de los ciudadanos norteamericanos no se amilanara cuando su Gobierno propició aquel golpe contra la democracia.

El 18 de junio de 1954, bajo la insignia «Liberación de Guatemala», un ejército de mercenarios invadió el país desde Honduras. Los primeros días enfrentaron resistencia; pero al final, el armamento, los equipos de

comunicación y los aviones proporcionados por la CIA, que empezaron a bombardear la capital, lograron que el 27 de junio el presidente Arbenz dimitiera y fuera expulsado del país, despejándose el terreno para restaurar el orden de cosas previo a 1944, lo que fue de la mano del asesinato, encarcelamiento, tortura o destierro de millares de opositores. Salvo las protestas que este golpe suscitó en México, el resto del mundo se olvidó de Guatemala. Mientras tanto, los grandes negocios volvieron a montarse sobre un país paralizado por el terror y atónito ante los laureles que la mayor democracia del continente otorgaba a sus verdugos. Así, en 1955, la Universidad de Columbia concedió el Doctorado Honoris Causa al coronel golpista Carlos Castillo Armas, quien a la fecha seguía fungiendo como dictador de Guatemala. Como una solitaria voz de protesta, el escritor venezolano Rómulo Gallegos devolvió a Columbia esa misma distinción, que a él le fuera conferida en 1948.

En este escenario, los tiranos guatemaltecos se sintieron avalados para continuar asaltando las arcas del Estado, dieron marcha atrás en la reforma agraria, retomaron la costumbre de esclavizar a las poblaciones indígenas, prohibieron los sindicatos, quemaron millares de libros de autores desafectos, proscribieron a todos los partidos de oposición y, entre otras acciones «liberadoras», se dedicaron a crear escuadrones de la muerte. A partir de 1958, para salvar las apariencias, se preocuparon por organizar elecciones periódicas en las que el candidato militar amparado por el ultraderechista Movimiento de Liberación Nacional siempre ganaba. A cada proceso electoral amañado le sucedía un latrocinio mayor.

En noviembre de 1960, la intensificación de la corrupción y la cesión de soberanía a Estados Unidos para el entrenamiento de mercenarios extranjeros en Retalhuleu provocaron un levantamiento militar en Zacapa e Izabal. Al fracasar en su intento, un grupo de jóvenes oficiales se refugió en la montaña

y formó las primeras guerrillas: el Movimiento Revolucionario 13 de Noviembre, dirigido por Turcios Lima, Marco Antonio Yon Sosa, Luis Trejo Esquivel y Alejandro de León. Ante el recrudecimiento de la represión y el rechazo del Gobierno a toda posibilidad de apertura, en 1962, un gran número de estudiantes, maestros, campesinos y obreros, así como un sector del PGT, se unieron a las guerrillas, formando así las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR), dirigidas por Turcios Lima y César Montes. Estando reciente el triunfo de la revolución cubana, consideraban que en Guatemala también había condiciones para derribar la dictadura. Estos hechos se convirtieron en la justificación perfecta para que el régimen guatemalteco siguiera recibiendo millones de dólares en ayuda militar de Estados Unidos y convirtiera al país en un laboratorio para la lucha contrainsurgente.

Aunque los denominados «dueños de Guatemala» parecían tenerlo todo bajo control, en 1966 ocurrió algo imprevisto: no consiguieron manipular el proceso electoral y ninguno de los dos coroneles de la ultraderecha se hizo con el poder. Este recayó en un civil llamado Julio César Méndez Montenegro, cuya candidatura recibió el respaldo del conjunto de la oposición. Ante el temor de perder el mando del país nuevamente, definieron estrategias rápidas y contundentes. Someter al nuevo gobernante fue una labor que pospusieron unas semanas. A corto plazo sus tareas fueron otras y repercutieron en la hospitalización de mi padre.

Entre el 3 y el 6 de marzo de 1966, decenas de líderes sociales y reconocidos miembros PGT fueron secuestrados a lo largo y ancho del país. Nada se sabía de ellos. Pocos días después, mi padre, quien trabajaba como profesor de Historia en la Universidad de San Carlos y era simpatizante del PGT, se vio atrapado por un escuadrón de civiles y militares. Cuando le retiraron la venda de los ojos, se dio cuenta de que no era el único prisionero. Dos de sus alumnos, así como dos viejos indígenas, compartían su cautiverio.

En las horas y días siguientes, con la intención de escarmentarlo, lo apalearon y le arrancaron las uñas de los pies. Sin embargo, podía considerarse afortunado: a los dos ancianos los asesinaron ante sus ojos. Asimismo, de las decenas de secuestrados en diversos puntos del país la semana anterior, hubo al menos veintiocho que permanecieron desaparecidos. No tardó en correr la voz de que esa cifra era mayor y que a todos ellos los habían torturado en el cuartel de Matamoros, antes de asesinarlos y arrojar sus restos a los volcanes y al océano Pacífico.

Al parecer, lo que a mi padre y a sus alumnos los libró de correr la misma suerte fue la confusión que invadió a sus captores al enterarse de que ninguno de ellos era un dirigente conocido, así como el hecho de que sus alumnos, Carlos Fonseca y Pablo Garmendia, pertenecían a familias con importantes conexiones en el Gobierno. Una noche, maniatados y con los ojos vendados, los introdujeron en un auto y luego los arrojaron en un lugar incierto. Por la madrugada, cuando lograron desatarse, descubrieron que se hallaban en un vertedero.

Ante el temor de que los pudieran prender de nuevo, sus familias los instaron a marcharse del país. A mediados de marzo arribaron a México DF; salvos pero no sanos: mi padre y Pablo Garmendia debieron ser trasladados con urgencia al centro de la Cruz Roja que dirigía el médico Sergio Larsen. Por la gravedad de la infección en sus pies, a mi padre lo ingresaron varios días. Al darle el alta, le prescribieron que durante la semana siguiente debería retornar cada día para que le limpiaran las heridas. Emma se había encargado de hacerlo en tres ocasiones; después, él había desaparecido, hasta la noche de fiesta en que lo vio acompañado por mi madre.

En la sala de su casa, entre sus fotografías familiares, Emma conserva una que para mí es muy especial. En ella aparecen dos parejas tomadas del brazo, con el fondo del gran Zócalo del DF. Una está conformada por mis padres; la

otra por Emma y Sergio Larsen. Ellas dos son delgadas, altas, rubias, lucen gafas de sol y faldas cortas; ellos, en cambio, físicamente son muy distintos: Sergio le saca una cabeza a Emma, es flaco, tiene el rostro alargado y bastante claro, un pelo lacio que ya auguraba calvicie, y luce un fino bigote que conjuga con sus casi imperceptibles cejas. Mi padre, por su parte, es solo un poco más alto que mi madre, su complexión es gruesa, tiene el rostro redondo y trigueño, abundante cabello ondulado, cejas tupidas, grandes ojos negros y unas pestañas tan largas que su cuerpo entero parece absorbido por su mirada.

Emma y Sergio forman parte de los mejores recuerdos de mi infancia. Ellos también se casaron en México y se mudaron a Inglaterra dos años después que mis padres. Allá nació su hijo mayor y aquí los dos menores; hasta la adolescencia, ellos fueron grandes compañeros de juegos de mis hermanos y de mí. Nada sabíamos nosotros del suceso que primero vinculó a mi padre con Sergio; sin embargo, flotaba algo entre bueno y oculto en uno de los recuerdos que mejor conservo de ellos.

Al término de una fiesta de cumpleaños, los dos, prácticamente solos, habían liquidado una botella de tequila y deseaban proseguir con no sé qué conversación sobre las fiestas de los vivos y los muertos tal como se celebran en México y Guatemala. Emma indicó que ya era hora de marcharse, pues los niños deberíamos estar acostados desde hacía rato. Papá se levantó y dijo algo bien alto como para que todos lo oyéramos:

—Sergio, déjame decir por una vez, delante de mis hijos, que tú me salvaste la vida y desde entonces has sido como un hermano para mí.

Sergio apretó la frente de mi padre contra la suya.

Aquella noche nadie hubiera presagiado que los dos se marcharían prácticamente juntos de este mundo. Papá murió en julio de 2007; Sergio, en un accidente automovilístico cuatro meses después.

11

Miriam significa «elegida», «decidida». Mi abuelo escogió ese nombre para su hija. Años más tarde, diría que si en 1942 hubiera sabido que también significaba rebelde, no habría dudado en llamarla Taimada, o Rose, tal como hubieran deseado sus suegros.

—Así me habría evitado un disgusto con los viejos, ¡y sobre todo me hubiera ahorrado muchos dolores de cabeza! —señalaba con ironía.

No cabe duda de que mi madre ha sido una mujer rebelde y decidida. Cuando Emma le contó sobre las heridas de aquel León guatemalteco, sus deseos por verlo de nuevo se multiplicaron. No obstante, durante algunos días había reflexionado sobre si aquello respondía a un capricho o a la idealización de mi padre como un perseguido político. No llegó a ninguna conclusión, pero le pidió a su amiga que la ayudara a ubicarlo. Sergio Larsen la puso en contacto con los conocidos que varias semanas atrás le habían solicitado que lo atendiera en la Cruz Roja. Esos conocidos eran dos íconos del exilio guatemalteco.

Alfonso Solórzano y Alaíde Foppa se pasaban la vida socorriendo a muchos refugiados chapines que llegaban al DF. Ellos mismos habían huido de Guatemala en 1954, tras el golpe de Estado. En México, Solórzano seguía desarrollando su fervor musical, así como su pasión política, ya que había ocupado importantes cargos de Gobierno entre 1944 y 1954; ella era poeta, traductora y profesora de la cátedra de Sociología de la Mujer que había creado en la Universidad Nacional Autónoma de México. Tenían cinco hijos y era un misterio de dónde sacaban tiempo para ayudar a los numerosos

exiliados que cada año seguía arribando al DF con el deseo de que su estancia fuera temporal. La mayoría de ellos volvió a Guatemala, aunque casi todos fueron muertos o desaparecidos, incluidos Alaíde Foppa y dos de sus hijos.

Hoy, los menos cínicos del ejército de cínicos clasificarían a esos chapines como seres impetuosos y soñadores, tan en las antípodas de la competitividad, la objetividad o de la gestión de recursos según resultados. Es tan grande la canallada que sigue atenazando a Guatemala que uno querría darles la razón: tras cuatro décadas de violencia política, el resultado de tanto sacrificio ha sido una enormidad de muerte, horror, terror, impunidad. Pero uno también se pregunta qué hubiera ocurrido si esos chapines, los exiliados y los opositores que se quedaron en Guatemala, se hubieran mantenido a salvo, es decir, indiferentes, pasivos o serviles ante la barbarie; ¿cuál habría sido el resultado? Tengo la impresión de que la respuesta sería la misma: muerte, horror, terror, impunidad. Sin embargo, entre estos dos resultados aparentemente iguales, ¿quién se atreve a hallar al menos una diferencia? Una pista: pongamos que hay luz y tinieblas, movimiento e inercia; pongamos que la luz es la salud y las tinieblas un cáncer. ¿Qué necesita la primera para existir, perpetuarse, subsistir? ¿Qué necesita lo segundo? No hay que ser médico para saber que la salud apenas requiere de cuidados básicos, algo de previsión y buen humor. Tampoco hay que ser médico para saber que el cáncer es voraz, que nada lo satisface, y que incluso si uno lo combate a tiempo cobra caras facturas. Mas en el caso de no combatirlo de algún modo, se comporta como un agujero negro que todo lo termina consumiendo. Todo. Tinieblas.

Allí están esos guatemaltecos, persistiendo en su búsqueda de justicia, enfrentando a quienes siguen justificando las atrocidades que cometieron o siguen cometiendo para mantener el país a sus pies. Allí persisten.

12

En julio de 1995 visité Guatemala por primera vez. Podía percibir la emoción de mi padre por llevarnos a conocer su país; también podía percibir su tristeza al constatar que, prácticamente, ninguno de sus amigos y familiares habitaba ya las ciudades y pueblos que recorrimos. Casi todos ellos estaban muertos, desaparecidos, o todavía en el exilio. Tal vez el lugar donde más amigos encontré fue en el cementerio. Esa fue la primera visita que hicimos.

El Cementerio General de Ciudad de Guatemala es un recinto colmado de árboles, jardines, alamedas y antiguos mausoleos frente a los cuales se han levantado extensos edificios de nichos. En él no solo fueron enterradas centenares de víctimas de la guerra; en varias ocasiones el ejército acribilló ahí mismo a gente que asistía al entierro de connotados opositores. Un viejo vigilante se ofreció para guiarnos y nos mostró varias paredes que evidenciaban los rastros de metralla. Escalofríos. Miré a mis hermanos; podía imaginar que estaban sintiendo lo mismo.

Finalmente, encontramos la tumba de mi abuela Laura. Era un día de sol radiante, con calor cubriendo nuestras espaldas; nos agachamos para acomodar dos ramos de flores y rosas sobre su lápida. Cuatro veces ella fue a visitarnos a Londres. Mi padre no regresó a verla más que en 1973. Ocho años después no pudo acompañar su entierro.

Esa mañana le habló como si estuviera viva, viéndonos, escuchándolo. Innumerables mariposas (papalotes las llaman allá) sobrevolaban los nichos y alamedas del cementerio. «Tanto enamorado de la vida acá», murmuró papá.

Tocaba volver al hotel, salir a almorzar, después visitar a Gerardo Garmendia, un hombre al que mi padre apreciaba mucho. Nos pidió que nos adelantáramos y no lo esperásemos para el almuerzo; deseaba quedarse un rato más, buscar amigos. Habíamos comprado bastantes ramos de flores al entrar. Yo había pensado que papá pretendía recubrir de rosas rojas la lápida de mi abuela; entonces comprendí por qué aún guardaba bastantes en sus brazos. Allí se quedó. Cuando estábamos llegando a la salida donde nos aguardaba un taxi, mi hermana preguntó si no sería bueno que alguno de nosotros lo acompañara. Mi madre respondió con una frase muy suya que no escuchaba desde niño: «Necesita estar solo. Él es así y no vamos a ocuparnos en cambiarlo ahora».

Por la tarde conocimos a don Gerardo (en castellano, a mi padre le resultaba violento llamar a una persona mayor por su nombre sin antecederlo por un don o doña). Vivía en una casa espaciosa y antigua con sus dos nietas gemelas. Ellas tenían la misma edad que Christian y congeniamos rápidamente. Mis padres se quedaron charlando con su abuelo y ellas nos llevaron a conocer la Zona Viva, el sector comercial más caro de la ciudad, pero también el más seguro. Mientras tomábamos unas cervezas, bromeaban con nuestro acento; «parecen chilangos gachupines», nos dijeron entre risas. Como mi padre era guatemalteco, mi madre había aprendido el castellano de México, específicamente del DF, y durante la secundaria recibimos clases intensivas de español con profesores chilenos y españoles. Mis hermanos y yo creíamos que nuestro castellano era neutro, y si había algún acento, este sería chapín. Nijté y Jade habían vivido doce años en México (donde seguían viviendo sus padres y su hermano menor); por tanto, si el dictamen que nos dieron era chilango-gachupín —es decir, mexicano capitalino-español de España—, tuvimos que despedirnos de la ilusión de guardar un acento guatemalteco.

Pasamos veinte días en Guatemala. Mi padre brillaba cada vez que nos quedábamos boquiabiertos ante las maravillas que contemplábamos. Ciertamente, también debió observar nuestra desazón ante la pobreza extendida en las calles de la misma capital, como también nuestra incomodidad ante el continuo pasar de camionetas cargadas de militares armados hasta los dientes. Pero estábamos prevenidos, y si en algún momento nos vencía el disgusto ante su presencia amenazadora, papá nos recordaba que mirásemos más arriba, a los volcanes, al sol.

A pesar de todo, su esposa y sus hijos no dejábamos de ser turistas y, como tales, visitamos todos los lugares considerados indispensables por las agencias de viajes: Tikal, Flores, Antigua, Chichicastenango, Mixco... Cada día que pasaba, nuestra admiración por Guatemala crecía; no solo por su belleza, también por la amabilidad que hallábamos en la población, fuera indígena o ladina. Papá decía que tendríamos que volver por más tiempo para conocer otros sitios magníficos que él había recorrido de niño y como historiador. En 1995, el conflicto armado estaba en fase de cierre y pocos hubieran previsto que en los años posteriores la delincuencia y el narcotráfico harían estallar una violencia desquiciada, particularmente en Ciudad de Guatemala.

Como despedida, viajamos al lago Atitlán. Papá invitó a Gerardo Garmendia y sus nietas. Al no ser fin de semana, ellas no pudieron acompañarnos; pero aquel hombre fortachón de más de 80 años sí vino con nosotros.

El inmenso lago Atitlán, circundado por montañas, bosques y volcanes, superó nuestras expectativas. Muchos pueblos de las orillas ya empezaban a convertirse en *resorts* para turistas extranjeros. Nosotros pasamos una noche en un pueblo que antaño fuera un solar favorito para las excursiones de estudiantes universitarios. En 1995, los hoteles y restaurantes turísticos ya

habían ocupado todo su litoral, mientras la población originaria se había replegado a pequeñas chozas en las faldas de los cerros. Por la mañana, mientras desayunábamos frente al lago, un grupo de jóvenes irrumpió hablando casi a gritos en inglés. Todo indicaba que habían pasado la noche bebiendo en la playa y antes de acostarse, para nuestra desgracia, se sentaron cerca de nuestra mesa para no perder el desayuno que estaba incluido en la tarifa del hotel. Don Gerardo, que había estado contando una anécdota jocosa un rato antes, calló un momento, hasta que comentó en tono sombrío:

—¿Sabrán estos muchachos que hasta hace solo diez años era común que estas orillas arrojaran los restos de personas que habían sido secuestradas por el ejército en las montañas?

En la mesa contigua, aquellos jóvenes seguían vociferando.

—No creo que lo sepan... Yo tampoco lo sabía —repuso Christian con estupor.

Permanecimos en silencio, contemplando el paisaje que nos ofrecía la terraza. En las orillas, a muy pocos metros de donde nos hallábamos, como frutos del agua se erguían dos viejos árboles que parecían recordar a los muertos.

—¿Y dónde están los mayas de Atitlán? Acá apenas ocupan algunas casitas... —comenté.

—Si tomás un tuk-tuk en la plaza, en menos de quince minutos te llevará a las cumbres y allí los verás —repuso don Gerardo.

Esa misma mañana, mis hermanos y yo fuimos a buscar tuk-tuks. Solo hallamos uno disponible. En una lengua maya, su joven conductor empezó a preguntar a los vendedores de fruta por el dueño de otro que estaba estacionado en una esquina. No hubo manera de ubicarlo. Definitivamente, mis hermanos y yo no íbamos a caber en el asiento de pasajeros de un tuk-tuk y temíamos que su motor no resistiera en subida con nuestro peso. Miriam

nos dio la preferencia; se quedó en la plaza, haciéndonos adiós con la mano mientras nos alejábamos.

Al conductor le parecía extraño que estuviéramos usando sus servicios.

—¿No son turistas ustedes? —nos preguntó.

—Solo somos medio turistas —repuso Christian con orgullo—. Nos han dicho que arriba están los pueblos más bonitos, por eso queremos ir.

Con timidez al principio, el conductor empezó a preguntarnos si habíamos visitado otros lugares de Guatemala y cómo eran. Nosotros se los fuimos describiendo y también le hicimos algunas preguntas. Así supimos que se llamaba Francisco, que su idioma materno era el t'zutujil y que estaba por cumplir veintidós años; igual que Christian, pero aparentaba muchos menos.

—¿De México son ustedes? —nos consultó a continuación.

Mi hermano y yo reímos; una vez más nuestro castellano parecía definirnos como mexicanos. Le conté que habíamos nacido en Londres, pero que nuestro padre era guatemalteco. En ese momento, la pequeña confianza con la que nos había estado haciendo preguntas se desvaneció. Cuando mi hermano quiso retomar la conversación, Francisco le respondió en voz baja y lo trató de «señor». Christian y yo nos miramos con desconcierto. A los ojos de un guatemalteco, lucíamos como extranjeros, y si decíamos que no lo éramos, quedábamos clasificados como parte de esa oligarquía nacional de rasgos más blancos que ha dominado el país durante siglos; por tanto, para un maya como él, representábamos gente a quien debía mostrar distancia o sumisión para evadir daños o maltratos.

Papá ya nos había advertido que las relaciones sociales entre guatemaltecos estaban muy teñidas por la desconfianza y el racismo. Como habíamos estado frecuentando básicamente con gente ladina y no con mayas (salvo al momento de comprar en algunas ferias y mercados tradicionales),

recién asumimos de qué manera funcionaba ese sistema de relaciones. Ya estábamos por bajar del tuk-tuk. Francisco nos aguardaría una hora en la entrada del pueblo para luego llevarnos de retorno a la parte baja. Christian decidió aclarar las cosas:

—Mi papá tuvo que irse a Inglaterra porque el Ejército estaba persiguiendo a muchos de sus familiares y amigos.

Así como un rato atrás una sola frase había sembrado la desconfianza; en ese momento, esas palabras reconstruyeron la proximidad.

—¿En verdad? —nos preguntó Francisco con sorpresa.

En las cinco décadas anteriores, casi todos los indígenas mayas y un importante sector de ladinos se habían visto unidos en el enfrentamiento contra sus gobernantes y el sufrimiento común que les causó la represión.

—Es la pura verdad —repuse yo.

—¿Será que perdió muchos amigos su papá?

—Muchísimos —asentí.

Nos quedamos callados.

—Tristeza... —musitó Francisco.

—Y tú... ¿Has perdido algún familiar? —le pregunto mi hermano con vacilación.

Francisco tardó un rato antes de contestar. Pero cuando empezó a hablar, su historia salió como un torrente, enunciando las fechas, los nombres, las circunstancias, la tragedia. En 1983 había perdido a toda su familia: a sus padres y a cuatro hermanos menores. Había ocurrido en el pueblo donde acabábamos de llegar. Un destacamento de soldados había empezado a buscar colaboradores de la guerrilla casa por casa, golpeando a todo aquel que encontraran a su paso. Mucha gente corrió a refugiarse en la iglesia, pero el párroco también figuraba en la lista de sospechosos buscados por el Ejército. No se dieron mayor trabajo: arrojaron granadas y bombas de

kerosene dentro de la iglesia y cerraron sus puertas por fuera. Francisco se salvó porque aquel día había acompañado a su abuela a vender pollos a Santiago Atitlán.

En los ojos de mi hermano atisbé rabia, conmoción.

—Pero ahora tengo mujer y dos bebas —apuntó Francisco con firmeza.

Nosotros no salíamos del estupor. Él sacó una foto de su camisa y nos mostró a sus niñas.

Recién iba a cumplir veintidós años y ya tenía dos hijas pequeñas. Mi primer impulso como médico hubiera sido sugerirle que acudiera a algún servicio de planificación familiar. En esas circunstancias no me atreví. De qué manera podía pedirle a quien ha perdido a toda su familia que no se reproduzca más...

Christian y yo caminamos por aquel pueblo como si estuviéramos pisando estructuras delicadas, frágiles, tejidos que recién empiezan a cicatrizar. Al mismo tiempo, había algo que nos hacía sentir en casa, aunque todos sus pobladores nos mirasen con curiosidad y el único idioma en que la gente conversara entre sí fuera un t'zutujil del que no podíamos descifrar una sola palabra. En el centro de la plaza, un círculo de mujeres parecía estar deliberando importantes asuntos; al final de una calle, un hombre pintaba la silueta del Volcán de Agua en la entrada de una escuela que había tomado el nombre de Luis de León; en las aceras, sobre huipiles multicolores, mazorcas de maíz blanco y amarillo reposaban al sol. Al final, decidimos entrar a la iglesia del pueblo. Había sido erigida sobre las cenizas de aquella donde la familia de Francisco y tanta gente más sucumbió. Nos sentamos en sus bancas posteriores en silencio, observando a los dioses y santos que ocupaban su altar, escuchando el rumor de la escoba con la que una mujer barría en la sacristía contigua. Entonces Francisco apareció para buscarnos. Cuando salíamos, como si fuera el viento, señaló:

—¡Saber cuánta tanta muerte nos ha pasado...! Pero aquí estamos vivos,
¿verdad?

13

Cuando mi madre contactó con Alaíde Foppa para pedirle la dirección del historiador al que había auxiliado, ella le condicionó a que acudiera a su casa.

—Es mejor ser precavidos —le había dicho cuando la invitó a pasar a su sala.

Allí conversaron, no demasiado, sí lo suficiente como para que a mi madre se le grabara el brillo de aquella mujer, Alaíde Foppa.

Mi padre y sus dos alumnos habían sido hospedados por otra pareja de exiliados: Ofelia y Cayetano Santos. En su casa no tenían teléfono como para que Alaíde les avisara sobre la visita inopinada que iban a recibir. Mi padre empalideció al abrir la puerta. Mi madre había planificado justificar su aparición argumentando que estaba interesada en especializarse en Literatura Centroamericana y le sería enriquecedor entrevistarle; lo que finalmente escapó de su voz fue algo más directo: le dijo que nunca volvería tranquila a Londres si no lo conocía más.

Él la invitó a dar un paseo por Xochimilco. Hacía cuatro meses que mi madre se había instalado en el DF y hasta esa tarde no se había dado tiempo para conocer aquel parque inmenso. Allí se dirigieron, sin apenas hablar en el trayecto. Al empezar a navegar entre los canales de Xochimilco, mi padre le había preguntado si ya sabía por qué y en qué condiciones había llegado a México. Ella asintió. Él pasó a preguntarle si lo había buscado porque le despertaba compasión o simple curiosidad. Ella le dijo que ninguno de esos dos era el motivo, y esta vez, de forma consciente, le reiteró lo que le había

dicho al reencontrarlo: que no podría regresar tranquila a Londres si no lo conocía más.

Continuaron viéndose casi todos los días, utilizando sus tardes libres para pasear por las plazas, parques y recintos históricos de la capital mexicana; esa ciudad milenaria y extrovertida que a ambos los había acogido; esa ciudad multitudinaria que les fue íntima.

En septiembre, León le confió que deseaba volver a su país y le preguntó si estaría dispuesta a marcharse con él. Para animarla, resaltó el hecho de que hacía dos meses el nuevo Gobierno había decretado una amnistía para las guerrillas y que la represión de opositores estaba cesando. A pesar de que estaba enamorada, ella había sentido miedo. Le había pedido que le diera unos días para pensarlo y consultó sobre esa posibilidad con Emma, Sergio Larsen y su jefe en la Cruz Roja. Emma la había animado a abordar esa nueva vida; sus amigos mexicanos coincidieron en advertirle que Guatemala vivía en un vaivén continuado de terror y calma, pero se trataba de un vaivén donde cada nueva ronda de violencia evidenciaba más desprecio por la vida que la precedente. Sergio también le dijo que ni los guatemaltecos del exilio ni los opositores al interior del país querían ver esto, aunque tal vez esa era la única perspectiva a la que podían enganchar su esperanza.

Mi madre superó su miedo. Al cabo de pocos días le respondió a mi padre que se iría con él; solamente le pidió que aguardasen hasta Navidad, pues deseaba terminar su compromiso de trabajo voluntario con la Cruz Roja en México. Una semana después, en casa de Sergio Larsen, armaron una fiesta para celebrar esa decisión, así como para despedir a Pablo Garmendia, Carlos Fonseca, Ofelia y Cayetano Santos, y a otra pareja de exiliados que al día siguiente partiría de regreso a Guatemala. De esos seis no queda ninguno vivo. Antes de que pasaran dos años, cinco de ellos ya estaban muertos o

desaparecidos. Carlos Fonseca consiguió sobrevivir más tiempo, pero al final también fue asesinado.

Pero aquella noche de septiembre la fiesta fue contundente. Amanecieron bailando, bebiendo, charlando de sus planes, comiendo tamales, enchiladas y varios tipos de pudin inglés. Con el sol del alba se despidieron hasta pronto.

Una semana después, se embarcaron en una nueva fiesta, si bien fue más comedida en lo que refiere a bebidas alcohólicas. Mi madre había descubierto que estaba embarazada y, a pesar de que ese hecho (yo) no estaba programado, se convirtió en motivo para otra celebración. Era el último día de septiembre de 1966 y el futuro padre había considerado que, dadas las nuevas circunstancias, debía adelantar su viaje a Guatemala, de modo que cuando su pareja llegara para Navidad, él ya podría haber conseguido un trabajo. A mi madre no le hacía gracia quedarse todos esos meses sola, así que acordaron que él aguardaría hasta finales de octubre para marcharse. De no haber sido así, es desoladoramente probable que él hubiera acabado muerto; o en el mejor de los casos, que se hubiera pasado años de años viviendo a salto de mata. Lo trágico es que, pese a que se salvó, el resto de su existencia pasó muchos momentos asediado por la desesperación. Si él no hubiera amado apasionadamente la vida —digo amado *la* vida, no solo *su* vida—, ¿habría sufrido tanto? Pienso que no. Y me aflige pensar que la respuesta sea no. Porque entonces, si quienes aman tanto *la* vida terminan sufriendo de una manera que quienes aman básicamente *su* vida jamás imaginarían, ¿por qué sería algo bueno ser noble, generoso? ¿Dónde está la gracia? Decir que el placer está en la sola entrega y que el sacrificio que esto requiera es secundario me parece una razón teñida por el masoquismo, máxime si tomamos en cuenta que el significado de sacrificio en un lugar llamado Guatemala. Para tanto sacrificio no soy capaz de encontrar razones válidas. ¿No?

A la amnistía decretada por el Gobierno guatemalteco en julio de 1966 le siguió una tregua. Los dirigentes de las guerrillas aseguraron un cese al fuego unilateral si el Gobierno retiraba a los grupos ultraderechistas del poder y mantenía al Ejército bajo control. Antes de que se avanzara en alguna dirección, el 2 de octubre de 1966, Turcios Lima, el principal líder de las FAR, murió en un misterioso accidente, sembrándose perplejidad y confusión en gran parte de la oposición. Por su parte, el Ejército y los escuadrones de la muerte rompieron el pacto y lanzaron una cruenta ofensiva contra las guerrillas y los líderes estudiantiles, gremiales e indígenas. En las semanas y meses siguientes, centenares de ellos aparecieron muertos, flotando en los ríos o arrojados en cunetas, vertederos y plazas públicas, evidenciando señales de tortura. Los informes de Inteligencia de Estados Unidos desclasificados en la década de los noventa confirman el contundente apoyo militar, político y logístico que este país brindó a esa nueva campaña contrainsurgente, que solo entre 1966 y 1968 se cobró la vida de unas 8000 personas, la mayoría de ellas civiles desarmados.

Cuarentaiún *años después*, en el inmenso no-lugar que es el aeropuerto de Heathrow, mi madre recién nos contó «detalles» que mis hermanos y yo desconocíamos sobre los primeros meses de su relación con mi padre. A pesar del tiempo y la distancia que nos separaban de aquellos hechos, yo me sentía recorrido por el escalofrío, por la fragilidad que se cuele al preguntarnos qué íntima o distante puede vislumbrarse la muerte, y más que la muerte, el mal, dependiendo de los lugares y/o las fechas en que a cada cual le haya tocado nacer. El silencio nos había abatido. Lo corté para expresar eso que estaba tratando de entender: ¿cómo surge tanta sombra, tanta maldad?

—¿Por qué piensas tanto en las sombras, en el mal; y no en el candor o la valentía? —me interrogó mi madre, con cierta desesperación en su voz.

Creo que no fue a mí a quién dirigió esa pregunta. Quizás mi padre también estaba sentado en esa mesa, observando su reflejo vejado en la ventana de aquella cafetería de aeropuerto. Aun así, yo me seguía sintiendo aludido y no callé:

—¿Pero para qué valió tanta valentía y tanto candor?

Mi madre dejó caer sus manos sobre su regazo. Parecía exhausta.

—¿Para qué valió? —susurró, y se quedó mirando el vacío.

Al enterarse de la violencia que se estaba desatando en su país, la impotencia por no estar allí dando la batalla estaba enloqueciendo a mi padre; peor aún cuando recibió la noticia de que las cabezas de dos muchachos indígenas que lo habían apoyado en sus primeras campañas de alfabetización rural habían aparecido expuestas en sendas picas a la entrada de su pueblo.

—En aquellos días, ni siquiera el hecho de que iba a tener un hijo parecía ser un motivo para no arriesgar la vida —añadió mi madre—. Por el contrario, él me decía que si no luchaba por cambiar las cosas, qué mundo le iba a entregar al bebé que íbamos a tener.

A ninguno de sus tres hijos nos era desconocida la historia trágica de Guatemala, ni que papá había perdido a varios seres queridos en las cuatro décadas de violencia política.

No obstante, acaso para librarnos de pesadillas, mis padres habían evitado que nos sumergiéramos en los detalles.

Miriam, mi hermana, tenía la piel erizada y se frotaba los brazos incesantemente, como si no fuera verano, como si ella misma a través de su trabajo en una organización humanitaria no conociera de la capacidad del ser humano para ejercer el mal. Yo también sentía frío, y rabia, e impotencia, y en voz alta pregunté:

—¿De dónde saca el ser humano el ánimo para atropellar la vida y la dignidad de los prójimos?

—No generalices —sentenció mi madre.

Me quedé perplejo. Christian miró su reloj y dijo que lo esperásemos un momento: iba a ver si podía cambiar de vuelo a otro que saliera más tarde. No encontró cupo. No tuvimos, pues, más tiempo para seguir conversando. Desde entonces, desde hace dos años, no hemos tenido la oportunidad de reunirnos los cuatro para hablar en la intimidad de esa historia.

Mi padre no regresó a Guatemala en 1966. Faltando pocos días para su partida, su madre lo llamó para avisarle que Luis, su hermano menor, se había unido a las guerrillas y se había marchado a vivir en la clandestinidad. Tras darle esa noticia, le rogó que permaneciera en México. Estaba aterrada ante la posibilidad de perder a sus dos hijos y no quería que el nieto que iba a tener creciera huérfano. Esto último fue determinante para que él cambiara de opinión.

En origen, podría decirse que la culpa fue de Ubico. A fines de 1941, cuando mi padre tenía cuatro años y su hermano estaba por nacer, el dictador de turno en Guatemala, Jorge Ubico, pasaba por un periodo febril de aspiración a la inmortalidad. Además, estaba confundido. Ferviente admirador de Napoleón Bonaparte, en los eventos especiales le gustaba que sus soldados vistieran uniformes calcados del Ejército francés del siglo XVIII. Tras ganar las elecciones de 1931 y acceder al gobierno, se adjudicó poderes dictatoriales y empezó a creerse divino, infalible, incontestable, algo que le impulsó a modificar la Constitución para eternizarse en el poder. Al advertir que la libertad de prensa podía contaminar las conciencias de sus ciudadanos, ordenó que ninguna publicación saliera a la calle sin haber recibido su visto bueno. Comoquiera que esto no era suficiente para defender la fe ubiquista que estaba alentando por todo el país, en 1933 no dudó en mandar al paredón a un centenar de opositores políticos, dirigentes estudiantiles y líderes obreros que se habían levantado. No le gustaban, pues, los desórdenes; por ello otorgó carta de legitimidad a los finqueros y a la

United Fruit Company para que ejecutaran a los campesinos que se rebelaran en sus fundos. En las ciudades, siguió aplicando duras penas de prisión para los opositores y decretó severísimas leyes contra los ladrones, lo cual incluía la amputación de las manos. Hoy en Guatemala el general Ubico sigue contando con numerosos admiradores que exaltan que nunca como en su tiempo se disfrutó del orden; también sacan a relucir los edificios monumentales que mandó construir en la ciudad capital. Sí, a Ubico le preocupaba dejar huellas, grandes, como era el caso del Palacio de Gobierno y el edificio de la Dirección General de la Policía, donde también imprimió para la posteridad, con letras ampulosas, la dupla divina de cinco que el destino le había asignado para el buen gobierno de Guatemala: Jorge Ubico. Quien no quiera ver un albur extraordinario en la coincidencia de que su nombre y su apellido tienen cinco letras, que viaje a la década de 1930 y armado únicamente con su razón contradiga a un Ubico custodiado por un tropel de soldados de sable y pistola ataviados con charreteras napoleónicas.

Volviendo a las circunstancias que desencadenaron la orfandad de mi padre, hay que señalar que, además de su fascinación por Napoleón y su adhesión a la United Fruit Company, Ubico era un entusiasta admirador de Hitler y Mussolini, a quienes dirigía cartas de tú a tú en castellano, convencido de que ellos lo *ubicaban*. Aquí hallamos las raíces de la confusión que lo desalmaba a finales de 1941. Para ganarse el elogio de Alemania, durante la década precedente había otorgado notables favores a los negocios germanos asentados en Guatemala, a veces por encima de los que concedía a la United Fruit y otras empresas norteamericanas. Auguraba que Hitler ganaría la contienda desatada en Europa y confiaba en que Estados Unidos no intervendría en ella. No contaba con que Japón lanzaría un ataque contra Pearl Harbor en diciembre de aquel año, determinando que este país declarase la guerra a Alemania y a sus aliados y observase con muy malos

ojos a los regímenes que se habían mostrado afines al enemigo. Guatemala estaba demasiado lejos del abrazo de Hitler y excesivamente cerca de Estados Unidos como para que siguiera creyéndose intocable. Antes de que hubiera pasado una semana del ataque a Pearl Harbor, Ubico declaró la guerra a Alemania, Italia y Japón. Pero no conseguía recuperarse del susto. Temor, vulnerabilidad, confusión; redobló la construcción de efigies que lo inmortalizaran, también la imposición de su nombre en los edificios públicos, fueran rurales o urbanos, humildes o portentosos.

Mi abuelo Julián Cordado tenía un taller metalúrgico; hasta 1941 se había especializado en la fabricación de obras en bronce y hierro forjado para viviendas y fincas. En ocasiones le encargaban la confección de placas informativas para espacios públicos, algo que durante el régimen de Ubico incluía, necesariamente, encumbrar la dupla divina de cinco para que la población jamás olvidara quién era el prócer bajo cuyo mandato se había construido o reparado la acera, la escuelita, el pilón de agua, o las bancas de una plaza. Labrar con esmero aquel nombre no era algo que lo entusiasmara: uno de sus mejores amigos había sido fusilado por el régimen en 1933. Como no podía negarse a esas órdenes, las cumplía con rabia. Tras el ataque a Pearl Harbor, empezó a recibir más y más encargos de ese tipo, lo que le obligaba a dejar a medias otros trabajos y dedicar muchas horas extra a esa labor. Una tarde, del disgusto según su esposa, sufrió un derrame cerebral. Murió el último día de 1941.

Aunque la muerte lo alejara del nombre de Ubico para siempre, también lo apartó de la memoria de sus hijos. El único recuerdo suyo que mi padre albergaba era el de verlo en su taller, rodeado de planchas de bronce, limpiándose el sudor de la frente con la manga de su camisa, tratando de esforzar una sonrisa. Su hijo menor ni siquiera llegó a conocerlo. Nació dos meses después de su deceso.

Gracias al apoyo de los tres operarios que trabajaban con su marido, mi abuela consiguió que el taller se mantuviera en pie durante bastantes años, *los suficientes como para sacar adelante a sus hijos y creer que, tras la caída de Ubico, el futuro para ellos podría asemejarse a las radionovelas a las que era aficionada*, donde los mayores problemas eran los derivados de los celos, las envidias, hijos desagradecidos y hasta alguna perfidia económica; pero al final terminaban siempre en armonía, reencuentros y verdad. En junio de 1954, cuando las huestes golpistas iniciaron su avance sobre Guatemala, mi tío Luis tenía doce años y mi padre diecisiete. Mientras el humo y los tiros se esparcían por la ciudad capital, mi abuela se encerró con ellos en su casa. Allí les hizo prometer que no saldrían a la calle hasta que la violencia cesara y, en especial, que jamás se inmiscuyeran en problemas políticos. A las 72 horas la primera promesa ya había sido disuelta con el propio consentimiento materno: los enfrentamientos se prolongaron diez días; si nadie hubiera salido a procurar alimentos, habrían corrido el riesgo de morir de hambre. La segunda promesa tampoco demoró en colapsar. Mi padre fue el primero en quebrarla cuando ingresó a la Universidad de San Carlos e hizo amistades con gente del proscrito PGT y con los curas cooperativistas de Acción Católica. Mi tío Luis la rompió al inmiscuirse en política cuando todavía era un estudiante de liceo. En octubre de 1966, al unirse a las guerrillas, la destrozó por completo.

En esas circunstancias, mi abuela se había sumido en la preocupación, aunque también se sentía orgullosa. En 1969, cuando Luis desapareció del mapa, sopesó que aquello era un castigo para quienes se habían arrogado la aspiración de cambiar el mundo. Afortunadamente, él no estaba muerto: su guerrilla le había asignado tareas de organización y durante un año tuvo que vivir en la clandestinidad más absoluta, aun a costa de que su madre pasara ese tiempo creyendo que había caído.

Papá siempre decía que mi aire y mi voz eran idénticos a los de su hermano. Tal vez sea cierto. Pero en la manera de ser, creo que no guardo nada en común con él. Desde muy joven, Luis parece haber andado con bastante osadía y entrega en un país peligroso; yo camino por una vida que es segura con gran indecisión y cobardía. ¿De qué depende esto? Aquí la genética no me brinda respuestas.

Esta tarde de septiembre me encuentro escribiendo en mi casa de Londres, aposentado en mi escritorio, junto a un vaso de limonada y dos tajadas de melón, con la confianza de no deberle ya nada a un banco por la posesión de esta casa y la certeza de que el lunes me aguarda un trabajo por el que percibo un excelente salario. Y, sin embargo, me siento muy vulnerable: al tiempo, a la soledad, a la enfermedad, a la climatología; incluso estoy tomando medidas exageradas que me prevengan de la gripe porcina y me hallo temiendo que la cita que aguardo esta noche concluya como un fiasco. Temor, desconfianza. ¿Por qué tanto miedo? ¿Dónde desapareció la valentía? ¿Fue en Guatemala en 1966? ¿Fue en Estados Unidos en 1865? ¿Fue en Guatemala en 1968? ¿Fue en España en 1939? ¿Fue en Guatemala en 1971? ¿Fue en el Congo en 1961? ¿Fue en Guatemala en 1974? ¿Fue en Indonesia en 1960? ¿Fue en Guatemala en 1978? ¿Fue aquí mismo en Inglaterra en 1979? ¿Fue en Guatemala en 1983? ¿Fue en el Perú en 1990? ¿Fue en Guatemala en 1996? En cualquier caso, se perdió hace mucho tiempo.

15

En diciembre de 1966, mi madre volvió a Londres con un hombre al que mis abuelos solo habían visto por fotografía. Hasta donde mi padre conocía, no tenía ascendentes judíos, pero el hecho de llamarse León le abrió puertas con su suegro.

Mi abuelo Ariel se había sentido abrumado cuando mi madre le contó que estaba enamorada de un guatemalteco. Había imaginado que podía tratarse de un prototipo de macho latino (esto es: mujeriego, borracho y maltratador); mas al saber que se llamaba León, se le había encendido cierta confianza. Que no duró mucho. Desde que mi madre se marchara a México, se había vuelto adicto a escuchar las noticias de Radio BBC Internacional, de modo que cuando ella le avisó que estaba pensando en instalarse en Guatemala con su pareja, se había sumido en la preocupación: ya no solo se trataba de que su única hija no volvería a vivir cerca de ellos, sino que las noticias que había escuchado sobre aquel país centroamericano le habían puesto los cabellos de punta. Por tanto, cuando supo que habían cambiado de planes y que se casarían antes de trasladarse a Inglaterra, no le importó mucho no estar presente en la boda y el día que fue a recibirlos al aeropuerto los abrazó como si acabaran de escapar de la muerte.

Yo nací a principios de junio de 1967 y me pusieron su nombre. Este hecho le hizo muy feliz. Como ya he señalado, ni mis hermanos ni yo recibimos una educación religiosa fuera de las misas anglicanas a las que mi abuela Beth nos llevaba de niños y algunas clases en la escuela; claro que a través de mi padre y mi abuelo, también conocíamos algunas historias y

particularidades del catolicismo y el judaísmo. Pero nada muy profundo. Al cumplir trece años, mi abuelo me llevó a pasear por sus lugares favoritos en Londres y llegado un momento de la tarde me reveló el significado de mi nombre. Hasta entonces, yo pensaba que los nombres se caracterizaban precisamente por su ausencia de significado y que existían como sonidos que podían resultarme agradables o disonantes. Aquel día supe que él había pedido guardar para sí esa revelación para esa fecha especial: Ariel significa «León de Dios», me dijo.

La situación en la que mis padres arribaron a Londres no era prometedora: ella volvía sin dinero y sin ningún empleo que la estuviera aguardando; mi padre se hallaba en peores condiciones, pues su inglés se limitaba a una docena de frases. Se acomodaron en la casa de mis abuelos y cuando papá aprendió algunas frases más (su favorita en ese periodo había sido *Bloody English!*) consiguió su primer trabajo como cargador de mercancías en el comercio de telas y lanas que mi abuelo administraba. Como en los años sesenta en América Latina no era inusual que las parejas recién casadas pasaran sus primeros años de matrimonio en la casa de los suegros, a papá no le resultó incómodo vivir con ellos. Los quería mucho, aunque a la usanza guatemalteca, les ofrecía un trato bastante respetuoso por el hecho de que eran mayores. Cuando mis hermanos y yo fuimos aprendiendo a hablar, él nos enseñó a llamarlos Papa Ariel y Mama Beth, y desde entonces él también los llamó así.

Mi padre y mi abuelo establecieron una relación de compañerismo que poco o nada tenía que ver con la afinidad de sus nombres. Ahora me pregunto si en las innumerables horas nocturnas que compartieron escuchando Radio BBC Internacional, el león guatemalteco que era mi padre le confió a Papa Ariel, el león anglo-ruso, algo de lo que tal vez nunca habló con mi madre.

Hay dos leones heridos que parecen perfectamente curados; los dos padecen frecuentes insomnios. Hay una radio de noticias internacionales en la cocina de una casa ubicada en un país donde ninguno de los dos ha nacido. Hay melancolía, hay un entendimiento de lo que significa arrancarse de una patria para lograr la sobrevivencia en otra muy distinta y distante. También hay un conocimiento común de lo que es perder a los seres más íntimos en situaciones violentas.

Mi abuelo tenía nueve años cuando en la primavera de 1914 emigró de Rusia con sus padres y su hermano menor. A sus dos hermanos mayores, de doce y catorce años, los dejaron con unos familiares porque no les alcanzaba el dinero para pagar sus pasajes a Inglaterra. Quedaba la promesa de recogerlos en cuanto hubieran ahorrado lo suficiente. Recién el padre de aquella familia había conseguido un trabajo en una fábrica inglesa cuando se desató una escalada de declaratorias de guerra que enfrentó a Alemania y Rusia, y en pocos días también involucró a Gran Bretaña. La última carta que esa familia rusa recibió de sus hijos mayores informaba que, en el verano de 1915, se vieron obligados a huir de la guerra hacia el este. Después llegó el otoño, el invierno y los combates se recrudecieron. Luego fue el turno de la Revolución de Octubre de 1917. Aunque en 1918 la Primera Guerra Mundial estaba finalizando en Europa occidental, en Rusia se iniciaba la guerra civil que precedió a la creación de la Unión Soviética. Tras un corto periodo de paz, sobrevino el sanguinario totalitarismo dirigido por Stalin.

Cinco años después de su arribo a Inglaterra, al fin dieron con un pariente que les informó que en 1916 el hermano mayor de mi abuelo había sido reclutado para defender a la Madre Rusia en el frente más peligroso y podían, por tanto, darlo por muerto. Del segundo hermano y del resto de la familia se había perdido el rastro. Los padres de Papa Ariel murieron antes de 1941 con la esperanza de que en un futuro no lejano, sus hijos menores lo encontrarán

y le pusieran al corriente de todos los esfuerzos que habían hecho para buscarlo. Les atormentaba que sus hijos mayores vivieran o hubieran muerto creyendo que los habían olvidado.

El estallido de la Segunda Guerra Mundial se cobró en la Unión Soviética el más grande número de víctimas, y fue allí donde las huestes nazis desataron el mayor exterminio de poblaciones judías. Si el hermano segundo de mi abuelo hubiera sobrevivido a la Primera Guerra Mundial, y a la guerra civil rusa, y eventualmente a los traslados forzados de campesinos de Stalin, es bastante probable que el azar no le diera más chance para sobrevivir a una nueva guerra mundial como soldado soviético, o al genocidio nazi como poblano judío. Pero la esperanza... Por testaruda, por arrebatadoramente loca, a veces me inunda de tristeza. ¿O debería provocarme admiración? Como ya he contado, en la Segunda Guerra Mundial mi abuelo Ariel perdió a su hermano menor mientras luchaba como soldado británico. Tal vez por la responsabilidad que le pesaba como único sobreviviente, hasta pocos meses antes su muerte en 1991, se mantuvo indagando por pistas que le condujeran hasta su hermano segundo en Rusia, o que al menos le indicaran dónde y cuándo fue su final.

Ahí, pues, en esa cocina londinense, alrededor de una radio de noticias internacionales, una y otra noche se encontraban dos leones heridos, en apariencia curados. ¡Qué inmensa es la tragedia de mi país chiquitito!, diría o respiraría el aliento del leoncito guatemalteco de ojazos negros. ¡Qué inconmensurable es la tragedia de mi país grandotote!, diría, o respiraría el aliento del león ruso de ojitos azules.

III

*¿Dónde estás?
No te encuentro. No capto
tu huella de luciérnagas.
Y me quedo en la noche.*

Manuel José Arce

16

El año 1971 fue muy importante en la vida de mi familia. Era algo que oí comentar a mis padres en varias ocasiones. Ahora que lo pienso bien, quizás era mamá quien más hablaba sobre las cosas positivas de aquel año. Papá le seguiría la corriente. Ahora sé hasta qué punto fue importante. ¿Importante? Atroz.

De entrada, se inició con cambios sustantivos: aprovechando las vacaciones de invierno, en los días previos al Año Nuevo, mis padres se mudaron a un barrio que no estaba muy lejos de la casa de mis abuelos. Supongo que para mamá fue un cambio feliz, por lo largamente aguardado. Imagino que papá también estaría contento, aunque la mudanza le privara de la compañía de Papa Ariel en sus noches de insomnio. Para mi hermana y para mí, aquello supuso la primera experiencia de desarraigo forzado: echábamos mucho de menos a nuestros abuelos.

En septiembre de 1967, transcurridos tres meses desde mi nacimiento, mi madre empezó a enseñar en una escuela secundaria ubicada cerca del departamento al que nos mudaríamos después. En julio de 1968 nació mi hermana, también en periodo estival, de manera que mi madre pudo seguir trabajando gracias a la ayuda de mi abuela, que cuidaba de nosotros mientras ella, papá y el abuelo acudían a sus trabajos. Papa Ariel era el que más pronto regresaba para dedicarse a jugar con nosotros. Según mi abuela, desde que sus nietos nacimos, había suprimido su costumbre de entregar horas extras al comercio en el que llevaba trabajando desde los veinte años.

En lo que respecta a mi padre, durante sus primeros años en Londres, sus ocupaciones eran numerosas y por lo mismo era a quien menos veíamos. Como estaba empeñado en alcanzar un manejo sólido del inglés y no quería perder a mi madre como su refugio para hablar castellano, a la salida de su trabajo asistía a un centro de idiomas donde conoció a una variedad de exiliados económicos y políticos del mundo. A través de uno de ellos, Fernando Vieira, un brasileño que se convertiría en uno de sus mejores amigos, en 1968 halló otra ocupación, algo que le permitió retomar una conexión más intensa con su vida previa: se vinculó con Amnistía Internacional, dedicando cada vez más horas de voluntariado a las campañas solidarias que la organización, creada en 1961, difundía desde Londres. Al empezar la década de los setenta, estas campañas habían logrado liberar a centenares de presos de conciencia en diferentes lugares del mundo, mientras sus acciones urgentes habían conseguido evitar el encarcelamiento, la tortura o la misma muerte de otros centenares de personas debido a sus opiniones políticas o religiosas, todo lo cual estaba convirtiendo a Amnistía Internacional en un vigoroso grupo de presión. Por esa misma época, sus acciones también se ampliaron en América Latina. En ese marco, en 1971 mi padre fue contratado para trabajar a tiempo completo con ellos.

Otro recuerdo remarcable de aquel año fue conocer a Mama Laura, mi abuela guatemalteca. Llegó en abril, justo a tiempo para celebrar los 34 años de papá, a quien no veía desde 1966. Se quedó con nosotros durante tres meses, los suficientes como para disfrutar de la mejor temporada de luz en Londres, sin ausentarse demasiado de una Guatemala donde su hijo menor sobrevivía a salto de mata.

En julio de 1971, yo tenía cuatro años, mi hermana acaba de cumplir tres, y al día siguiente de haberle hecho soplar las velas en una torta con forma de colibrí, mi abuela regresó a Guate. A Guate-mala.

Por las fotografías de aquel cumpleaños, asumo que la torta colibrí que preparó despertó la admiración de adultos y chicos: varias de ellas muestran únicamente a la torta, otras la exhiben rodeada de rostros infantiles asombrados. Mi abuela Laura debía sentirse muy orgullosa por su ingenio, pues en la fotografía donde sostiene a mi hermana cuando está a punto de soplar las velas, su mirada satisfecha está fijada en su obra. A su derecha, mi padre luce una sonrisa amplia, a pesar del equilibrio que parece hacer al sostenerme en uno de sus brazos y taparme la boca con la otra mano para que no sople las velas en lugar de Miriam.

Hace unos años, mi hermana se dio el tiempo de digitalizar las fotos antiguas de nuestra familia y me entregó una copia en un CD. Ahora que puedo verlas en pantalla grande y detenerme en sus detalles, siento alivio al verificar que aquel 16 de julio mi padre aún no sabía nada; de otro modo, no habría podido sonreír con esa vitalidad.

¿Cuándo lo supo? La verdad es que las fechas exactas no explicarían gran cosa. En cualquier caso, debió ser después de que mi abuela retornara a Guatemala; porque si yo fuera él y supiera que mi madre está por regresar a un país donde los peores demonios se han desatado, jamás la dejaría partir. Y estoy seguro de que mi padre tampoco la hubiera dejado tomar ese avión.

Coralía fue asesinada en julio de 1971, y esa pesadilla hoy me despierta insomnios.

¿Para qué sirve la anestesia?

Tenía veintidós años cuando decidí que esa sería mi especialidad. En aquella época, la medicina me seguía fascinando por la posibilidad que brinda para conocer a fondo el funcionamiento de los organismos humanos y desde esa base procura la curación o el alivio de los procesos fisiológicos anómalos o naturales que les provocan sufrimiento o destrucción. Pero, en ese momento, empecé a sentirme fascinado por una especialidad que permite que los organismos humanos atraviesen sin dolor tanto por las operaciones más agresivas e invasivas como por las más delicadas y superficiales. También debo admitir que otro factor de atracción hacia la anestesiología me venía de una irresistible curiosidad por conocer cómo funciona ese limbo de inconsciencia entre la vida y la muerte en que sumergimos a las personas que pasarán por una intervención severa.

Tanta especialidad, tantos años de estudio para conocer a fondo la fisiología humana... ¿Para qué diablos me serviría la anestesiología en la Guatemala de hace una, dos, tres, cuatro décadas? Incluso hoy mismo, llevado a los vertederos donde cada día los asesinos siguen arrojando los restos de personas que estaban plenamente sanas antes de que las mataran, ¿para qué me serviría lo aprendido?

A lo sumo para sentir más consternación. O para hallarme, como me hallo desde hace una semana, incapaz de dormir en paz.

Elaine. Le he contado tantas cosas de mi vida... Hace quince días regresó a San Francisco. Si todavía estuviera aquí y quedáramos para cenar y de

nuevo termináramos la noche en mi cama, no creo que le contara nada de lo que me está ocurriendo. Porque sería como inyectarle veneno sin tener a mi lado ningún antídoto. Porque han transcurrido quince días desde que ella se fue, y también quince días desde que yo me puse a indagar en detalles que mi padre no había querido ventilar en aquella confesión que dejara en mi cuaderno infantil. Detalles. Los he encontrado. No es difícil, menos aún para quienes habitamos países donde es muy sencillo acceder a bibliotecas estupendas y a internet. Solo no ve el que no quiere ver.

Cuando escribo mis artículos y ponencias intento ser original, presentar las cosas de una manera que no suene trillada; pero ante los bólidos de horror e indiferencia que estoy avistando, no hallo manera de hacerme el original sin sentirme estúpido, banal.

Solo no ve quien no quiere ver. Hay un océano de dolor en el que naufragan millones de gentes que carecen de los derechos que otros, en nuestros países más libres y prósperos, gozamos como si fueran un producto natural como el aire. Nosotros, habitantes de unas playas bien resguardadas de maremotos y tiburones, que si el agua amanece turbulenta un día, no nos detenemos ni un instante para averiguar qué es aquello que la enturbia: corremos a refugiarnos en nuestras casas, o peor aún: nos vamos a nadar en esa ridícula construcción humana que es una piscina junto a una playa. Si ni siquiera nos detenemos a cuestionar ese tipo de absurdos y los acatamos como características de la modernidad, cómo le vamos a dedicar tiempo a ver qué cosas y qué gentes están naufragando o yacen muertas más allá de nuestras orillas. Si Darwin reapareciera para recordarnos cuál es nuestro origen otra vez nos mofaríamos de él. Nos sentimos tan seguros de haber evolucionado; pero si en efecto regresara y nos hallara tan envalentonados en que somos civilizados porque con un clic nos comunicamos con habitantes de otros extremos del mundo, o porque mediante una tarjeta de plástico

compramos en el acto bienes grandes y pequeños, acaso creyera que se equivocó y que el ser humano nada de parentesco guarda con chimpancés, orangutanes y gorilas, que al fin y al cabo viven más conscientes de las otras especies de su entorno; podría creer que somos producto de la mutación de una ameba: un organismo más simple, habitante típico de mundos en descomposición que se reproduce por generación espontánea sin desarrollar ningún tipo de pensamiento creativo. Y hasta es posible que diera visos de razón a quienes creen que el ser humano procede de un grupo de alienígenas, porque solo algo así le explicaría que a estas alturas del partido seamos la especie más indiferente y nociva para el planeta en el que habríamos aterrizado.

He escrito todo eso por rabia. Porque si diera una vuelta de tuerca más, quizás acabase comprendiendo y hasta justificando que quienes viven bien no quieren ver otras cosas. Si lo hicieran tampoco podrían dormir. ¿O es que serían tan cínicos para verlas como si fuera una película y sin cuestionarse nada consiguieran luego dormir?

No soy el más indicado para criticar la indiferencia de mis congéneres, porque creo que si tuviera la posibilidad de retroceder dos semanas y me hallara ante la opción de quedarme con lo que ya sabía de Guatemala (incluidas las revelaciones que mi padre dejó en ese cuaderno), o sumar lo que iba a conocer en los días siguientes, elegiría mantenerme quieto y no saber más. Porque ahora no puedo dormir. Porque estoy cargado de una furia y un horror que no sé cómo manejar. Porque hay noches en que me encuentro sudando, espantado, nublado de indignación. Porque empiezo a creer que los engendros que fueron capaces de cometer tantas atrocidades en Guatemala, así como los secuaces que los alentaron y financiaron, sí están durmiendo o durmieron bastante bien hasta que les llegó la muerte. De hecho, los que todavía viven y sus acólitos de las nuevas generaciones continúan mandando

en Guatemala: de manera sutil o desenfadada siguen manejando los hilos que gobiernan el país y dictan cuál es su historia. Con desfachatez han conseguido que la población sitúe el inicio de la violencia en 1960, con el surgimiento de las guerrillas, y no en el virulento golpe de Estado de 1954; también han conseguido que hasta los organismos de derechos humanos normalicen el uso del término «guerra civil» para referirse a los treintaiséis años de violencia que median entre 1960 y la firma de los acuerdos de paz en 1996, como si se hubiera tratado de una guerra entre dos facciones de la población enfrentadas entre sí, como si el 93 % de las muertes, en su inmensa mayoría civiles, no hubieran sido víctimas del atropello de las fuerzas del Estado. Siguen mandando tanto que, con más de 200 000 muertos y desaparecidos a cuestras, apenas se ha encarcelado a una docena de criminales de rango menor. Por el contrario, quienes despliegan esfuerzos en busca de la justicia se ven continuamente amenazados, hostigados, insultados como terroristas, cuando no salvajemente asesinados con métodos iguales a los aplicados por la contrainsurgencia en las cuatro décadas anteriores. Impunidad. Insomnio.

Cómo podría hablar de esto con Elaine; cómo podría desfogar en ella este veneno si desconozco un remedio que la pueda salvar. Si lo tuviera, hoy no escribiría esto con el estómago revuelto. Porque empiezo a creer que jamás existirá nada que pueda reparar el dolor de las víctimas de Guatemala. Ni creo que algo como el tiempo o la escritura a mí mismo me pueda sanar de las cosas que *he sabido* en las últimas semanas. He tratado de amebas a quienes no quieren ver estas cosas, pero creo que ese no es el punto. El punto básico es que nadie debería saber ese tipo de cosas por la simple razón de que esas cosas no deberían ocurrir jamás.

Hace un rato salí a dar una vuelta por el parque. Todavía cargado por la rabia, me encontré con que esparcida entre los jardines y senderos peatonales

la gente disfrutaba de este otoño que parece primavera. Frente al banco donde me senté para leer el periódico, una pareja de adolescentes se entretenía con un juego original: con los ojos cerrados y audífonos conectados a un MP3, con el índice derecho el chico parecía indicar la ruta de la melodía que estaba escuchando, como un director de orquesta que marca los ritmos calmos y se levanta con energía para empujar los apasionados. Tras uno o dos minutos de adivinación, ella dio el nombre de una melodía clásica que no recuerdo; él abrió los ojos un instante y negó con la cabeza antes de volver a su tarea de director, hasta que en voz más alta ella señaló que era la Danza Húngara; él se echó a reír, dijo que tampoco era y le recordó que solo le quedaba un intento. La melodía prosiguió; ella se mostraba ansiosa y gritó: «¡Orfeo en los infiernos!». Durante unos segundos, él sonrió sutilmente, hasta que volvió a negar con la cabeza. Ella empezó a palmear contra las rodillas de su amigo y pronto iniciaron una nueva adivinanza. Creo que esta vez se pasaron a un rock duro, pues él intercalaba poses de guitarrista frenético y saxofonista con momentos largos de baterista. Ella pronunció el nombre de un tema que yo desconozco, acertó y empezó a saltar. Podría haberme pasado la tarde observando a esos chicos; pero temí que se dieran cuenta. Temí romper esa magia. Esa realidad.

Tener tiempo para leer el periódico en un parque, ser dos adolescentes que juegan en la música... Momentos para acceder a la libertad cada día. Eso debería ser lo normal en Guatemala, en Irak, en Sudán, en Afganistán, en Corea del Norte... Como médico puedo admitir que el dolor exista como algo no deliberado. El horror, no. El horror, ¿por qué?

León herido. Cuántas veces se habrá hecho esa pregunta: ¿Por qué? Cuántos dibujos habrá trazado para resucitar de las preguntas sin respuesta; cuántos empezaron con color y terminaron convertidos en oscuridad. Tantos sentimientos de idas y vueltas, de recordar a sus muertos sin poder recordarlos de otra manera que no fuera la peor. Una noche tomó el cuaderno donde yo aprendí a escribir mis primeras letras (¿por qué ese cuaderno?) y allí desentrañó su paso por las tinieblas. Le costó, le costó; eso es lo que señala en varios pasajes del texto. Para expresar dónde y cómo Guatemala le dolía más; para explicarse a sí mismo, o a quien lo leyera, por qué en dos ocasiones no había actuado como un mártir. Para hacerlo, tuvo que hablar de las sombras.

Nada de lo que en ella fue hermoso, autónomo, libre, quedó intacto. Es más, todo aquello fue ultrajado, mutilado, incinerado.

Desde que lo he sabido, no consigo por más de un instante desvincular su recuerdo del espanto.

Ella ya está muerta, ya no está sufriendo; me dice una cierta cordura. Pero el calvario prosigue, y no hablo del que me persigue a mí, que puedo vivir lejos y solo soy víctima de insomnios. Prosigue allá, en el país que nos reunió para bien y para mal. Y cada año que pasa nos seguimos sorprendiendo de que la infamia no cese. Como si el ciclo de sufrimiento en Guatemala nunca fuera a acabar.

Mi padre había querido revelar lo que había hecho, explicar lo que le había ocurrido, y para ello creyó necesario contar los antecedentes. Pero optó

por no explayarse. Imaginaría que el día que alguno de sus hijos o su esposa hallaran esa parte escondida de su vida se verían muy afectados y para evitarnos una consternación mayor, o quizás también por respeto a los muertos, no ofreció detalles. ¿Por qué tuve yo que ir a buscarlos?

Coralia. Desde la primera página que mi padre escribió, su nombre está presente. Cuatro, cinco, seis veces su nombre se repite en la primera página. Coralia. Tal vez porque más que a mi madre, a mis hermanos o a mí, a quien él se está dirigiendo, a quien quiere explicarle, a quien plantea sus preguntas, con quien quiere confesarse es con ella. Coralia.

Y sin dar más tiempo a la inocencia, en la siguiente página ese nombre es mencionado una sola vez para contar cómo una noche de julio de 1971, su amigo Carlos Fonseca, desde algún rincón de Guatemala por donde andaba clandestino, lo había llamado desesperado, llorando como un niño, para contarle que Coralia del Río había sido hallada muerta en un vertedero tras haber estado desaparecida una semana, desde que un escuadrón paramilitar la secuestrara a plena luz del día, al momento de salir de su trabajo en una escuela pública, delante de sus alumnos y de muchos padres de familia. Y le contó de qué maneras habían matado a Coralia. De tan salvajes maneras que mi padre no la podía volver a imaginar viva, con tanta inhumanidad que mi padre se declaró rendido. Decidió que no regresaría a vivir en Guatemala como había estado anhelando hasta hacía pocos días. Nunca más.

Y siguió escribiendo. Y describiendo. Otras cosas. Más y más cosas. Historias de Guatemala previas y posteriores al asesinato de Coralia.

Mi padre la conoció a principios de 1965, cuando ella cursaba el tercer año de carrera. Él estaba comenzando a trabajar en la Universidad de San Carlos, y entre la treintena de alumnos a quienes impartía clases de Historia Maya, Coralia destacaba por ser una de las más inteligentes, así como por su belleza. Sus alumnos varones se mostraban entregados a su brillo. Carlos Fonseca era uno de ellos, aunque intentara disimular. A mi padre le ocurría lo mismo, pero también disimulaba. Ella solo parecía consciente de su inteligencia, lo cual hacía difícil comprender por qué estaba enamorada de un muchacho que no manifestaba otra ocupación que recogerla cada día de la universidad cualquiera fuera su hora de salida. De ese muchacho mi padre sí ofrece detalles, como si estuviera vivo, como si él hubiera logrado escapar de la tragedia.

Todos lo mirábamos con envidia. Mientras más ocupado parecía en Coralia, más escuchaba decir a mis alumnos (y yo me decía a mí mismo) que su suerte venía únicamente de ser un hijito de papá con auto del año. Se llamaba Jorge Lester. Era un tipo alto, fortachón, de cabellos castaños, piel blanca y ojos azules. En Guatemala tener esos colores es sinónimo directo de belleza. Quizás ahora que vivo en Inglaterra, donde ese tipo de facciones es común, no lo vería tan apuesto; aunque no seré mezquino: aquí la composición de su rostro también destacaría. Como una belleza fría.

Lo que la envidia no nos permitía ver y hoy veo con claridad es que detrás de aquel rostro habitaba un ser inflexible, solitario, perturbado.

Darme cuenta de esto ahora me hace más difícil entender por qué la brillante Coralia se mantenía a su lado. ¿Era temor, compasión, o esa natural tendencia humana a admirar lo que es bello a primera vista? ¿O acaso Jorge Lester fue el primero que despertó su vocación de protectora, de sanadora de heridas? Una vocación que hasta 1965 solo a él había dedicado.

En sus clases mi padre hablaba de historia maya, también del presente maya; por tanto, de política. Y lo hacía deliberadamente. Era una táctica para que algunos grupos de estudio formados entre sus alumnos despertaran a una conciencia social o se vincularan a los programas educativos en aldeas indígenas en los que él participaba.

Coralia procedía de una familia de clase acomodada de Ciudad de Guatemala y hasta entonces conocía el mundo rural de forma superficial. Se inscribió con entusiasmo para dedicar sus sábados a un programa de alfabetización de mujeres en Amayel, una aldea del municipio de San Martín Jilotepeque, al cual se llegaba en casi tres horas combinando autobús y camino a pie. De esta manera, cada sábado, de madrugada, abordó ese trayecto con los otros voluntarios de su equipo. Tenía 21 años y al regreso del tercero o cuarto viaje, comentó en clase que, en toda su vida, en el campo solo había visto el colorido de la naturaleza, de los mercadillos poblanos y de las ropas de la gente; «pero ahora veo que a ese color lo está matando la miseria». Cuando con tanto voluntarismo se había apuntado a participar en ese programa, no se le había ocurrido que en los intercambios de palabras castellanas y cakchiqueles que iba a establecer con aquellas mujeres recibiría el relato de una realidad que jamás había imaginado, como que se pasaban la vida teniendo hijos porque lo normal era que más de la mitad muriera por desnutrición o diarreas, o que la expectativa de vida entre los adultos mayas fuera de 40 años, o que los miserables jornales que recibían dependían del

humor con el que se levantaran sus patrones... En el debate que se armó a continuación, con la vehemencia de una leona y la inocencia que todavía subsistía en Guatemala a fines de 1965, Coralia se había enfrentado a Abilio Arangüena al proclamar su identificación con unas comunidades indígenas que seguían añorando a Arbenz y observaban con simpatía a las guerrillas, aunque para financiarse tuvieran que atracar bancos. La mitad de la clase se había quedado boquiabierta; la otra mitad se había regodeado por la suma de Coralia a sus posturas. Durante largo rato Abilio no había dado ninguna réplica, hasta que de manera pausada, casi dulce, según mi padre, había retomado el debate (o más bien lo terminó de cerrar) señalando:

—Voy a respetar tu opinión, Coralia, mas no la comparto. A ti y a todos los que acá piensan como tú les pediría que sean cautos: porque se avecinan tiempos donde el solo decir las cosas que acabas de pronunciar puede costarles la vida.

La mayoría de la clase asumió que Abilio había escondido veneno tras la mansedumbre con que habló. Un admirador de Coralia llegó a exclamar que ante la imposibilidad de ganar el debate por la razón, lo que había hecho era cerrarlo con el arma del miedo. Y casi todos le dieron la razón. Abilio se había mantenido callado en su pupitre, negando con la cabeza, hasta que la clase de Historia volvió a ocupar el tiempo.

¿Quién era Abilio Arangüena como para haber sabido tanto en 1965? Esa es otra historia. En cualquier caso, al igual que Jorge Lester, era un muchacho apuesto y rico, pero el tiempo por venir mostraría que era harina de otro costal.

Impenitentes, sabiendo que no tenemos máquina del tiempo para retornar al pasado y reparar nuestros errores, menos aún para cambiar el curso de hechos que desembocaron en catástrofes, una y otra vez nos preguntamos ¿qué habría ocurrido si...? Hoy me encuentro preguntando ¿qué habría

ocurrido si tres años antes de aquel debate, en la fiesta en la que Coralia conoció a Lester y Arangüena, ella hubiera respondido a las atenciones del aspirante a historiador y no a las del joven más guapo y ocioso? La historia de Guatemala sería la misma, o casi la misma; pero al menos la historia de Coralia no habría concluido de aquella manera.

Ni bien terminé de escribir las últimas palabras, a mi memoria acudió un dato apuntado por mi padre. Difícilmente aquella historia podría haber tomado otro curso. Coralia habría tenido que ser lo que no era para que en esa fiesta de cumpleaños fijara su atención en Arangüena. A los padres de Abilio los conocía; también conocía (¿quién en Ciudad de Guatemala no conocía!) la desgracia del aeroplano que en 1944 se estrelló al borde de lago Atitlán en la que perecieron el piloto, dos de las señoras más ricas del país que estaban tomando clases de vuelo, y en la que por milagro había sobrevivido el pequeño hijo de tres años de una de ellas. ¿Milagro? En una hipotética lid entre Arangüena y Lester por la atención de Coralia librada en una fiesta en 1962; el primero siempre habría perdido: porque tenía a sus dos padres vivos. Lester era huérfano, seguía teniendo a su padre y a una madrastra que nunca debe haberlo tratado mal; pero los ojos de Coralia debieron haber seguido viendo al niño que fue testigo de la muerte de su madre.

En la historia de cada persona por lo menos alguna vez irrumpe un relato que sacude los cimientos en los que ha estado asentada. De repente, ese seísmo nos abre las percepciones de un tajo (gran metáfora del ojo de Buñuel) y nos cuestiona si cambiaremos algo profundo de lo que hemos sido; o si nos limitaremos a recomponer nuestros cimientos, como si nada hubiéramos visto, oído, percibido. Cambiar da miedo. Cambiar es dificultoso. Cambiar suele ser una tarea ardua y prolongada. A veces puede ser un cometido titánico y peligroso. Probablemente, la mitad de la gente se pasa la vida reafirmando sus posiciones conocidas sin darse cuenta del inmenso

esfuerzo y el costoso precio que paga por ello. Y hay quienes por mantener firme su posición hacen pagar espantosos costos a otros. Quizás haya una mitad del mundo que, estremecida por ese relato, se deja turbar, y con dudas y temores, al final se lanza a cambiar lo que no le vale, lo que le ciega, lo que le ata. ¿Cuál pudo ser el relato que a Jorge Lester le habría salvado de su inflexibilidad? Nunca lo sabremos. Lo más probable es que jamás, ni siquiera a Coralia, se lo contara.

Y de todas las historias que a partir de marzo de 1965 ella empezó a recibir en las villas mayas, ¿cuál fue la que le marcó definitivamente un antes y un después? El que las comodidades de su familia no procedieran de la postergación de las poblaciones indígenas facilitó que su sensibilidad se abriera a las historias que aprehendía de esas mujeres cakchiqueles. Sin embargo, Jorge Lester, a quien parecía amar, no tenía uno sino muchos vínculos familiares con la explotación de la tierra y de los indígenas: su padre era uno de los mayores finqueros de Guatemala, con propiedades que sumaban más de 10 000 hectáreas repartidas por el país.

Casi hasta el final de aquel curso académico, Coralia sostuvo la relación con su apuesto novio, y él se mantuvo apostado cada día a la salida de la Escuela de Historia. Las últimas semanas incluso la recogía de su casa por las mañanas para trasladarla a la universidad. A ella se la notaba crecientemente incómoda. Seguro que Lester estaba percibiendo los cambios, y como a él asumirlos le podía costar demasiado, se dedicó a cercarla para evitar que los temblores que la habían sacudido se convirtieran en terremotos. La penúltima vez que mi padre lo vio en la universidad fue de lejos: estaba discutiendo con Coralia, que se negaba a subir a su auto. Nadie intervino; ella parecía abochornada por el suceso, aunque al final a una de sus mejores amigas le hizo un gesto de no te preocupes y terminó accediendo a la solicitud de su novio. Quizás esa escena se repitiera en más ocasiones; pero la última vez

que mi padre la vio en la entrada de su facultad, de nuevo Coralia estaba negándose a subir al auto de un Jorge Lester que en esa ocasión había acudido acompañado por un sujeto alto y fornido, que más que mirarla a ella parecía auscultar cada detalle del lugar que los rodeaba. Aquel desequilibrio de fuerzas a mi padre le había parecido inadmisibles, así que se acercó para preguntar a Coralia si requería ayuda. «No, gracias, profesor», había sido su respuesta. Aun así, durante unos segundos él había permanecido de pie a su lado, mirando fijamente a los ojos de esos hombres; hasta que Coralia habló para afirmar: «No se inquiete, profesor; yo estoy bien y estos señores ya se marchan».

En las últimas semanas he imaginado varias veces esos segundos; segundos que probablemente no suman ni un minuto. Mi padre acude a apoyar a Coralia; ha visto algo que le subleva: dos contra uno. Tal vez no sabe que el par está conformado por la cara y la cruz de una misma moneda. No nos equivoquemos: no son opuestos: son complementarios: son parte de una misma unidad: el uno es incapaz de existir sin el otro. En cualquier caso, en los dos fija los ojos. ¿Qué vio en los de Lester? Quizás lo mismo que volvería a ver meses más tarde. Eso no lo dejó escrito. Lo que vio en los ojos del otro (el siamés) sí lo turbó. Como mi padre, tenía el cabello negro y ondulado; como él, tenía la piel morena y la cara redonda; pero más que eso: al igual que él, tenía unos grandísimos ojos negros que enfrentaron su mirada hasta que Coralia dijo «estos señores ya se marchan». Ante esa sentencia, aquel sujeto había hecho una mueca altanera con la cabeza y no había esperado a que Jorge Lester le diera ninguna orden. Abrió la puerta de copiloto del auto y se sentó. Su jefe no demoró más en hacer lo mismo y se marchó sin Coralia. Parecería que al menos ese día la batalla estuvo ganada; o que ese hecho terminó de marcar el fin de la relación entre la leona y el huerfanito.

Yo creo que ese minuto definió el destino de mi padre. Indirectamente, también puede haber definido el de Jorge Lester y el de Coralía. Pero en la vida del cuarto intérprete de ese acto es muy probable que no definiera nada. Un tipo como aquel debe haber elegido su sino mucho tiempo atrás.

Según mi padre, por una cuestión de principios o sentimientos innatos, a la gente noble nunca le será fácil atentar contra la integridad de sus congéneres ni en las situaciones más graves. En ese punto comparten una similitud con las personas cobardes, porque a estas tampoco les resulta fácil pero por motivos diferentes: aunque no les interese el valor de la vida ajena, les aterra la eventualidad de ser identificados como villanos en el más acá o ser juzgados en un más allá que desconocen. Por eso, suelen acompañarse de sujetos a quienes el pulso no les tiembla a la hora matar o hacerles cosas peores a sus prójimos; sujetos que más bien parecen gozar con tales acciones: porque sean ricos o pobres, nacieron o crecieron asumiendo que no eran nada y para ser algo establecieron un pacto de sangre con la oscuridad pasada, presente y futura. ¿Por qué tendría que temblarles la mano? Son siameses inseparables de los cobardes porque para vivir pueden prescindir del brazo compasivo, pero no del aparato digestivo que les alimenta. En una moneda los cobardes suelen ser la cara; los otros, el sello. La cara indica el valor de compra-venta; el sello simboliza la esencia que ha fundido esa unión. En una moneda vil como esa, yo no sabría cuál de sus lados es peor. Sí tengo claro que los más peligrosos son los cobardes con poder: porque viven enmascarados, porque la mayoría de ellos habita en los espacios y países más privilegiados; por tanto están cerca de mí; porque en Guatemala, como en muchos rincones del mundo, ese tipo de cobardes son los que se han encargado de reclutar a millares de psicópatas y otros seres sin valor de sí mismos para a cambio de dinero, de elogios, de grandes promesas, o de hacerles sentirse divinos pisoteando a sus víctimas, han comprado su alma

para dirigirlos al abismo; un abismo del que los cobardes con poder se sienten indemnes; un abismo que continuamente tratan de conjurar. Será por eso que la mayoría de ellos compagina la dirección de sus negocios con una servidumbre pasmosa ante religiosidades fanáticas que una y otra vez les absuelven; sino ante una variopinta fauna de gurús y astrólogos que les prometen que en el más acá y en el más allá a ellos les quedará garantizado el esplendor, la luz.

La luz. Como Alaíde Foppa, Coralia del Río también fue luz. Aunque la muerte que le infligieron impidió que mi padre pudiera recordarla tal como había sido hasta el día en que la prendieron.

IV

*tantos siglos contra un solo minuto,
tanto cuchillo para cortar una flor,
tanta bala para acribillar una bandera,
tanto fuego para quemar un libro,
tanto zapato para aplastar un rocío,
tanto ruido para acallar una voz,
tantos cazadores para cazar un solo venado,
tanto cobarde contra un solo valiente,
tanto soldado para fusilar a un niño.*

Luis de Li6n

Con el respaldo de Naciones Unidas, el Acuerdo de Paz Firme y Duradera, firmado en Guatemala el 29 de diciembre de 1996, estableció numerosos compromisos entre las guerrillas, las Fuerzas Armadas y el Estado para consolidar el final de la violencia y la transición a la democracia. No obstante, para sacar adelante este acuerdo, la mayoría conservadora del Congreso impuso una Ley de Reconciliación Nacional por la que se amnistiaba a todos los miembros del Ejército y las guerrillas que hubieran cometido crímenes durante los años de enfrentamiento que mediaban entre 1960 y 1996, excluyendo a quienes fueran responsables de genocidio, desaparición forzosa y tortura. Aun así, aquel acuerdo significó una esperanza y logró el cese definitivo de las acciones de insurgencia y contrainsurgencia.

Lo que yo vengo escribiendo acá es un relato personal, que en los aspectos que me son externos intento solventar con información de fuentes fiables. Como no se trata de un artículo especializado para el que debo tomar gran cuidado en las aseveraciones que exponga, me siento libre, casi feliz, de no tener que preocuparme cómo lanzo mi opinión. Pero debo advertir que no seré original: utilizando mis palabras intentaré resumir lo informado por expertos en la historia política de Guatemala; especialistas que se han pasado la última década ofreciendo pruebas sobre el flagrante incumplimiento de los compromisos pactados en el acuerdo de paz. ¿Y por qué tanto incumplimiento? Aquí voy: no se cumplen porque a quienes manejan el país (desde hace siglos) no les interesa. ¿O qué? ¿Les va a interesar que el aparato

de justicia se ponga a funcionar? Si ese aparato funcionara no solo se pondría a señalar y juzgar a quienes fueron responsables de una enormidad de atrocidades del pasado; también señalaría, juzgaría y condenaría a quienes hoy siguen corrompiendo instituciones para obtener más y más concesiones del Estado, vinculándose si es necesario al narcotráfico y a la misma trata de mujeres y niños en honor a la sacrosanta necesidad de hacer crecer los negocios. ¿Les va a interesar que se reconozca los derechos económicos, sociales y culturales de las poblaciones indígenas? Por supuesto que les debería interesar; pero no estamos hablando de gente acostumbrada a pensar en el medio y largo plazo, ni mucho menos en cuestiones más elaboradas como el bien común, ni aunque les digan que ese pequeño gran hecho puede distinguirlos como civilizados o bárbaros. Ellos entienden bien de racismo y guerra; su gozo es el abuso de poder, su fuerza se ha nutrido de convertir a los mayas en su enemigo; un enemigo al que de forma sistemática han privado de todo lo que es esencial para que sea fuerte; un enemigo al que no se cansan de calificar como feo, salvaje, lastre para el desarrollo; un enemigo al que esclavizaron a punta de terror; un enemigo al que pretendieron exterminar cuando osó rebelarse. Estuvieron a punto de conseguirlo.

¿Será que alguna vez se atreverán a dejar atrás lo que más conocen? O será que en medio del exterminio se cargaron las voces que podían haberles contado una historia que remeciera sus cimientos de frío y de miedo, y por tanto su castigo sea permanecer hasta el fin de los tiempos en las penumbras, desprovistos de los colores de la luz. Sí, ese sería un buen castigo; me digo y me regodeo. Por un instante. Porque pensándolo bien, en la medida en que no cambien, una y otra vez atormentarán al mundo con sus tropelías.

De los compromisos establecidos en aquel acuerdo de paz, hubo uno que sí se cumplió. Se trataba de aplicar el derecho de la población guatemalteca a conocer la verdad sobre los años de la violencia; un compromiso que venía

respaldado por el denominado Acuerdo de Oslo de 1994, que sentó las bases para la creación de la Comisión para el Esclarecimiento Histórico de las Violaciones a los Derechos Humanos y los Hechos de Violencia que han causado sufrimientos a la población guatemalteca (CEH). En enero de 1997, esta inició el proceso de investigación y recolección de testimonios que culminó con la elaboración de un informe de doce tomos presentado en febrero de 1999 bajo el título *Guatemala: memoria del silencio*.

Por fortuna, aquel informe no se cobró la cabeza de ninguno de los tres comisionados, tal vez porque a la CEH se le encargó la investigación exhaustiva de los hechos, pero le quedó prohibido mencionar los nombres de los responsables de la violencia; o porque su coordinador, Christian Tomuschat, designado por la ONU, era un experto alemán en Derecho Penal Internacional, y no hay que ser un genio para saber que ni al Gobierno ni al pueblo alemán, ni por tanto a la Unión Europea, les hubiera hecho gracia que «alguien» se cargara a su connacional por cumplir esa tarea.

Tomuschat, profundo conocedor de la barbarie perpetrada por los nazis en Europa, en algunos momentos expresó su dificultad para «eternizar sobre papel» las atrocidades recopiladas en Guatemala. Una síntesis del informe de la CEH indica que solo entre 1962 y 1996, en un país que por entonces no tenía más de diez millones de habitantes, la violencia política dejó un saldo de 150 000 muertos y 45 000 desaparecidos. A estas cifras se añaden los millares de sobrevivientes de torturas y violaciones, así como el desplazamiento forzado de un millón de personas. Otro dato espeluznante es que se registraron

626 casos de masacres, la mayoría de las cuales supusieron el asesinato masivo, cruel e indiscriminado de poblaciones indígenas. Aunque este informe tenía prohibido señalar los nombres de los responsables, sí pudo establecer que el 93 % de los crímenes fue cometido por las Fuerzas Armadas

guatemaltecas; un 3 %, por las guerrillas; y un 4 %, por agentes de la violencia sin identificar. De ahí que una de sus conclusiones fuera que en Guatemala las Fuerzas Armadas perpetraron un genocidio contra la población maya y el Estado convirtió a los guatemaltecos en objetivo bélico, dado que la mayoría de los 200 000 muertos y desaparecidos fueron civiles desarmados.

Un año antes se había publicado otro informe sobre la violencia desatada entre 1960 y 1996. Sus resultados, explicitados en cuatro tomos, fueron muy semejantes a los de la CEH. Una diferencia sustancial radica en que ese informe, *Guatemala, nunca más*, no silenció todos los nombres de los verdugos. Es obvio que a los susodichos no les gustó, sobre todo a quienes durante cuatro décadas habían martirizado a la población a su antojo. Lo que no debería ser obvio es que en 1998 continuaran sintiéndose omnipotentes, de modo que el principal propulsor de ese informe no tuvo la suerte de Christian Tomuschat. La noche del 26 de abril, dos días después de la publicación de ese *Nunca más*, el obispo Juan José Gerardi, director de la Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala, fue atacado por un sujeto que se ocupó en quebrar su cabeza y desfigurarle el rostro con un bloque de hormigón.

Yo sabía que ese informe había costado la vida de un hombre excepcional; no sabía, o había olvidado, de qué manera lo habían asesinado. Me pregunto por por qué los criminales que azotaron el país de mi padre pusieron particular empeño en desfigurar los rostros de personas que, como Gerardi, podían representar la justicia. En un universo de símbolos y metáforas, ¿qué fue lo que pretendían desterrar destruyendo la faz de personas como Juan José Gerardi, Otto René Castillo, Coralia del Río y tantos y tantas más? ¿Qué temían u odiaban en esos rostros, en esas voces, en

esas miradas, como para que se empeñaran en no dejar huella de lo que fueron?

Acabo de encender la vela que Elaine me regaló la última vez que vino a casa. Es una vela azul adornada por un lazo celeste. Su flama es alta. Observo la sutileza con la que se mueven sus ascuas.

A los asesinos de monseñor Gerardi aquel *Nunca más* debió suponerles la gota que colmó el vaso; también la ocasión para vengarse de un religioso a quien desde hacía tres décadas consideraban un enemigo y contra quien en 1980 habían dirigido dos emboscadas de las que consiguió escapar con vida. Al igual que numerosos sacerdotes y monjas, a partir de los años sesenta, siguiendo la línea del Concilio Vaticano II y la Conferencia del Episcopado Latinoamericano de Medellín de 1968, Gerardi había asumido el evangelio como una opción preferencial por los pobres, apartándose de la tradición que mantenía a las altas jerarquías católicas aliadas a los grupos de poder. Desde que en 1967 fuera designado como obispo de las Verapaces, había implementado programas de Pastoral Indígena dirigidos a organizar a las poblaciones mayas frente a la pobreza, así como a formar catequistas y líderes sociales que propagaran la educación y el fortalecimiento de sus comunidades; un atrevimiento que se cobraría la vida de centenares de ellos. Gerardi prosiguió con su labor cuando fue nombrado obispo de El Quiché, hasta que las crecientes ejecuciones de catequistas, el incendio de iglesias llenas de feligreses y la decisión de muchos de sus fieles de unirse a las guerrillas motivó el cierre de su diócesis en 1980 y poco después su destierro. Durante su estancia en El Salvador, continuó trabajando en esa línea, hasta que la dictadura salvadoreña lo expulsó a Costa Rica. Cuando en 1982 logró ingresar de nuevo a su país, creó la Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado, desde la que siguió amparando a las víctimas de la violencia. En 1995 propulsó el proyecto interdiocesano de Recuperación de la Memoria

Histórica (Remhi) para llevar adelante la recolección de pruebas y testimonios en las regiones más golpeadas por la violencia. El resultado fue *Guatemala, nunca más*.

La primera consecuencia fue el asesinato de Gerardi. A esta le siguió la carrera de obstáculos que tanto la Policía como algunos fiscales pusieron para identificar a los asesinos; luego vinieron las campañas difamatorias contra la memoria del obispo desde frentes políticos, militares y mediáticos, que atribuyeron su muerte a un crimen pasional o a vínculos con traficantes de bienes de la iglesia. Al aplicar esos métodos de encubrimiento, lo único que conseguían era demostrar de dónde había surgido la mano asesina, pues la calumnia *post mortem* había sido un procedimiento característico de las dictaduras en las cuatro décadas anteriores.

El asesinato de Gerardi concitó fuertes presiones dentro y fuera de Guatemala, de manera que tres años después, en junio de 2001, se terminó identificando y condenando a un sargento y dos oficiales como autores intelectuales del crimen, así como a un sacerdote por complicidad, en un juicio que marcó un hito al ser la primera vez que el sistema de justicia guatemalteco mandaba a prisión a altos mandos militares. No obstante, durante el proceso de investigación, varios testigos fueron asesinados; las cosas no mejoraron cuando la causa aterrizó en los tribunales: casi cien personas, entre jueces, fiscales y abogados de la acusación, fueron amenazadas o atacadas, al punto que quince de ellas tuvieron que expatriarse. Tras el fallo, las amenazas y el hostigamiento prosiguieron: dos testigos fueron asesinados, el fiscal del caso y otros testigos tuvieron que marcharse del país, pero el hermano de aquel fiscal fue secuestrado y su cadáver apareció evidenciando señales de tortura. Dos años más tarde, en 2003, Obdulio Villanueva, el sargento inculpado, fue decapitado en una extraña revuelta en la prisión. Por su parte, los dos oficiales inculpados se siguen

declarando inocentes y afirman ser víctimas de un complot. Cualquiera que indague en internet para saber quiénes son el capitán Byron Lima Oliva y su padre el coronel Byron Lima Estrada se llevaría una suma de sorpresas. Si alguno de ustedes es una persona sensible, le recomendaría no sumergirse en esas averiguaciones, o como mínimo le sugeriría tomar antes un calmante (un Valium; o si prefiere, un trago), particularmente en lo que respecta a Byron Lima padre.

Empecemos por el hijo. Más habituado a las técnicas modernas de comunicación, Byron Lima Oliva es uno de los redactores principales de un semanario de prensa disponible en internet. En sus largas columnas semanales se dedica a defender su inocencia acusando a los organismos de derechos humanos que promovieron su enjuiciamiento de estar despilfarrando los recursos de la cooperación internacional y de vivir sumidas en una industria de la denuncia que, en su opinión, impide el avance de la justicia y el Estado de derecho en su país. Pero hay más. Cuando estaba por concluir con las lecturas de este Byron, me encuentro con que dos conocidos periodistas europeos han publicado un libro y varios artículos en los que no solo defienden su causa, sino que utilizan sus mismos argumentos y diatribas y lo hacen en algunos de los medios más prestigiosos del ámbito hispanohablante. Tuve ganas de vomitar. ¿Es la vena guatemalteca de mi padre la que me está haciendo exagerar mis percepciones? ¿O es que ante un caso así lo sano y objetivo es exacerbarse, incluso vomitar?

No lo sé. En la historia de Guatemala ya no le encuentro cabida a la imparcialidad. En su escenario hay muchos claroscuros, zonas grises, pero también hay extremos sumamente antagónicos: personas con el brillo de Juan José Gerardi, y tantas veces, frente a ellas, otras que son sus opuestos, jamás siameses, nunca complementarios. Así, Byron Lima padre, el otro de los inculpados, destaca precisamente por su carencia de brillo.

He resumido quién fue Juan José Gerardi; ahora intentaré resumir quién ha sido Byron Lima Estrada. He aquí donde es recomendable tomar un calmante. Empezaremos por lo menos grave: pertenecía al sector militar más recalcitrante y hostil a la democracia, por lo que en 1988 organizó un fallido golpe de Estado contra el proceso de transición. Aunque lo hizo en un momento de la historia interamericana donde tolerar a un golpista empezaba a quedar muy mal, a nadie en Guatemala se le ocurrió darle de baja: para calmar las aguas, se le designó como agregado militar en el Perú y Nicaragua, hasta que en 1991 se retiró del Ejército con el grado de coronel. Antes de esta «caída en desgracia», su carrera militar se había forjado de una suma de hechos atroces que los adeptos de Lima Estrada denominarán seguramente acciones patriotas.

Mientras en los años sesenta monseñor Gerardi implementaba su Pastoral Indígena en las Verapaces; bajo el tutelaje de la CIA, el teniente Lima Estrada iniciaba una promisorio carrera en técnicas de inteligencia militar, contrainsurgencia y «operaciones especiales», tanto en la Escuela de las Américas en Georgia como dentro de Guatemala. Es probable que para que demostrase lo bien que había asimilado esas lecciones, entre 1964 y 1968 sus primeras misiones lo ubicaron en Zacapa y Quetzaltenango, zonas donde las incipientes guerrillas habían empezado a operar y donde se desató una represión bestial.

La carrera de Byron Lima Estrada se aceleró en los años setenta, una vez transferido a Ciudad de Guatemala, donde aplicaría los conocimientos que adquirió en Zacapa y Quetzaltenango en el Centro de Telecomunicaciones Regional (CTR), ubicado en el mismísimo palacio presidencial. Su equipo se encargaba de la «planificación y participación en redadas, interrogatorios y vigilancia de grupos insurgentes» y se cobró la vida de centenares de opositores, fueran guerrilleros, líderes obreros y universitarios, o cualquier

sospechoso de ser lo uno o lo otro. Lo entrecomillado procede de la nota descriptiva hecha por el director del CTR en aquellos años y hoy forma parte del National Security Archive albergado en la Universidad George Washington; un archivo que se encarga de publicar y analizar los documentos desclasificados de la CIA. Aquí, el registro de la carrera militar y las acciones de muerte de Lima Estrada es copioso y está disponible en internet desde el año 2000.

Como cualquier carrera que se precie requiere de alimentaciones y retroalimentaciones, cuando Lima Estrada fue ascendido a oficial mayor, pasó a dirigir unidades operativas en la sierra norte, donde el Ejército aplicó tareas contrainsurgentes contra las comunidades mayas, como las campañas de «tierra arrasada», lo que significa que no contentos con masacrar de maneras crueles a la población, antes de marcharse destruían y/o quemaban toda olla, plato, cama, mesa o herramienta de labranza de sus antiguos ocupantes. A continuación, ya como comandante, organizó una unidad denominada Kamikaze especializada en ejecuciones políticas y otros golpes clave a la oposición que se dirigían desde la Presidencia. Lo de Kamikaze no significa que sus miembros se inmolaran por el éxito de la operación; a ese tipo de gente le encanta usar nombres grandilocuentes; pero eso de inmolarsé, qué va; más aún si sus adversarios son civiles desarmados o combatientes con armamentos obsoletos, mientras de su parte cuentan con un imponente aparato militar en gran parte obsequiado por el país más poderoso del planeta.

Y, sin embargo, ese mismo país ofrece a sus ciudadanos libertades y derechos como el Freedom of Information Act, que permite, por ejemplo, que quienquiera pueda acceder desde su computadora en cualquier lugar del mundo, a información sobre sus servicios de inteligencia (pasados algunos años o décadas, según sea el caso). Probablemente esto no lo preveyeron

muchos de los sicópatas que gobernaron América Latina, Oriente, África y Asia. Si cuando allá en Zacapa o en los sótanos del palacio presidencial de Guatemala, Lima Estrada hubiera imaginado que los interrogatorios, torturas, violaciones y otras «acciones especiales» que estaba comandando iban a ser publicadas por los mismos Estado Unidos, junto con los registros de su carrera militar y sus fotografías, no sé si hubiera cometido sus crímenes con tanto tesón.

En la orgía de horror desatada en Guatemala, en abril de 1985, cuando Byron Lima Estrada era el jefe supremo de la Dirección de Inteligencia Militar (más conocida como la «G-2»), en plena ciudad capital, y como para que todos se pudieran enterar, sus esbirros arrojaron a un lugar público el cadáver de un niño de dos años al que habían torturado delante de su madre antes de matarla también. Hay muchos dentro y fuera de Guatemala que siguen denominando a ese tipo de crímenes «excesos» de una guerra. Entre 1954 y 1996, miles de niños guatemaltecos fueron asesinados de maneras brutales. Aquel se llamaba Carlos Rafael Cuevas, en honor de su abuelo Rafael Cuevas del Cid, antiguo rector de la Universidad de San Carlos, y de su padre Carlos Ernesto Cuevas Molina, dirigente de la Asociación de Estudiantes Universitarios (AEU), al que la G-2 había secuestrado en marzo de 1984, junto a otros cuatro líderes universitarios.

El caso de los desaparecidos de la AEU se había sumado al de decenas de opositores secuestrados por escuadrones de la muerte en los primeros meses de 1984. No obstante, en junio de aquel año, un grupo de familiares se atrevió a organizarse para reclamar ante las autoridades. Este fue el origen del Grupo de Apoyo Mutuo (GAM). En los meses siguientes fueron concitando grandes apoyos de una sociedad harta de atrocidades y corrupción. De más está decir que a los responsables de las desapariciones esta osadía no les hizo ninguna gracia. En los documentos desclasificados de la CIA, Byron Lima Estrada

encabeza la lista de responsables. Pero en 1984 él era todopoderoso en Ciudad de Guatemala y debió sentirse soliviantado ante los civiles que estaban cuestionando sus acciones. Su respuesta no demoró: a principios de 1985 los primeros cadáveres de miembros del GAM comenzaron a aparecer mutilados en arterias públicas de la ciudad.

Otra vez me pregunto cómo lograron proseguir aquellos a los que esta calamidad les tocó de cerca. Pienso en Nineth Montenegro, la única directiva del GAM que sobrevivió a la represión de esos años. Se había implicado en la creación de este grupo porque desaparecieron a su marido, permaneció dirigiendo campañas de protesta a pesar de la suma de asesinatos dirigidos contra su colectivo, y prosigue hoy denunciando desde el Congreso la impunidad del pasado y la corrupción del presente. Historias como la suya me provocan admiración y desconcierto. ¿Cómo así, de dónde, millares de guatemaltecos que estaban asistiendo a advertencias atroces para que se callaran la boca, pudieron mantener el coraje para reclamar justicia o la aparición con vida de sus seres queridos? También resulta doloroso preguntarse qué hubiera pasado si se hubieran callado: ¿sería menor la lista de torturados, muertos y desaparecidos? Es difícil imaginar que personas como esas hubieran elegido sofocar su denuncia. Si reclamar significaba un riesgo de muerte, miles y miles eligieron reclamar. ¿De dónde obtenían la fuerza? Esta es una pregunta que sus asesinos también debieron plantearse; una pregunta que los perturbaba; una pregunta ante la cual desarrollaban respuestas cada vez más perversas. Pobres diablos; nunca se les ocurre otra cosa. Paz, diálogo, compasión, deben ser asuntos que solo competen a las mentes inocentes, o las inteligencias evolucionadas. No es asunto de bestias. Qué lástima.

De los tres directivos del GAM que a principios de 1985 persistían en sus demandas, solo Nineth Montenegro sobrevivió. Primero había caído el

panadero Héctor Gómez Calixto, secuestrado una mañana de marzo. Su cadáver apareció al día siguiente: antes de matarlo lo habían torturado y le había cortado la lengua. Varias semanas atrás había recibido amenazas de que esa sería la muerte que le darían. Él se había mantenido en su empeño y sus asesinos cumplieron. El forense que hizo público el reporte sobre las causas del deceso fue asesinado dos semanas después. A continuación cayó Rosario Godoy Aldana, esposa del desaparecido Carlos Ernesto Cuevas. Ella había salido de compras junto a su hermano menor y su hijo de dos años, Carlos Rafael. Con plena luz del día, a la salida de un centro comercial concurrido, fueron secuestrados. Dos días después, sus cadáveres torturados fueron arrojados a una cañada al interior del auto familiar. La autopsia del pequeño Carlos Rafael reveló que antes de morir le fueron arrancadas las uñas de los pies. La Policía informó que se había tratado de un accidente automovilístico.

Según una lógica cartesiana, no habría relación entre el juicio por el homicidio de monseñor Gerardi iniciado a fines de los años noventa y el asesinato de esa criatura de dos años en 1985. Pero no sé por qué, tengo la impresión de que los pasos que le fueron arrancados a ese nene fueron los que condujeron al director de la G-2 a la prisión que hoy lo alberga.

Pero Byron Lima Estrada es solo un nombre entre los centenares de altos mandos señalados como responsables de las atrocidades cometidas desde el golpe de Estado de 1954 hasta la firma del acuerdo de paz en 1996. Si la violencia que desataron contra opositores en plena ciudad capital, donde víctimas como aquel niño tenían familiares y conocidos en importantes instituciones nacionales e internacionales, cabe imaginar cuál fue la violencia perpetrada contra las poblaciones indígenas. Me retracto de lo que acabo de escribir. Creo que pocas personas mentalmente sanas serían capaces de figurar lo que se cometió contra los mayas.

21

Mi padre no estaba equivocado: el asesinato de Coralia no fue el colofón de un espiral de violencia. En 1983, cuando él escribió esa confesión, bajo la dictadura de Efraín Ríos Montt, general del Ejército y predicador evangélico, el terrorismo de Estado alcanzó cotas más desquiciadas, de modo que las cifras decenas y centenas de asesinatos que marcaron la pauta en las décadas anteriores pasaron a contarse como decenas y centenas de masacres en una escalada que hacía temer que la originaria población maya fuera arrasada de la faz de la tierra.

En efecto, el 83 % de los 200 000 muertos y desaparecidos durante la violencia política fueron indígenas, y es posible que tales cifras sean mayores porque muchos no contaban con ningún tipo de documento que los registrara como ciudadanos; porque otros miles fueron enterrados en cementerios clandestinos; o porque muchos pueblos fueron devastados por completo, sin dejar sobrevivientes que pudieran señalar cuántos habían sido. El patrón común de las masacres era atacar por sorpresa al mayor número de población en fechas especiales como los días de mercado dominical, la fiesta de los santos patronos y la misma Navidad. Torturar a los dirigentes ante los ojos de su población era lo habitual; violar a las mujeres fueran adultas, ancianas o niñas antes de matarlas era una cuestión sistemática; abrir el vientre de las mujeres embarazadas y colgar los fetos de los árboles fue una práctica común y no la más brutal. Así, donde hasta mayo de 1983 existió un pueblito maya cuya entrada estaba bordeada por hileras de nopales, en tres días no quedó nada: ni maizales, ni chozas, ni ganado, ni perros guardianes, menos aún

población humana. Ni siquiera dejaron los nopales: en su lugar plantaron los cuerpos empalados de las mujeres y hombres que no tuvieron la fortuna de escapar a los montes.

Tanto espanto.

No surgió por azar.

Con el objetivo de luchar contra las «fuerzas o doctrinas extrañas que atenten contra la patria», en 1975, el Ejército de Guatemala creó la Escuela de Adiestramiento y Operaciones Especiales Kaibil, en alusión a Kaibil Balam, un rey mam que se enfrentó a las huestes españolas en el siglo XVI sin ser nunca capturado. Sus egresados reciben el nombre de kaibiles y dejaron atrás al jaguar, balam. Lo olvidaron.

Los kaibiles han demostrado sentirse muy a gusto con el apelativo de «máquinas de matar» que les asignan tanto sus simpatizantes como sus detractores. En internet se pueden encontrar decenas de blogs y artículos de prensa en los que participan como comentaristas o autores; pero no hay que darse la molestia de revisar muchos de esos textos para darse cuenta de qué tipo de máquinas son. Quien aprecie la gramática y la ortografía, puede ofuscarse ante el atropello que también sufren las palabras en sus manos. Claro está que a los dictadores guatemaltecos y a sus compinches les importaba un pimiento que sus kaibiles supieran algo de redacción gramatical: quienes consideran que el mundo es su propiedad privada no precisan que sus esbirros distingan la «v» de la «b», o la «c» de la «s», menos que entiendan de tiempos verbales, adverbios y proposiciones. Para las tareas más limpias (de sangre) y mejor remuneradas ya contaban con una larga lista de abogados, jueces, fiscales, predicadores, periodistas...

En Guatemala, la escuela de kaibiles sigue preparando cuadros de élite en un centro oficialmente denominado El Infierno, ubicado en la selva del Petén. Desde su creación hasta la fecha, allí también arriban comandos

seleccionados por los ejércitos de países como México, Colombia, Argentina, Uruguay, Honduras, Estados Unidos, Belice y Panamá para recibir entrenamientos que no están permitidos por las leyes de sus Estados. No todos superan las pruebas exigidas para graduarse en esa «especialidad». Sin duda, no debe ser sencillo ni saludable para la cabeza verse lanzado a la selva durante dos meses, sin alimentos, para demostrar que se es capaz de sobrevivir comiendo cualquier alimaña. Por ese motivo, quienes obtienen el título de kaibil pueden sentir que han alcanzado la gloria. De algún modo, tienen razón; en el caso de los guatemaltecos, tras dos años de servir al Ejército con bajos salarios, pueden proseguir la carrera militar y ascender a los más altos rangos oficiales. Pueden también pasarse al sector privado, donde sus oficios son muy requeridos y mejor remunerados. Cada año, centenares de kaibiles son contratados por mafias de toda laya, así como por empresas de seguridad que operan en Guatemala, Irak, Colombia y tantos otros lugares donde hay una combinación de conflictos sangrientos y grandes negocios. Sus servicios hoy son bastante solicitados por los carteles de la droga que flagelan México.

Es cierto que a partir de 1989 el entrenamiento de los kaibiles ha moderado algunas de sus prácticas. Hasta entonces, las tareas exigidas eran todas degradantes. Para empezar, antes de lanzarlos a sobrevivir en la selva durante ocho semanas se les entregaba un cachorro. Al finalizar ese periodo debían matarlo utilizando únicamente sus manos y dientes. Solo así podían obtener el grado de kaibil, o de «gringo kaibil» como una mención honrosa.

Aquí es preciso recordar el profundo racismo que se extiende contra indígenas y mestizos en Guatemala. ¿Qué tiene que ver esto con los kaibiles? Quizás muy poco; o quizás demasiado.

Un kaibil, dos kaibiles, miles de kaibiles se adentran en la selva. Durante dos meses se alimentan de alimañas, cortezas, hierbajos y aguantan el calor y

la intemperie; durante ese tiempo deben cuidar de un cachorro que su lado crece, expresa afectos. Al regresar les toca superar las últimas pruebas. Si se han alimentado de hierbas, gusanos, cortezas podridas, no les costará arrancar a mordiscos la cabeza de los pollos que les presentan como aperitivo en su ritual iniciático. Pero la prueba decisiva es otra: ahí está el cachorro.

Adiós humanidad. Adiós memoria de Kaibil Balam, aquel rey mam caracterizado por la bondad hacia su pueblo y su capacidad de resistencia a la dominación del hombre blanco.

Pretendiendo adoptar su valentía, le partieron el nombre. Pasadas las pruebas, los kaibiles del siglo XX ya podían atacar con ferocidad a los indios mayas. Pero, si yo me lanzara a destruir a todos aquellos que guardan la esencia de mi nombre y de mi origen, al final, ¿qué es lo que estaría intentando exterminar? ¿A quién estaría asesinando hasta el fin de los tiempos? ¿Los responsables de haber hundido deliberadamente a los kaibiles en esa esquizofrenia se habrán preguntado esto alguna vez?

Papá, como suele ser habitual, mi hermana tenía razón. Sabiendo todo lo que sé hoy, cómo podría atreverme a juzgarte. Papá, ojalá pudieras estar a mi lado en esta larga noche.

A Coralia la prendieron a principios de julio de 1971. Una semana más tarde, dos niños que buscaban desechos reciclables en un vertedero hallaron su cadáver. Quienes ejercen el terrorismo de Estado continuamente se justifican alegando que están defendiendo la patria. Podría acostumbrarme a su cinismo; pero cómo podrían explicarme que personas como Coralia constituían un enemigo al que había que destrozar y cómo podrían justificar que junto con ellas había que destrozar la mirada de niños que sobreviven de la basura echándoles a la cara las evidencias de sus crímenes.

En julio de 1970, tras las elecciones amañadas que se celebraban en Guatemala cada cuatro años, la presidencia recayó en el coronel Carlos Arana Osorio en coalición con el Movimiento de Liberación Nacional. Su lema de campaña había sido «Ley y orden»; pero las guerrillas habían proseguido sumando adeptos, durante sus primeros meses de gobierno secuestraron a varios empresarios y lograron imponerse al Ejército en dos importantes asonadas. La réplica de Arana Osorio fue declarar un estado de sitio que intensificó la represión. Las primeras víctimas fueron líderes estudiantiles y sindicalistas, así como opositores que estaban protestando contra el fraudulento contrato que su gobierno estaba por firmar con la empresa minera Exmibal. De esta manera, durante los dos años que duró el estado de sitio, centenares fueron los cadáveres arrojados a vertederos, cunetas, pozos, ríos. Otros fueron simplemente desaparecidos. No se podía esperar otra cosa de Arana Osorio, quien entre 1966 y 1968 había sido el mando militar de la contrainsurgencia en Zacapa y Sierra de las Minas. En ese periodo se hizo

famoso por su predilección por mutilar y quemar vivos a sus adversarios, como les ocurrió al poeta Otto René Castillo y su compañera Nora Paiz.

Ya que había tenido que enterarme de qué manera acabó la vida de Coralia, estaba intrigado por saber cómo podían haber terminado los días de Arana Osorio, «el Carnicero de Zacapa», quien durante su presidencia también se ganó el título de «Carnicero de Ciudad de Guatemala». Y aquí vuelvo a constatar que la tragedia guatemalteca en muchas ocasiones está teñida de esperpento

Jamás hubiera sospechado que en las últimas décadas de su vida, Arana Osorio se transformase en prosélito del gurú indio Sai Baba, al punto que hasta su muerte con leucemia en 2003, ejerció de representante de su congregación en Guatemala. Acudí a verificar en la fuente más directa: la página web de Sai Baba en Guatemala. El dato era correcto; además, entre la información que hallé, se exaltaba el «milagro» que el gurú le había obsequiado al carnicero: al no poder acudir a las celebraciones por sus bodas de oro matrimoniales, en una fotografía expuesta en dicha web, Sai Baba habría aparecido flotando en la copa de champán del tirano; claro que en este relato nadie lo denomina tirano ni carnicero, ni en la dilatada descripción histórica que ofrece de Guatemala se menciona una palabra sobre la violencia que azotó al país en el último siglo. Esto trajo a mi memoria un reportaje sobre Sai Baba emitido por la BBC hace pocos años. En él se informaba sobre su creciente número de fieles, tanto en la India como en Estados Unidos y Europa, y se advertía sobre la nebulosa financiera en la que se erige su secta, así como sobre los abusos sexuales a los que ese controvertido dios en la tierra habría sometido a numerosos adolescentes de Oriente y Occidente. Al encontrar la figura del carnicero tan ligada a la de aquel avatar, como la cara y la cruz de una moneda falsa, más que consternación, sentí alivio: puede que un engendro como Arana Osorio haya muerto en su cama

sin jamás haber sido juzgado en un tribunal; pero el hecho de que haya estado tan perturbado como para lanzarse a los pies de un santón que vendía promesas de salvación, me indica que durante años, acaso durante toda su vida, el fondo de su conciencia estuvo anegado por un caldo de pesadillas. Quizás fuera el grito de sus víctimas.

Coralia.

Cuando se la llevaron tenía 27 años; la misma edad que Rogelia Cruz cuando también se la llevaron. ¿Por qué, Coralia, a ti, a Rogelia, y a tantas mujeres como ustedes las atacaron con tanta canallada? ¿Por qué?

V

*Nadie abrió la boca
ni nadie dijo nada.
Y ese silencio, hermanos,
nos ha vuelto culpables.*

Isabel de los Ángeles Ruano

Primeros días de octubre. No me es posible aparecer en Guatemala para buscar más información sobre Coralia, sobre lo que fue su vida, o su muerte. Y quizás no me hace falta saber nada más de lo último. Por algo mi padre no se explayó. Aunque sí hubiera mencionado a Rogelia Cruz.

En 1983, él no hubiera imaginado que tres décadas más tarde, a sus hijos nos resultaría muy sencillo teclear un nombre desde nuestra computadora y descubrir que si se trató de una persona singular nos encontraríamos con decenas de páginas que nos informarían sobre ella.

En los años cincuenta del siglo pasado los concursos de belleza concitaban una atención extraordinaria; Guatemala no era ajena a la glorificación de los certámenes en los que se elegiría a la mujer que durante un año simbolizaría la belleza nacional y representaría al país en el concurso de Miss Universo. Pero en esa época Guatemala había vuelto a caer en una sucesión de dictaduras, hecho que acrecentaba la oposición social. Una Miss Guatemala no tendría por qué haberse sentido incómoda con cualquiera que fuera el gobierno de su país; solo era necesario que representara el ideal femenino tradicional: una bella pasiva y taimada. Este no era el caso de Rogelia.

Tenía 19 años cuando fue elegida Miss Guatemala en 1959 y resultó semifinalista en el certamen de Miss Universo celebrado en California. Podía haber abandonado sus estudios y asegurarse el futuro casándose con algún pretendiente rico; o podría haber utilizado su figura para encumbrar diversas marcas de ropa, cosméticos y utensilios domésticos. No hizo ni lo uno ni lo

otro. Con respecto a su vida profesional, concluyó su carrera de maestra, empezó a trabajar e inició los estudios de Arquitectura; con respecto a su vida personal, se implicó en los movimientos de oposición y se hizo novia de un guerrillero, Leonardo Castillo Johnson.

En enero de 1968 tenía tres meses de embarazo, fue entonces secuestrada en un operativo combinado del Ejército y escuadrones de la muerte. Al cabo de tres días su cuerpo desnudo fue arrojado bajo un puente del río Michatoya, junto con los cadáveres de once campesinos. Antes de asesinarla, sus verdugos la entregaron a una tropa de soldados para que la violaran en masa; sus senos le fueron cercenados, le introdujeron una estaca por la vagina y su rostro fue desfigurado por un garrote. Quien ordenó su captura y se encargó de perpetrar los primeros interrogatorios y violaciones fue el coronel Máximo Zepeda Martínez, jefe de la Nueva Organización Anticomunista, uno de los escuadrones de la muerte creados por el Ejército, la Policía y partidos de ultraderecha, como el Movimiento de Liberación Nacional.

Si se conocen pormenores del martirio al que fue sometida no solo se debe al estado en que se encontró su cuerpo, sino al relato jactancioso y reiterado que en las semanas y meses siguientes Máximo Zepeda propalaría en las cantinas de las que era parroquiano. Dadas las características de este personaje y su afición por la bebida, es probable que también se jactara de tales hazañas ante José López Rega, el creador de la Triple A (la Alianza Anticomunista Argentina), el escuadrón de la muerte que a partir de 1974 desataría el terror en Argentina y multiplicaría su poder tras el golpe de Estado de 1976. En efecto, el año 1973, el embajador de Estados Unidos en España, Robert Charles Hill, utilizó el bar del Hotel Ritz de Madrid para presentarlos, de modo que en sucesivos encuentros, Zepeda pudiera transmitir a su colega argentino su experiencia y sus métodos de contrainsurgencia. Según Ignacio González Janzen, experto en la historia de la Triple A, los

manuales proporcionados por Zepeda apuntaban a la necesidad de eliminar uno a uno a dirigentes sindicales y universitarios, líderes sociales y religiosos progresistas, así como a los activistas de forma indiscriminada para aterrorizar a la población y paralizar cualquier tipo de oposición. Si conocemos que Robert Hill, el artífice de aquel encuentro paramilitar, en 1954 había prestado sus servicios para derrocar a Jacobo Arbenz (tras lo cual se convertiría en miembro del directorio de la United Fruit Company), y si recordamos que en 1973 España todavía se hallaba sometida a la dictadura franquista, es curioso ver cómo los supuestos representantes de la civilización cristiana y la libertad se iban movilizandando por territorios amigos para compartir animosamente sus estrategias contra sus opositores. En ese tablero de operaciones, ya no puede sorprender que en 1974, en los prolegómenos del golpe de Estado en Argentina, Robert Hill cambiara su residencia de embajador en Madrid por otra en Buenos Aires.

El asesinato de Rogelia Cruz conmocionó a Guatemala; sin embargo, el caso quedó en impunidad. Por medio de aquel crimen los sicarios como Zepeda y sus amos no solo exhibían el grado de su poder, también dejaban una severa advertencia a la población, en particular a las mujeres. No es preciso haber estudiado medicina o psicología para conocer que las experiencias y los mismos relatos traumáticos ejercen un efecto paralizador, de tal manera que si no son confrontados, pueden quedar arrinconados y desde el fondo donde han sido aparcados seguirán extendiendo sus agujones, haciendo aflorar la desolación en las circunstancias más insospechadas. Violar en tropel el espacio sexual que en libertad procura placer; cercenar unos senos a mordiscos y sablazos condenándolos a que derramen sangre en lugar de leche nutricia; desdibujar a garrotazos la belleza de un rostro; introducir la muerte en forma de estaca por el conducto de donde emerge la

vida. En cada una de las heridas perpetradas contra una mujer que fue rebelde y radiante, sus verdugos incrustaron mensajes tenebrosos.

Cuatro décadas más tarde, a mí, que no la conocí, durante varias noches su muerte me ha mantenido conmocionado. Y me trae a colación el ensañamiento de los kaibiles contra las mujeres indígenas a las que hallaban embarazadas, como la práctica de abrirles el vientre y arrojar al vacío al ser vivo que allí latía para colocar en su lugar la cabeza del marido, del padre, o del hermano al que solo unos instantes antes habían decapitado. Otra ostentación brutal de poder, otra manera de exterminar la esperanza. También me hace pensar en las miles de mujeres guatemaltecas que actualmente, cada año, por hechos tan simples como andar solas por la calle, atreverse a salir a tomar una copa sin compañía de hombres, o llevar una falda corta o unos pantalones apretados, se convierten en objetivo preferente de las variopintas bandas criminales que asolan el país y han convertido a Ciudad de Guatemala en líder mundial de femicidios.

No es difícil comprender por qué una poeta prodigiosa como Isabel de los Ángeles Ruano, quien dedicara a Rogelia un poema que es un aullido, tras aferrarse a la poesía en medio de la barbarie, a finales de los años ochenta quedara trastornada y hoy sobreviva con ropas y nombre de varón vendiendo baratijas por las calles de Guatemala.

Guatemala. Tanta sofisticación en el ejercicio del mal no responde a la mera brutalidad de unos sujetos a los que se ha preparado y gratificado como máquinas de matar; detrás, es preciso ver a las gentes que han obtenido o mantenido inmensos beneficios por diseñar, justificar y financiar ese tipo de barbarie y el consecuente trauma de la sociedad. Ahí está buena parte de la oligarquía guatemalteca, un género de mandamases cuya visión del mundo parece arrancada de la Edad Media. Pero estos solo eran la punta de cola de un vasto cuerpo de corporaciones corruptas que mediante su poder infiltraron los partidos políticos, el Gobierno y la Agencia de Inteligencia de los Estados Unidos para usar a su servicio el Ejército, el armamento y los impuestos de los ciudadanos norteamericanos a fin de solventar las masacres que se perpetraron en Guatemala y en tantos otros lugares del planeta donde la expansión de sus negocios podría verse alterada si no se paralizaba a quienes pretendieran ponerles límites. Ello les exigía aniquilar a mujeres como Rogelia Cruz; panaderos como Héctor Gómez Calixto; estudiantes como Oliverio Castañeda de León, Marilú Hichos o Antonio Ciani García; poetas como Roberto Obregón o Luis de Lión; bebés como Carlos Rafael Cuevas; niños como Santiago Ixcaya Samines, Marco Antonio Molina Theissen o Santiago Pop Tut; obispos como Juan José Gerardi y catequistas como Carlos Vidal González Pérez; periodistas como José Guilló Martínez, Fulvio Alirio Mejía o Irma Flaquer; sindicalistas como José Julio Cermeño Reyes, José Luis López Bran o Manuel López Balam; antropólogas como Myrna Mack y abogadas como Yolanda Urizar de Aguilar; dirigentes políticos como Alberto

Fuentes Mohr, Manuel Colom Argueta o Jorge Carpio Nicolle; y, por supuesto, a millares de dirigentes campesinos e indígenas cuyo atrevimiento a reclamar derechos los convertía en subversivos y por tanto en objetivo de muerte; allí están Mamá Maquín, Gregorio Yujá, Juana Tum, Emilio de León Gómez, Celis Chet Yoc, Lázaro Morán...

En su afán por afinar sus métodos de contrainsurgencia, mediante la amenaza y el terror involucraron a miembros de las comunidades mayas a participar en su guerra, creando las temibles patrullas de autodefensa civil, muchas de las cuales terminaron atacando con ferocidad a sus propios vecinos, utilizando las armas y la autoridad recibida del Ejército para saldar rencillas y envidias personales, así como para desplazar o usurpar el sitio de los líderes tradicionales. Esto intensificaba el exterminio de las poblaciones mayas, pero además fracturaba la cultura y los lazos de solidaridad que durante siglos les habían permitido resistir.

La expansión de esos negocios también exigió que centenares de profesionales formados en Estados Unidos en los años sesenta por medio de la Alianza para el Progreso, al volver a su país fueran liquidados en sus dos terceras partes porque las tímidas reformas que hubieran aplicado también hubieran sido enemigas de sus intereses. En las décadas siguientes, hasta la fecha, el desarrollo de esos negocios se sigue cobrando centenares de vidas: Guatemala es uno de los países donde más defensores de derechos humanos se asesina. Tal como lo reportan los informes anuales de Amnistía Internacional o el Observatorio mundial de protección a los defensores de derechos humanos, en Guatemala, ser dirigente sindical, defensor del medio ambiente, promotor de los derechos culturales y territoriales indígenas, querellante contra casos de corrupción del Estado, acusador de las mafias que trafican con drogas, mujeres y niños, denunciante de la impunidad del pasado o del presente, supone un riesgo que implica amenazas telefónicas o

electrónicas, hostigamiento a la familia, y no pocas veces el secuestro, la tortura y/o el asesinato.

Al proyectar a los directores y ejecutores de esos planes de terror como seres humanos que piensan y deliberan; que comen, duermen y por supuesto cobran; y no como entes monstruosos y paranormales; al desentrañar los simbolismos con los que han pretendido aniquilar la rebeldía, he empezado a sentir la obligación de salir del abatimiento. Pero la pregunta que no alcanzo a resolver es cómo: ¿cómo salir vital de este foso?

A Coralia la asesinaron aplicando sobre su cuerpo la violación, la cuchillada y el fuego. Sin que sus verdugos infringieran un solo rasguño sobre su padre, pocos meses después a él lo mató la pena. José Alejandro, su hermano mayor, un abogado que hasta julio de 1971 había sido simpatizante de los partidos de la derecha donde tenía numerosos clientes, había recurrido a todos sus contactos y amistades para lograr primero la liberación de su hermana. Cuando apareció muerta, durante varias semanas denunció los hechos ante juzgados y comisarías, hasta que se enfrentó con la realidad de que nada de esto funcionaba; por el contrario, fue advertido de que cesara en su empeño si deseaba mantenerse con vida. Tras la muerte de su padre, se integró a las reorganizadas guerrillas de las FAR, hasta que el Ejército lo desapareció en noviembre de 1972. Ante esta nueva calamidad, José Eduardo, su hermano menor, fue urgido a exiliarse en el extranjero. Por su parte, el esposo de Coralia, que al igual que ella solo había sido un opositor, se unió a la ORPA (Organización Revolucionaria del Pueblo en Armas) y en febrero de 1973 cayó abatido en un enfrentamiento con el ejército en Quetzaltenango. Acaso porque sentía la responsabilidad de perpetuar la vida de su familia, la madre de Coralia había resistido algunos años, hasta que sucumbió a un infarto en 1981: la misma muerte y el mismo año que mi abuela guatemalteca. Para cuando mi padre escribió aquellas confesiones en

1983, de la familia de Coralia que él había conocido solo quedaba una persona que pudiera guardarles la memoria.

Él no sabía qué había podido ocurrir con ella después de 1982. Quizás la salvó la infancia. Si es que logró sobrevivir a la violencia que asoló el país en los años ochenta.

Lo cierto del caso es que a Coralia no la asesinaron por motivos estrictamente políticos. En julio de 1971, ella y su marido se limitaban a ser simpatizantes de los grupos insurgentes y hasta donde se sabe no participaban en ninguna actividad clandestina. Ni siquiera eran las cabezas visibles de los gremios a los que pertenecían: ella al de maestros, él al de periodistas. En diciembre de 1968 habían tenido una hija y ese hecho determinó que Coralia redujera el tiempo que antes dedicaba a la federación de maestros, si bien seguía vinculada a los programas de alfabetización sabatinos en Amayel.

Cuando la secuestraron, muchos dieron por hecho que el motivo había sido que suscribiera una carta en la que más de 300 profesionales de diferentes sectores denunciaban las descarnadas cotas de corrupción que estaba alcanzando la dictadura de Arana Osorio. El promotor de la carta y el director del programa radial que la difundió desaparecieron esa misma noche; en los días siguientes, otra veintena de firmantes fueron detenidos durante varios días; pero aquello había ocurrido cinco meses antes, en febrero de 1971.

La primera llamada que Carlos Fonseca le hizo a mi padre a Londres sirvió para informarle del asesinato de Coralia. Algunas semanas más tarde, tal como había prometido, lo volvió a llamar y le ofreció pistas y nombres adicionales. Entre estos se hallaba Jorge Lester: la vida de Jorge Lester, la sombra de Jorge Lester. Una sombra larga, densa, antigua.

A diferencia de mi padre, en 1966 Carlos Fonseca sí regresó a Guatemala. Coralia había sido una de las primeras personas a las que fue a buscar en

cuanto se desató la represión de octubre: deseaba cerciorarse de que estuviera bien y todavía guardaba esperanzas de que ella se enamorase de él. Se estaban volviendo a ver después de siete meses y ella lo había recibido con gran afecto y una noticia que quebró sus expectativas: a raíz de su experiencia como alfabetizadora, había iniciado una relación con Fernando Voz, un periodista que había estructurado un programa educativo radial en quiché, cakchiquel y mam que llegaba a numerosas comunidades indígenas carentes de escuelas. Coralia se mostraba exultante. Cuando Carlos le preguntó si Jorge Lester había dejado de acosarla, le había dicho que sí, pues se había ido a vivir a Miami. Parecía haber olvidado la obsesión que su exnovio tuvo por ella y no se había percatado de que Lester se había marchado de Guatemala justo después de que empezara su noviazgo con Fernando Voz.

En los meses siguientes, Carlos no había vuelto a conversar con ella. Se había quedado rezagado en sus estudios debido a su exilio en México y Coralia se hallaba bastante ocupada con su novio, con las clases de alfabetización en Amayel, concluyendo la carrera de Historia e iniciando al mismo tiempo los estudios de magisterio en el Instituto Pedagógico. En agosto de 1968 lo citó con urgencia. Se encontraron en la cafetería de la universidad. Ella estaba esperando un hijo y no lucía la placidez de las embarazadas: estaba demacrada y nerviosa. Le contó que Jorge Lester había regresado a Guatemala y la había buscado. Al enterarse de su embarazo y de que no se había casado, le propuso matrimonio y le garantizó que criaría al bebé que iba a tener como si fuera suyo. No le había importado que ella le dijera que estaba enamorada de su novio y que en un mes se iban a casar. Lester le había advertido que si de verdad quería ser feliz, lo mejor que podía hacer era contraer matrimonio con él. Ella le había pedido que la dejara en

paz, y comoquiera que Lester siguiera insistiendo, lo había mandado al demonio.

Coralia conocía al poderoso padre de su exnovio; pero no sabía que se trataba, literalmente, del demonio al que Jorge Lester iba a acudir. Una semana antes de su boda, su prometido desapareció del mapa; durante varios días lo buscaron por todas partes, incluso en la morgue, hasta que una mañana Coralia recibió una llamada anónima. Al otro lado de la línea escuchó los alaridos de un hombre y a continuación una voz ronca amenazó que la próxima vez le harían escuchar los gritos de Fernando, salvo que ella meditara sus palabras antes de decir sí o no a las proposiciones de un caballero de verdad.

Ella entendió el mensaje y se apresuró a llamar a Jorge Lester. Él la citó en su departamento. A pesar de que le advirtió que nadie debería enterarse del encuentro que iban a entablar, Coralia tomó la precaución de avisar a su hermano menor a dónde se estaba dirigiendo. No le mencionó que estaba llevando un cuchillo.

Es posible que Estuardo Lester, por su experiencia como senador de un partido cuya inspiración era el nazismo, como dueño de inmensas fincas cuya propiedad y expansión defendía con garra y fuego, y sobre todo como habitué de las tinieblas dada su familiaridad con los escuadrones de la muerte, previera que una mujer como Coralia podría acudir armada a esa cita, de modo que para asegurar la vida de su primogénito, le entregó un revólver.

Carlos Fonseca no sabía si aquella tarde en la cafetería de la universidad Coralia le había contado la verdad de todo lo que ocurrió en el departamento de Lester. La versión que le dio fue que de entrada él había querido besarla intimidándola con que si no respondía a sus solicitudes, no se haría responsable de la suerte de Fernando Voz. Ella no había sacado el cuchillo. Venciendo el terror, le planteó que se acostaría y se quedaría con él solo

después de que su prometido fuera liberado. Él había accedido con cierta facilidad. Esto la llevó a estipular algo más: Fernando debería estar ileso. Al parecer, esto puso nervioso a Lester; lo molestó, lo turbó. La palabra ileso no le era inocua. Pero otra vez accedió, con la condición de que lo acompañara un momento a su cuarto para que le enseñara algo.

Lo siguió. Él la invitó a sentarse en la cama. Coralia se había acordado de su cuchillo. Quizás imaginó que Fernando ya estaba muerto y por tanto ya no tenía nada que perder si tenía que defenderse. Lo que no esperaba es que Lester se agachara a buscar una caja debajo de la cama y de ella extrajera tres fotografías. En cada una había un hombre desnudo colgado bocabajo. Ninguno de ellos estaba ileso.

Lester la exhortó a que mirase bien para que estuviera segura de lo que ocurriría con su prometido si ella no cumplía su palabra.

Carlos Fonseca le había preguntado si conocía a los hombres de las fotografías. Coralia le aseguró que no los había reconocido. Si ella se hubiera limitado a responder que no sabía quiénes eran, o que simplemente no los conocía, Carlos habría creído que le estaba diciendo la verdad; pero su énfasis por *asegurar* que no los había *reconocido* le despertó la vergüenza. Y el dolor. Y ya no supo si lo que ella le contó a continuación era falso o cierto.

Una mujer embarazada observa las fotografías que muestran a tres hombres que acaso conoce muy bien evidenciando los estigmas de la tortura. Teme que lo mismo le pueda ocurrir al hombre que ama, al padre del hijo que espera. Ante la perspectiva nítida de lo que le sucederá si no acepta los caprichos de quien tiene su vida en sus manos, ¿puede posponer una vez más que él, Jorge Lester, la posea? A Carlos le dijo que esa tarde no dejó que el temor la convenciera y se marchó con la promesa de que solo se acostaría con él si Fernando Voz era liberado, ileso. Después de todo, es posible que eso haya sido cierto.

Una semana después, cuando la fecha de su boda había quedado indefectiblemente cancelada, su prometido apareció en la puerta de su casa. Su rostro evidenciaba algunos moretones. No le habían hecho nada más. Lo habían mantenido encerrado, con los ojos y los brazos vendados, en el que parecía ser el galpón de una finca por el profundo olor a hierba húmeda de los alrededores.

Esa misma noche Lester llamó a Coralia: le recordó que tenían una deuda que saldar y que su departamento estaba listo para que lo habitaran juntos. Ella le había pedido que le diera una semana para prepararse. Él había accedido; no obstante, le advirtió que no se le ocurriera urdir ninguna trama para fugar, porque si lo hacía, los hombres que la estaban vigilando no dudarían en matarla a ella y a los suyos. Recién entonces Coralia terminó de aprender hasta qué extremos podía llegar la gente como Lester para retener o apoderarse de lo que consideraban suyo por derecho natural.

No le había resultado nada sencillo convencer a su novio de que se marchara del país; para hacerlo, tuvo que prometerle que antes de que su hijo naciera se reuniría con él en México. También tuvo que esconderle el pacto al que se había atado. Faltando dos días para el vencimiento de ese plazo, de nuevo había acudido a Carlos Fonseca. Seguramente lo buscó porque sabía que era uno de los hombres que aparecían colgados en las fotografías que Jorge Lester le había mostrado; por tanto, era la única persona que le podía decir cómo operaba el corazón de las tinieblas.

Los otros hombres colgados eran Pablo Garmendia y León Cordado. Mi padre estaba seguro de eso. Pero en 1968 él estaba muy lejos, y si a él hubiera acudido Coralia para pedirle apoyo, no se le hubiera ocurrido plantearle lo mismo que Carlos.

Yo era siete años mayor que ellos dos; yo había sido su profesor y acaso el primer responsable de que ambos se implicaran en la realidad de

Guatemala y abandonarían el curso de sus cómodas vidas; sin embargo, yo nunca tuve ese coraje. Coralia, Carlos. Carlos, Coralia.

Carlos Fonseca consideró que la única posibilidad que ella tenía para evadirse de Lester era disponerse a morir en el intento. Él era consciente de cuán obsesionado se hallaba aquel hombre por ella y creía entender la raíz de esa obsesión. En medio de su locura, Lester sabía que jamás ninguna mujer como Coralia volvería a enamorarse de él para salvarle de la certidumbre de que, a pesar de todo su poder, a pesar de toda su riqueza, a pesar de su atractivo físico, nada valía. Por conjurar aquella certidumbre se había hundido cada vez más en el fondo de su nadería, y en cada una de esas ocasiones había ido ahuyentando a Coralia, hasta convertir el amor que ella le tuvo en terror y desprecio. Por desgracia, no estaba educado para admitir esa realidad.

Coralia le confesó a Carlos que, de no estar embarazada, habría preferido suicidarse; como ese no era el caso, la única alternativa que le quedaba era matarlo. Si lo había llamado, era porque necesitaba contarle a alguien lo que estaba pensando hacer; también por la posibilidad de que Carlos pudiera conseguirle un revólver o cualquier arma más eficaz y menos brutal que el cuchillo que desde hacía dos semanas portaba consigo. Había abierto su bolso y desempaqueté el arma. En sus manos delgadas, aquel cuchillo había brillado como un rayo de plata.

—No puedes hacer eso —le advirtió Carlos, tras reponerse de la impresión—. Es un riesgo muy grande porque físicamente él es más fuerte que tú y es posible que también esté armado. Y lo peor de todo, Coralia, es que si llegaras a matarlo, las represalias de su padre caerán sobre ti y tú no tienes idea de lo que esa gente es capaz.

Carlos Fonseca sabía bien de qué estaba hablando. Quizás Coralia también lo sabía, pero en su desesperación parecía haberlo olvidado. Él se lo

recordó.

Estuardo Lester era uno de los oligarcas que más dinero aportaba a los escuadrones de la muerte, en especial a la Mano Blanca. Carlos, que se hallaba cada vez más vinculado a los grupos de oposición clandestinos y manejaba información que nunca se publicaba en los periódicos de la época, le contó que Estuardo Lester había participado directamente en varias masacres de campesinos desde el golpe de 1954 y tenía conexiones muy estrechas con los mayores represores del Ejército. La única alternativa que Carlos figuró era prácticamente un suicidio.

Coralia no halló otra salida. El día que tenía pactado empezar su nueva vida con Jorge Lester apareció en su departamento sola y sin maletas. Cuando él cerró la puerta tras de sí, lo único que ella le entregó con las manos abiertas fue su cuchillo.

«Mátame», le pidió. Quizás se lo exigió una, dos, tres veces, hasta que Lester tomó el cuchillo y se dio cuenta de que nada de lo que pudiera hacer le devolvería a Coralia. Tampoco se atrevió a matarla.

Qué más pudieron decirse ellos dos aquella mañana; eso yo no lo sé.

Por la noche, Carlos recibió una llamada breve de Coralia. Constató que seguía viva y que se encontraba en casa de sus padres. Unas semanas después, ella le avisó, casi feliz, que Jorge Lester se hallaba lejos de Guatemala y que la misma voz ronca y anónima que un tiempo atrás la amenazara, la había llamado para comunicarle que no debería sentirse triunfante, pues si seguía viva, era porque a Estuardo Lester le alegraba que su hijo se marchara del país y no se quedase con una puta.

Coralia sí debe haberse sentido triunfante, porque en lugar de partir a México para reunirse con su novio, fue él quien regresó a Guatemala unas semanas antes de que naciera su hija.

Todo parecía caminar sobre las rieles. A principios de 1969, entre las familias más acomodadas de Antigua y Guatemala, como una telenovela corrió la historia de que al cabo de muchos años, de manera súbita, Jorge Lester y su novia de la adolescencia se habían reencontrado y se habían casado en Miami, donde ambos estaban residiendo. Coralia le contó esto a Carlos la última vez que se vieron. Le dijo también que esa noticia le suponía un gran alivio. Ese sábado él había acudido a Amayel para reemplazar a un amigo y le sorprendió encontrarla. Ella había retomado las clases de alfabetización a los pocos meses del nacimiento de su hija; es más, por decisión propia, había dado a luz en esa aldea.

Cuando Carlos me contó esto, yo también me sentí muy sorprendido. Es cierto que en esa época había muchísimos jóvenes dispuestos a ser libres y coherentes con sus ideas; mas nunca hubiera imaginado que Coralia llevaría su consecuencia hasta esos extremos. Nosotros nunca terminamos de conocerla... Imagino el disgusto que esa decisión ocasionaría a sus padres, a sus hermanos, el mismo temor que ella y Fernando Voz habrían sentido. Pero habían decidido implicarse con los mayas hasta las últimas consecuencias. Puedo imaginarla en el trance de dar a luz, rodeada de unas mujeres que al cabo de siglos de sobrevivencia saben mejor que nadie los significados del morir, del nacer y renacer. En el nacimiento de su hija, probablemente cerca de un lago, o de un río, Coralia estableció con esas mujeres un pacto indisoluble, un pacto que nosotros nunca llegaremos a comprender.

Coralia conocía a la esposa de Jorge Lester. Habían estudiado en el mismo liceo y era prima de Abilio Arangüena. A Carlos se le había empezado a olvidar el nombre de aquel antiguo compañero de la universidad; pero en el autobús que los estaba llevando de regreso a la ciudad, Coralia había dedicado bastante tiempo a recordarlo. Mientras amamantaba a su hija,

había seguido hablando de Abilio como si se tratara de alguien íntimo. O sería que sin buscarlo ni premeditarlo, esa tarde hubiera pronunciado un conjuro capaz de atravesar distancias e idiomas lejanos para devolverlo a la realidad de la que había escapado.

A Carlos le hubiera gustado recordarla siempre como la vio aquella vez: feliz, libre. Él no podía sentirse así. Una nueva campaña electoral estaba lanzada y la candidatura del carnicero de Zacapa apoyada por el Movimiento de Liberación Nacional, el partido de Estuardo Lester, estaba utilizando toda su maquinaria para garantizar su triunfo. Por tanto, le confió que si ellos se alzaban con la victoria, él se uniría a las guerrillas para combatirlos. También le había pedido que si ese mal pronóstico se cumplía, ella evaluara la posibilidad de salir del país por un tiempo.

—Para esa gente tú eres peligrosa, tú eres un enemigo, una delincuente insumisa —le había recordado.

—¡Cómo me voy a ir! —le había respondido Coralia—. Si todas las personas de bien nos marchamos de aquí, ¡qué tragedia sería!

Carlos había querido darle la razón; sin embargo, su sentido menos optimista de las cosas lo impelió a contrariarla. Ella se reafirmó en su postura y en un momento empezó a reír. Él le había preguntado por qué la risa.

—He recordado una historia que me contó Mama Ixchel. Es una historia muy chistosa; pero sobre todo es una historia invencible... No te he hablado nunca de Mama Ixchel, ¿verdad?

Carlos había negado con la cabeza varias veces. Estaba consternado, acaso vencido, y decidió cambiar de tema. Poco después se despidieron.

Mama Ixchel. Carlos sí había oído ese nombre. Fue en marzo de 1966 y lo oyó a gritos.

Durante dos años, quizás hasta el mismo día en que la secuestraron, Coralia se creyó libre de la familia Lester. Por sus actividades en Amayel y por su participación en algunas manifestaciones de protesta, a veces había sentido temor; no en vano Augusto Monterroso había escrito que a quienquiera que naciera en un país como Guatemala «y por cualquier circunstancia familiar o ambiental se le ocurra dedicar una parte de su tiempo a leer y de ahí a pensar y de ahí a escribir está en cualquiera de las tres famosas posibilidades: destierro, encierro o entierro». Tras la desaparición de los promotores de la carta de «Los 300» que ella había firmado, en un momento Coralia y su marido consideraron la posibilidad de marcharse del país, pero al final se quedaron. Y pasó lo que pasó.

En mayo de 1971 tenía olvidado cuánto dependía su vida de Jorge Lester. ¿Volvió a verlo alguna vez? Eso nadie lo sabe. Las fechas y datos que mi padre y Carlos Fonseca manejaron tras su muerte dan cuenta de un hombre que, a pesar de los años y los rechazos recibidos, permanecía inflexible en su obsesión. A principios de 1971 regresó a Guatemala para perseguir de nuevo los pasos de Coralia, de forma subrepticia probablemente; caso contrario, la lógica indicaría que ella habría tenido que huir. O sería que ella ya no tenía a quién confiar un encuentro semejante, si este se hubiera producido. Carlos Fonseca no estaba cerca; a finales de 1970 se había unido a las guerrillas urbanas sin que ningún amigo de antaño tuviera noticias de su paradero.

Del caso que las ciudades de Antigua y Guatemala sí tuvieron gran noticia fue de la muerte de Jorge Lester. Se apuntaba que se había producido

en extrañas circunstancias. El periódico más fiel al Gobierno informó que se estaba investigando si se habría tratado de un asesinato perpetrado por un guerrillero. No obstante, esta hipótesis tambaleaba ante el hecho de que en los días previos mucha gente viera a Jorge Lester deambulando por las calles como un fantasma ebrio y que muriera dentro de su departamento con un disparo en la sien, sin que el supuesto atacante se llevara el revólver consigo. Dado que el suicidio de un hombre por razones amorosas estaba muy mal visto, cuando esa versión cobró fuerza, el periódico que había presentado el caso como un atentado, así como las revistas del corazón, empezaron a rodear aquella muerte de un aura melodramática. Mencionaron que el occiso nunca se había recuperado del trauma que le supuso ver morir a su madre a los tres años; una herida que había vuelto a aflorar cuando en la pasada Navidad su esposa y él perdieron al hijo que esperaban. Ninguno de esos medios especuló sobre las razones por las que la joven viuda no viajó a Guatemala para el entierro de su marido, aunque el boca a boca hiciera correr el rumor de que aquel matrimonio le había supuesto un infierno.

Durante años, Araceli Arangüena había anhelado restablecer su noviazgo con Jorge Lester, y lo había conseguido. Se casaron por todo lo alto en Miami y se quedaron viviendo en esa ciudad, alejados de los problemas y las estrecheces de su país. Quién sabe durante cuánto tiempo disfrutaron del periodo de gracia de la luna de miel; en cualquier caso, a mediados de 1970 todavía se mantenían unidos como para haber concebido el hijo que perdieron. Roto ese vínculo, Jorge Lester no demoró en volver a Guatemala para matarse pocos meses después.

Un padre como Estuardo Lester no era capaz de aplacar su tristeza con silencio, meditación o duelo íntimo; necesitaba buscar culpables que lo eximieran de cualquier remordimiento. Pero ahí estaban los rumores, refiriendo que el arma con la que su primogénito se suicidó se la había

regalado él. Alguien como Lester padre tampoco era capaz de reflexionar sobre las flaquezas de su hijo: él necesitaba hallar otros culpables y hacerlo con mucho ruido, mucho grito y mucha afrenta; después de todo, esos eran los únicos procedimientos que conocía para resarcirse. A Araceli Arangüena no le podía hacer nada; no vivía en Guatemala y su familia era casi tan poderosa como la suya. Además, había otra mujer a quien atribuiría más las desdichas de su hijo.

Para atacar a Coralia contaba con el Movimiento Anticomunista Nacional Organizado, más conocido como Mano Blanca, el escuadrón paramilitar creado en 1966 por el líder de su partido, Mario Sandoval Alarcón. Financiado por numerosos finqueros e industriales, sus filas congregaban a sanguinarios esbirros del mundo civil y militar. Aunque utilizaban armamento y vehículos del Ejército y la Policía, por lo general atacaban a sus adversarios vestidos de civil y actuaban con seudónimos para resguardar la identidad de sus miembros. Con ese aparato, Estuardo Lester podía llevar adelante sus venganzas políticas y personales. Con impunidad, por supuesto.

Mi madre volvió de Egipto ayer. Mientras iba a recogerla al aeropuerto, concluí que Miriam y yo habíamos exagerado respecto a la reacción que pudiera tener ante las confesiones de mi padre. Aun así, al verla después de un mes, tan contenta por su viaje, me dije que era mejor posponerle el mal trago para más adelante. Pero no sé por qué, en el trayecto a su casa, el tema de la venganza salió a flote.

Yo le había preguntado qué era lo que más le había impactado de su viaje. Ella se quedó en silencio un rato, hasta que pronunció aquello:

—El tiempo es la venganza.

—¿Por qué dices eso? —inquirí, algo turbado.

—Porque eso es lo que más me ha impactado.

Durante cuatro milenios, la religión egipcia había florecido como la más poderosa y sofisticada del mundo. Nadie hubiera imaginado que arribaría un día en que desaparecería por completo. No obstante, de ella se conservaban innumerables vestigios que mostraban a las nuevas religiones autoproclamadas como las verdaderas de qué manera el paso y el peso de los siglos se encargan de enfrentar la arrogancia. Los templos de Philae, último reducto de la religión egipcia, le parecieron a mi madre más sugerentes que cualquier pirámide colosal. En el siglo XX pudieron haber sido engullidos por el Nilo a raíz de la construcción de la presa de Asuán; sin embargo, pieza por pieza, se logró trasladarlos a una isla cercana. Desde allí, nuevamente observan la eternidad del horizonte, así como las aguas de un gran río que ha durado y perdurará mucho más que el fanatismo y la intolerancia de las

religiones que arrasaron con el antiguo culto egipcio. El tiempo es la venganza. Eso era lo que más había impactado a mi madre de su viaje a Egipto.

En mayo de 1973, mi padre regresó a Guatemala después de siete años. Deseaba ver a su madre. Pero aún más le empujaba la venganza.

Desde el día en que Carlos me llamó para avisarme sobre el asesinato de Coralia, supe que más tarde o más temprano yo tendría que volver a Guatemala para arreglar cuentas, aunque en ello se me fuera la vida. Sin embargo, a pesar de que no estaría solo en esa tarea, convertir esa perspectiva en realidad me resultó mucho más difícil de lo que hubiera imaginado.

Durante meses, desde su clandestinidad, Carlos Fonseca había ido obteniendo datos sobre quiénes habían participado en la ejecución de Coralia, así como sobre el lugar donde la mantuvieron retenida. A medida que pasaba el tiempo, la decisión de mi padre por apoyar su proyecto se había ido diluyendo, más todavía cuando a fines de 1972 mi madre le anunció que estaba embarazada de su tercer hijo. En esas circunstancias se le había ocurrido colaborar recaudando dinero para la compra de armamento para la guerrilla de Carlos. Pero su antiguo alumno de Historia le había dicho que eso nunca serviría para vengar a Coralia y ajustar cuentas con su pasado. Mi padre había entendido el mensaje. Mas no terminaba de vencer sus reticencias.

Hasta que Abilio Arangüena irrumpió en nuestro camino.

Ubicada al sur de la Baja Verapaz, la finca preferida de Estuardo Lester colindaba con la extensa propiedad de Alejandro Arangüena, el padre de Abilio. Ambas familias pertenecían al colectivo de grandes empresarios y terratenientes denominado «Los dueños del país». Todos ellos eran muy conocidos en Guatemala. Lo que pocos sabían es que el primogénito de los

Arangüena era una oveja negra que no había estudiado Derecho, Administración de Empresas o Economía en una universidad de Estados Unidos o España; él había optado por la carrera de Historia en la Universidad Nacional de San Carlos de Guatemala. Al concluir sus estudios, no se había dedicado a conducir los negocios familiares; se marchó a Inglaterra para proseguir un posgrado en Cambridge. Aunque sus padres costeaban los altos costos de sus matrículas y de su vida en Europa, él vivía apartado de su país y de su propia familia, excepto de su hermana menor, con quien mantenía un vínculo estrecho.

Como si de un tablero de ajedrez se tratara, en la Guatemala de 1971 había fichas que al empezar un juego macabro se hallaban colocadas en posiciones de las que no podrían escapar salvo que se lanzaran al ruedo para matar o morir. Sin lugar a dudas, Abilio no era un peón; tampoco era el rey cuyo poder únicamente le cabe en la corona, pues su capacidad de movimiento es muy limitada. Si hay alguna figura que se le asemeje, esa habría sido la reina; una reina que jugaba en el bando ganador y, sin embargo, se movilizó en favor de las piezas más frágiles, sin que nadie en su grupo de dueños del país se percatara.

Tras cuatro años de ausencia, a inicios de julio de 1971, Abilio había regresado a Guatemala para el matrimonio de su hermana. ¿Destino, casualidad, fatalidad, o simple consecuencia de los hechos?; eso depende del ángulo con el que se mire. En cualquier caso, Abilio acudió para officiar como testigo en la parte civil de la boda, sin imaginar que ello le convertiría en testigo involuntario de una condena de muerte.

Nada parecía aminorar el pesar dibujado en el rostro de Estuardo Lester. La fiesta había comenzado, adultos y jóvenes ocupaban ya la sala de baile en la finca de los Arangüena; pero él se mantenía solo, sentado cerca del bar, observando de lejos el alborozo general. Acompañando a su padre, Abilio se

le había aproximado para ofrecerle su condolencia por la muerte de su primogénito. Tratando de animarlo, Alejandro Arangüena había añadido que ojalá esa noche pudiera, al menos por unas horas, descansar de su aflicción.

—Abandonaré mi duelo dentro de muy poco, cuando me haya vengando de la persona que causó la muerte de mi hijo —había sentenciado y no se había mostrado dispuesto a seguir hablando.

Alejandro Arangüena había temido que esa condena estuviera dirigida a su sobrina, la viuda ausente de Jorge Lester, por lo que se dirigió a su vecino para decirle que esperaba que no estuviera descargando la responsabilidad de esa muerte en la pobre Araceli.

—No te preocupes, no se trata de ella —había pronunciado Lester.

Abilio había escuchado todo eso; por una fracción de segundo, la imagen de Coralia había acudido a su mente; pero la había descartado. Nada sabía sobre la manera en que Jorge Lester había seguido obsesionado con ella en los años que siguieron a la ruptura de su relación. Conocía sobre la furia de Estuardo Lester y sobre la de su propio padre contra quienquiera que se les rebelara; aun así, jamás hubiera imaginado hasta qué punto podía desbordarse la ira del hombre que esa tarde, en medio de una boda, solo parecía un viejo abatido, borracho y con ganas de aparentar bravura. Volvió a la fiesta y olvidó el incidente. Cuando pocos días después se enteró del secuestro de Coralia, no ligó las palabras condenatorias de Lester con aquella desaparición. El día en que hallaron su cuerpo en el vertedero de la barriada El Limón se sintió estúpido, culpable.

Si no fuera porque en aquellos días había sido testigo de algo más, tal vez no se hubiera sentido culpable, ni jamás los deudos de Coralia se habrían enterado de quién ordenó su muerte y por qué motivo.

La palabra «deudo» designa a los familiares más cercanos de un fallecido; también puede designar a quienes le deben algo. La familia de Coralia nunca

tuvo certeza sobre el verdadero motivo de su asesinato. Mi padre y Carlos Fonseca sí, dado que eran deudos de Coralia en el sentido de que le debían algo. Paradójicamente, si Abilio les reveló sus sospechas, no fue porque supiera por qué razones también eran sus deudos. De nuevo fue simple destino, casualidad, fatalidad o mera consecuencia de los hechos. Historiadores todos ellos, ahora que ninguno está acá para explicar qué creen al respecto, lo más adecuado sería decir que se trató de una consecuencia de los hechos combinada con un toque de casualidad.

Tras la boda de su hermana, Abilio no regresó de inmediato a Ciudad de Guatemala. Pensaba quedarse gran parte de sus vacaciones en El Descanso, la finca de sus padres, estudiando y definiendo el tema de su investigación para su tesis doctoral. Julio es un mes de lluvias y aquellos días las tormentas apenas daban tregua a breves momentos de sol. A Abilio le gustaba montar a caballo. Esta afición, su curiosidad y una tarde de sol lo empujaron a escuchar los gritos de Coralia.

En efecto, esa tarde ensilló su caballo y se alejó de la casa para galopar por los linderos de la finca. Había olvidado cuán grande era la propiedad de su familia y dos horas más tarde no terminaba de recorrer sus límites. De pronto, un rayo le anunció que la lluvia era inminente y que debía regresar. Un grito desgarrado lo retuvo. Se quedó paralizado. Un rayo, un grito. Sabía que el rayo venía de un confín remoto; el grito podía provenir de alguna de las casuchas habitadas por los peones. No obstante, recordó que por ese sector ni a uno ni a otro lado de las lindes vivían familias campesinas. La lluvia empezó a caer; escuchó otro grito: «¡No!».

Se estremeció. Quien grita o clama que no, está rechazando algo que se le está imponiendo. Con su caballo, atravesó la frontera de arbustos de su finca y avanzó sobre la propiedad ajena. A lo lejos divisó un galpón de madera techado con paja. Junto a él descubrió estacionados un automóvil azul y una

de las típicas camionetas acorazadas utilizadas por la contrainsurgencia militar. No supo qué hacer. Había sentido miedo. Pero se había jurado que si escuchaba un solo grito más, acudiría a ese galpón para preguntar y acaso auxiliar a quienquiera que estuviera gritando.

Abilio Arangüena es hoy uno de los mayores expertos en historia y mitología maya. Ha publicado decenas de libros y ensayos sobre esas materias y sus artículos no podrían faltar en una compilación especializada que se precie de calidad. Su caso es el de muchos de los mayores especialistas latinoamericanos en Humanidades y Ciencias Sociales que ya no viven en su país, sino que trabajan como docentes o investigadores en universidades de los Estados Unidos, Canadá y Europa. En el caso de Abilio, desde que se doctoró con una tesis de etnohistoria sobre los ritos de nacimiento y muerte entre los antiguos mayas, empezó a trabajar como profesor universitario en Inglaterra y hace muchos años obtuvo la nacionalidad británica. En su caso, las mejores condiciones académicas, y sobre todo económicas de un trabajo en Europa, no parecen haber sido el motivo para que emigrase. Conducir los negocios familiares, o incluso trabajar como profesor en una universidad guatemalteca sin dejar de recibir las rentas de sus propiedades, le podía suponer ingresos bastante superiores a los un salario europeo. Desde fines de 1967 no ha vuelto a residir en su país. Solo en algunos periodos de sus vacaciones acude a Guatemala, Honduras, México y Belice para profundizar en sus investigaciones. Hasta hace dos meses yo no lo conocía ni siquiera de nombre, aunque en mis 42 años de vida es posible que alguna vez nos hayamos cruzado en la calle, el hospital, en un museo, o en el establecimiento que ofrece el mejor chocolate caliente de Inglaterra.

Abilio también vive en Londres. Mi padre siempre lo supo, pero nunca figuró en la lista de sus amigos latinoamericanos conocidos por su familia.

Después de leer sus confesiones, recién descubrí quién era ese historiador anglo-guatemalteco. Bastó buscar su nombre en internet para hallar centenares de enlaces que conducen a sus trabajos y trayectoria profesional. Apasionado por la antigua cultura maya, es un experto bastante apartado del análisis de la historia guatemalteca reciente. Y, sin embargo, más allá de la venganza en que participó entre 1971 y 1973, habría muchas otras historias del siglo XX que no podía apartar de su memoria. Quizás por ello escribió un libro menor del que apenas he encontrado un par de menciones en internet. Se trata de una novelita autobiográfica de menos de cien páginas que firmó con el seudónimo poco ficticio de Carlos Aragüena Coralia y que fue publicada en inglés por una pequeña editorial londinense en 1983. En ella, Abilio revela tres episodios de su vida juvenil que ilustran de qué va la historia y las relaciones sociales en la Guatemala del último medio siglo.

El primer relato es corto y es el que más me impresionó por su sutil crudeza, por todo lo que muestra del personaje que dos décadas más tarde congregaría a Carlos Fonseca y a mi padre a implicarse en un ajuste de cuentas. En los días previos a la Navidad de 1954, Abilio, o su alter ego Carlos Arangüena Coral, es un niño de diez años al que sus padres están llevando a reconocer las lindes de su propiedad en la Baja Verapaz mientras le explican que desde hace siglos esas tierras les pertenecen y aunque incluya cuantiosas hectáreas sin trabajar, los indios no tienen por qué reclamarlas. A Abilio y a su hermana menor les advierten que nunca deben permitir que ningún gobierno les quite o mutile una propiedad ganada en el siglo XVI por sus antepasados, como vencedores de la conquista. Hasta ese momento, aquel niño se ha sentido orgulloso de su estirpe y no duda de la validez de esas palabras. Diciembre es estación seca y se aprestan a extraer de las alforjas la comida que merendarán a la sombra de un pino. Su madre está extendiendo un mantel sobre la hierba; pero ese gesto, suave y propiciatorio para el

descanso, se ve rasgado por los alaridos de una mujer. Los cuatro miembros de la familia se miran entre sí. Más gritos empiezan a llegar desde la propiedad colindante. Abilio corre a ver de dónde proceden. A lo lejos, observa que se ha levantado una cruz y que una población indígena gime alrededor; observa igualmente que hay una mujer que se empeña en abrazar los pies de uno de los crucificados y grita. Se queda impávido. Sus padres acuden a su lado. Al constatar de qué ha sido testigo, la hermosa madre le pide algo a su marido:

—Dile a Estuardo que aplique sus escarmientos lejos de nuestra finca.

El padre de familia asiente. Luego ordena a su hijo que acuda a merendar.

Abilio intenta masticar la carne del potaje que le han servido, pero nuevos alaridos le impiden pasar la comida.

—Nosotros somos los padres de esta nación y los indios son como niños a los que Dios nos ha encomendado tutelar —enuncia el jefe de familia—. Como padres responsables, muchas veces debemos castigar a las ovejas negras para que no descarríen al rebaño.

Su hijo lo escucha, no replica.

Diecisiete años más tarde, de nuevo se encontraba en las lindes de su propiedad oyendo los gritos de una mujer que por un instante creyó reconocer. Se prometió que si los volvía a escuchar, acudiría en su auxilio o, como mínimo, se acercaría para preguntar por qué. ¿Por qué? Ya estaba empapado por la lluvia, no escuchó nada más. Estaba retomando el camino de regreso a su finca cuando de nuevo escuchó el grito de esa mujer. Y otra vez los rayos en medio de la tormenta. Por un instante la imagen de Coralia, la risa de Coralia, la voz de Coralia acudió a su mente. Creyó que se estaba volviendo loco.

Durante los tres días siguientes fue presa de la fiebre y el delirio. Cuando recuperó la conciencia, se prometió que nunca más visitaría su país por

motivos que no fueran estrictamente académicos. Esa promesa la rompió bien pronto. Al regresar a Ciudad de Guatemala, se enteró de que esa mañana unos niños habían encontrado los restos de Coralia en un vertedero. En ese mismo instante asumió que los gritos que pocos días atrás había ignorado valían tanto como los que escuchara impasible diecisiete años antes, y que mientras más cultivara una sordera voluntaria, más estallarían en sus oídos.

Esa misma tarde regresó a El Descanso. A pesar de la lluvia y de su reciente recuperación, montó su caballo para dirigirse al lindero donde escuchó los gritos y volvió a atravesarlo para aproximarse hasta el galpón del que ya no escapaba ningún lamento. Anocheceía cuando bajó de su caballo, decidido a abrir esa puerta. Antes de que lo hiciera, Estuardo Lester salió. Tratando de manejar su sorpresa, preguntó a su joven vecino si estaba perdido. Abilio le había respondido que no, y osó afirmar —aunque bastante tarde— que estaba allí por los gritos que había escuchado.

—Aquí no hay nadie; si quieres, entra a ver —le desafió Lester.

Abilio no supo qué contestar; ante lo cual, el dueño del galpón lo trató como a un imberbe:

—Incluso si hubiera gritos, Abilito, a ti no te debería importar. No somos parientes, pero tú y yo tenemos la misma sangre; la sangre de los fuertes. Para hacernos respetar, a veces hay que aplicar mano dura contra los sediciosos. ¿Quién mejor que nosotros mandaría en este país? Tú sigue estudiando a los antiguos mayas, aunque de esos no quede nada, porque es ley de vida que los más fuertes sean los que ganen las batallas. Ellos la perdieron.

Abilio se mantuvo aturdido, incapaz de articular una respuesta; pero las palmaditas que Lester le empezó a dar en la espalda debieron desatascarle la pregunta que desde hacía diecisiete años gravitaba en su garganta:

—¿Por qué?

O bien Estuardo Lester no entendió de qué le estaban hablando, o tal vez lo intuyó y se sintió injuriado. Miró a su vecino con ira y lo invitó a marcharse de su propiedad.

A pesar de todo, Abilio no terminaba de creer que aquel hombre, tan elegante en su manera de vestir y en sus gestos en ceremonias públicas, pudiera haber sido responsable de la muerte de Coralia, así que antes de montar su caballo, le preguntó cómo estaba llevando su duelo por Jorge. Mirándolo a los ojos con algo más que rabia, Lester le dijo que la muerte de su hijo ya había sido vengada.

No sé si alguna vez me habré cruzado con Abilio Arangüena en algún recodo de Londres; lo cierto es que en numerosas ocasiones me ha tocado no solo cruzar mis pasos y tratar como médico a personas que tienen mucho en común con Estuardo Lester, o con los mismos padres de Abilio. Tomar conciencia de este hecho me está suponiendo una creciente inquietud, una honda disconformidad con mi vida.

A fines de 1997 abandoné la opción idealista de trabajar con una organización como Médicos Sin Fronteras en Indonesia por las comodidades que me proporcionaría desarrollar mi carrera en Londres. Tomada esa decisión, empecé a trabajar en un hospital público y unos meses más tarde también me integré a una de las clínicas privadas más caras de Inglaterra. Allí sigo, fortaleciendo mi carrera y mis cuentas bancarias. Muchas veces me he encontrado anestesiando y brindando información médica a pacientes de la estirpe de Estuardo Lester o Alicia de Arangüena procedentes de los cinco continentes, incluida la Unión Europea. Se trata de pacientes que acuden a nosotros con la esperanza de que seamos el dios que cure sus males o les devuelva la juventud mediante cirugías estéticas cuya demanda no cesa de crecer, con o sin crisis financiera de por medio. Siempre intentamos proporcionarles la mayor confianza y los mejores tratamientos; una cuestión básica para que las operaciones a las que los sometamos tengan éxito, así como para incrementar las ganancias y la reputación de la clínica.

Soy consciente de que esta no solo brinda tratamientos estupendos, es también una de esas clínicas internacionales que fortalece el prestigio social de los pacientes capaces de cubrir sus facturas. A nosotros no nos debería importar de dónde procede ese dinero; por algo nos abonan excelentes salarios, por algo he podido pagar la hipoteca de mi departamento en menos de diez años; pero hay momentos en que me invaden las dudas. La primera irrumpió cuando arrestaron a Pinochet en Londres, precisamente mientras se estaba tratando una hernia discal en una afamada clínica privada de esta ciudad. Celebrar ese arresto y acompañar a mi padre a algunas de las veladas cívicas para que la justicia británica no lo dejase marchar eran hechos que me cuestionaban cuando al día siguiente acudía a mi trabajo en otra clínica similar, sabiendo que allí debería volver a tratar con respeto a quién sabe cuánta gente que habría confabulado con otros criminales de cuello blanco del mundo. Hace cuatro meses me tocó anestesiar a uno de los responsables del desfalco de uno de los bancos cuyo salvataje todos los ingleses hemos debido pagar con nuestros impuestos. Tuve que tratarlo con amabilidad y delicadeza; no como a un delincuente que se ha salvado impunemente de la cárcel y que, además, mantiene su rictus altanero gracias al dinero que le ha regalado mi Estado contra la voluntad de la mayoría de sus ciudadanos. Pero eso no me terminó de sacudir; al cabo de pocos días volví a mi rutina; es decir, volví a actuar con servilismo a cambio del salario que percibo.

Lo que me está ocurriendo ahora sí me está sacudiendo. Hace dos días tuve un encuentro similar que podría haber sido una gota más. No la ha sido. Porque hay algo en la historia de Abilio Arangüena que está minando mis fuerzas; o mejor sería decir que está minando mi inconsistencia.

Como casi todos los miércoles, a las tres de la tarde me vi sentado en mi despacho revisando el dossier de una paciente a la que íbamos a intervenir el viernes siguiente. Se trataba de una mujer de 67 años nacida en la ciudad de

Antigua a la que se le iba a extirpar un tumor benigno de la garganta. Como ha sucedido algunas veces con clientes latinoamericanos aprensivos, mis jefes me utilizan como una baza para darles confianza: les avisan que su anesthesiólogo es de la región y que habla perfecto castellano, de manera que se sientan en casa. Esta mujer había solicitado entrevistarse con dos de los médicos que la íbamos a intervenir: con el cirujano y conmigo. Como se trataba de una de las mejores clientes de nuestra clínica (tanto ella como sus dos hijas se han sometido a varios *liftings* en el pasado, mientras su marido y su hijo realizan sus revisiones médicas en la clínica cada vez que pasan por Europa), había que acceder a su demanda y aquella tarde, tras examinar su expediente, la tuve frente a mí. Estaba muy preocupada por la posibilidad de que la anestesia la sumiera en un sueño eterno. Según me comentó, ya había pasado por esa experiencia durante las operaciones menores a las que se había sometido; pero esta vez se hallaba muy intranquila: en la última semana dos veces había tenido pesadillas en las que la operaban y nadie era capaz de despertarla. No sé por qué, su confianza me provocó ganas de relatarle cuáles habían sido las pesadillas y las historias infernales que en las últimas semanas a mí no me habían permitido dormir, como para que ella las interpretara y así me revelara si se trataba de una guatemalteca capaz de condenar esos hechos, o si sería una persona que los justificaría. No lo hice. Sin importarle mi tiempo ni mi paciencia, ella siguió hablando de sí misma; como si yo fuera un psicoanalista, describía con detalles lo mal que lo había pasado en las operaciones anteriores y lo mucho le tomaba recuperar la conciencia. Claro que yo le creí esto último: no se recupera lo que no se tiene.

—Soy una mujer muy sensible, sabe; mis amigos y mi esposo siempre me lo dicen. A mí me gusta mucho el arte, sabe; será por eso que me altera tanto lo que veo en mis sueños: los confundo con la realidad. Si yo le contara lo que soñé la primera vez que iban a operar a mi esposo, le parecería mentira.

Lo veía como a uno oso lleno de pelos al que iban a disecar. ¡Pobre, él es calvo...!

Y siguió hablando. Alguien debería advertir a clientes como estos que su capacidad para pagar facturas millonarias puede darles el derecho a tomar bastante tiempo de quienes los van a atender, pero en ningún caso los hace inmunes a que ese personal se aburra.

Su conversación me hizo perder las ganas que había tenido por revelarles mis propios sueños; volví a tierra y traté de prestar atención a sus fobias y a sus palabras.

—No se preocupe, señora, todo va a estar bien, se lo aseguro —me oí pronunciar con dulzura.

—Gracias, no sabe la confianza que me da que me hablen en castellano y con un acento tan bonito —me contestó.

Yo le sonreí, y ahí habría quedado todo, y quizás no estaría hoy pasando por una crisis existencial si no fuera porque esa mujer no se terminó de callar:

—Ahora me doy cuenta, doctor, de que usted es uno de los nuestros, y eso me da más confianza.

Le volví a sonreír, sin entender bien de dónde sacaba que yo pudiera formar parte de sus «nuestros».

—Sabe, cuando me dijeron que el anesthesiólogo era guatemalteco, no sé por qué, en lugar de calmarme, eso me dio mala espina.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Porque cuando yo era joven un médico guatemalteco que hubiera estudiado y trabajara como tal en Europa solo podía ser miembro de una familia conocida, alguien de confianza, ¿entiende?; pero ahora que cualquiera puede estudiar para médico, y con una beca, hay gente de bajos fondos que puede entrar a una alta cátedra o a una clínica importante, pues una ya no sabe con quién está tratando... Pero sabe, nada más ver sus rasgos, se me ha

pasado el susto. Y cuando me ha dicho que todo va a estar bien y me ha mirado con esos ojos tan azules, me he dado cuenta de que usted no es de esos.

Esos.

—¿Verdad, doctor?

Sonreí.

No sé si se habría atrevido a dirigir estas palabras a un médico enteramente inglés. En los últimos tiempos, algunos miembros de las élites guatemaltecas han aprendido que para muchos europeos no es de buen gusto y resulta hasta ofensivo escuchar un discurso racista. Pero como esa mujer me había identificado como uno de los suyos, no tuvo empacho en lanzar esa perorata. ¿Cómo hubiera actuado si yo no me hubiera parecido tanto a mi madre; si más bien hubiera sacado el color de la piel, los ojos y los cabellos de mi padre? ¿Hubría sentido confianza? ¿Me habría considerado un semejante? Solo una mente primitiva clasifica a propios o ajenos según las apariencias externas. Y ahí estaba yo, como una jugarreta de la genética para burlar a esa mujer.

Ella me volvió a hablar con soltura.

—Y, dígame, ¿su papá por qué se vino de Guatemala?

Me turbé. Y aunque no le mentí, tampoco le dije la verdad:

—Porque Inglaterra le parecía un lugar más apropiado para criar a sus hijos.

—¡Ay, sí! Allá tenemos que soportar tanta incultura, tanta ignorancia. Pero podía haberse ido a Estados Unidos, a Costa Rica, o a España... Muchos amigos han hecho eso: están más cerca para ir y venir del país. Además, no hace tanto frío como acá...

Ya no le contesté, le volví a sonreír y miré mi reloj.

—¡Ay, disculpe! A veces me extiende demasiado al hablar —señaló.

Nos despedimos hasta el día de la operación, que fue ayer.

Al momento de conducirla al quirófano, no me quedaba ningún ánimo para sonreírle ni calmarla. Mientras le inyectaba la anestesia, observaba su mirada suplicante y respiré el placer de sentirme un dios sobre su vida. Prolongué al máximo aquel momento, la miré a los ojos sin piedad. Bajo mi mascarilla, ella no podría haber visto la sonrisa sarcástica que se me estaba escapando; pero seguía aterrada, al punto que no pudo contenerse y habló para pedir que por favor no le hiciéramos daño. El cirujano le recordó que no era nada conveniente que hablara y le pasó su mano enguantada por la frente. En ese momento volví en mí, y me asusté. Me pregunté si el gozo que había estado experimentando es el que alimenta a los verdugos.

La operación ha sido un éxito; mas esta noche me veo debatiendo si en mi vida es ético seguir trabajando en esa clínica o en cualquier otra que se le parezca. No solo me resulta monstruoso llegar a crearme divino frente a la vulnerabilidad y el mismo terror de personas como esa mujer cuando son puestas en mis manos. Hay algo más grave. ¿Qué podría ocurrirme la próxima vez que me toque atender a gente que haya cometido, apoyado o financiado graves crímenes amparada por la impunidad que le concede su poder político o económico, o su lejanía social con los ejecutores directos del delito? Nunca me atrevería a errar en su tratamiento de forma deliberada; pero quién podría evitar que mi inconsciente se vea dominado por la furia y la anestesia que le suministre le sume en un sueño, o en una pesadilla, de la que nunca despierte.

A partir de allí, me estallan más cuestionamientos: ¿es moral seguir trabajando en una clínica cuyas facturas significan una segregación radical entre quienes pueden pagarlas y aquellos que no? ¿Cuánta gente en Guatemala acabó reventada por el simple hecho de plantear que el Estado debería brindar servicios hospitalarios de calidad para todos sus ciudadanos?

¿Cómo podría honrar a esos muertos que me duelen como míos si no hago, ahora, ya, un pequeño gesto, una pequeña diferencia? Si solo me dedico a trabajar en el hospital público, no cambiaré el mundo; pero al menos no me sentiré condenado por la hipocresía en la que estoy viviendo.

A la una de la madrugada me siento capaz de salir de esta mentira. No sé si dentro de una semana me atreveré. Cada medianoche alumbra a millares de valientes. La mañana despierta a muy pocos. O a ninguno.

A Coralia la enterraron una mañana de lluvia; aun así, fue un funeral muy concurrido. Con las cejas parcialmente depiladas, luciendo bigote, un traje formal y gafas oscuras, a Carlos Fonseca solo los más allegados podrían haberlo reconocido. Abilio Arangüena no era ningún amigo íntimo suyo, pero lo identificó, y en cuanto la ceremonia concluyó, siguió sus pasos, amparado por su paraguas, hasta que lo abordó. Por lo visto, no se fue por las ramas: sin mediar muchas palabras, le comunicó que él sabía dónde habían mantenido secuestrada a Coralia y quién era el responsable de su asesinato.

En sus confesiones, mi padre no explica qué llevó a Abilio a perseguir a Carlos para revelarles esos hechos. Debió tratarse de una reacción repentina. Tampoco es difícil imaginar que estaría desbordado por la culpa desde la tarde en que oyera esos gritos y no se decidiera a prestar auxilio. A mí me intriga qué sentimiento le inspiró buscar a Carlos; qué respuesta pretendía hallar en él: un antiguo compañero de clases cuyas posiciones políticas en el pasado y su misma clandestinidad en el presente lo colocaban en una situación muy diferente a la suya.

En los dos meses siguientes, Abilio nada avanzó de la investigación que tenía prevista. No es que decidiera quedarse a vivir en Guatemala ni unirse a la oposición; le pidió a Carlos que lo acompañara unos días a su finca y, antes de regresar a Londres en septiembre, le dejó todo el dinero que pudo conseguir para su guerrilla. Durante el tiempo que permanecieron en El Descanso, Abilio debe haberle contado cosas que jamás habría compartido con nadie; cosas que Carlos debe haberse llevado a la tumba; cosas que mi

padre nunca llegó a saber o que en cualquier caso no dejó transcritas. En esos días, Abilio también le proporcionó numerosos datos sobre el grupo Amigos de Guatemala, una sociedad secreta de oligarcas implicada en la creación y financiamiento de los escuadrones de la muerte. Su padre era miembro de ella. En las semanas siguientes, a pesar del estado de sitio, las guerrillas efectuaron dos de los más sonados secuestros de finqueros cuya liberación les reportó una cantidad elevada de quetzales. No obstante, lo más importante e inexorable que debieron hacer esos días fue acudir al lugar donde Abilio escuchó los gritos de Coralia. Al atardecer, cuando estuvieron seguros de que no se encontrarían con nadie, atravesaron la frontera de arbustos de la finca vecina y penetraron en el galpón donde la mantuvieron secuestrada.

¿Quedaba algo de Coralia allí?, le pregunté esto a Carlos cuando nos comunicamos por teléfono unas semanas después. Su voz se quebró. Como en un delirio mencionaba cabellos, cabellos; largos, cortos, claros, oscuros... ¿Quedaba algo más de Coralia allí dentro?, volví a preguntar para romper el silencio en el que se sumió. Él me respondió: tú y yo, León; tú y yo también quedamos allí dentro. Tú y yo también estuvimos y seguimos allí dentro.

Al escuchar esas palabras, pese al tiempo transcurrido y pese a los miles de kilómetros de distancia, me vi transportado de nuevo a la oscuridad.

Para salir de ese galpón, para sacar también a Coralia de esa barbaridad, tenés que regresar, León, y tenemos que arreglar cuentas con los amos de aquel lugar; eso me planteó Carlos con fimeza. En aquel momento estuve seguro de que debía responder a ese desafío. Pero en los meses siguientes volví a sumergirme en el miedo a dejar a mi familia, en el miedo a morir de una manera espantosa.

Qué tragedia la de mi paisito, la de mi Guate; a cuántos callejones sin salida, a cuánto sangrar y desangrar nos ha empujado. Ojalá jamás mis

hijos se vean en la posición que a mí y a millares de guatemaltecos nos tocó asumir.

Yo no volví a ver ese galpón. Aquella tarde, antes de marcharse, Abilio y Carlos le prendieron fuego. Ardió como pasto seco, me contó Carlos. Pero también me afirmó que, mientras Guatemala se mantuviera en las manos de los «dueños del país», sería como que nuestro país entero se hallara colgado en aquel galpón.

Transcurridos tantos años desde entonces, ahora me doy cuenta de que pasara lo que pasara aquí en Londres, más tarde o más temprano yo terminaría regresando a Guatemala para arreglar cuentas, para no seguir sintiéndome un indiferente a la suerte de mi pueblo. Si estos últimos años, en los que se han cometido crímenes todavía más aberrantes no he vuelto para asumir ese papel, es porque de alguna manera en 1973 saldé una cuenta importante.

Por esas mismas fechas, mi abuela Laura se vio afectada por una angina de pecho. Ella insistía en que papá no fuera a Guatemala. A esas alturas, tío Luis era un nombre destacado en las listas de caza del Ejército. Ella temía que, si mi padre acudía a visitarla, el Ejército lo secuestrara para chantajear la entrega de aquel comandante guerrillero, o sencillamente para castigarlo en la piel de su hermano, tal como le había ocurrido a muchos familiares, incluso niños, de miembros de las guerrillas.

El hecho definitivo para que mi padre no postergase más su retorno a Guatemala fue la aparición de Abilio en la puerta de su trabajo. Desde 1971, los dos conocían que estaban habitando en la misma ciudad, pero nunca se habían buscado ni comunicado. Era febrero de 1973, él y mamá habían estado planificando algunas modificaciones en la casa antes del nacimiento de su tercer hijo. Papá regresó tarde aquella noche y anunció que a fines de mayo partiría a Guatemala por un mes y medio. Los problemas cardiacos de

su madre fueron la justificación perfecta. Abilio partiría a mediados de junio, en cuanto concluyera su último año de doctorado; mientras tanto, mi padre y Carlos adelantarían tareas.

El verano anterior, Abilio había viajado a Guatemala con el pretexto de visitar a su familia y avanzar en su proyecto de tesis doctoral. Dedicó más tiempo a hacer otras averiguaciones y preparar, literalmente, el terreno donde enfrentarían a los asesinos de Coralia.

Llegado a este punto en el texto de mi padre, me volví a preguntar por qué él y Carlos se sintieron tan implicados con la muerte de Coralia. Y como si en 1983, mientras escribía esa confesión, se hubiera dado cuenta de que no debía posponer más esa explicación, a continuación detallaba por qué motivo eran deudos de Coralia.

VI

*De vez en cuando
camino al revés:
es mi forma de recordar.
Si caminara solo hacia adelante,
te podría contar
cómo es el olvido.*

Humberto Ak'abal

Marzo de 1966 marca un hito en la historia del terror en Guatemala. A partir de ese momento, la tortura y la desaparición de opositores se convertirían en una práctica sistemática. Como ya he contado, en esa fecha una treintena de connotados líderes sociales, miembros del ilegalizado PGT y algunos familiares de guerrilleros de las FAR fueron arrestados y desaparecidos por el Ejército y escuadrones de la muerte en un caso denominado «Los 28 desaparecidos». Más que un operativo para obtener información sobre las incipientes guerrillas, aquella fue una acción dirigida a impedir que los políticos reformistas que gobernaron Guatemala entre 1944 y 1954 pudieran reorganizarse y alcanzar el poder en las elecciones de 1966. Para ello, en noviembre de 1965, el embajador de Estado Unidos, Gordon Meir, convocó a John Longan, oficial estadounidense experto en contrainsurgencia, para organizar el aparato que se encargase de esa y otras tareas. Longan elaboró un minucioso programa de acecho y captura de opositores denominado «Operación Limpieza», que requirió de la creación y el entrenamiento de escuadrones de la muerte. En los meses siguientes, arribaron a Guatemala más de un centenar de «boinas verdes» norteamericanos que habían operado en Vietnam. En ese mismo periodo, la CIA propulsó el derrocamiento de Sukarno en Indonesia y la instauración de una dictadura que solo entre 1965 y 1966 se cobró la vida de más de un millón de opositores. Esa es otra de las tragedias de la Guerra Fría que también han quedado en el olvido. Yo la pude conocer durante el tiempo que trabajé en Java; pero recién ahora, tantos años

después, descubro los trágicos lazos que engarzan esa historia con la de Guatemala.

Estando reciente la revolución cubana y en pleno *boom* el surgimiento de guerrillas por el continente, la paranoia anticomunista de la CIA se exacerbó y Guatemala se convirtió en su laboratorio de contrainsurgencia. Por allí pasó un gran número de militares y paramilitares latinoamericanos —argentinos, chilenos, uruguayos, mexicanos, entre otros— dispuestos a convertirse en máquinas de matar. Para sus primeras prácticas contaron con centenares de ancianos, hombres, mujeres y niños guatemaltecos. Uno de ellos podía haber sido Pedro Ixil, joven indígena que con el asesoramiento de los voluntarios de Acción Católica había seguido creando cooperativas agrarias en su comunidad, hecho que lo había convertido en sospechoso de subversión.

El primer sábado de marzo de 1966, alrededor de las cuatro de la tarde, Coralia, Carlos Fonseca y mi padre habían concluido las clases del día en Amayel y se disponían a retornar a la ciudad. De repente, dos alumnos de Carlos los abordaron para solicitarles auxilio. Mi padre coordinaba un programa de capacitación más antiguo en otra comunidad; pero aquel día había tenido que viajar a Amayel para reemplazar a Pablo Garmendia, que estaba enfermo; de modo que también le tocó escuchar a esos jóvenes. Les solicitaron esconder a uno de sus líderes; temían que el Ejército lo secuestrara, como había ocurrido con dos jefes comunales de una aldea vecina. Durante un rato, mi padre y Carlos habían intentado restarles la preocupación y les propusieron alternativas legales para garantizar la vida de aquel hombre; hasta que uno de esos jóvenes acotó que Pedro Ixil era el único hijo sobreviviente de un antiguo sajourín de la comunidad, y si él moría, la comunidad perdería una piedra angular de su historia. No hubo más que decir: Coralia señaló que se encargaría de esconderlo.

Ante el estupor general de la población, pocos días después empezó a circular el rumor de que «Los 28 desaparecidos» habrían sido torturados y ultimados en Matamoros, el Cuartel General del Ejército en Ciudad de Guatemala. Una ola de protesta sacudió el país exigiendo al Gobierno que aparecieran con vida. Una de esas mañanas, al salir de clases, mi padre le preguntó a Coralia si aún mantenía escondido a Pedro Ixil. Ella había asentido con una sonrisa.

Esa misma noche, cuando mi padre estaba retornando a su casa de una conferencia de protesta organizada en la universidad, alguien lo encapuchó por la espalda y otra persona le hizo sentir el tubo de un revólver en la nuca. Lo introdujeron en un auto y allí lo amordazaron y maniataron. En el largo trayecto que lo estaba transportando a un destino incierto, empezó a ser víctima de insultos y amenazas. También se dio cuenta de que en ese auto no era el único secuestrado.

Todas sus amenazas eran dirigidas en plural, aunque uno de esos hombres, el de la voz más gruesa, me amedrentaba sobre todo a mí. No nos preguntaban por nombres ni actividades políticas; su único placer consistía en burlarse de nuestra indefensión e infligirnos pánico. Decían que ellos nos iban a enseñar cómo se hace historia patria, pero que, lastimosamente, ya no podríamos transmitir esas enseñanzas a los indios, pues cuando nos soltaran ya no tendríamos lengua.

Mi padre había empezado a asfixiarse; encañonándole un revólver contra la nuca, uno de sus captores le retiró la mordaza para que recuperase el aliento. Él aprovechó ese instante para preguntar por qué los habían prendido y a dónde los estaban llevando. De la parte delantera del auto, un hombre de voz chillona le contestó:

—Al infierno.

El camino al infierno era en gran parte una carretera sin asfaltar. Los aromas que llegaban por encima del hálito de alcohol de sus captores le indicaron que se estaban adentrando en una región boscosa y húmeda. El auto se detuvo en un lugar donde los únicos sonidos libres procedían de los árboles agitados por el viento y de algún ave nocturna. A él y a otro secuestrado los sacaron a empujones de la parte posterior del auto; un tercero fue extraído de la maletera. Con las cabezas encapuchadas y las manos y piernas atadas, fueron arrojados a un cobertizo cuyo suelo era de tierra y paja. Esa noche sus verdugos se limitaron a propinarles varias patadas antes de marcharse.

No logramos despojarnos de nuestras mordazas. Durante largo rato, el único sonido que escuchaba era el esfuerzo de mis dos acompañantes y los míos por desatarnos las manos, los pies, o al menos el habla. Quienquiera que nos había secuestrado conocía bien cómo inmovilizar a una presa. Cuando me di cuenta de esa realidad, me pasé horas tratando de entender por qué motivo tendría que hallarme yo en esa situación. En los meses previos, tanto nosotros como la gente de Acción Católica y los cooperativistas, habíamos recibido amenazas por nuestras actividades en las comunidades mayas. Alguna vez, la Policía local había arrestado a dos líderes indígenas y los habían retenido en una celda varios días, y aunque eso nos parecía una barbaridad, todos sabíamos dónde estaban. En un momento de la noche me pregunté si haber apoyado indirectamente a que Coralia escondiera a Pedro Ixil tenía algo que ver con lo que me estaba ocurriendo. Durante largo rato le di varias vueltas a esa posibilidad. Nunca debí hacerlo.

A la mañana siguiente, pasada la hora de la madrugada (mi padre señala que hacía mucho calor), sus captores regresaron. Él despertó con el sonido de los candados que estaban siendo abiertos desde fuera. Volvió a escuchar

insultos y amenazas; de nuevo lo embargó el terror. Los acomodaron sobre unas sillas y recién en ese momento, uno a uno, les retiraron la capucha de la cabeza y la mordaza de la boca para que bebieran agua de una jarra. De esa manera descubrió que estaban acorralados por cinco hombres; uno de ellos, rechoncho y de ojos achinados, vestía pantalón y botas militares y era el que con voz chillona daba las órdenes a dos jóvenes soldados. El cuarto no hablaba mucho, vestía traje del Ejército de la cabeza a los pies y parecía limitarse a supervisar las acciones. Más tarde mi padre escucharía que su alias era Zacapeño, Chino correspondía al gordo de la voz chillona, y Masa al quinto verdugo. Este último era el de la voz gruesa; un tipo alto y fornido que no parecía recibir órdenes de nadie; vestía enteramente de civil y su cabeza estaba cubierta por un pasamontañas.

Los otros dos cautivos eran Carlos Fonseca y Pablo Garmendia.

Ver a dos alumnos míos, de los mejores, en la misma situación que yo, me cargó de indignación. Esto, por un momento, me dio fuerzas para no rendirme fácilmente al miedo. Podía entender que a mí me hubieran capturado por haber incitado a mis alumnos a implicarse en actividades de tipo social, pero por qué a Carlos y Pablo. Si esto hubiera ocurrido quince o veinte años más tarde, no me habría hecho esa pregunta. En 1966 todavía resultaba escandaloso que dos universitarios fueran apresados y vejados por el mero hecho de participar en un programa de alfabetización y formación de liderazgos entre los mayas. Yo no tenía idea de que en esos días mi país estaba adentrándose en una nueva era en la que los sátrapas guatemaltecos se iban a aplicar a competir con los nazis en sus actos de barbarie.

Tardé varios años en descubrir que lo que nos ocurrió a nosotros tres no estuvo motivado por razones eminentemente políticas; aunque el atropello del que fuimos víctimas solo se podía cometer en un Estado donde los dueños del poder manejan a su antojo a jueces, policías, militares, paramilitares y

mercenarios de toda laya para castigar a quienquiera que se rebele a sus caprichos. Desde la época de la Conquista, esa había sido la historia trágica de Guatemala. Solo en la primavera democrática de 1944 a 1954, en esa primavera que nadie en el resto del mundo recuerda, ese sino pareció acabado; pero cuando las cosas volvieron a colocarse en un tablero desdichado, solo fueron a peor. Y desde entonces no han dejado de sangrar a un país cuya suerte debería ser otra. ¿Cómo ha podido la belleza de mi país resistir tanto dolor durante tanto tiempo?

En cuanto terminamos de beber, de nuevo nos amordazaron. Entonces se inició el suplicio.

Estaban reclusos en un galpón que alguna vez debió funcionar como establo. Los techos eran altos y las paredes habían sido forjadas por gruesos tablones de madera. Sus dos únicas ventanas eran pequeñas y se hallaban muy próximas a los vértices del tejado. Les advirtieron que nunca podrían escapar y que se preparasen para el espectáculo que les iban a ofrecer.

Por la amplia puerta de madera, dos viejos campesinos fueron introducidos en el galpón; los verdugos no tardaron en desnudarlos, luego los amarraron a dos postes y empezaron a flagelarlos.

Los lamentos de esos ancianos deberían haberse oído en el universo entero, pero no parecían alcanzar a nada capaz de ampararlos. Antes de someterlos a mayores tormentos, Masa, el hombre del pasamontaña, el de la voz gruesa que la noche anterior se había complacido tanto en amedrentarme, dejó descansar su látigo para hacer una advertencia. Les dijo que, si no querían que los desangrase hasta la muerte, debían avisarle dónde se escondía la bruja llamada Mama Ixchel.

Ellos empezaron a suplicar clemencia en cakchiquel; temblaban e imploraban algo que su verdugo no entendía. Masa pidió que le trajeran una tenaza y se dispuso a arrancar las uñas de la mano de uno de esos viejitos.

Sus gritos se combinaban con la insistente pregunta: ¿dónde se esconde Mama Ixchel?

En un momento dado, en su desesperación, mi padre consiguió gritar a través de su mordaza:

—¡Por Dios! ¿No se da cuenta de que no entienden el castellano?

¿Qué es un idioma? Yo hablaba el mismo castellano que aquel hombre cuyo rostro no podía ver; pero daba igual.

Él se giró hacia mí y empezó a reír. Yo sentí ganas de llorar. Tal cual eran nuestras posiciones en aquel galpón, nuestras visiones sobre la vida, la historia o el universo eran tan distintas que, probablemente, nunca tendríamos la oportunidad de entablar un diálogo. Quizás por eso a él ya no le importó esconder su rostro. Se acercó a mi lado y se quitó el pasamontañas. ¿Querés traducir, mequetrefe?, me cuestionó y volvió a reír.

Tardé un momento en responder; todo el tiempo que me tomó darme cuenta de quién era el hombre que tenía enfrente.

Las nociones básicas de cakchiquel de mi padre ayudaron a que esos ancianos entendieran qué pretendían descubrir esos hombres armados. Se echaron a llorar. Dijeron que nada sabían. Mi padre intentó demorar la traducción de esa respuesta; cuando finalmente la pronunció, el suplicio prosiguió. En un momento, declararon algo más: que no se les ocurría ningún lugar donde pudiera hallarse Mama Ixchel que no fuera su propia casa. A los verdugos esta respuesta les pareció una burla y encarnizaron sus tormentos. A gritos, una y otra vez repetían su pregunta; mientras los ancianos reiteraban que no sabían dónde más podría estar aquella mujer.

Por la noche, cuando ya estaban agonizando, el verdugo de la gruesa voz utilizó a mi padre para que tradujera su última advertencia: si a la mañana siguiente no les informaban de algún lugar cierto donde pudieran encontrar a esa vieja, los quemarían vivos. Aunque estaba aterrado, mi padre no había

querido ni podido hacer una traducción perfecta; pretendía evitar que esos ancianos se pasaran la noche sufriendo por la muerte horrenda que les aguardaba. Se limitó a decirles que, si deseaban sobrevivir, debían señalar cualquier lugar remoto donde pudiera hallarse la tal Mama Ixchel.

Cuando los verdugos se fueron a descansar, el más viejo susurró que no quería sobrevivir y esperaba que esa misma noche el bosque se llevara su espíritu. Mi padre se había sentido responsable de lo que les podría ocurrir si a la mañana siguiente no decían cualquier cosa que los librara de la hoguera; así que tradujo la amenaza que unas horas antes había callado. Para su sorpresa, el otro anciano empezó a reír.

Mi padre no pudo entender todo lo que ese campesino dijo a continuación; mas lo que comprendió lo estremeció, y ya no supo si sentir pánico o valor.

El fuego es sagrado. ¡Ay quienes lo profanan! Mejor sería que no hubieran nacido.

Al amanecer, aquel campesino había expirado. Pero su compañero todavía estaba vivo. Atribulado por lo que le podría ocurrir, mi padre le rogó que señalara cualquier sitio despoblado como lugar de asilo de aquella mujer. La respuesta que oyó fue que Mama Ixchel era la partera más importante de su municipio y jamás se alejaría a un lugar despoblado. Mi padre había insistido en que inventara algo para salvarse. Él le respondió que ya se estaba muriendo y ya no importaba lo que le pudiera ocurrir.

Al descubrir que uno de los campesinos había muerto, los verdugos subalternos abrieron el galpón y arrojaron su cadáver fuera. De nuevo iban a cerrar el portón, cuando el Zacapeño les ordenó que no lo hicieran. Va a correr bastante humo, advirtió.

Amarantos silvestres en un día de sol es lo que mi padre alcanzó a ver a través de esa puerta. No hubiera deseado ver nada más, pero le obligaron a

presenciar cómo ataban al viejo a un poste y arremolinaban paja y leños a su alrededor. Por última vez, Masa, el verdugo mayor, requirió su traducción para que amenazara al viejo con el fuego que le esperaba si no les daba información sobre el paradero de la susodicha Mama Ixchel. Mi padre obedeció. Luego, con dudas y temor, también le tradujo la respuesta del anciano: «Dice que ustedes arderán con él».

Los dos soldados subalternos se miraron con resquemor. El Chino golpeó a mi padre con la culata de su revólver. Cuando recuperó la conciencia, la humareda ocupaba el galpón. Muy cerca escuchó los sollozos de Carlos y Pablo. Desde el piso de tierra donde yacía, apenas podía distinguir los amarantos y la luz del día. Por encima de todo, le dolían los gemidos de aquel campesino, así como el crujir de los leños que lo estaban consumiendo. Hasta que, de repente, le pareció que el anciano había empezado a cantar una melodía que él no alcanzó a entender.

Tal vez yo estaba delirando, tal vez ese anciano solo estaba gimiendo y no cantando, tal vez era mi deseo el que estaba inventando ese canto para huir del espanto. No lo sé. Más tarde, Carlos y Pablo me dijeron que también lo habían oído cantar; pero ellos casi nada sabían de cakchiquel, de modo que tampoco pudieron entender. ¿Qué puede cantar un hombre cuando lo están matando? Alguna vez yo debería descubrir esa respuesta. Porque yo sobreviví. Porque sigo vivo. ¿Por qué sigo vivo?

31

A fines de 1980 mi padre empezó a tomar clases de cakchiquel con Jacinto Sajic. Era un catequista indígena que de manera prodigiosa había logrado refugiarse en la embajada británica en Guatemala. Su asilo fue tramitado de inmediato. Al llegar a Londres, se hospedó varios días en casa hasta que Amnistía Internacional lo acomodó en un departamento donde tenía previsto alojar a otros refugiados guatemaltecos. Durante casi un año, Jacinto se quedaría viviendo solo en esa casa. En aquella época, el problema no era que las embajadas europeas en Guatemala fueran reacias a recibir perseguidos; por el contrario, en 1980 hubo un consenso tácito entre varias de ellas para socorrer a quienes buscaran salvación en sus sedes. El asunto es que se hallaban prácticamente cercadas por la Policía en un intento por evitar que fueran tomadas por algún grupo opositor y se diera lugar a un nuevo escándalo internacional como el que ocurriera en la embajada española.

En efecto, en enero de 1980, un grupo de indígenas de El Quiché, uno de cuyos líderes era Vicente Menchú, el padre de la futura Premio Nobel de la Paz, acudió a la capital para denunciar las matanzas que el Ejército estaba perpetrando en sus pueblos. Ningún canal de televisión ni el Congreso de la República les abrió las puertas para que hicieran pública su denuncia; solo obtuvieron eco en la Universidad de San Carlos. Desde allí, la mañana del 31 de enero se dirigieron a la embajada española y la ocuparon pacíficamente para convocar la atención nacional e internacional sobre sus causas. Pese a la presencia de numerosas cámaras de televisión y a las apelaciones de los diplomáticos españoles para que se respetara su sede, la Policía la asaltó a

punta de porrazos y provocó un incendio en el que perecerían 37 personas, incluido el personal diplomático y los visitantes civiles que se encontraban dentro. Milagrosamente, solo el embajador, Máximo Cajal, y un campesino ocupante, Gregorio Yujá, consiguieron sobrevivir, aunque dadas sus quemaduras, fueron trasladados por la Cruz Roja a una clínica privada. Ante la conmoción internacional que este hecho suscitó, las autoridades guatemaltecas acusaron al embajador de haber promovido la toma de su sede; también le atribuyeron relaciones con la guerrilla y se afanaron por no dejar vivo a ningún testigo que contradijera su versión. A la madrugada siguiente, un escuadrón de la muerte asaltó la clínica, neutralizó a todo el personal médico y secuestró a Gregorio Yujá. Su cadáver, con señales de tortura, fue arrojado un día después a las escalinatas de la Universidad de San Carlos con una nota que advertía que lo mismo le ocurriría al embajador español. Para entonces, a pesar de sus heridas, Cajal había tenido que ser trasladado al único lugar que los matones guatemaltecos parecían capaces de respetar: la casa del embajador de Estados Unidos. Aun así, esta residencia fue ametrallada durante la noche. Para garantizar su vida, los representantes diplomáticos de varios países tuvieron que resguardarlo hasta que subió al avión que lo condujo a Madrid.

No fueron menores las represalias que cayeron sobre Chimel, el pueblo del que procedía la mayoría de campesinos que había tomado la embajada. La persecución desatada contra la esposa de Vicente Menchú fue implacable. Juana Tum Kótoja' era un personaje muy conocido y respetado en su comunidad; partera y curandera, logró sortear al Ejército durante seis meses. En ese tiempo, continuó atendiendo partos, tratando enfermedades, transmitiendo a las mujeres mayas una idea de igualdad que podría haber surgido de cualquier manual de teoría feminista. En el libro testimonial *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia*, a los 23 años su hija

recordaba los consejos que ella le transmitiera: «Nosotras las mujeres tenemos que jugar un papel muy importante ante esta situación debido a que nosotras sabemos expresar mejor el cariño... Hija, hay que organizarse... No te obligo a que dejes de sentirte mujer, pero tu participación tiene que ser igual a la de tus hermanos. Pero tampoco debes sumarte como uno más. Quiere decir que tienes que hacer grandes tareas, analizar tu situación y exigir tu parte. Solo cuando un niño exige su comida es cuando se le atiende». Cuando el Ejército prendió a esta mujer, a Juana Tum Kótoja', la violaron y aplicaron sobre cada parte de su cuerpo vejaciones y heridas que mostraran a sus vecinos cuáles eran las facturas que pagaban los inconformistas. Para ello, se encargaron de que su suplicio fuera público y se prolongara durante largos días. A nadie le permitieron enterrar sus restos cuando finalmente expiró.

De esta manera, el año 1980 marcó un nuevo punto de quiebre. A los jefes guatemaltecos ya no les interesó mantener las apariencias porque los negocios que tenían para salvar y multiplicar eran cada vez más lucrativos. La persecución de opositores dejó de abarcar únicamente a izquierdistas, sindicalistas y cooperativistas campesinos: se extendió sobre cualquier asociación, partido político, comunicador o líder que osara cuestionar sus atrocidades o su rapiña.

Ciertamente, los negocios que los nuevos y antiguos dueños de Guatemala tenían que defender eran muchos. Así, tras sus cuatro años de gobierno, el general Carlos Arana Osorio se había convertido en un magnate que poseía emporios de carne, medios de comunicación y empresas de agua, además de emerger como nuevo latifundista, al apropiarse de terrenos colindantes con las nuevas carreteras de penetración hacia la selva que originalmente iban a ser adjudicadas a los campesinos sin tierra. Sus sucesores y subalternos siguieron su ejemplo. A mediados de los años

setenta, los militares guatemaltecos crearon su propio banco y descubrieron que el contrabando y el narcotráfico podrían resultarles negocios muy lucrativos; al mismo tiempo, les facilitarían la financiación de nuevos y antiguos escuadrones de la muerte. De esta época data la incubación de los denominados «poderes ocultos» dentro de las Fuerzas Armadas y otras instituciones del Estado, que hoy siguen latentes y son los principales responsables de hostigar, castigar o matar a quienes denuncian la impunidad del pasado o los delitos económicos que cometen sus miembros en el presente. Lo que en Europa nos parecería surrealista, en países como Guatemala llega a ser común. Se trata, pues, de ese realismo sádico del que habla Rodrigo Rey Rosa.

No sé si mi padre aprendió suficiente cakchiquel como para traducir el canto de aquel anciano. En cualquier caso, el día en que a él le tocó pasar bajo la garra de las sombras, no tenía ninguna canción a la que aferrarse para salvar su sentido del honor o la entereza que creía poseer y que alguna vez había estado dispuesto a poner a prueba por la causa de su país.

¿Cómo empezó? Ya había empezado la noche en que me introdujeron a la fuerza en aquel auto. Se intensificó cuando nos obligaron a presenciar *el tormento al que sometieron a esos ancianos. Prosiguió cuando debimos contemplar cómo quemaban al último de ellos. Quizás su canto los confundió, o tal vez se percataron de que podría despertar algo de valor en nosotros, de modo que para cortar de cuajo cualquier brote de memoria que nos recordase que éramos seres humanos, actuaron por sorpresa. No sé en qué momento, sin que me diera cuenta, habían atado una larga soga alrededor de mis pies y habían lanzado su extremo por encima de una viga que atravesaba todo el largo del galpón. Lo supe cuando, de repente, me encontré de cabeza, colgado. Poco después hicieron lo mismo con Carlos y Pablo. En esa operación, las sillas en las que habíamos estado sentados*

terminaron derrumbadas sobre el suelo. El espaldar de la silla de Pablo cayó sobre un tocón de madera y durante un largo instante permaneció bamboleándose. Los cinco amos de aquel lugar, del mundo que me había tocado habitar, empezaron a reír, con carcajadas atronadoras. Una de ellas tenía un tono infantil, por lo demás, nada tenían de anormal; tampoco emergían vapores de azufre a su alrededor; ninguna cola espinosa asomaba por debajo de sus pantalones ni les brotaban cuernos diabólicos, como aquellos con los que la religión y los cuentos populares describen la figura del maligno. Esos hombres eran seres humanos, con ingenio, creatividad y una risa profunda. Eso era lo más perturbador. Rápido, caí ante esas sombras, tan humanas.

Empezaron por sus alumnos. La lógica de mi padre le hubiera dicho que ningún ruego iba a detener aquella masacre, pero igual suplicó que no les hicieran daño. A Carlos y a Pablo los apalearon en las piernas y el vientre hasta dejarlos inconscientes.

Seis meses antes, a la salida de una de sus clases de Historia Maya, mi padre se había enfrentado a los ojos del hombre que ahora lo miraba desde una altura inalcanzable, el mismo que tras haber concluido una primera faena con sus alumnos, empezó a reír solo, evidenciado que la risa más prolongada e infantil de los cinco verdugos era la suya. ¿Por qué reía tanto ese hombre?, se preguntaba mi padre, mientras percibía cómo el torrente de lágrimas que había escapado de sus ojos se mezclaba con el sudor de su frente. No tardó en saberlo. Aquel hombre extrajo un alicate de uno de sus bolsillos y se agachó a su lado para que lo viera de cerca. «Hace bastante tiempo que te lo tengo reservado», le anunció. Con un gesto dio una orden que uno de los subalternos comprendió a cabalidad. Tomó la silla que se había estado bamboleando y se encaramó sobre ella para desnudar los pies de mi padre.

Me di cuenta de lo que iban a hacerme. Cuántas veces me he preguntado qué hubiera ocurrido si yo no hubiera preguntado por qué. ¿Por qué?

Ya lo había hecho mientras molían a palos a sus alumnos. No le habían dado ninguna respuesta. Ahora que le tocaba pasar por sus garras, podía haber supuesto que de nada valdría volver a preguntar. En su caso, además, ya tenía claro que por encima de cualquier razón política, en aquel mercenario latía el ansia por vengar la mirada desafiante que mi padre le lanzara medio año antes en su intento por ayudar a Coralia. Pero quien sabe si por hallarse de cabeza, incluso antes de que le arrancasen la primera uña, preguntó otra vez: «¿Por qué?». Y aquel hombre de ronca voz y risa aguda no demoró en brindarle una respuesta. Y otra y otra. Y otra más.

Porque querían enseñarle cuál era la verdadera historia de Guatemala y quiénes mandaban en ella, por eso estaba allí colgado. Porque como le gustaba hablar de los sufrimientos de la indiada y un buen maestro tenía que conocer en persona las cosas que enseña, ellos le iban a demostrar en carne viva cómo sufrían los mayas. Mi padre ya no había vuelto a preguntar, solo aullaba de dolor; pero, entre risas, aquel hombre le seguía exponiendo razones por las que estaba allí. Porque en la vida había que escoger entre ser prócer o mártir, y él, evidentemente, había elegido la segunda posibilidad.

—Vos no pasarás a la historia —le había sentenciado Masa.

Aunque mi padre podía haberle respondido que él tampoco lo haría, hacía mucho rato que el dolor y el horror lo habían paralizado y casi podía observar cómo agitaban las alas ante sus ojos, cómo defecaban heces putrefactas sobre la dignidad de la que alguna vez se consideró depositario. Mientras aquel hombre reía como un niño, como si también estuviera observando la legión de seres oscuros que aleteaba en aquel galpón, mi padre se había echado a llorar, como un niño.

Quienes son expertos en la producción de espanto deben saber que un río de lágrimas que no libera de la angustia, sino que a borbotones se estrella contra un suelo ensangrentado, abre las compuertas para que cualquier pregunta que hagan sea respondida, no importa si con locura y sin cordura. Masa empezó a interrogarme: vos me habés hecho una pregunta y yo te he dado bastantes respuestas; ahora espero que sepas responder a las mías. Su primera pregunta fue ¿por qué te metés a lavar la cabeza de la gente?

Qué le podía responder. Dije, pues, que mi sola intención era mejorar las condiciones de vida de los más olvidados. Los cinco verdugos se burlaron de mis palabras. Masa reiteró su pregunta una y otra vez. A cada respuesta que pasaba por mi cabeza, le seguían sus risas y más heridas en mis pies. Hasta que, de repente, la pregunta que escuché fue otra: ¿y vos qué sabés de una bruja llamada Mama Ixchel?

Dos días atrás, yo no tenía idea de quién pudiera ser esa mujer ni recordaba haber escuchado nunca ese nombre. La noche anterior había aprendido quién era y repetí todo lo que los ancianos me dijeron; algo que esos hombres ya debían conocer hace mucho tiempo.

Masa me dio una patada en la cara. En el suelo de tierra, la sangre que expulsé de la nariz se mezclaba con la de mis pies. Me empecé a ahogar y nadie me prestó auxilio. Él reiteró su pregunta. Yo clamé que nada sabía; salvo que era una partera de San Martín Jilotepeque.

Por un momento me levantó la cabeza y, antes de soltármela para devolverme a la agonía, me preguntó si acaso yo no sabía que esa bruja había asistido a las clases de alfabetización que tanto me había afanado en organizar en Amayel.

Yo no lo sabía. De nuevo dejaron que mi cabeza quedara colgada. ¿Quién fue el primer verdugo que previó que mantener a una víctima en esa posición es confirmarle que el mundo se encuentra al revés y que, en ese

orden de cosas, solo puede considerarse un juguete incapaz de revertir los hechos establecidos, sin posibilidad de ejercer la promesa del libre albedrío? Colgado allí con mi propia sangre ahogándome, el pánico me perdió... Cuántas veces me he preguntado qué hubiera pasado si en vez de temer a la muerte me hubiera dejado morir...

A estas alturas de la historia ya no sé bien qué es la valentía, pero sí tengo claro que aquella tarde yo no pude ser un héroe.

Al sentir que me moría, percibí que nada de nada vendría después, excepto, quizás, el aleteo perenne de las tinieblas. ¿Me estoy intentando justificar? Sí, estoy tratando de hacerlo y no sé si esto me hace menos digno todavía. Pero necesito exponer acá lo que sentí, lo que pasó por mi cabeza en aquellos días interminables; para poder explicar mejor lo que ocurrió después como consecuencia. Como consecuencias.

Creí, pues, que me moría, y sin que nadie esperase ya de mi alguna respuesta, hablé de cosas que nadie me había pedido. Clamé que yo nunca había dado clases a las mujeres de Amayel, que era Coralia quien les enseñaba. ¡Era Coralia quien les enseñaba!, grité. Aquel hombre se volvió a inclinar para sostenerme la cabeza. ¿Ves que sabés cosas?, pero hasta ahora no me informás nada que yo no sepa; me dijo esto y soltó mi cabeza.

En ese momento me di cuenta de que Carlos había recuperado la conciencia y que Pablo empezaba a abrir los ojos. Por unos segundos sentí vergüenza. Luego cayó una patada en mi pecho y desde allí salió otra respuesta que debí haber tenido contenida desde la noche en que me secuestraron. Delaté a Coralia. Clamé que lo único que sabía de ella que él no supiera era que tenía escondido a un joven líder de esa comunidad. Masa volvió a reír a carcajadas y los otros cuatro verdugos le hicieron eco. Luego se reclinó a mi lado y levantó mi cabeza. De lejos, cualquiera que hubiera

visto cómo los dedos de su otra mano jugueteaban por encima de mi nariz y mi frente podría haber hallado el gesto de una madre hacia su retoño.

Cuando la hemorragia de su nariz se detuvo, retomaron la labor sobre sus pies. Ya no le preguntaron nada. No lo abandonaron hasta haberle arrancado la última uña.

Según mi padre, lo que ocurrió a continuación ya solo fue una consecuencia de su caída, de su carencia de garra para callarse la boca. Cuando los verdugos aplicaron una nueva sesión de tormentos sobre sus alumnos, preguntándoles por qué diablos estudiantes como ellos se entrometían en la vida de los indios; ellos daban respuestas que a ninguno de sus captores satisfacía; cuándo les preguntaron qué podían informar sobre Mama Ixchel o sobre las actividades clandestinas en Amayel, Pablo, que no había presenciado cómo Coralia se había dispuesto a esconder a aquel líder indígena, repitió lo que mi padre había declarado. Al final, Carlos también terminó revelando aquello que en ese galpón ya no era ningún secreto.

Al anochecer, Masa y sus tres secuaces los amordazaron y les advirtieron que para el día siguiente se esforzaran en recordar información de mayor interés. Cuando se marcharon, dejaron la puerta trancada y a ellos colgados, con el mundo al revés. Pero afuera, donde los grillos todavía eran libres y multiplicaban su canto mientras crecía la noche, las cosas se fueron disponiendo de otra manera.

Al cabo de un tiempo inestimable, Tole y Mole, los dos verdugos subalternos, retornaron al galpón. En una mano portaban candiles, y en la otra, cubos de agua que arrojaron sobre los cautivos para que despertaran; esto era innecesario, puesto que el dolor no les permitía dormir. Poco después llegaron el Chino, Zacapeño y Masa. El Chino se encaramó sobre una silla y con una tijera se encargó de cortar las camisas, pantalones y calzoncillos de los hombres colgados, anunciándoles que al día siguiente los iban a castrar.

Se marcharon otra vez, dejándolos desnudos. No se llevaron los candiles, acaso para que pasaran el resto de la noche contemplando cómo la sangre de sus pies, gota a gota, se deslizaba por su piel. O tal vez para inducirlos a imaginar cómo sus cuerpos, varoniles todavía, de manera inminente iban a ser despojados de un porvenir como padres o maridos.

A pesar de la luz de los candiles, de nuevo mi padre percibió el aleteo de las tinieblas mofándose de sus uñas arrancadas, de su dignidad desvanecida; mostrándole que todos sus anhelos por una Guatemala más justa eran una quimera, una alucinación estúpida. Él lloraba más que sus dos alumnos y les pedía perdón. Se sentía responsable por haber alentado en ellos el compromiso con Guatemala. Desde que era un niño se había crecido por albergar una dignidad que le impelía a rechazar una historia donde lo normal era la corrupción, el abuso de poder y el aplastamiento de las poblaciones indígenas; de adolescente se había sentido orgulloso por creer que vivía por encima de esa podredumbre. Colgado bocabajo, vejado y aguardando humillaciones mayores, se preguntó para qué diablos había servido ese orgullo, ese compromiso; no era a fin de cuentas mejor vivir de rodillas, o vivir indiferente al dolor de los demás pero al menos físicamente íntegro. Se dio cuenta de que quienquiera que hubiera diseñado ese tipo de tormentos sabía lo que hacía; conocía cómo acabar con quienes se atrevieran a pensar que el mundo no tenía por qué estar dominado por la ley del más fuerte, por el reino del dinero; pero al mismo tiempo presentía que sus verdugos buscaban destruir algo más; como si padecieran un hambre insaciable por aniquilar algo que les perturbaba en demasía.

En ese momento, más que el dolor físico, me empezó a sofocar la pregunta de cuánta gente dentro y fuera de Guatemala apoyaba o financiaba a los ejecutores de esos tormentos; y cuántos más habían apagado sus

televisores, radios y orejas para no escuchar cómo las tinieblas continuaban abriéndose paso. Sin hallarse bocabajo.

Quería llorar y ya no tenía fuerzas. Creo que estaba a punto de morir.

De repente, las tinieblas dejaron de aletear a mi alrededor. Quizás cuando me punzó el sentimiento de que nada de lo que había hecho de bueno valía la pena, desaparecieron de mi vista. Su tarea estaba cumplida. Ya habían conseguido apoderarse de mi alma como campo de vuelo. Vi el temblor y la compasión en los ojos de Carlos. Empecé a convulsionar.

Tal vez morí. Y tal vez fue esa luz resplandeciente la que me resucitó. No lo sé. Cuando volví a abrir los ojos, ahí estaba Masa, tomándonos fotografías, y más allá del flash que me despertó antes de enceguecerme otra vez, distinguí la imagen de un hombre encapuchado que estaba de pie en el umbral de la puerta. No sé cuántas fotos nos tomaron, al menos fueron tres, las que le mostrarían a Coralia algunos años después.

No tengo idea de quién inventó esa técnica terrorista, pero, en Guatemala, quizás mi padre y sus dos alumnos fueron de los primeros a quienes los escuadrones de la muerte retrataron destrozados. A partir de los años setenta, esta técnica empezó a extenderse, de tal manera que opositores y medios de comunicación recibían amenazas en la forma de fotografías de personas desaparecidas en las que se evidenciaba las vejaciones a las que habían sido sometidas.

Quién sabe dónde terminaron las fotografías que le tomaron a mi padre aquella noche de 1966. En 1983, él ya había descubierto que aquel encapuchado era Jorge Lester, pero seguía sin saber con qué intención más allá de la humillación los retrataron en esas condiciones, porque no creía que en esa época Lester hubiera estado tan desquiciado como para enviarlas a un periódico y menos aún para enseñárselas a Coralia sin provocar su espanto y su definitivo rechazo. Se atrevió a hacerlo dos años después, cuando había

perdido la esperanza de conquistarla por obra del amor y asumió que solo por medio del terror conseguiría que regresara a su lado.

Aunque esa noche mi padre no imaginó que Jorge Lester fuera el encapuchado, sí tuvo claro que en ese galpón aquel hombre era el jefe supremo.

Cuando la sesión fotográfica concluyó, el encapuchado, al que solo le pude distinguir unos ojos claros, se aproximó a nuestro lado, como para examinar de qué manera estábamos recibiendo nuestro merecido. Pero al avanzar, sus pasos no eran firmes; eso lo pude ver con claridad. Antes de que terminara de conocer lo que les habían hecho a Carlos y Pablo, se giró y no pudo contener el vómito. Eso lo vimos todos. Sus sirvientes se pusieron nerviosos. En aquel galpón, aunque el encapuchado fuera el que había vomitado, ninguno de los Chinos, Zacapeños, Toles, Moles ni Masas osó a tacharlo de frágil. A fin de cuentas, se trataba de un «dueño del país». Y era el dueño del galpón que a todos nos alojaba. Tras controlar su estupefacción, el mismo Chino, que un rato antes se había mostrado brutal e infame mientras nos despojaba de nuestra ropa, se le acercó solícito para preguntarle si deseaba agua; una atención que el encapuchado rechazó con un manotazo. Las botas del Chino retrocedieron unos cortos pasos. Sin verle el rostro, desde la altura del suelo en que se encontraba mi cabeza, podía interpretar que la mirada de aquel siervo era la de un cachorro enclenque al que su amo le acaba de dar una patada; pero también estaba seguro de que en las noches, dormido o despierto, su ensoñación sería destrozarse a ese amo y su pesadilla conocer que a ese amo jamás podría tocarle un solo cabello. Quizás la ferocidad que millares de sicarios desplegaron contra opositores desarmados o mal armados fuera una manera de desahogar su impotencia frente a sus patrones. El encapuchado irguió la espalda y de sus labios salió

la única palabra que le escuché pronunciar esa noche: ¡Vámonos! Ninguno de sus mercenarios desobedeció.

Con ellos se llevaron los candiles. ¿Pero cuál era la verdadera oscuridad?

Jamás he vivido nada mínimamente parecido a lo que le ocurrió a mi padre, ni siquiera logro imaginarme por más de un instante atravesando esa situación. ¿Cuál es la composición de la oscuridad? ¿Cuál es su alcance? ¿Cuál es su límite, si es que lo tiene? Mi padre logró sobrevivir, y logró salvar una fortaleza emocional y mental suficiente como para haber establecido una relación matrimonial y familiar sólida, sana. Aunque en muchos momentos se veía empujado al aislamiento y durante años padeció insomnios, en mi memoria brilla su esplendor. Después de haberse visto sometido a un mundo al revés, después de haber sentido que su alma se convertía en campo de tinieblas, ¿cómo pudo liberarse y seguir existiendo por encima de la mera supervivencia? ¿Cómo logró vivir bien después de aquello? Y si esto ocurrió con mi padre, más arduo me resulta figurar cómo han sobrevivido las poblaciones mayas a las que les tocó enfrentar tragedias mayores. ¿De dónde sacan la fortaleza para no perder el color? ¿Qué es la oscuridad para un pueblo semejante? ¿Cuál es su respuesta? ¿Cuál es su secreto? Quizás nunca lo sepa. Lo único que puedo intuir es que lo que quiera que sea, es algo sagrado.

Colgado como estaba, a pesar de su mordaza, Carlos empezó a reír. Esto acentuaría el dolor en sus costillas magulladas, pero le daba igual. No parecía una risa nerviosa; más tarde me confirmó que no lo era. Reía porque él también se había dado cuenta de que el encapuchado que apenas hablaba, y que ninguna herida nos había infligido con sus propias manos, era quien mandaba en aquel galpón y nunca como en ese momento había presenciado a qué niveles de esperpento llega la ostentación del poder. Ya cuando estábamos en México me dijo que él también debió de haberse dado cuenta del absurdo, por eso habría vomitado. Y acaso por eso nuestros verdugos no tardaron en regresar.

El encapuchado no volvió con ellos, pero por lo que hicieron a continuación mi padre dedujo que les habría ordenado sacarlos del galpón. Antes de proceder, discutieron sobre si debían desobedecer para terminar el castigo «hasta el final», tal como había sido la instrucción «del viejo» antes de marcharse de viaje. Mientras los descolgaban de la viga, no dejaron de golpearlos e insultarlos, ni de farfullar contra la debilidad de ese «hijito de mamá». Por último, les pusieron las camisas, los amordazaron, les ataron las manos y los empujaron dentro de una camioneta. En el largo trayecto que emprendieron, mi padre no quiso albergar esperanzas, prefirió creer que los ejecutarían sin demora.

Durante años se preguntaría por qué no los mataron, por qué razón el encapuchado cambió de planes. Cuando la camioneta se detuvo, sus captores los sacaron a empellones y les ordenaron ponerse de rodillas. Aplicaron

contra ellos un simulacro de fusilamiento. Antes de marcharse, les advirtieron que sus familiares correrían peor suerte si se atrevían a denunciar o hurgar en lo que les había ocurrido.

De esta manera, la madrugada del 12 de marzo de 1966 mi padre y sus alumnos fueron abandonados en un vertedero. Apeataba a los mil demonios, pero no era el infierno.

Durante más de cuarenta años, hasta que él murió, sus hijos nunca supimos que había sido víctima de torturas, ni teníamos idea de lo cerca que estuvo de morir en un galpón o en un vertedero de Ciudad de Guatemala. Mi madre sí estaba al tanto de esos hechos, aunque nunca supo toda la verdad. Al menos hasta 1983, cuando él escribió esa confesión; no le contó que había delatado a Coralia. Es más, parece que nunca le habló de Coralia.

Aquella madrugada, en cuanto lograron desatarse las manos, semidesnudos como estaban, temiendo que sus verdugos pudieran arrepentirse de haberlos liberado, se apresuraron en buscar un pie de carretera. Allí tuvieron que esperar mucho tiempo hasta que un camionero venció el temor a que fueran unos locos y los recogió. Al ver de cerca sus heridas, con estupor preguntó qué les habían hecho. Le dijeron que habían sido asaltados y que por favor los acercara al hospital de la ciudad. Aquel conductor no cuestionó esa versión; pero tendría un gran instinto o una visión bastante aguda de lo que estaba ocurriendo en su país, porque lo que les repuso se convirtió en una invocación:

—Dicen que a los 28 que secuestraron la semana pasada les han dado una mala muerte en una base militar. Dicen también que sus cuerpos nunca van a aparecer. Se vienen tiempos muy difíciles... Si a mí me apresaran y consiguiera escapar, no iría nunca a un hospital ni a mi casa; ahí me podrían cazar. Lo que tienen que hacer, muchachos, es actuar con cautela, aprender bien cuál es la fuerza de quien les ha dejado en este estado y aplicar gran

inteligencia para combatirlos. Ellos no son tontos; si ustedes van a enfrentarlos, no les ofrenden la vida en plato servido. Ustedes pueden más.

¿Quién era aquel camionero? ¿Cómo en marzo de 1966 pudo tener una perspectiva tan clarividente de lo que estaba ocurriendo en Guatemala y de lo que ocurriría después? ¿Cómo fue capaz de darles un consejo que años más tarde sería determinante para la batalla en la que mi padre se iba a implicar? Eso se preguntaría él diecisiete años más tarde, mientras escribía su confesión en mi cuaderno infantil, tan lejos del vertedero del cual aquel hombre los alejó. ¿Quién era ese camionero? Eso también me pregunto yo. Quiero creer que está vivo.

Ni Carlos, ni Pablo, ni mi padre se atrevieron a replicarle. Acataron su consejo y evitaron un hospital. Acudieron a la casa de un tío de Pablo que era médico. Sus familiares los habían estado buscando por todas partes; consideraban descabellado que a ellos los hubieran incluido en una lista de opositores a desaparecer, pero al final habían estado temiendo lo peor. Los padres de Pablo fueron los primeros en llegar. Aunque los tres ya se habían bañado, al ver el estado en que se encontraban, Gerardo Garmendia se había puesto a vociferar contra los demonios que se habían apoderado de Guatemala.

¡Nunca, jamás se ha alcanzado estos extremos!, clamaba. Están actuando a la desesperada, con esto están cavando su fin... Muy pronto van a caer, y yo, que no lamenté el golpe que dieron contra Arbenz, voy a ser el primero en salir a las calles a celebrar. En su dolor decía cosas así. Pobres de nosotros que durante un rato creímos que sus palabras eran premonitorias. Pobre Gerardo Garmendia, antes de que pasaran dos años a Pablo lo habían acribillado a balazos, su esposa murió de pena poco después, su hija menor decidió marcharse al exilio mexicano, y las décadas siguientes le mostrarían

que lo que su hijo y nosotros habíamos padecido solo había sido una pincelada en el cuadro de horror que se avecinaba.

Cuando el padre de Carlos apareció, se acabó la esperanza. Al enterarse de que había militares implicados en nuestro secuestro, fue tajante para indicar que debíamos marcharnos del país cuanto antes; él se encargaría de organizarlo todo. Preguntamos por qué; supongo que por no llorar, se dejó embargar por una risa nerviosa.

Adriano Fonseca era un abogado conocido en Antigua y Guatemala; en los días anteriores sus contactos en la Policía y el Ejército le habían asegurado que su hijo no figuraba en la lista de «Los 28 desaparecidos»; pero esa mañana, antes incluso de enterarse de que Carlos estaba vivo, había recibido una llamada anónima en la que le advertían que lo sacara del país si no deseaba que desapareciera para siempre.

Mi padre había manifestado que él no se marcharía; tenía su trabajo, su familia y su futuro apostado en Guatemala. Cuando su madre y su hermano llegaron, Adriano Fonseca les avisó sobre el peligro latente. Mi abuela, entonces, lo convenció para que se marchara. Esa noche durmió en su casa, creyendo que más temprano que tarde surgiría la oportunidad para retomar lo que tan intempestivamente estaba abandonando. De madrugada, una camioneta facilitada por Adriano Fonseca lo fue a recoger. Allí se despidió de su madre, de su hermano y de su perro. A pesar de las circunstancias, ninguno imaginó que esa era la última vez que estarían juntos.

Tocaba el turno de recoger a Pablo. Pero no podían marcharse de Guatemala sin más. Tanto mi padre como Carlos se sentían en deuda con Coralía y les aterraba que algo le pudiera ocurrir a causa de su delación. Antes de pasar por la casa de Pablo, Carlos le pidió al chofer que se dirigiera a otro lugar; su padre inquirió por qué. «Porque si León y yo nos vamos sin

despedirnos de Coralia, mejor sería que nos hubieran matado», esa fue la explicación que le dio.

Coralia estaba en pijama, con el cabello suelto sobre la espalda. Se emocionó al vernos; había temido que estuviéramos muertos. Su padre, que nos había abierto la puerta y permanecía a su lado, con un gesto de preocupación nos hizo pasar a la sala. Dijimos que estábamos allí para despedirnos y solo serían cinco minutos. Todo va a estar bien, papá, le dijo Coralia y le sugirió que se acostara un ratito más en su cama. Su padre le hizo caso, aunque doy por hecho que no volvió a dormir ni por un segundo mientras estuvimos en su casa. No era nada normal que Carlos y yo hubiéramos aparecido a las seis de la mañana en su puerta; menos todavía que lo hiciéramos apoyados en bastones, con pantuflas y varias contusiones en la cabeza. En cuanto su padre se alejó, Coralia cerró la puerta de la sala. Entonces acarició el rostro de Carlos y se puso a llorar. ¿Quién les ha hecho esto?, preguntó. Yo me abatía pensando que no teníamos derecho a que derramara ni una lágrima por nosotros, pero no fui capaz de pronunciar una palabra. Carlos me miraba, hasta que habló para revelar por qué estábamos allí. Perdónanos, Coralia, somos unos cobardees, fue lo primero que le dijo. Ella preguntó por qué estaba diciendo semejante cosa. Con la voz quebrada, Carlos le confesó de qué manera la habíamos delatado. Ella nos miró a los ojos con piedad, abrazó a Carlos y nos pidió que no nos sintiéramos culpables ni cobardes. Sus ojos verdes estaban enrojecidos, pero todo en ella reflejaba luz. No sé que daría por recordarla siempre así. Coralia.

Le advertí que su vida podía estar en peligro, le dije que aparte de los militares que nos habían apresado, había reconocido al hombre que trabajaba para su exnovio. Le pedí que buscara resguardo o que se fuera con nosotros. No, no me va a pasar nada, aseguró. A ustedes los han confundido

con líderes del PGT, ¿a mí de qué me podrían acusar? Le recordé que habíamos delatado que estaba escondiendo a Pedro Ixil y que eso podía tener consecuencias. Nos dijo que tomaría precauciones, pero que no debíamos preocuparnos. Esperanzada, habló de las grandes protestas que la desaparición de «Los 28» estaba suscitando y señaló que tal vez, en poco tiempo, con el gobierno civil recientemente elegido, las cosas se encaminarían a rumbos mejores (a ninguno de nosotros se nos pasaba por la cabeza que este ya se hubiera vendido a los generalotes). De repente, se me ocurrió preguntarle dónde había escondido a Ixil. Como quien confiesa una travesura, encogió los hombros y nos dijo que estaba en el cuarto de servicio de su casa; lo había hecho pasar por jardinero y nadie en su familia conocía la verdadera historia. Me sentí alarmado, sin embargo, reí. Cuando volvimos a asumir la gravedad del asunto, Carlos le pidió que le buscara otro escondite. Ella rechazó esa propuesta. Intentamos reconvenirla y hasta le ofrecimos llevarnos con nosotros a aquel hombre. Coralia reiteró su negativa y nos explicó porqué.

Carlos y yo sabíamos que Pedro Ixil era un líder principal en Amayel; desconocíamos que su madre acudía a las clases de Coralia. Pedro era el único hijo que le quedaba. Dos habían muerto antes de cumplir los diez años; los tres mayores, junto con su marido, habían sido asesinados en 1954. Tras el golpe de Estado, se habían unido a un contingente de campesinos que pretendía impedir su desalojo de los terrenos que la reforma agraria les había otorgado. El Ejército los había emboscado y no dejó a ninguno con vida. Pedro Ixil se había salvado de la matanza porque era el menor y se había quedado acompañando a su madre. Coralia señaló que si ella no lo auxiliaba, o dejaba que se marchara a México, esa mujer sabia (así la llamó) moriría de pena. Nos dijo que gracias a ella había podido abrir el corazón a muchas cosas.

Mientras escribo los recuerdos y secretos que durante años he callado, como si fuera un torrente, la memoria me devuelve las palabras y gestos de Coralia aquella madrugada, como si estuviéramos lado a lado, ella con su pijama, cargada de ánimo; nosotros perplejos. Recién ahora, al ir tejiendo hilos y atando cabos, me doy cuenta de cuál fue la historia que conmovió sus cimientos algún sábado de 1960, y de quién fue la voz que le alcanzó ese relato y quién sabe cuántas historias más como para que ella hablara de esa mujer sabia con fervor. Tal vez nos dijo el nombre de esa anciana y yo lo olvidé; en cualquier caso, no la llamó por su apelativo íntimo, porque si no, me hubiera invadido la angustia y de inmediato Carlos o yo le habríamos contado lo que ocurrió con aquellos ancianos en el galpón y le habríamos advertido de cuanto más peligrosa era su situación.

Aquella anciana solo podía ser Mama Ixchel. Con los años, recién he entendido eso y muchas cosas más.

Puedo imaginar a Coralia en 1965, alarmada al ver los extremos de pobreza que encuentra entre las mujeres y niños a los que enseña a leer en una aldea; puedo imaginarla indignada ante las historias que le cuentan sobre cómo son transportados como ganado para trabajar en las fincas de la costa que poseen sus amos de las fincas del norte; puedo imaginarla discurrendo «Dios mío, esto no puede ser», «Dios mío, no puedo soportar estas historias»; deseando nunca más volver a esos lugares, es demasiado. En efecto, un viernes, al final de una clase, me buscó para avisarme que se iba a retirar del programa de alfabetización. Creo que me dijo que lo hacía porque no tenía tiempo para los estudios; en ningún momento señaló que lo hacía porque el encuentro con aquella realidad la estaba atormentando. Si me lo hubiera dicho, yo igual le hubiera respondido que era una lástima, pero que no se preocupara, no era la primera vez que ocurría, y si alguna vez quisiera reintegrarse, las puertas estarían abiertas. Aquel viernes la vi

marcharse con Jorge Lester, quien, como siempre, ya la estaba esperando a la salida de la universidad. Al día siguiente, Pablo se encargó de reemplazarla en Amayel. Solo muchos años después me di cuenta de que por esa simple razón, al muchacho que podía haberse convertido en uno de los mejores especialistas en cultura maya le tocó pasar por el infierno junto a Carlos y a mí.

Durante dos o tres semanas, Pablo la reemplazó, y desde entonces quedó incorporado al grupo de voluntarios de Amayel. Cuando Coralia se reintegró al programa con la intención de permanecer, Pablo y ella se hicieron muy amigos. Esa quizás fue otra «razón» para que fuera sentenciado a ser vejado en un galpón. Lo otro es que al haberla reemplazado, solo él podría haber tenido contacto con la «bruja» que descarrilló el tren de vida que hubiera convertido a Coralia en la esposa de Jorge Lester. Sería por eso que fue a él a quien con más saña e insistencia los verdugos le preguntaban dónde se podía haber escondido Mama Ixchel. Pero el pobre Pablo no habría tenido suficiente tiempo para conocerla mejor, ni nunca debió conocerla por su nombre íntimo. Tantas veces, en nuestra huida a México, donde cada bache suponía una tortura para nuestras heridas, Carlos, Pablo y yo nos debatimos preguntándonos quién era Mama Ixchel. Y tantas veces en las semanas siguientes nos preguntaríamos qué podía haber hecho esa mujer para que en su búsqueda dos ancianos fueran asesinados salvajemente y a nosotros nos tocara sufrir una suerte que pudo acabar también en muerte.

Puedo ver a Coralia en 1965, de vuelta en el programa de alfabetización rural, sintiéndose todavía débil para enfrentar los cuestionamientos que le plantea un pueblo como Amayel; puedo verla reanimándose, convenciéndose de que podrá compatibilizar su vida como voluntaria en pueblos indígenas y futura esposa de Jorge Lester; puedo verla angustiada ante las historias trágicas que va aprendiendo de las mujeres a las que enseña a leer y

escribir; también puedo verla escuchando relatos tiernos, anécdotas jocosas, cantos al agua en la voz de matriarcas y niños. El curso académico de 1965 está llegando a su fin; tal vez en un descanso de la mañana, o quizás cuando alguien pregunta cómo se escribe 1954, el tiempo marcha atrás para que una anciana que no acude con regularidad a sus clases pida la palabra para relatar cómo se inscribió aquel año en su memoria. Guatemala es tierra de volcanes. El de Coralia debió estallar esa mañana; su lava habría estado candente desde hacía muchos años.

Al mirar atrás, veo que indefectiblemente, más tarde o más temprano, el volcán de Coralia se habría manifestado; aunque ella no se hubiera implicado en ese programa y se hubiera casado ilusionada con Lester, es previsible que la vida cotidiana junto a ese hombre y la historia que explotó en Guatemala hubieran terminado acorralándola.

Durante varias semanas debió intentar convertir a Jorge Lester a la causa que se estaba convirtiendo en la suya. Coralia. Quizás esa fue la mayor batalla que libró, porque en verdad amaba a ese chico, porque el matrimonio con él le aseguraba un formidable futuro. Él le debió decir que no. Estaba obsesionado con ella, pero le dijo que no. Estaría más obsesionado con su trauma infantil y la quería exclusivamente para él. Le dijo que no. Y Coralia no se quedó a su lado. El resto es historia. Una historia por la que yo me encuentro en insomnio, escribiendo sin parar, sin importarme que alguna vez mis hijos o mi mujer conozcan cómo me hice parte de ella.

La mañana empezaba a clarear. No teníamos más tiempo para hablar. Desde la calle, el padre de Carlos empezó a golpear con los nudillos la puerta de la casa. Tocaba despedirse de Coralia y no sabíamos si la estábamos dejando en peligro. Ella nos dio ánimos, acarició nuestros rostros. Todo va a estar bien, nos reiteró.

Esa fue la última vez que yo la vi viva. Una noche la soñé llena de luz; pero en más ocasiones he creído escuchar sus gritos en el galpón de Estuardo Lester. ¿Dónde está, Coralia, el eco de las últimas palabras que oí de ti? «Todo va a estar bien».

A fines de febrero de 1999, yo estaba bastante ocupado con mis dos empleos. Además, eran los primeros meses de mi matrimonio y andaba como loco por pasar mis horas libres con Patricia. A mis padres los veía muy poco, y cuando compraba el periódico, no tenía tiempo para leer más allá de la segunda página. Aunque la cobertura de noticias latinoamericanas en los medios ingleses era —y sigue siendo— escasa, sí recuerdo haber leído la nota que daba cuenta de las pavorosas cifras de muertos y desaparecidos reveladas por el informe de la Comisión de Esclarecimiento Histórico de Guatemala. De inmediato, pensé en mi padre. Si no hubiera estado conduciendo, lo hubiera llamado para expresarle mi consternación. Lo dejé para más tarde. Las prisas del día pudieron más y el cansancio de la noche terminó de borrarle aquella intención. Dos o tres días después, fue papá quien me llamó para pedirme que no olvidase que el cumpleaños de mi madre estaba próximo.

La verdad es que sin su recordatorio, quizás se me hubiera pasado esa fecha. La noche del cumpleaños, Patricia y yo acudimos a la cena a la que mamá había invitado a varios amigos. Ella lucía muy contenta, pues, aunque Miriam se hallaba en el extranjero por un tema de trabajo, Christian había volado desde Dublín para pasar ese fin de semana en Londres. Al momento de la cena, los invitados se mostraron entusiasmados. Mis padres se habían esmerado en preparar un buffet de comida guatemalteca, a cuyas cremas le rebajaron el picante para que ninguno de sus amigos ingleses se sofocara. El caso es que toda la comida estaba sabrosa y durante largo rato la conversación se centró en cómo preparar tortillas, chiles rellenos, carnitas.

Ello, unido a las cervezas y margaritas que corrieron a discreción, convirtió el cumpleaños de mi madre en una gran fiesta. Sin embargo, yo podía observar las miradas alertas que ella dirigía a mi padre. Él se mostraba sonriente y solícito con los invitados, aunque había algo en su aire que se mantenía ensombrecido. Christian también se percató.

—Creo que papá no está bien —me comentó en voz baja—. Quizás es por ese informe que se ha publicado en Guate.

Dicho esto se levantó de mi lado para ayudar a mis padres a retirar las fuentes vacías de la mesa. Al cabo de un rato, solo mi madre regresó de la cocina. Patricia y yo estábamos riendo con las anécdotas laborales que contaba Paul, el director de la escuela donde trabajaba mamá. Sin duda, tenía el arte para convertir los problemas, incluso los más serios, en un relato humorístico. Yo acariciaba el cabello de Patricia; pocas veces la había visto disfrutando de las visitas que hacíamos a casa de mis padres. Me sentí feliz. De un sorbo terminé mi botella de cerveza y fui a la cocina para traerme otra.

Papá estaba apoyado de espaldas al repostero, con los ojos desencajados. A su lado, Christian tenía puesta una mano sobre su espalda. Al verme entrar, ninguno de los dos dijo nada, como si fuera a mí a quien le tocara hablar, acercarse, preguntar algo... Yo sabía lo que tendría que haber preguntado, pero no quería quedarme en esa cocina.

—Todo el mundo se lo está pasando en grande en la sala —comenté.

—Sí, estamos escuchando las risas —respondió papá—. En cuanto acomode los platos sucios vuelvo —añadió.

Christian nos miró con cara de extrañeza; primero a mí, después a él; pero no dijo nada. Dejé la botella vacía en el cubo de reciclaje y no demoré en sacar del frigorífico otro par de cervezas antes de marcharme. Al regresar a la sala, me sumergí en los chistes que estaba contando Linda, una colega de mamá.

Mi esposa y yo nos marchamos de la fiesta después de la medianoche. En el camino, ella me comentó lo bien que lo había pasado. Esto avivó mi buen ánimo. Necesitaba que la mujer a la que amaba aceptara a mi familia tal como era. Eso para mí era importante; mis padres eran gente buena, y hasta esa noche yo había percibido que en la medida que ella se mostrara a disgusto cada vez que teníamos que hacerles una visita, algo profundo en nuestra relación no funcionaría. En mi deseo por proteger la felicidad que estaba sintiendo, en los días siguientes no llamé a papá para preguntarle lo que había acallado en la cocina: ¿te encuentras bien?

Pocos días después, Christian me llamó y me preguntó cómo estaba; le contesté que muy a gusto; es más, le comenté que estaba atravesando por el mejor momento de mi vida. Directo como suele ser, me respondió que no me creía.

—¿Por qué dices eso? —cuestioné con molestia.

—¿Por qué crees?

Yo no entendía de qué me estaba hablando:

—Estoy feliz; ¿no te alegras por esto?

—Si eso fuera cierto, ¿por qué no te atreviste a preguntarle a papá cómo estaba la otra noche?

Me puse a la defensiva, le respondí con acritud. Le pregunté si no estaría teniendo problemas personales y me había llamado para desquitarse conmigo.

Él podría haberme colgado el teléfono, o podría haberme dicho cosas que a mí no me hubieran gustado. No lo hizo:

—Si te gusta creer eso de mí, hazlo —afirmó—. Pero, por favor, intenta comunicarte o visitar más a los viejos. Él no está pasando por un buen momento.

—Ayer hablé con mamá; me dijo que están bien.

—Dime la verdad, ¿la llamaste tú o fue ella quien te llamó?

Posiblemente fue mi madre quien me había llamado, pero no respondí a esa pregunta; me resultaba aborrecible que mi hermano me estuviera pidiendo cuentas. Se lo dije y quise despedirme de él. No fue tan fácil.

—Tú vives en Londres, Ariel, trata de verlos un poco más —me dijo. Luego colgó.

Me sentía molesto. Sin embargo, no demoré en telefonar a mi padre para preguntarle cómo estaba y comentarle que no me había parecido verlo muy bien la semana anterior.

—No te preocupes, *m'hijo* —me respondió—. Anduve un poco consternado por las revelaciones de la Comisión de la Verdad en Guatemala, pero ya me estoy componiendo.

—¿Seguro?

—Sí, sí —pronunció, y desprendió una risa nerviosa—. Llevo tantos años enterándome de los abusos que se cometen por todo el mundo, y en lugar de volverme inmune, creo que cada vez me afectan más —señaló.

—No te dejes afectar demasiado, ¡eh!

Él tosió.

—Lo estoy intentando. Aunque esta vez resulta muy difícil: ese informe es bien largo, y va de mi país. Según los primeros resúmenes que nos han llegado, la cosa ha sido peor de lo que creíamos; peor incluso de lo revelado por el informe que publicó el Obispo Gerardi el año pasado. Todavía no lo he leído; dicen que en los próximos meses lo difundirán entero por internet. ¡Ay! No sé si me atreveré...

Dijo esto y desprendió otra risa nerviosa.

—Parece que voy a terminar mis días como un viejo miedoso —agregó—. ¡Qué patético!

Creo que poco después le hice una visita breve; pero en esa ocasión ya no tocamos ese tema.

Entiendo que mis padres, sobre todo él, considerasen que era importante que la tragedia guatemalteca no se convirtiera en el centro de nuestras vidas. Eso lo entiendo. Pero quizás se les pasó la mano intentando protegernos. Aquel informe, esa *Memoria del silencio*, no era poca cosa. Para abril de 1999, mis padres habían conseguido leer los primeros capítulos, donde se establecen las raíces históricas y socioeconómicas del conflicto, así como las inmensas cifras de víctimas y crímenes cometidos.

Para el día de su cumpleaños, que era a mediados de abril, papá prefirió organizar algo íntimo, aunque esta vez nos tuvo a sus tres hijos a la hora de la cena. Christian de nuevo había volado desde Dublín para estar con él esa noche. El tema no tardó en salir; salió incluso antes de que empezáramos a cenar. Miriam comentó que estaba siguiendo las noticias que se estaban publicando al respecto y con vehemencia añadió que los resultados de ese informe mostraban que las atrocidades que por esos mismos años se habían cometido en Chile, Argentina o Perú, de las que algo se sabía en Europa, siendo historias terribles, parecían cosa de chiquilines frente a lo ocurrido en Guatemala.

En su silla, Patricia movía los hombros y extraviaba su mirada en el techo. Esto empezó a preocuparme; como un idiota, pretendí cambiar de tema; introduje el hecho de que esas historias no se cuentan nunca en el sistema escolar, que por lo demás estaba cayendo a pique, bastaba recordar lo que Paul había estado contando sobre sus alumnos el día del cumpleaños de mamá... Y así, seguí hablando sin parar, como una locomotora que avanza sin pausa para esquivar las estaciones desagradables del camino. Cuando creí haberlo conseguido, es posible que Patricia suspirase con alivio y se dispusiera a meterse con tranquilidad un bocado de tamal en la boca. En teoría, todos deberíamos haber hecho lo mismo. Pero estamos hablando de una familia con tradición de rebeldías y persecuciones, de manera que la vena

contestataria no iba a tardar en sacudirse. Aun así, durante un rato Christian pareció seguirme la corriente.

—¡Oh, sí, qué bajón en la calidad de las escuelas de hoy!

—comentó—. No sé cuanto habrán cambiado en los diez últimos años; pero cuando yo me quiero hacer a la idea del número mil, recuerdo la aglomeración de adolescentes que salíamos vociferando al final de un día de clases. Era una marejada humana que ocupaba buena parte de la calle, así que cuando papá me contó que este informe saca a la luz que 200 000 personas fueron asesinadas o desaparecidas en Guatemala desde 1962 hasta hace solo tres años, intenté visualizar cuántas larguísimas calles de Londres podrían ocupar.

Todos los demás en la mesa nos quedamos paralizados. Patricia me lanzó una mirada de auxilio. Christian prosiguió:

—Aquello me pareció tan desmesurado, tan inimaginable, que si en ese momento me hubiera hallado en Guatemala con un revolver en mis manos y los asesinos frente a mí, no hubiera dudado en dispararles hasta agotar las balas. Más tarde me asusté, porque toda la vida me he declarado un pacifista; por tanto, lo que los verdugos han cometido en Guatemala es algo por demás espeluznante, es algo que no se puede pasar por alto. Por eso, Ariel, no quiero cambiar de tema.

Me sentí abochornado; mi cara estaría más roja que un tomate relleno. Papá intentó calmar la efervescencia de mi hermano, pero Christian dijo algo más:

—Yo percibo que necesitamos hablar de esto, al menos yo lo necesito; no sé cómo encauzar la rabia que me da saber que vivo en un mundo donde hay tanta gente capaz de atropellar la vida de millares como si fueran nada.

Nadie se atrevió a probar un bocado más; se notaba que Christian estaba muy afectado, tenía los ojos brillosos. Yo presentía que, si papá le dirigía una

sola palabra o gesto en ese momento, los dos se hubieran echado a llorar. Yo no deseaba que eso ocurriera. Y no era por evitar que mi esposa confirmara su sentencia de que mi familia era el prototipo de latinos pasionales y dramáticos. Me aterraba la posibilidad de ver a mi padre llorando, rompiéndose.

Mamá posó su mano sobre la de Christian y dijo que a ella también le parecía importante que conversáramos al respecto. Papá se limitó a asentir y de un trago se bebió su copa de agua. En el fondo, creo que él no deseaba hablar. Imagino que esto se debía a la presencia de Patricia. Yo sabía de la animadversión mutua que se tenían; la suficiente como para que él no quisiera tratar sobre una cuestión que le resultaban muy íntima delante de su nuera. Supongo que mi madre se sentía más preocupada por resolver la solicitud de Christian, así que se puso a recordar las cosas de las que ella y papá hablaron cuando recién empezaban a conocerse.

—En esa época pasamos muchísimas horas conversando sobre cómo se puede vivir en un mundo donde hay gente capaz de perpetrar tanta maldad...

Con ese tema de fondo, creo que a todos se nos diluyó el apetito. Yo me seguía sintiendo un poco avergonzado frente a mi hermano; pero mientras él, mamá y Miriam llevaban la rienda de aquella charla, de rato en rato papá me dirigía una sonrisa cálida. En un momento esto me hizo sentir más incómodo. Era como si él se diera cuenta de mi vergüenza e intentara protegerme de esa sensación. Se había pasado la vida protegiéndonos, sobre todo a mí, su hijo mayor. Yo era su preferido, ese era mi secreto; él nunca lo hubiera admitido, mas yo lo percibía. Quizás por eso, en 1983, escribió su confesión en mi cuaderno, y no en el de Miriam ni en el de Christian.

De quien más cercano se debería haber sentido es de su hijo menor; él nunca ha ido por la vida con grandes reflexiones y despertares ante la injusticia del mundo, ni ha vociferado que se dedicará a causas humanitarias;

sin embargo, de raíz es el más generoso. Fue así desde pequeño; a él no le cuesta dar, no lo duda ni un segundo. Así también, mientras Miriam y yo, desde nuestras respectivas carreras parecemos dedicados a «reparar» heridas, Christian trabaja proyectando armonía. Curiosamente, es quien mejor ha combinado los genes de nuestros padres. Por ser el más guapo de los tres, desde chico fue el que más atracción ejercía, aunque ello supusiera que muchas mujeres brillantes lo discriminasen creyendo que sería un hombre superficial y engreído, hasta que conoció a su esposa. A veces he pensado que papá, al verlo tan perfecto por dentro y por fuera, consideraría que su hijo menor lo necesitaba muy poco.

Ahí estaba mi madre conversando con Christian y Miriam sobre Guatemala. Ahí estaba mi esposa, luciendo un escote sugerente, sumamente sexi, bastante ausente. Ahí estaba mi padre, en algunos momentos participando en la charla, en otros dirigiéndome una mirada cómplice. Ahí estaba yo, examinándolos a todos, observando de qué manera mi hermano se había sentido derribado por las revelaciones sobre lo ocurrido en Guatemala, en el país de papá. Lo veía gesticular con desesperación, escuchar con atención los argumentos de mi madre, de mi hermana, hasta que de repente fijó los ojos en mí. Estaba consternado, pero me miró con algo que solo podía ser camaradería.

Nunca, hasta este momento, diez años más tarde, me había dado cuenta de qué manera se parece a mi padre: su mirada entera es la de aquel joven historiador apasionado por su país que un día se vio colgado bocabajo hasta acabar delatando a una mujer a la que admiraba. Es posible que mi padre se diera cuenta de este parecido desde el mismo día en que Christian nació, justo cuando él volvía de Guatemala tras haberse enfrentado con las tinieblas hasta las últimas consecuencias. Quizás le alarmó observar que su hijo menor le era muy semejante; acaso temió que ese parecido le indujera a repetir la historia

que él padeció. Tal vez por eso fue a Christian a quien mantuvo más alejado de cualquier noticia trágica que llegara de Guatemala. O quizás yo estoy divagando demasiado; llevo dos copas de vino encima.

Y allí está mi madre, que sigue hablando, recordando, reflexionando, seguramente percibiendo que no solo Christian necesita darle forma y palabras a los sentimientos que la tragedia de Guatemala le ha despertado.

—Aquí todos somos contrarios a la pena de muerte, incluso para los torturadores —intervino mi hermana—; ¿pero qué tipo de sanción podría reparar mínimamente barbaridades como las cometidas por los nazis, por Stalin y sus seguidores, o por los responsables del holocausto guatemalteco? Muchas veces me hago esta pregunta y no consigo hallar una respuesta moral.

Las velas del candelabro se estaban terminando de consumir.

—No sé si la moral vale para responder a esas cuestiones —repuso mi padre—. Recuerda que tiranos como Pinochet o Stalin estaban muy seguros de haber sido personas morales, grandes patriotas. Moralidad y patriotismo son categorías que varían mucho según la ideología de cada cual.

Al ver que aquella charla estaba tomando un cariz que podría extenderse la noche entera, Patricia se propuso darle un rápido fin:

—Nos guste o no, pienso que la cuestión se resume en respetar la vida y hacerlo con honestidad.

Ante un planteamiento que no era incorrecto, todos los demás asentimos, pero antes de que alguno agregara comentarios, ella se apresuró en despedirse.

—Con esa misma honestidad, yo les voy a pedir que me disculpen: he tenido un día agotador y necesito regresar a casa.

Todos, excepto yo, se levantaron de sus asientos y se dispusieron a marcharse. Yo ya no quería que esa conversación se detuviera. Patricia me

habló con un dulce castellano:

—Vamos, cariño.

Dudé un momento, luego afirmé que me quedaría un rato más. Ella se marchó molesta y así se mantuvo todo el día siguiente. Podía haberme preocupado por el castigo de silencio que me estaba propinando, pero fue una de las pocas veces en que me sentí satisfecho por no haber cedido a sus presiones. Hoy más que entonces me alegra que esa conversación familiar pudiera seguir adelante.

—Lo paradójico del caso —manifestó mi madre— es que la mayoría de grandes criminales del mundo son gente que se dice muy religiosa. Miren que, en Guatemala, los finqueros y empresarios que financiaron esos crímenes eran gente que se vanagloriaba de su fe católica; mientras los coroneles y generalotes que gobernaron a sangre y fuego, son casi todos miembros destacados de iglesias evangélicas; los mismos nazis tenían sus creencias místicas. No sé cómo hacen para no sentir pavor frente a un juicio divino donde no tendrán las armas ni el dinero para hacer de las suyas... Mejor sería que se hicieran ateos; eso tendría más lógica.

Papá respondió a su inquietud con ironía:

—Es que son insaciables, amor. Lo quieren todo; no les cabe que el más allá no pueda ser también de su propiedad, ni que ese juicio divino no les pueda absolver de las tropelías que han cometido en el más acá. No es algo que entra en su cabeza; por eso les tenían tanta cólera a los curas, catequistas, y a los mismos curanderos y sajorines mayas cuyas ideas religiosas no pudieron comprar.

—Si alguno de ustedes tuviera en sus manos diseñar para ese tipo de criminales un castigo que no fuera la muerte ni la tortura, ¿cuál sería? —preguntó Christian.

Durante largo rato, nadie le ofreció ninguna respuesta.

—Es algo a lo que llevo varias semanas dándole vueltas —agregó—. Y tal como le ocurre a Miriam, tampoco encuentro una alternativa.

Ahí estaba mi hermano menor, de nuevo requiriendo respuestas que no eran fáciles, poniendo en jaque nuestras ideas de compasión, moral, piedad, justicia legal.

Christian, a estas alturas de los recuerdos, me parece absurdo esconderte las revelaciones que nuestro padre dejó en secreto.

Para que no se perdiera la memoria familiar de mi abuelo Ariel, a mí me pusieron su nombre y a Miriam el de mi madre, que también es un nombre judío. Cuando mis padres anunciaron que esperaban un tercer bebé, mi abuela Beth dijo basta; estaba bien que su familia no hubiera padecido ninguna tragedia semejante a la de su marido, pero ella también quería que en alguno de sus nietos se imprimiera la memoria de los suyos. De esta manera, el niño que nació en 1973 recibió el nombre de su padre, y en 1999, con ese nombre, Christian nos empujó a hablar sobre cosas que tal vez nunca hubiéramos abordado.

Mi madre se quedó mirando a papá. Como él no acotaba nada, ella se encargó de ofrecer una propuesta:

—Todo esto es imaginario, claro —nos dijo—. Pero si en mis manos estuviera diseñar un castigo para los responsables de tragedias como la guatemalteca, la condena que yo les daría sería un premio.

—¡Mamá! —se adelantó Miriam—. Espero que no vengas con el tema del perdón.

—No, querida; ese es un asunto que solo compete a las víctimas. Ahora déjame terminar.

—Pero mamá... —volvió a intervenir Miriam, como para asegurarse de que lo que estuviera pasando por la cabeza de nuestra madre no tuviera que

ver con el perdón.

Después de todo, muchas veces mi hermana es tan impulsiva y autoritaria como mi célebre exesposa. Y si le dijera esto, al igual que Patricia, se pasaría varios días sin dirigirme la palabra.

—Ya basta, Miriam —intervine—. Deja que mamá termine de hablar.

Entonces mi madre habló del premio que se le ocurría como castigo:

—Durante décadas se han empeñado en acabar con las voces opositoras; durante siglos han dicho que el peor error de los conquistadores españoles fue dejar indígenas vivos. Incluso ahora, a pesar de todo lo que se sabe de sus crímenes y de la pobreza catastrófica en la que permanece Guatemala, siguen diciendo que lo que hicieron fue para salvar al país. ¿De qué? Encima, aseguran que lo habrían hecho mejor si Guatemala no estuviera plagada de comunistas y resentidos. Puesto que eso es lo que opinan, para mí, el castigo más adecuado sería darles el mundo que siguiendo esa lógica deben anhelar. Por tanto, los condenaría a todos ellos, a los de arriba y a sus secuaces, a vivir únicamente entre sí en una isla alejada de cualquier continente, de modo que bajo ningún riesgo se vean molestados por la presencia de población indígena ni de cualquier ser vivo que puedan considerar un renegado. Como entre ellos hay miembros de todas las profesiones, pues tienen las bases para construir su sociedad perfecta.

—Vaya, mamá, ¡qué imaginación! —apuntó mi hermana.

—No, no. Hay cantidad de grupillos y sectas en el mundo que han soñado con sociedades donde todos compartan un pensamiento homogéneo. La cuestión es que lo que para unos puede ser un sueño ideal, a otros nos puede parecer el mismísimo infierno. Además, esta idea no me es muy original, ¿verdad, León? —comentó con mi padre. Él asintió levemente—. Esto es algo de lo que hablamos mucho cuando empezamos a conocernos y tú me

contabas de las cosas terribles que estaban ocurriendo en Guatemala. ¿Te acuerdas, León?

Él volvió a asentir.

Dos veces he soñado con Coralia, dos veces la he visto al pie de un oasis, dos veces me he visto tratando de elevarme por encima de la arena desértica. Uno no manda en los sueños y tal vez nunca más la vuelva a ver, ni encuentre una respuesta para la tristeza que su recuerdo despertaba en mi padre.

Dentro de tres semanas visitaré a Elaine en San Francisco. No sé qué palabras intercambiaremos; sé que hay algo importante que debo compartir con ella; no sé si será algo breve o algo que se extenderá en el tiempo; pero cada vez que hablamos por teléfono crece la necesidad por estar a su lado y desde esa corta distancia confiarle la conmoción que Guatemala me está desatando. No sé si nuestro reencuentro fortalecerá su opción de regresar a vivir en Londres. En cualquier caso, debo ir, debo darme esa oportunidad, sea para llegar a una relación duradera, sea para cerrar algo que quizás quedó inconcluso cuando éramos dos jóvenes estudiantes de Medicina, o sea, tan solo para compartir este momento especial de mi vida con ella. Pero antes de verla, debo terminar de sumergirme en la historia de mi padre. Y la historia de León Cordado es también la de Coralia del Río.

Por eso, antes de ir a San Francisco, haré una escala de seis días en Guatemala.

Y antes aún de emprender ese viaje, debo buscar la llave que me permita entrar al fondo de la historia que durante años levantó insomnios en mi padre.

VII

*Quien piense dirigir una guerra en la selva,
tiene que aprender de la flor del tamborillo.
Ningún general asedia al adversario con tanta
maestría como esta flor amarilla. Todos los años
toma febrero por asalto, instaura la floración total de
la primavera y se retira sin ruido por las rutas de marzo.*

Mario Payeras

Ayer conocí a Abilio Arangüena. Aunque su teléfono no aparece en la guía telefónica, al buscar en la página web de University College hallé sus datos de contacto. No fue difícil dar con él; pero creo que si no le hubiera solicitado una cita a quemarropa, no me la habría concedido. Así pues, hace cinco días lo llamé; hablándole solo en castellano, me presenté rápidamente y le dije por qué motivo lo estaba buscando:

—He encontrado un cuaderno de mi padre en el que cuenta lo que ustedes hicieron en 1973. Dentro de pocos días viajaré a Guatemala porque necesito conocer los escenarios por los que ustedes anduvieron aquel verano. Si no lo hago, quizás nunca logre entender esa historia ni quién fue mi padre.

Demoró en responderme. Se me ocurrió que había metido la pata con mi estrategia de presentación. Ya estaba pensando en cómo abordarlo un día a la salida de sus clases, cuando de manera también cortante me indicó lugar, fecha y hora para encontrarnos. No parecía dispuesto a recibir una oferta alternativa en ninguna de esas tres categorías, de modo que le dije que allí estaría, y antes de que me diera tiempo a señalar cómo nos podríamos reconocer, él pronunció: «Que tenga usted buenas tardes». Y colgó.

Me citó a la entrada del British Museum, a las diez de la mañana de un frío sábado de noviembre. Yo hubiera preferido quedar con él en algún lugar discreto, incluso consideré la posibilidad de invitarlo a mi casa si lo hallaba abierto a charlar conmigo. Pero ahí estaba ayer por la mañana; llegué diez minutos antes de la hora acordada, imaginando que tras haberse pasado los últimos cuarenta años de su vida en Inglaterra, el historiador Arangüena

tendría asimilada la puntualidad británica. Ese no fue el caso. A las diez y diez seguía sin aparecer; otras personas que se habían citado a esa misma hora en aquellas escaleras se marchaban. Empecé a preguntarme si él habría pasado delante de mis narices hasta el interior del museo sin que ninguno de los dos nos hubiéramos reconocido. A las diez y veinte ya me disponía a retirarme, cuando un sujeto fornido de gran estatura se me aproximó con paso apresurado y en castellano me pidió disculpas por la demora. No había duda, ese tipo de vivaces ojos verdes, cabello completamente cano y porte juvenil era Abilio Arangüena. Con familiaridad me tomó por un codo y me dirigió al interior del museo mientras me explicaba que la moto se le había estropeado poco después de salir de su casa, así que arribar temprano a nuestra cita le había resultado una misión imposible. Sonreí y le pregunté cómo me había reconocido tan pronto. Me dijo que había acudido al funeral de papá y allí había visto a toda mi familia, aunque ya nos conocía por fotografía. El cuerpo se me empezó a relajar; el Abilio Arangüena que tenía frente a mí en nada se parecía al hombre cortante y circunspecto que había proyectado. En su acento y su voz profunda se me mostraba muy semejante a mi padre.

—Desde los sucesos de 1973, León y yo decidimos que era mejor perder el contacto —me dijo con un tono serio—. ¡Pero cómo es la vida! —añadió con entusiasmo—, una mañana de sábado como hoy, en 1984, en este mismo museo, nos volvimos a encontrar; prácticamente nos tropezamos el uno contra el otro. Él traía a tu hermano menor, y yo, a mis dos hijos, que entonces eran pequeños. Ambos teníamos la intención de enseñarles una muestra de arte latinoamericano que había en exhibición por esas fechas. Al saludarnos, como por arte de magia vimos el absurdo de que dos historiadores chapines que se conocían tanto y que vivían desde hacía un montón de años bajo las mismas nubes de Londres nos siguiéramos evadiendo. No hubo vuelta atrás... ¡No sabes cómo disfrutamos de la

contemplación de esa muestra juntos! Solo para evitar explicaciones muy incómodas en nuestras familias decidimos no presentarnos como amigos ante ellas. Desde entonces, al menos tres o cuatro veces al año hallábamos un momento para conversar de tantas cosas que nos unieron y nos separaron en el pasado, como también para hablar de la vida que habíamos terminado forjando acá, a este lado del planeta.

Lo invité a tomar un café en el restaurante del museo. Él me pidió que reservara esa invitación para más tarde; me indicó que primero quería enseñarme una exposición muy interesante. Yo imaginaba que se trataba de la muy publicitada sobre Moctezuma, el gobernante azteca, que se halla en exhibición desde hace varias semanas, y me adelanté a decirle que ya la había visto. Él sonrió y me dijo:

—Qué bien, muchacho, me gusta la gente que aprecia la historia; pero no es allí donde te quiero llevar.

Nos encaminamos a otra muestra temporal de la que yo no estaba informado. Al llegar a la entrada, Abilio me pidió que prestara mucha atención a las obras allí exhibidas. Aquel hombre era un torbellino, capaz de ser locuaz durante largo rato, para luego sumirse en el silencio y la calma. Se trataba de una muestra de carteles mexicanos relativos a la revolución, todos ellos producidos en el periodo 1910-1960. No faltaban litografías de la célebre trinidad Rivera-Sequeiros-Orozco, ni de los menos famosos Rufino Tamayo, José Sánchez Morado o Leopoldo Méndez. Aunque la mayoría de las obras tuvieron la finalidad de convertirse en carteles que enaltecieran los ideales de la revolución mexicana de 1910 y la posterior lucha contra el fascismo en el mundo; también había grabados y litografías que presentaban imágenes libertarias de mujeres, campesinos y niños que hubieran podido pertenecer a cualquier lugar del planeta, y más específicamente, a cualquier lugar de América Latina. Uno de los que más me impresionó es de Leopoldo

Méndez y titula «Las antorchas». Realizado en 1947, en él destaca un campesino de picudo sombrero de paja que con decisión avanza de perfil portando una antorcha que flamea contra la corriente. Al fondo, una multitud de hombres y mujeres avanza en esa misma dirección, cada cual con su antorcha, bajo un cielo encapotado de nubes de vapor y humo. Me quedé contemplando esa imagen, preguntándome qué sentimientos experimentó su autor, qué cosas anhelaban las gentes en las que se inspiró.

Al salir, me di cuenta de que había pasado más de una hora. Abilio me preguntó si me había dado cuenta por qué era importante que viera esa muestra. Asentí sin demasiada certeza.

—Mira, Ariel, si quieres entender la historia de Guatemala, haces bien en pasar unos días allá. Pero no te dejes embaucar por lo que todos, ignorantes y doctos, repiten como loros. Incluye en esa lista a politiqueros, generalotes, oligarcas; también a defensores de derechos humanos, periodistas, intelectuales y exguerrilleros. Me parece peripatético que, tanto allá como en el resto del mundo, la historia del siglo XX y las atrocidades que en ese maldito y bendito siglo se cometieron se estén reduciendo a la explicación de que había una Guerra Fría y que en Guatemala las motivaciones campesinas para el cambio estuvieron incentivadas por militares comunistas y guerrilleros hechizados por la doctrina castrista. Durante siglos la gente que maneja la escritura ha tratado a los pueblos indígenas como bestias sin capacidad de razonamiento propio. A pesar de todo, durante el siglo XX nuestro vecino principal no ha sido Estados Unidos ni tampoco Cuba, sino México. Y como las semillas de su revolución nos resultaban más próximas e íntimas, el germen de los levantamientos campesinos y guerrilleros guatemaltecos estaba enraizado en la experiencia mexicana. Eso era evidente hasta 1954. Si aquel sentimiento revolucionario solo hubiera sido producto de la influencia cubana, no habría tenido tanta fuerza; eso venía de mucho más

cerca y tenía raíces más antiguas. Yo, como historiador, no voy a dejar que me engañen con ese cuento, que tiene algo de cierto, pero no deja de ser erróneo e interesadamente incompleto. Yo mismo, que de niño observé cómo los campesinos de la finca de mi padre pronunciaban la palabra México como si saboreasen miel en los labios, dejé que se me olvidara. Recién hace unos años, cuando pasé dos meses en Veracruz, Morelia y el DF mexicano, me vi forzado a analizar más la historia reciente y pude darme cuenta de lo que era evidente. Desde entonces, todo lo que he revisado a través de las películas, canciones y documentales de los años treinta, cuarenta y cincuenta, que desde México se difundían como la pólvora por América Latina, solo me han confirmado esta hipótesis.

Abilio me estaba dando una clase de Historia y yo podía suponer que estaba abonando el terreno para que entendiera mejor el país que había heredado de mi padre.

—Ahora podemos hablar de los hechos por los que me has convocado.

Asentí, pero no sabía por dónde empezar.

—Bueno, muchacho, si ya estás enterado de lo que nos reunió a tu padre y a mí en 1973, puedes preguntarme lo que quieras —afirmó.

Entonces hablé:

—Si todavía existe, quisiera conocer dónde estuvo el Paraíso.

Durante dos años le ha estado dando vueltas a esa idea; sabe que con su acción no va a detener la carnicería en Guatemala; ya no cree en Dios, pero le turba el ideal del perdón que desde niño escuchó de las personas que le impregnaron un sentido religioso del mundo. Una y otra vez se pregunta con qué sentimientos podría encarnar esa palabra frente al asesino que habita en la finca vecina; alguien que en tantos aspectos de su vida y de su manera de pensar se parece a su padre y a su madre. Náusea por los crímenes que muy cerca de él se han cometido y ante los que ha reaccionado huyendo y callando. No sabe cómo quitarse esa náusea.

En julio de 1971 identificó a Carlos Fonseca a pesar del disfraz con el que había acudido al entierro de Coralia. Obedeciendo a un instinto, lo persiguió para comunicarle a él y a nadie más que a él que sabía quién había ordenado ese crimen. En las semanas siguientes se volvieron a encontrar y quemaron el galpón donde la mataron. En ese tiempo, Abilio le proporcionó datos de primera mano sobre los amigos de su padre que se hallaban implicados en escuadrones de la muerte como el que perpetró el asesinato de Coralia. Un año más tarde, Abilio asumió que estaba actuando con cobardía. No podía engañarse más; si había perseguido a Carlos Fonseca era porque conocía su situación clandestina, su implicación con las guerrillas; por tanto, consideraba que estaría más dispuesto a amargar la vida de gente como Estuardo Lester. Abilio no se sentía capaz de perdonarlos, quería castigarlos; pero él mismo no quería involucrar sus manos. Hasta que en el verano de 1972 regresó de nuevo a Guatemala, buscó a Carlos y le propuso un plan. Era arriesgado,

incluso alucinado, y para que pudiera surtir efecto requerían tiempo y como mínimo la colaboración de un tercer hombre.

Desde la clandestinidad, Carlos llamó otra vez a mi padre.

A partir de 1971 Abilio se había pasado ideando planes para afligir a los asesinos de Coralia; desde hacía más tiempo Carlos se había curtido en las guerrillas y había participado en dos secuestros facilitados por las informaciones de Abilio; durante varios meses, mi padre se fue preparando para viajar a Guatemala y hacer lo que tuviera que hacer en memoria de Coralia. En junio de 1973 ya estaban listos. No sopesaron demasiado que la gente a la que pretendían enfrentar llevaba más tiempo entrenándose, no solo mental, sino también empíricamente, para atacar con ferocidad a quienquiera se interpusiera en su camino. No en vano entre 1966 y 1973 habían dado muerte a más de 10 000 personas en el campo y las ciudades.

El persistente mito de David contra Goliat... Se les ocurrió que podrían arremeter contra Estuardo Lester y sus mercenarios amparados únicamente por tres viejos revólveres. Sería porque, a pesar de que habían perdido sus creencias religiosas, no dejaban de creer en la fuerza de los mitos. Quizás también por eso, pocos días antes de emprender su particular batalla, fueron a buscar al último sajorín conocido de Amayel, Pedro Ixil. Le solicitaron su ayuda en caso de que su plan fracasara y tuvieran que buscar refugio en algún lugar que sus adversarios jamás imaginaran.

Mientras Abilio me contaba esta historia, yo me preguntaba por qué habían acudido a solicitar el apoyo de Ixil, un hombre que siete años antes no había dispuesto de ningún lugar inexpugnable para esconderse él mismo cuando estuvo en peligro.

—Visto de lejos, aquello no tenía ninguna lógica —señaló Abilio en la cafetería del museo.

Después me preguntó si me apetecía otro café; accedí sobre la marcha. Llamó entonces a su esposa por el celular y le dijo que llegaría tarde para almorzar. Luego, con mayor pausa, siguió relatándome lo que sabía:

—Mientras tratábamos de figurar dónde podríamos escondernos en caso de que nuestro plan fracasara, a Carlos se le ocurrió pensar en Ixil. Arguyó que parte de su comunidad se había trasladado en búsqueda de tierra propia en la selva de Ixcán y nos resultaría más seguro escondernos en la red de un pueblo ahora nómada. Tu padre accedió de inmediato, y aunque yo hubiera podido idear otra alternativa menos incierta, no hubo marcha atrás.

Abilio se quedó callado un momento, como si la memoria lo hubiera atrapado en aquel momento. Yo me estaba preguntando cómo rayos tres hombres tan racionales y escépticos no fueron capaces de figurar otra opción menos arriesgada. Él debe haber traducido ese cuestionamiento en mi rostro y respondió:

—Ya no creíamos en nada. Así como alguien dijo que Dios no estuvo en Auschwitz, para nosotros resultaba palmario que llevaba varias décadas ausente de Guatemala. En pocos días íbamos a emprender una empresa alucinada en la que teníamos escasas posibilidades de salir con vida y más pocas todavía de quedar libres de culpas si es que lo conseguíamos.

A Pedro Ixil fuimos a solicitarle un escondite; pero en el fondo estábamos yendo a que nos dedicara algún rito que nos infundiera la firmeza o en su caso la protección sobrenatural que estábamos requiriendo a grito callado.

En junio de 1973, después de siete años, mi padre regresó a Amayel. Carlos también estaba volviendo a esa aldea después de mucho tiempo y era la primera vez que Abilio pisaba esas tierras. Ixil los recibió con gran hospitalidad. Al anochecer los invitó a conocer una laguna que solo brotaba en tiempo de lluvias. Allí los dejó al amparo de la estrellas.

Como cada año, para la noche del 27 de junio, Estuardo Lester estaba organizando un festín con banda de músicos y fuegos artificiales en El Amanecer, su finca predilecta. Así le gustaba celebrar «La liberación de Guatemala», el apelativo con el que los dueños del país denominaban al golpe de Estado de 1954. Estos fastos se habían convertido en una tradición entre sus familiares y amigos; ni siquiera los dejó de organizar en 1971, tras el suicidio de su primogénito, en los prolegómenos del asesinato de Coralia.

Cuando el galpón donde la mataron quedó hecho cenizas, Estuardo Lester se había pasado semanas indagando si el incendio había sido originado de manera accidental o por la afrenta de un adversario. En cualquier caso, se debió sentir vulnerable: no tardó en construir otro, de cemento y puertas de hierro, que ubicó en la misma zona, si bien más alejado de la finca de sus vecinos y mejor camuflado por el bosque de quequexques de aquel sector.

Un galpón alejado de los establos, de los terrenos cultivados, y más distante aún de la casa y las carreteras, era algo que no podía faltar mucho tiempo en una finca de Lester. Abilio había descubierto el lugar donde se ubicaba y el año anterior había dedicado varios amaneceres y crepúsculos a reconocer el terreno. Poco antes de retornar a Inglaterra, pudo ver a varios soldados extrayendo rifles y cajas de madera de tres camionetas estacionadas en su puerta. Se estremeció; imaginó que de nuevo aquel lugar podría estar funcionando como mazmorra. Esa vez no se quedó quieto. Se aproximó hasta acomodarse tras unos arbustos, a una docena de metros de la puerta. No

escuchó gritos ni golpes; sin embargo, pudo entender que adentro se estaba deliberando un plan de ataque.

—No pude acercarme más para escuchar qué estaban tramando, ni para asegurarme de que a nadie mantuvieran cautivo allí dentro —prosiguió Abilio con pesar—. Qué podía hacer en ese momento frente a tanto hombre armado... Recordé las palabras de Carlos recomendándome medir con cuidado nuestras fuerzas y aplicar al máximo la inteligencia antes de enfrentarnos a esa gente; esa sería la única posibilidad para no ofrendarles la vida en bandeja. Por la desesperación y la urgencia, muchos de los nuestros cayeron de esa manera. Me quedé tras esos arbustos, tratando de encontrar alguna fórmula que me permitiera fulminar ese galpón hasta sus cimientos. Al día siguiente retorné a Londres, deseando que el tiempo de saldar cuentas llegara de una vez y nos encontrara preparados.

Para 1972, Carlos había logrado averiguar los nombres completos del Chino y el Zacapeño, dos de los verdugos que seis años antes lo habían secuestrado. Le había alarmado saber que desde 1966 ambos se habían labrado una prolífica carrera: en los calabozos de la Policía el primero; en la contrainsurgencia de Zacapa el segundo, bajo las órdenes de Carlos Arana Osorio, a la fecha presidente del país. El Chino se llamaba Donato Álvarez Molina y también había tenido una actuación prominente en la captura de Coralia. Del segundo ya no interesa el nombre porque desde 1970 tenía a su cargo un destacamento en San Marcos, en la frontera con México, de modo que era improbable que en julio de 1971 se hubiera desplazado hasta ciudad de Guatemala para participar en aquel crimen. Del verdugo apodado Masa apenas halló referencias. Aunque estaba vinculado a la Mano Blanca, pocas veces participaba en operativos que lo alejaran de la finca de Lester; tampoco había certidumbre de cuál era su nombre verdadero.

Debe haber tantos perfiles de psicópatas como de gente altruista. Por las cosas que hoy sé, no sería difícil encajar a Masa en la categoría de criminales que confunden fuerza con agresividad y venden sus servicios tanto para obtener un salario como para dar rienda suelta a su depravación. Así las cosas, no requieren de ninguna excusa ideológica ni religiosa para desatar su bestia. Es más, pueden perfectamente prescindir de justificaciones y por tanto pueden pasarse de un bando a otro con la facilidad de quien se deshace de una fruta podrida para ponerse en la boca otra fresca. Ignoro cuál era el salario inicial con el que Estuardo Lester reclutó a Masa en sus años todavía adolescentes. Tal parece que cuando tuvo edad para portar un arma, su padre, un mayordomo de El Amanecer, le consiguió un empleo con su patrón. En la descripción que Carlos le proporcionó, Abilio recordó al chico de mirada inquisidora que solía controlar el trabajo de los campesinos de Lester cuando él era un niño. Según sus cálculos, debía de tener la misma edad de mi padre. Algo adicional que Carlos logró averiguar era que, a diferencia de otros verdugos de tiempo parcial y espíritu más atormentado, Masa no tenía esposa ni hijos reconocidos; aunque es posible que hubiera engendrado alguna criatura en las siervas a las que Estuardo Lester violaba y luego regalaba a sus subalternos.

Escribo esto y me doy cuenta de que estoy describiendo a Estuardo Lester como un demonio por cualquier ángulo por donde se lo mire. Pues sí: lo era. Y lamentablemente el suyo no fue un caso excepcional de finquero funesto en la Guatemala del siglo XX. Los había de diversos tipos. He ahí el caso de Tino Brol, dueño de extensos cafetales en Cotzal: antes de morir en los años sesenta, alardeaba de tener 105 hijos, de los cuales solo tres o cuatro eran de su esposa y los demás fueron procreados con las niñas indígenas que debían prestar servicios en su casa, hasta que quedaran embarazadas. Su caso no es tan célebre por el número de su prole, como por el hecho de que se jactara de

que, a diferencia de sus hermanos que dejaban regada su semilla de cualquier manera, a él le gustaba reconocer oficialmente a todos sus hijos.

Ahora bien, pese a que se necesitaban como dos siameses unidos por el corazón, el perfil psicopático de Estuardo Lester era bastante distinto al de Masa. Aunque Lester fuera el que se encargaba de alimentar los placeres de su empleado y se consideraba indefectiblemente su amo, era más vulnerable: aunque mataba con placer a quien se le enfrentara, él sí requería justificaciones ideológicas y religiosas que lo amparasen. A Coralia no solo la había asesinado porque la acusara de la muerte de su hijo, sino porque se había contaminado de ideas comunistas que él no sabía explicar de qué tipo eran, pero que pretendían destruir el orden del país; si había masacrado indígenas desde 1954, no era para procurarles escarmiento, sino porque estaban haciendo lecturas de la Biblia que iban a descarriar al resto del rebaño. A mi padre, a Carlos Fonseca y a Pablo Garmendia les habían arrancado las uñas porque habrían sido infiltrados de la Cuba castrista y por culpa de gente como ellos se había arrancado a Coralia de la vida decente que habría podido formar con su hijo. Los dos campesinos mayas que fueron atormentados hasta la muerte a fin de encontrar a una anciana de nombre Mama Ixchel eran el costo que se debía pagar para extinguir las idolatrías con la que brujas como esa vieja seguían afrentando a Dios. Debe haber presentado una larga lista de justificaciones el día que llegó al Paraíso.

Otra diferencia remarcable entre Lester y Masa es que mientras el amo podía dedicar muchas horas a su familia y amigos; el súbdito podía pasarse el día entero vigilando el trabajo de los siervos, supervisando el aprendizaje de los nuevos mercenarios, o torturando con sus propias manos. Quizás por esa razón, Lester le construyó una vivienda a espaldas del nuevo galpón de cemento. Esto le debió dar seguridad: con Masa instalado en aquel lugar, nada ni nadie osaría atentar contra esa propiedad.

Ni mi padre, ni Carlos Fonseca, ni Abilio Arangüena, ni mucho menos Coralia, tuvieron la culpa de la simbiosis que surgió entre Lester y Masa; tampoco de sus similitudes y diferencias.

Abilio confiaba en que a Estuardo Lester no se le ocurriría torturar ni quemar a nadie en el galpón el 27 de junio. Mucha gente de Antigua, Ciudad de Guatemala, e incluso de Huehuetenango y Escuintla, acudía a su finca para esa efeméride; por tanto, debía evitar que si a alguno de sus invitados se le antojaba dar un paseo por los alrededores, tropezara con un galpón del que escapaban alaridos y humo. De esta manera, era previsible que esa noche, más tarde o más temprano, tal vez un poco borracho, Masa regresase a su vivienda y ese sería el momento para que Carlos y mi padre lo emboscaran.

El verano anterior, así como los días previos a esa fecha, atravesando la linde de arbustos de su finca, Abilio había estudiado cuál era la rutina de aquel hombre: nunca salía desarmado, siempre se levantaba al alba y empezaba el día realizando varias series de flexiones sobre la hierba. Por las noches, verificaba que los candados de la mazmorra adjunta a su casa estuvieran bien ajustados y, antes de retirarse a dormir a la construcción rectangular que constituía su vivienda, olfateaba como un perro la puerta, la ventana enrejada y el ventanuco del que debía de ser su baño. Si no percibía nada raro, se preparaba para la batalla. Solo entonces se apartaba de su revólver, lo dejaba en el alfeizar de la ventana y pasaba a entrenar su cuerpo saltando en el aire, lanzando patadas y puñetazos a enemigos imaginarios. Ese ejercicio podía durar más de una hora. Una vez exhausto, recién entraba a dormir.

Esas imágenes me produjeron sorna.

—Sí, ríete —me dijo Abilio—. Acá estamos lejos de aquel hombre en el espacio y el tiempo; en 1973 te hubiera provocado vértigo. Esa será su manera de ejercitarse, me decía yo, aunque me angustiaba preguntarme si no estaría presintiendo que alguien lo vigilaba y quería demostrar que se encontraba listo para enfrentarlo a muerte. Quizás, a su manera, por mero instinto, él también nos estaba preparando una trampa.

El 26 de junio, al anoecer, para asegurarse de que nada pudiera fallar, Abilio se aproximó con sigilo a los matorrales desde donde había estado vigilando a Masa. Fue entonces que el plan que había trazado empezó a desmoronarse. La silueta del matón no tardó en aparecer procedente de la finca, abriéndose paso entre las hileras de quequexques. Se dirigió al galpón; pero en lugar de limitarse a verificar que sus candados estuvieran seguros, los abrió y entró, dejando la puerta entrecerrada tras de sí. Abilio comenzó a inquietarse. De repente, Masa sacó medio cuerpo del galpón, auscultó con detenimiento a su izquierda y derecha, fijó la vista en el techo, después en los matorrales donde se escondía un guardián de la historia guatemalteca. Si hubiera dado algunos pasos en su dirección, Abilio hubiera tenido que dispararle uno o varios tiros estridentes.

Lo que ocurrió a continuación hizo que bajara su revólver y se mantuviera clavado en su sitio, estupefacto. Masa volvió la vista atrás y tiró de una soga. En el otro extremo, sujetada por el cuello, una mujer semidesnuda, miraba a uno y otro lado mientras lo seguía con las muñecas esposadas y una mordaza en la boca.

Abilio la reconoció.

Otra vez está observando una afrenta en el galpón de su vecino y se queda paralizado, al igual que en 1971, como en 1954. Podía haber empuñado su arma y disparado; pero esta vez no fue por cobardía que se contuvo.

—Quizás fue esa cosa llamada destino —farfulló en la cafetería del British Museum, tomó un sorbo de té frío y prosiguió contándome detalles sobre aquellos días de 1973 sobre los que mi padre no fue explícito—. Yo me hallaba lejos; la soga era corta; ella caminaba a escasos pasos de él. Si yo erraba al disparar, aquel psicópata la hubiera utilizado como coraza y al final podía haber terminado matándonos a ella y a mí... No encontré salidas; me quedé observando cómo aquel monstruo, que también miraba a uno y otro lado del horizonte, la conducía a su guarida.

Yo escuchaba pasmado; además, me sentía abochornado por haber arrinconado a ese historiador para que me revelara cara a cara cosas que yo no entendía de la vida de mi padre, sin considerar que en ese encuentro él tendría necesariamente que hablarme de sus debilidades, de sus derrotas.

Los grillos y los pájaros de la noche habían iniciado su concierto; Abilio se agarró de las ramas del arbusto que lo había escondido y se levantó. Le pareció que las hojas de los quequexques que escondían el galpón se estaba agitando de manera desproporcional a la brisa. Se le saltaron las lágrimas.

—Desde entonces, creo que en el último siglo las plantas y los animales están evolucionando más rápido que nosotros —señaló—. ¿Qué tipo de humanidad produce engendros como aquel hombre? ¿Y dónde estaba mi propia inteligencia? Nada se me ocurría que fuera válido para auxiliar a esa mujer sin que ese intento le costara la vida. Los árboles, los grillos, las lechuzas; ellos sí parecían tener ideas.

Durante años se había evadido. Conocía profundamente la historia antigua maya; conocía también lo que estaba ocurriendo en Guatemala. Había escuchado los gritos; había terminado urdiendo un plan para vengarlos; pero no se sentía capaz de acercarse más para ver qué había detrás de ellos. Los quequexques seguían batiéndose; sus ramas parecían empujar al viento. Abilio caminó hasta el galpón y pegó su oreja a la puerta durante largo rato.

No escuchó ninguna voz, ningún gemido, ningún movimiento; consideró que allí dentro no habría otros cautivos. Se dirigió entonces a la casa contigua. Tras el vidrio de la ventana, solo había una delgada tela adaptada como cortina. El candil del velador le permitió ver lo que estaba ocurriendo, que era lo mismo que durante los últimos cinco siglos le venía ocurriendo a toda mujer guatemalteca que fuera convertida en botín de guerra.

Abilio temblaba. A través de la ventana, podía escuchar el llanto de la mujer. Gritos, silencio. Poder y violencia. La tragedia guatemalteca lo había envuelto. ¿Dónde estaba el coraje? ¿Para qué había ido y vuelto el hombre de la Luna? ¿Para qué se habían inventado las vacunas? ¿Cuál era la utilidad de la historia crítica? No podía disparar a Masa desde esa ventana. La puerta estaba cerrada; la mujer estaba atada; además, la cama estaba lejos y ellos dos demasiado juntos como para que al apuntar contra él no terminase matándola a ella.

Elevó la vista. Esa noche el cielo estaba despejado y las constelaciones se mostraban claras. Cuatro días atrás, con velas encendidas a la orilla de una laguna, Pedro Ixil les había hablado de las estrellas. Del quequexque más alto se desprendió una gruesa rama. Al caer sonó como un muerto.

Abilio empuñó su arma y se colocó a un costado de la puerta. Imaginaba que Masa habría escuchado ese ruido y acaso saldría para averiguar de qué se trataba. Al interior de la casa se produjo un momento de silencio; pero pronto este volvió a ser ocupado por el llanto de aquella mujer y las imprecaciones y bufidos de su verdugo. Abilio se fue derrumbando contra la pared. Después de lo que estaba permitiendo que ocurriera esa noche, no se sentía capaz de abordar la tarea bastante más compleja que le aguardaba al día siguiente.

Los quequexques seguían agitándose; de nuevo Abilio prestó atención a los grillos, fijó la vista en la rama que se había desprendido. Había caído a pocos metros de sus pies. Acuclillado como se hallaba, se quedó observando

el brillo de sus hojas, el movimiento que todavía esforzaban desde el suelo. Suponía que, antes del amanecer, Masa tendría que devolver esa mujer al galpón, y cuandoquiera saliera de su madriguera, lo tendría más cerca y podría dispararle a la cabeza.

El plan original era que la noche del 27 de junio Carlos y mi padre le tenderían una trampa en su propia habitación, lo que les permitiría reducirlo sin hacer mayores ruidos. Pero la víspera Abilio estaba solo, había caído derrotado sobre sus pies, y ni siquiera era tan ágil como Carlos para trepar hasta el techo de esa casita, único lugar desde donde le sería posible disparar a la cabeza de Masa sin error. Empezaba a clarear. Se había pasado la noche con los ojos abiertos, pensando en la atrocidad que a ella le había tocado soportar, en la pesadilla a la que la habían condenado desde que la secuestraron. No podía fallar; sin embargo, era consciente de que los tiros que iba a disparar atraerían rápidamente al mayordomo y demás capataces de El Amanecer. Se hallaba incluso deseoso de dar su vida con tal de liberar a esa mujer; pero si cometía una sola equivocación, podía estar condenándola a un infierno peor al que ya había padecido. De repente, los quequexques hablaron.

La noche había quedado atrás; bajo el cinto tenía un revólver y a seis o siete metros de distancia yacía la gruesa rama de un árbol que se caracteriza por la tenacidad de su madera. No dudó más. La tomó en sus manos, la desbrozó de sus ramales y en pocos minutos tuvo un arma sólida, silenciosa.

Masa no realizó ninguna flexión sobre la hierba esa mañana. Apenas salió de su caverna para devolver su presa al galpón, en su cabeza se estrelló el peso de los gritos contenidos durante siglos en los quequexques. Pero Masa era un hombre fuerte: Abilio no había terminado de atarle los pies con la soga que antes sujetara el cuello de esa mujer, cuando empezó a recuperar la conciencia. Iba a exclamar algo, tal vez iba a gritar, pero lo calló el escupitajo

que ella le lanzó. Antes de que pudiera reaccionar, Abilio le dio una patada en la cabeza, lo amordazó y consiguió extraer varias llaves de sus bolsillos. Una de ellas abrió las esposas que sujetaban las manos de esa mujer, y estas pasaron a sujetar las de Masa. Abilio entró entonces a la casa; se dio tiempo para tender la cama, extraer una billetera, algo de ropa, la toalla del baño y salió. Antes de marcharse, ella se puso un pantalón de aquel hombre y le volvió a escupir. Mientras tanto, Abilio arremolinaba tierra sobre la sangre derramada por el cautivo y con la toalla le improvisó un turbante para que en el camino no dejara rastros sanguíneos. La mujer estaba débil y descalza, pero pudo ayudarlo a arrastrarlo por los pies hasta alcanzar los arbustos que durante innumerables días escondieron a Abilio mientras temía y soñaba con el momento de la venganza.

Cuando se pudieron sentar tras ese ramaje, él le pidió perdón, perdón, perdón, escondiendo la cabeza entre sus manos. Desde que se había visto liberada, ella ya no lloraba. Lo abrazó. Hacía mucho que ellos dos se conocían.

No podían quedarse en ese escondite. En cualquier momento, otros capataces o el mismo Estuardo Lester podían acudir al galpón y, si no la encontraban, imaginarían que había huido y que no podía andar lejos. Siguieron arrastrando a Masa para acercarlo un poco más a la finca vecina. Este ya había recuperado la conciencia pero Abilio no quería arriesgarse a hacerlo caminar dejándolo con las piernas desatadas. En cuanto alcanzaron una enramada más tupida, se apresuró en recoger el caballo que durante toda la noche lo había aguardado en la linde de su propiedad. Con él fue más fácil transportar al sicario atrapado con sogas, esposas y trapos.

—¿Y ella? —pregunté con temor.

—Por supuesto que vino con nosotros. Y vino para trastocarlo todo.

El sol ya brillaba pleno. Una vez que estuvieron dentro de su propiedad, Abilio no sabía cómo aparecer en su casa llevando consigo a un cautivo y a una mujer malherida en un solo caballo sin llamar la atención de los peones y vigilantes que pudieran encontrar por el camino. En voz baja, tuvo que confesarle a ella por qué motivo sus vidas se habían vuelto a cruzar de esa manera. Al final, terminó confiándole el plan entero que tenía pendiente.

—Se quedó callada... No, muchacho, no pienses que se le abrió la boca del asombro, ni que me dijo bravo, ¡sangre, sangre! ¡Ay, Ariel! Cuando uno le cuenta una cosa a una mujer y ella permanece largo rato en silencio, hay que entender que un torbellino se está desatando en sus pensamientos.

Yo estaba impresionado; me limité a asentir, a dejar que siguiera hablando.

—Me alivia mucho conversar estas cosas contigo. Con mis hijos todavía no las he hablado. Con tu padre nos reencontramos en 1984; pero a los dos nos incomodaba traer a la memoria aquellos días de 1973. Tampoco hablábamos mucho de Coralia, sabes...

Sin conocerla, dos veces yo he soñado con esa mujer que aparece guardando un bosque alumbrado por quetzales y un lago de aguas límpidas; un oasis que se levanta como un espejo de la vida en medio de un desierto. ¿Pero qué es un sueño? Incluso si reflejara una realidad, ¿qué es un oasis en medio del desierto? ¿Cuántas posibilidades hay de que no sea más que un espejismo?

Abilio volvió a telefonar a su esposa; con un tono bastante afectuoso, le avisó que se quedaría a almorzar conmigo.

—Disculpa —señaló cuando terminó de hablar con su mujer—. Ni siquiera te he preguntado si te gustaría que te invite a almorzar a un sitio que te va a trasladar al paraíso; si te gusta el picante, claro. ¿Qué dices?

—Por supuesto, Abilio.

Llamó por su celular al restaurante y solicitó una reserva para dos. Al salir del museo, el viento que arreciaba era gélido. Le propuse tomar un taxi, pues no había llevado mi auto. Abilio sugirió caminar un trecho para hacer tiempo hasta la una y media. Él avanzaba a grandes pasos en dirección de Southampton Row; en un momento me tomó por el brazo, como si intentara ayudarme a contrarrestar un vendaval que parecía dispuesto a tragarse todas las palabras que pronunciáramos. De pronto, me soltó y exclamó:

—¡Pero qué hemos hecho nosotros para ser expulsados de los bosques cálidos a este páramo frío! ¿Tú qué opinas, Ariel?

Yo elevé los hombros y reí.

—¡Somos inocentes! —clamó—. Ahora espero que te guste el lugar donde estamos yendo: es el mejor restaurante de comida mexicana en Londres.

Tras atravesar un bosque de pinos, se apearon del caballo. Ese era un lugar más seguro, bien adentrado en El Descanso, la propiedad de los Arangüena. Frente a ellos se extendía un maizal cuyos jóvenes tallos se elevaban como sables dispuestos para la batalla. Antes de marcharse a caballo solo, Abilio entregó su revólver a la mujer y le indicó que vigilase a Masa hasta que regresara.

—Ella se quedó temblando. Yo le pedí que se mantuviera atenta y que a la primera que se sintiera intimidada por aquel hombre, le disparase. También

le recordé que estábamos lejos del galpón de Lester y le aseguré que ya no había peligro.

Era temprano. Los padres de Abilio aún no habían retornado de la ciudad. Entró a la habitación de su hermana y en los armarios encontró ropa que le sería útil a la mujer que había dejado entre el bosque y el maizal. Extrajo de la cocina comida y agua, y le comunicó al mayordomo que iba a dar un paseo con una amiga que recogería del pueblo.

Al regresar al maizal, la encontró sentada sobre un tocón de madera, apuntando con firmeza a la cabeza del cautivo. Le había estado diciendo algo que Abilio no alcanzó a escuchar y que ella no repitió. Aunque se hallaba inmobilizado, Masa la miraba con ira. Le había retirado la toalla con la que le habían cubierto la cabeza y ahora esta evidenciaba la inflamación y las contusiones que le dejó el quequexque. Lo que más extrañó a Abilio era que le había quitado los zapatos, los había rellenado con piedras, y por separado los había semienterrado entre tres tallos de maíz. Entonces le preguntó por qué había hecho eso.

—Quiero ya empezar a enterrarlo —había murmurado ella.

Con gran dificultad, arrastraron a Masa hasta el auto, redoblaron sus ataduras y lo colocaron en el maletero. Cuando Abilio cerró el capó, ella se derrumbó; recién rompió a llorar. Él la sostuvo; no sabía cuán riesgoso podía ser pasarse horas con aquel hombrón atado en el maletero; pero decidió que antes de procurar un escondite seguro en la ciudad, ella requería con urgencia limpiarse a fondo. Condujo hasta un sauzal junto al que corría un arroyo de agua clara. Le dio la bolsa de ropa que había sacado de la habitación de su hermana y le indicó que podía bañarse con calma; él la esperaría en el auto.

Ella estaba temblando, era como si en la huida del galpón y el apresamiento de Masa se le hubiera agotado la fuerza. Dijo que tenía miedo

de seguir viviendo. Él la acompañó hasta el arroyo. Sostuvo su mano todo el tiempo que permaneció en el agua.

—Desde entonces hasta hoy —murmuró Abilio. Sus ojos brillaban como si todavía se encontrara bajo el sauce, en aquel arroyo, convencido de que jamás se separaría de ella.

Recién pude entender por qué en la confesión que mi padre dejó para nosotros no mencionara ni una vez a la mujer que de repente había emergido del galpón y con su aparición lo había trastocado todo. Eso le habría parecido una invasión a las fibras más íntimas de esa pareja.

Los dos permanecemos callados largo rato. El camarero ya se había marchado tras colocar nuestros platos sobre la mesa. Mirándolo a los ojos, le conté que mi padre no había mencionado nada sobre ella en las revelaciones que dejara. Abilio se quedó boquiabierto. Antes de restaurar la fluidez de nuestra charla, levantó su vaso de cerveza y exclamó:

—¡Salud, León!

Así, entre jalapeños, tacos y moles, me enteré por qué, de la noche a la mañana, literalmente, el plan contra los asesinos de Coralia se vio alterado, dando lugar a que las sinuosas líneas que dividen el paraíso del infierno se terminaran fundiendo en una finca de Guatemala.

Al llegar a la ciudad, Abilio tomó una habitación a su nombre en el Panamerican, que por entonces era uno de los mejores hoteles del país; allí la dejó instalada. Estaba seguro de que a nadie se le ocurriría buscarla en ese lugar. Con el dinero de la billetera de Masa, pagó por adelantado una semana de alojamiento y antes de marcharse le dijo que si todo salía bien, en tres o cuatro días se volverían a ver; pero si transcurrido ese tiempo él no retornaba, debería contactar con su padre, Alejandro Arangüena, y avisarle que probablemente estaba prisionero, o muerto, en alguna instalación del Ejército

o en el galpón de su vecino. Al despedirse, ella le pidió que prometiera que cambiarían de planes y que regresaría con vida.

Más que nunca, Abilio tenía ganas de matar con sus propias manos a Lester y a la mitad de la gente que esa noche iba a celebrar «La liberación de Guatemala»; sin embargo, por la promesa que acababa de hacer, se enfrentó con la preocupación de cómo diablos convencería a mi padre y a Carlos Fonseca de cambiar el plan que durante dos años él había alentado.

—Llegué con bastante retraso a la cita que teníamos a mediodía en un aula de la universidad. Cuando les dije que tenía a Masa en la maleta, casi les da un síncope. A grandes líneas tuve que contarles lo que había ocurrido. ¡Ni modo!

A fines de los años cincuenta, Bartolomé Gaspar se había convertido en uno de los principales dirigentes del gremio de maestros primarios. Desde entonces, cada vez que surgía una protesta social, su familia temía el riesgo de que lo encarcelaran, algo que había ocurrido en tres ocasiones; pero siempre se supo en qué comisaría se hallaba, nunca había permanecido más de una semana detenido y solo una vez regresó a su casa con el rastro de puñetazos en la cara. Su militancia en la Democracia Cristiana le había salvado de ser tachado de comunista y, por tanto, de correr peor suerte. A principios de 1973, su gremio denunció que los materiales para la ampliación de varias escuelas públicas habían sido desviados para la construcción de las residencias de tres altos oficiales del Ejército. Uno de ellos era el coronel Rafael Arriaga. A continuación, en abril, los maestros iniciaron una huelga exigiendo el incremento de sus salarios y en los meses siguientes concitaron un gran respaldo de la población.

La madrugada del 26 de junio, cuatro hombres armados vestidos de civil irrumpieron en la casa de Gaspar. Tenían la orden de no salir de allí con las manos vacías. La víspera, él había tenido que viajar de urgencia a Chichicastenango. A su esposa la ataron a una silla y le dijeron que cuando su marido volviera le transmitiera el saludo de la Mano Blanca. Con ellos se llevaron a su hija menor.

En 1965, Raquel Gaspar había ingresado a la Universidad de San Carlos para cursar la carrera de Historia. Mi padre había sido su profesor en una asignatura introductoria. Como pertenecía a un grupo académico dos años

menor que el de Abilio, Pablo, Carlos y Coralia, nunca compartió clases con ellos. Sin embargo, habían coincidido en los foros sobre Sociedad y Política que dos veces al mes dirigían mi padre y otros jóvenes colegas. Nada de aquello debía recordar mientras la conducían a un lugar incierto maniatada y amordazada dentro de un maletero. El auto no había dado muchas vueltas antes de parar; imaginó entonces que la confinarían en la celda de algún cuartel militar; pero durante un tiempo que le había parecido interminable, nadie la sacó del maletero. Afuera llovía. De repente, escuchó que todas las puertas del auto se abrieron y se volvieron a cerrar para iniciar un nuevo trayecto. Transcurrido un tiempo, se dio cuenta de que empezaban a circular por una carretera sin asfaltar. Fue un recorrido prolongado. Cuando el auto se detuvo, pensó que había llegado su hora. Ya no se quiso engañar. Se hallaba muy lejos de la ciudad y era la Mano Blanca la que la había secuestrado. Solo esperaba que no la torturasen y ojalá se limitaran a pegarle un tiro. Pero nadie terminaba de abrir el maletero. Dos hombres se saludaron efusivamente y escuchó que uno de ellos ordenaba a un tercero que los alcanzara caminando porque el auto estaba lleno.

De este modo conoció el galpón de Lester y comprobó algo que era vox populi aunque hasta aquel día a ella le había parecido una exageración: que varios finqueros no solo financiaban a los escuadrones de la muerte de la Policía y el Ejército a cambio de que les resolvieran problemas con adversarios políticos y empleados rebeldes, sino que algunos prestaban sus instalaciones de castigo para que los paramilitares aplicaran sus tareas de contrainsurgencia. Cuando la sacaron del maletero observó a dos hombres mayores que bajo sus paraguas se hallaban de pie a la puerta de una instalación de cemento sin pintar; uno lucía varias insignias en su uniforme militar, el otro estaba vestido de civil. Los dos la observaron de la cabeza a

los pies, se codearon, y a continuación el militar ordenó a sus subalternos que la metieran dentro del galpón y fueran preparando la «Fase 1».

Aunque él no la conociera, a Estuardo Lester ella sí lo había reconocido: era una figura recurrente en las crónicas sociales de los periódicos y revistas guatemaltecas. No sabía quién podía ser el militar; pero mientras los cuatro subalternos de civil iban preparando a su costado la «Fase 1», escuchó que afuera uno de los hombres llamaba mi estimado Arriaga al otro y le decía que siempre era un gusto echarle una mano, salvo que esta vez tendría que ser rápido, o bien podían dejarla encerrada hasta que pasaran los festejos. Dedujo que el militar apellidaba Arriaga y que lo que quiera que le fuera a ocurrir dependía de la duración de unos festejos. Por el colchón que extrajeron de una bolsa y estiraron al costado de su silla, pudo prever qué podía significar «Fase 1». Rompió en llanto. Cuando la ingresaron al galpón, el militar le tomó el rostro y le preguntó por qué estaba llorando; antes de que ella pronunciara algún sonido, él añadió que debería sentirse afortunada de que le tocara primero con la alta jerarquía.

—¿Por qué me estás contando estos detalles? —le pregunté a Abilio, bastante tenso.

De nuevo me invadía la vergüenza por haberlo empujado a relatarme una historia tan violenta para su intimidad. Cada uno de nosotros estaba bebiendo una pinta de cerveza; yo temía que al día siguiente él se arrepintiera de lo que me estaba contando.

—Ariel, por todo lo que tú me has dicho, lo que yo veo venir es que vas a terminar escribiendo algo sobre Guatemala. Si ha de ser así, es importante que ofrezcas información de primea mano; esto no solo es bueno para ti, lo será también para mi mujer y para mí, que como mucha gente que ha sobrevivido a esa historia, por vergüenza, por temor, o por no darse de bruces

con la impunidad, nunca ha acudido a los tribunales ni a las comisiones de la verdad.

—¿Y si no escribo nada de nada al respecto? —pregunté.

—Allá tú.

De un sorbo acabé mi pinta y volví a hablar:

—Creo que no me atrevería a escribir sobre esto, no tengo ninguna experiencia, solo he escrito artículos médicos. Yo no soy de letras, Abilio. ¿Por qué no lo escribes tú? Eres un testigo de primera mano.

—Porque aunque ni tú, ni tus hermanos, ni tampoco mis hijos hayan vivido nunca en Guatemala, esa es una historia que también les toca, es algo que también les compete, y ya basta de que vivan haciéndose a un lado para no enfrentarse al mundo tal como es: con sus sombras y con todas las luces que hemos dejado olvidadas en las cavernas.

Llamó al camarero y pidió dos pintas más.

—Perdóname, Ariel, no te he preguntado si quieres beber otra —señaló.

Asentí. Él añadió:

—Quizás actúo de esta manera porque me nace tratarte con la misma confianza con la que tu padre y yo nos tratábamos.

Viejo embaucador. Supongo que me dijo aquello con sinceridad, pero el efecto de sus palabras logró que yo cediera a lo que él estaba deseando de mí:

—Está bien, Abilio, voy a tratar de darle una forma escrita a estas historias.

Me miró a los ojos con satisfacción. Luego se sumió en el silencio. Cuando el camarero depositó las pintas sobre nuestra mesa, volvió a hablar:

—Debo seguir contándote todo con detalles, para que puedas comprender bien lo que pasó —me anunció con la voz sombría—. Nada más te voy a agradecer que cuando escribas esa historia, a mi mujer y a mí nos pongas

otros nombres. Y ojalá escojas algo original, ¿eh? —añadió, esforzando una sonrisa.

Yo lo miré a los ojos, no dejaba de sentirme abrumado. Hoy sigo abrumado.

Durante largo rato, bajo sus paraguas, esos libertadores de Guatemala habían discutido socarronamente quién aplicaría primero la «Fase 1». Ambos intentaban mostrarse caballerosos el uno con el otro: Lester opinó que como la presa le pertenecía a su «estimado amigo», lo propio era que él inaugurase la sesión; Arriaga respondió que, como el favor que le estaba haciendo lo había puesto en apremios, lo correcto era cederle ese gusto al dueño de casa. En ese momento, con los cabellos y hombros mojados, apareció otro hombre que saludó a Arriaga y a los demás con leves gestos de cabeza.

—¿Qué nos recomiendas, Tacho? —le consultó Lester al recién llegado—. Aquí mi amigo y yo no conseguimos decidir quién inaugura a esta mujer.

Aquel hombre fijó los ojos en Raquel. ¿Qué vería en ella ese mediodía? Mientras escuchaba cómo el coronel y el finquero discutían quién la violaría primero, ella había estado rezando cabizbaja, mirando de reojo cómo afuera la hierba seguía absorbiendo la lluvia desatada desde la noche anterior, anhelando que ojalá le quitaran la mordaza para suplicar clemencia. De repente, al cruzar la mirada con ese Tacho, perdió la esperanza, y aunque bajara los ojos, siguió percibiendo cómo él la perforaba. Por su cabeza empezaron a pasar todas las pequeñas y grandes faltas que había cometido en su vida; asumió que solo una pecadora podría hallarse en el lugar donde se encontraba. Su llanto se descontroló.

—Ya, pues, Tacho, di algo, estamos impacientes —había señalado Arriaga.

—Déjalo, Rafael —intervino Lester—. Él sabe lo que hace. Contempla este momento y ordena a tus muchachos que aprendan de mi Tacho.

A través de su mordaza, Raquel empezó a pedir perdón, perdón, perdón, perdón... Fuera de ella estallaron carcajadas; cuando se estaban apagando, Lester pidió más:

—Continúa, Tacho, continúa —ordenó, se acercó a Raquel y le retiró la mordaza—. Para que la escuchemos bien —informó a los demás.

Aquel hombre siguió atravesándola con la mirada. Sobre la silla, el cuerpo entero de la cautiva empezó a estremecerse; de sus labios manaban aullidos y palabras completas que clamaban perdón, yo tengo la culpa, soy culpable, he pecado, no soy una buena persona.

De nuevo estallaron las carcajadas.

Raquel se desmayó. Cuando volvió en sí, tenía enfrente a Lester sujetando su barbilla.

—Buen trabajo, Tacho —felicitaba Arriaga unos pasos más allá, y dirigiéndose a sus subalternos, agregó—: Si alguno de ustedes aprende a mirar así, prometo ascenso inmediato.

Estuardo Lester debió haberse sentido muy orgulloso de su fiera y seguramente quería impresionar todavía más a sus invitados; por ello, cuando Arriaga recordó que ya era hora de que Tacho sugiriera quién inauguraría a la pecadora, lo contravino con otra propuesta:

—Espera; deja que le enseñe los zapatos y verás que solícita se va a poner.

Su nombre completo era Mario Anastasio Fabián Morales Sandoval. Pero ese no era su nombre verdadero, al menos no el que aparece registrado en la parroquia de Ichimula, donde lo bautizaron en 1940, cuando tenía diez meses de edad. Fue el primer hijo de una costurera de veinte años llamada Eduviges Chej Malpartida con Alfredo Morales Cerezo, de treintaiocho años, quien figuraba como capataz de El Amanecer (que por entonces se llamaba La Ciénaga). Este no estuvo presente en la ceremonia bautismal en la que un zapatero de nombre Eladio Argueta y su esposa ejercieron de padrinos.

En los años previos a 1973, pero sobre todo en los posteriores, Abilio se encargó de rastrear el origen de Fabián Chej con la intención de comprender quién fue y cómo ese niño nacido una mañana de octubre de 1939 pudo transformarse en un habitante de las penumbras. Tal vez no exista ninguna explicación suficientemente racional para ese giro; sin embargo, en el recorrido que terminó convirtiéndolo en Mario Anastasio Fabián Morales Sandoval, se puede encontrar una síntesis del drama nacional guatemalteco; eso sí, aderezada con grandes dosis de ese fenómeno más universal que es el arribismo.

Nada consiguió averiguar Abilio del tipo de relación que pudieron mantener Alfredo Morales y Eduviges Chej antes de 1940; ella no era una sierva ni sirvienta de la finca de los Lester, lo que hubiera hecho sencillo suponer que Fabián Chej fue fruto de una violación del capataz, o incluso del mismo Estuardo Lester, a quien Morales habría prestado su nombre en numerosas ocasiones a fin de evitarle reprimendas del cura. En efecto, en los

registros que Abilio revisó en Ichimula y otra parroquia aledaña anteriores a 1940 —año en que Lester se casó con su primera esposa—, encontró cinco partidas de bautizo donde las madres, todas menores de veinte años, cuatro de ellas siervas de La Ciénaga (de la quinta solo se menciona que es vecina de Coatzán), habían señalado el nombre de Estuardo Lester como padre de sus hijos. De lo que pasó con dos de esos niños en los años posteriores nada se sabe; es posible que sus madres no pudieran ocuparse de registrarlos ante las autoridades civiles, o que muriesen por desnutrición, gripe o cualquiera de las enfermedades que por entonces arrasaban con los menores de cinco años. En el caso de los otros tres, Abilio descubrió que por los mismos días de su bautizo, sus madres también los habían inscrito en los registros civiles; pero como estos requerían la presencia o la autorización del padre para certificarlo como tal, uno recibió los apellidos maternos, a otro lo debió adoptar un campesino de la misma comunidad de su madre, y el nacido de la vecina de Coatzán fue reconocido por Alfredo Morales.

Así pues, nada más empezar el rastreo por los orígenes del pequeño Fabián, uno se encuentra con un mapa retorcido de relaciones de poder en la que la violación, o si se quiere «la prestación de servicios sexuales» de las subalternas a sus patrones es la norma, no la excepción; donde una vez disfrutado el derecho de pernada, toma lugar la negación del fruto resultante; y donde se evidencian las relaciones de favores y contraprestaciones que mayordomos y capataces de las fincas mantenían con sus patrones. Porque si las partidas bautismales registran a Estuardo Lester como padre de cinco niños antes de 1940, es decir, antes de que cumpliera 24 años; por esos mismos años su capataz está señalado como padre de nueve niños: cinco de ellos concebidos por cinco siervas distintas de la finca, un sexto fue Fabián Chej y tres era hijos de una tamalera del pueblo de Coatzán. De esos nueve, a los tres últimos fue a los únicos que reconoció en el registro civil. Morales,

sin embargo, nunca se casó con esa mujer ni con otra alguna. Puesto que muchos finqueros preferían que sus mayordomos y capataces les sirvieran a tiempo completo y sin las molestias de mantener a sus familias dentro de sus propiedades; la contraprestación sexual a ese esfuerzo lo pagaban las indígenas que cuidaban las tierras y los rebaños de la finca, o en su caso, las que atendían la casa y la cocina. A partir de los años sesenta, en propiedades como la de Estuardo Lester, los mayordomos y capataces también pudieron disfrutar de las enemigas políticas a las que su patrón hubiera apresado.

Es probable que Morales siguiera procreando hijos con siervas de El Amanecer en años posteriores a 1940; pero Abilio ya no le rastreó esa pista. Sí se informó de que en 1943 y en 1946 reconoció a otro niño y a otra niña de la tamalera de Coatzán. Esa sería su familia. Una relación distinta debió de establecer con Eduviges Chej. Sin descartar por completo la posibilidad de que él la hubiera violado, o que lo hubiera hecho su patrón, lo más plausible es que utilizando sus portes de capataz la hubiera seducido y luego se negara a reconocer a su hijo en los registros civiles. Sin embargo, lo reconocería dieciséis años más tarde.

—Lo que no entiendo es por qué demoró tanto —comentó Abilio.

—Quizás todo fue culpa de la tamalera.

Yo había comentado esto en broma; pero al escucharme, a Abilio se le abrió la boca como si estuviera viendo pasar ante sus ojos a esa mismísima tamalera, con su mortero de piedra bajo el brazo.

—¡Sí, sí, eso es! ¡Eso es! —exclamó.

A fines de 1943, cuando Fabián Chej tiene cuatro años, su madre le da un hermano; en 1945, una hermana; y otros siete en los quince años siguientes. En todos esos casos, el padre es el zapatero que fuera su padrino de bautizo en 1940. Eladio Argueta había enviudado en 1941, quedando a cargo de tres niños; es de suponer que recurriría a su comadre para que lo ayudara a

consolar a sus hijos y al final para que lo consolara también a él. En medio de la numerosa familia que lo rodeó de repente, Fabián era el único sin padre oficial. Por culpa de la tamalera. Eso es lo que a Abilio le terminó resultando obvio ayer por la tarde.

Esa mujer debía de ser la única en el mundo a la que Alfredo Morales temía; más que especular en lo fuertes que debieron ser los brazos y puños de quien se ha pasado la vida moliendo maíz y amasando tamales, había que retomar los datos concretos oficialmente registrados: la única ficha policial en la que Alfredo Morales aparece como víctima es de 1938; en ella, exhibiendo como prueba un hombro dislocado y graves contusiones en la cabeza, denuncia haber sido atacado con un mortero de piedra por Valenciana Toma; no menciona en ningún momento que es la madre de sus hijos y al día siguiente retira la denuncia. No se trata de ningún hecho anecdótico, porque esa denuncia, y por tanto el ataque, ocurrió pocos días después de que Morales reconociera en los registros civiles al hijo de otra vecina de Coatzán. No le debió valer a la tamalera el argumento de que en realidad aquel era hijo de su joven patrón a quien él tuvo que salvar de un escándalo. El caso es que la advertencia de Valenciana Toma estaba dada. Y Morales quedó lo suficientemente enterado como para no atreverse a reconocer a ningún otro retoño que naciera fuera su familia de Coatzán. En esta línea, si a Morales no le rajaron la cabeza en 1955, cuando por fin registró a Fabián Chej como hijo suyo, no fue porque la tamalera hubiera perdido ímpetus, sino porque desapareció del mapa. No hay que alarmarse, como me ocurrió a mí cuando Abilio recordó este hecho; en su caso no fue por que «alguien» la hubiera desaparecido; ella decidió marcharse del pueblo por cuenta propia, llevándose a sus hijos. La única propiedad que Alfredo Morales había comprado en su vida era una casa de dos plantas próxima a la plaza de Coatzán. La había

adquirido en 1943 y la había traspasado a nombre de Valenciana Toma en 1946. Ella la vendió a terceros en 1955 y después se marchó.

Abilio recordaba haber conocido esa casa de niño, así como a la tamalera y a sus hijos. Muchas veces, de camino a la finca de sus padres, o de regreso a la ciudad, se detenían en Coatzán para comprar tamales del pequeño comercio que ella regentaba en la primera planta de la vivienda. Hasta que de manera repentina el local pasó a convertirse en cantina y a esa familia no la volvió a ver. Sin embargo, en 1963, había reconocido a dos de los hijos de la tamalera en los claustros de la universidad, e incluso una vez intercambió el saludo con la menor de todos ellos.

—Esa mujer tenía garra —afirmó Abilio—. Supongo que se marchó de Coatzán para procurar un mejor futuro a sus hijos.

Con su familia lejos, Alfredo Morales debió de haberse sentido solo y ya no era ningún joven. Viviendo tantos años a la sombra de Estuardo Lester, no querría saber nada de los hijos que había procreado con las siervas indígenas y buscó al único que tuvo con una mestiza de Ichimula. O quizás era el único que halló dispuesto a internarse con él en La Ciénaga.

En este punto es necesario un paréntesis: por esa misma época Estuardo Lester cambió el antiquísimo nombre de su finca favorita, La Ciénaga, para convertirla en El Amanecer. Se podría especular copiosamente sobre las razones que motivaron ese cambio; en cualquier caso, durante años mucha gente la siguió llamando por su nombre original. Como reza el dicho: «La mona, aunque vista de seda, mona se queda».

Allí es donde llegó Fabián Chej en 1955, que en esas circunstancias pasó a llamarse Anastasio Fabián Morales Chej. Todavía faltaban varios ingredientes para que el adolescente de 16 años lograra transformarse en un servidor voluntariamente atroz de Estuardo Lester. Debió ser por deferencia a su amo, que al momento de reconocerlo en los registros civiles, su padre le

antepuso el nombre de Anastasio a Fabián. Y es que todos los «dueños del país» admiraban al general que desde 1934 regía con mano dura los destinos de la vecina Nicaragua; además, se sentían en deuda con él: Anastasio Somoza García, para sus íntimos Tacho, había prestado su territorio para que la CIA entrenara a los mercenarios que en 1954 ingresaron a Guatemala para derrocar al gobierno de Arbenz.

Resulta un misterio saber cómo empezaron los primeros entrenamientos de Anastasio Fabián en La Ciénaga (El Amanecer). Suposiciones se pueden hacer muchas. Hay la posibilidad que desde niño exhibiera dotes, tendencias o inclinaciones poco afines con el altruismo y la concordia. Aunque no existe ninguna prueba fehaciente al respecto, en 1957, es el propio Abilio quien en sus visitas y juegos con las hijas de Estuardo Lester, observa la firmeza con la que sostiene el zurriago ante los peones que están trabajando las tierras de su patrón. En 1959, el joven capataz está por cumplir veinte años y dos testigos lo recuerdan tomando parte activa en una acción intimidatoria contra los dirigentes de una aldea de Coatzán, cuyas chozas fueron quemadas. Lo que es seguro es que su gran oportunidad llegó en los años sesenta, periodo en que la lucha contrainsurgente da lugar a la organización de escuadrones de la muerte.

Cuando en marzo de 1966 mi padre y sus dos alumnos fueron arrojados a las tinieblas, la Mano Blanca recién estaba estrenando operaciones; aun así, en los tres días que padecieron bajo sus garras, Anastasio Fabián ya era un torturador experto y se había añadido un nombre y otro apellido. Las averiguaciones de Abilio confirmaron este hecho. Seguro los llevaba deseando desde hacía mucho tiempo, pero fue en enero de 1966 que el registro civil se los asignó oficialmente. Con él mató dos pájaros de un tiro, o quizás sea más pertinente decir que mató a un pájaro incómodo y se coronó con otro. Con qué se corona cada quien, es algo muy subjetivo, claro.

Mario Anastasio Fabián Morales Sandoval. Se añadió un nombre y abandonó para siempre el apellido indígena de su madre: ese es el pájaro que mató. Su coronación la buscó imprimiendo en su lugar el de alguien a quien admiraría como a un coloso. Mario Sandoval Alarcón, fundador del poderoso Movimiento de Liberación Nacional (MLN); su vehemencia anticomunista le había llevado a coordinar numerosas acciones de sabotaje contra los gobiernos de Juan José Arévalo y Jacobo Arbenz mucho antes de que el segundo decretase la reforma agraria. Tras el golpe de 1954, su partido se fortaleció. No obstante, a principios de los años sesenta, a pesar de que cualquier partido y sindicato que pudiera rememorar una cosa llamada democracia pluralista estaba prohibido, a pesar de que la mayoría de protestas de la población se daba contra la corrupción y no por la revolución, Sandoval Alarcón seguía obsesionado con el «fantasma que recorre el mundo». Lo veía hasta en su sombra, y lo oíría palpar tan cerca, que creyó necesario crear un engendro muy particular. En 1967, él lo explicaría así: «Nosotros, los de la Liberación, somos el grupo de vanguardia que principió el terror. El Ejército estaba desmoralizado por las guerrillas el año pasado hasta que organizamos la Mano Blanca».

Para 1968, cuando prendieron a Rogelia Cruz, la Mano Blanca, la Nueva Organización Anticomunista (NOA), el Ejército Secreto Anticomunista (ESA) y sus congéneres ya se habían entrenado profusamente en el fondo de las tinieblas. Desde allí volvieron una y otra vez, cada vez más siniestros, cada vez más impunes, cada vez más ansiosos por arañar el sol, las estrellas. En julio de 1971 arañaron a Coralia. Y continuaron multiplicándose, ramificándose en una variopinta cantidad de escuadrones, todos anticomunistas, todos liberadores de Guatemala, todos defensores de la civilización cristiana. Asumieron como deber compartir sus experimentos con el grueso del Ejército y la Policía, asesinando a los militares que se les

opusieran. Al comenzar la década de los ochenta, las estrellas desgarradas ya eran millares. En 1980 arremetieron contra Alaíde Foppa, Irma Flaquer, Juana Tum Kótoja'... No contentos con extender el terror dentro de Guatemala, exportaron sus experiencias a países lejanos y en especial a los vecinos; de hecho, Mario Sandoval Alarcón está señalado como uno de los promotores de la creación de otra Mano Blanca en El Salvador, sobre la que recaen los crímenes políticos más terribles cometidos en ese país, incluyendo el asesinato de Monseñor Oscar Arnulfo Romero durante la celebración de una misa.

Inconmensurable terror planificado, justificado por sus creadores sin reparos. ¿Cuál era el fantasma que en verdad atribulaba a los inspiradores de esas Manos Blancas? Si los galpones y mazmorras donde encerraban a sus enemigos eran tan oscuros, ¿por qué esa obsesión por imprimir en sus títulos la palabra blanca, clara, blanca, libertadora, blanca, amanecer, blanca, alba, blanca? ¿Cuál era el fantasma al que tanto temían? ¿Sería un espejo?

Mario Anastasio Fabián Morales Sandoval quiso hallarse en el espejo su creador.

Tacho obedeció sobre la marcha. En cuanto Lester le hizo una seña, tomó a Raquel Gaspar por los cabellos. Casi elevándola por encima del suelo, la condujo hasta un extremo del galpón. Entonces ella escuchó su voz por primera vez.

—Mirá —había ordenado.

Raquel no conseguía levantar la vista del suelo; le aterrorizaba la posibilidad de volver a cruzarla con aquel hombre. Él le tiró atrás la cabeza, con tanta fuerza, que tuvo que fijar los ojos en lo que colgaba de esa pared. La única fuente de ventilación del galpón eran dos ventanucos elevados en los extremos laterales que no debían tener más de 40 centímetros de ancho y largo cada uno. Durante la noche todo debía ser oscuridad; pero durante el día, a pesar de la reja que lo recubría por fuera, el ventanuco de la derecha permitía el ingreso de suficiente luz como para que un cautivo pudiera distinguir que esa pared estaba ocupada por escarpas de las que colgaban soguillas, sandalias campesinas, pantuflas, zapatos; masculinos y femeninos, de diferentes tamaños, todos usados.

—¿Te habés fijado bien? —inquirió Tacho.

No era necesario que nadie le explicara a Raquel quiénes pudieron ser los dueños de esos zapatos. Ella no recuerda si asintió; lo que no pudo olvidar es que señaló con un dedo las soguillas que atadas por un nudo también colgaban de la pared.

Desde atrás, Lester había respondido. Correspondían a los indios descalzos que habían pasado por allí. Al oír la voz de su amo, Mario

Anastasio Fabián Morales Sandoval había girado la cabeza a la izquierda. En ese instante, Raquel observó el extraño lunar que tenía bajo su oreja derecha. Le pareció un signo de interrogación sin el punto; pero signo de interrogación al fin y al cabo. Cuando él le volvió a poner los ojos encima, se debió encontrar con su mirada desconcertada. Quizás vio algo más; o tal vez en sus ojos ya no distinguió espanto. El caso es que le lanzó un escupitajo.

—¿Qué pasa, Tacho? —había reclamado Lester, recordándole que en la «Fase 1» a él le gustaba que las mujeres estuvieran limpias.

Luego ordenó a otro subalterno que trajera un cubo de agua. Cuando este regresó, el mismo Lester limpió el rostro de Raquel con un pañuelo y le permitió beber unos sorbos de agua. Concluida esa acción, le anunció a Arriaga que ya no lo haría esperar. Entonces solicitó a Tacho, o Masa, o Fabián Chej, o Anastasio Fabián Morales Chej, o Mario Anastasio Fabián Morales Sandoval, que sugiriese de una vez cuál de los dos jefes allí presentes debería inaugurar a Raquel.

—Rífenla —esa fue su propuesta. Extrajo una moneda de su bolsillo y la alcanzó a su patrón.

A Estuardo Lester le entusiasmó la idea. Tomó la moneda y se quedó contemplándola por sus dos lados. Era una moneda oxidada, de escaso valor, en ella se había desfigurado el perfil del quetzal que algún mandatario guatemalteco intentó erigir como símbolo nacional en cobre y plomo. Aunque Raquel fijara en ella su mirada inundada de lágrimas, esa moneda no reflejaba nada; no podía extenderle alas, ni siquiera una pluma. Mientras el coronel elegía cara o sello, Lester ordenó a su Tacho que alistara a Raquel. Él obedeció con furia: la arrojó sobre el colchón y a punta de tirones la despojó de su ropa, rugiendo como si se estuviera enfrentando a un ejército. Lester le pidió que se calmara y le recordó que él también tendría su turno.

Los zapatos de Raquel aquel hombre los colgó de unas ganzúas que pendían a la altura del colchón.

Salió sello. La moneda fue favorable a Arriaga, quien antes de violar a Raquel, le explicó que su vida estaba en la misma situación que sus zapatos: si se comportaba bien, tenía posibilidades de sobrevivir; si no, cuando se cansaran de ella la borrarían de la faz de la tierra y sus zapatos quedarían para siempre colgados en el galpón.

Raquel cree que fue la soberbia de Lester la que le permitió escapar de la muerte. Él también la había violado y golpeado aquella tarde; pero cuando concluyó su turno, pidió a sus invitados que se retirasen, señalando que su familia no demoraría en llegar de la ciudad para los festejos del día siguiente y no quería que sus hijas sospecharan algo si se cruzaban con su aparatoso auto saliendo de la ruta del galpón.

—No te preocupes, lo entendemos —había respondido Arriaga.

Como las caras de los subalternos no eran de complacencia, Lester los consoló recordándoles que pasados tres días podrían regresar cuando quisieran, pues aunque él se ausentara, los capataces de la finca sabían que la gente de «Mano» tenía siempre las puertas abiertas. Lester podía haberse dejado llevar por ellos hasta su casa; igualmente, podía haber permitido que su Tacho se quedara con Raquel en el galpón; pero tal parece que quiso darle una lección.

—No sé qué te ha pasado, Tacho —lo amonestó mientras volvía a amordazar a Raquel—, todo estaba saliendo perfecto hasta que te descontrolaste. Ahora vienes conmigo a la casa, tengo varias tareas que darte.

Sentados en el aula universitaria donde se habían citado, ni Abilio, ni Carlos, ni mi padre podían imaginar cuál habría sido la reacción de Estuardo Lester al descubrir la desaparición de su capataz y la cautiva. En cualquier caso, estimaron que la captura intempestiva de Masa les facilitaría la emboscada del Chino, porque así como los grandes jefes celebraban «La liberación de Guatemala» en El Amanecer, los mandos medios y subalternos de la Mano Blanca y otros escuadrones de la muerte festejaban esa efemérides en sus cuarteles; por tanto, era previsible que de madrugada, más tarde o temprano, el Chino regresaría a su casa borracho. Carlos y mi padre lo estarían esperando.

La tarea que le correspondía a Abilio esa noche no se vería modificada. A las seis de la tarde estuvo de vuelta en la finca de sus padres. Se bañó, se vistió de gala y media hora más tarde tomó un aperitivo con ellos mientras hacían tiempo para acudir a la fiesta de su vecino. Hacía ocho años que no asistía a esa celebración. Sus padres se mostraban encantados: en los últimos meses, a través de cartas y el teléfono, Abilio había restablecido una relación muy fluida con ellos, y en las semanas que llevaba de regreso no habían discutido ni una vez por cuestiones políticas. Su padre hizo un brindis para expresar su satisfacción:

—Uno tiene que aceptar la suerte con la que ha nacido y jamás debe permitir que nada lo separe de su familia —había afirmado.

Sus padres se congratulaban de que tras seis años de vida en Inglaterra, Abilio por fin se hubiera dado cuenta de que no era un indio maya y que su

responsabilidad histórica era conservar la herencia de sus antepasados conquistadores. Él había asentido. Poco después, los siguió en su auto rumbo a El Amanecer.

—No fue nada fácil, Ariel, desprenderme de mis raíces familiares — recordaba ayer, treintaiséis años más tarde—. En términos afectivos, mis padres nunca me hicieron faltar gestos de amor cuando era un niño. Pero si analizo su manera de ver a mi país, su recuerdo me produce mucha tristeza; también rechazo, por la enormidad de las ofensas que alentaron e infligieron contra el pueblo maya. Esto es algo que tuve que decirles años después; al fin y al cabo, por esa su manera de ser rehusaron asistir a mi boda. No soportaban la idea de que me hubiera casado con la hija de un pobre maestro cuya piel trigueña y cabellos azabache no escondían bien una ascendencia indígena. Les erizaba la piel que su único hijo varón pudiera a darles nietos que no fueran blancos.

Aquella noche de 1973, Abilio tuvo que seguir fingiendo su reconversión, a costa de no arruinar los planes que tenía para liberar Guatemala, o al menos para liberar El Amanecer y garantizar la vida de Raquel.

Las dos hijas mayores de Estuardo Lester habían sido sus compañeras de juegos cuando era niño; esa noche las volvió a ver después de mucho tiempo. Alba, que era dos años menor que él, fue particularmente atenta. Seguía soltera y es probable que su madre la estuviera apremiando para que buscara un novio de su misma condición. También lo saludó con afecto la segunda, Mariluz, quien se había casado el año anterior y estaba embarazada de su primer hijo. Ella le presentó a su marido, un abogado panameño, y también a sus otras dos hermanas, a quienes Abilio no hubiera reconocido, pues eran muy pequeñas cuando él jugaba con Alba y Mariluz.

Mientras conversaba con ellas, recordando las épocas vacacionales en las que jugaban a las escondidas por El Amanecer (por entonces La Ciénaga),

pudo advertir que en ellas seguía latiendo el temor a las almas en pena que de niñas les provocaban pesadillas y las ahuyentaba de adentrarse en las partes más alejadas y boscosas de la finca. Esa era la explicación que sus padres les habían dado respecto a los aullidos lejanos que en ocasiones habían escuchado cerca del bosque de quequexques. A los diez años, Abilio había descubierto que detrás de esas lamentaciones no habitaba ningún ser sobrenatural; pero durante un tiempo más siguió jugando con las hijas de Lester. No les contó lo que sabía ni se atrevió a alentarlas a incursionar en esos terrenos. Dos décadas más tarde, cuando se quedó a solas con Alba, le preguntó si se atrevería a dar un paseo a oscuras con él por ese sector.

—No había planificado en absoluto plantearle algo semejante —me contó Abilio—; es más, era consciente de que si ella accedía, podía alterar seriamente mi plan para esa noche; pero una curiosidad morbosa pudo más que mi sensatez. Algo me impelía a volver al galpón para afirmarme en lo que había hecho esa mañana; para asegurarme de que nadie más yaciera encerrado en esa mazmorra.

Alba rechazó su proposición. Le respondió que ese lugar le despertaba pavor: los mayordomos le habían recomendado que evitara acercarse, pues, al parecer, aquel bosque había sido plantado sobre un antiguo cementerio maya y en fechas recientes ellos mismos habían visto el fantasma de un indio aullando entre sus quequexques. Esa noticia estuvo a punto de reventar la cólera de Abilio. No podía soportar que además de cometer barbaridades en aquel galpón, Lester y sus secuaces inventaran con desparpajo historias mayas para encubrirse. Con ímpetu había desafiado a Alba para que fueran allí y él le demostrase que no había ningún fantasma de tiempos remotos. Por fortuna, ella había vuelto a rechazar su propuesta y le contó que en El Amanecer ese lugar despertaba temor en todos; salvo en Tacho, que incluso tenía su casita en ese sector.

—¿Te acuerdas de Tacho? —le había preguntado a Abilio.

Con estas palabras, Alba le brindó la oportunidad para inquirir por algo que le estaba inquietando desde la mañana.

—Sí, sí me acuerdo —había respondido—. Y por cierto, ¿de qué tareas se encarga ahora?

—Se encargaba, habría que decir; porque esta mañana, justo en una fecha como hoy, el sinvergüenza ha desaparecido. Parece que se ha ido detrás de una mujer.

Abilio quedó asombrado, pero respiró alivio.

Estuardo Lester se hallaba tan confiado en que nadie podría violentar su propiedad un 27 de junio sin antes enfrentarse a tiros con sus capataces, que no podía concebir que alguien se hubiera llevado a su Tacho y a una enemiga recién capturada con el solo auxilio de un tronco de quequexque.

Hasta las nueve de la noche, Abilio se mantuvo al lado de Alba, bailando, conversando, bebiendo champán. Ella le confirmó lo que era vox populi en Antigua y Guatemala: que hacía diez años que sus padres estaban separados aunque compartían la casa de la ciudad para salvar las apariencias. Desde entonces, las hijas disfrutaban las vacaciones en sus fincas del sur o en el extranjero con su madre, mientras Estuardo Lester pasaba gran parte del año en su Ciénaga; ellas solo acudían allí en fechas especiales y nunca se quedaban más de tres días.

—Qué situación tan complicada —había comentado Abilio—. Disculpa la indiscreción, pero ¿cómo se la arreglan tus padres para dormir cuando él va a Guatemala o ella tiene que venir acá?

Alba se había sonrojado; sin embargo, le contó que cuando Estuardo Lester iba a la ciudad dormía en la habitación de huéspedes; y en las ocasiones en que su esposa visitaba El Amanecer, se iba a dormir al cuarto de su hijo muerto.

Abilio solo había entrado una vez allí. Jorge Lester era tres años mayor que él y cinco mayor que Alba. Nunca había participado en sus juegos; solo una vez había dejado que sus hermanas le mostraran su colección de cochecitos antiguos, dispuestos en una estantería que ocupaba una pared de su habitación. Por entonces, a Abilio le apasionaban los cochecitos, pero lo que más le había impresionado de esa habitación era la cantidad ingente de zapatos deportivos y urbanos que Lester hijo tenía en una estantería que ocupaba otra extensa pared.

—La casa está idéntica a como yo la recordaba. No parece que nada hubiera cambiado desde la última vez que vine —cambió de tema Abilio de manera interesada.

—Mi papá trata de que aquí todo se mantenga como cuando Jorge vivía.

—¿No han cambiado nada de nada?

—No, todo está igual, incluso los adornos de la sala y de nuestras habitaciones. A veces nos deja aumentar alguna cosa nueva; pero le pone muy nervioso que retiremos las antiguas.

—¿Y qué harías tú con esta finca si te tocara en herencia? —le había preguntado Abilio poco antes de alejarse.

—Si me caso y tengo hijos, creo que vendría nada más en vacaciones y contrataría a un administrador para que se encargue de ella. Si me quedara soltera, creo que me instalaría acá. Pero lo cambiaría todo...

Abilio ya no quiso extender más la conversación; le apenaba desear que Alba no se casara nunca con tal de que El Amanecer dejara de funcionar como campo de tortura y empezaba a sentirse incómodo por estar engañando a una mujer cuyo padre él estaba a punto de desaparecer. Además, a pocos metros sus padres habían iniciado una conversación con otro hombre al que también le hubiera gustado borrar del mapa. Se alejó de Alba y fue a sentarse al lado de un coronel del Ejército.

Rafael Arriaga había acudido a la fiesta con su esposa. Al darle la mano, Abilio se había estremecido ante el roce de su anillo de oro, cuyo rubí sexagonal había magullado un pómulo de Raquel. En ese momento, la charla de los Arriaga y sus padres versaba sobre otros rostros; los que se coreaban como favoritos para la elección de la próxima Miss Guatemala. Dos de esas jóvenes se hallaban presentes en esa fiesta: una de ellas era la hija menor de Estuardo Lester y la otra era sobrina de Carlos Arana Osorio —el carnicero de Zacapa—, a la sazón presidente del Gobierno.

—¡Ay, las damiselas!, son las únicas que de verdad nos enfrentan a militares y civiles en este país —había comentado Arriaga.

—¿Se refiere a las que están libres? ¿O también a las cautivas? —había preguntado impulsivamente Abilio. Si no fuera porque su madre le dio un codazo, hubiera seguido delatándose.

—No entiendo a qué se refiere —había respondido el militar con la voz desafiante.

Abilio tuvo que improvisar un largo entramado de palabras hasta devolver la conversación de sus padres y los Arriaga al curso que antes tenía. Así pues, ellos prosiguieron charlando sobre las virtudes y defectillos de las favoritas a ocupar el trono de Miss Guatemala al año siguiente, mientras Abilio asentía, sonreía y observaba el movimiento de las manos de aquel coronel. Se preguntaba qué tipo de jabones utilizaría para presentarse en su casa tras haber torturado. La piel de sus manos era bastante agrietada, lo que podía denotar un esfuerzo grande en restregárselas con jaboncillos baratos (probablemente en el cuartel no se daban lujos con los productos higiénicos); también podía denotar su afición para atar, desatar y volver a atar sogas sobre la piel de sus prisioneros. Sin embargo, sus gruesas uñas no lucían muy limpias, lo que evidenciaba a un hombre ansioso para cavar en el fondo de las tinieblas, pero poco paciente para deshacerse de las huellas; o acaso fuera que

conservar algo de esa mugre le proporcionaba seguridad, placer. Ciertamente, al hablar, Arriaga gesticulaba de tal manera, que el rubí de su anillo brillaba y se desvanecía como una triste y ensangrentada estrella fugaz.

A las diez, la orquesta que estaba amenizando la fiesta acalló su música y Estuardo Lester tomó el micro para dar las gracias al cielo de Guatemala porque esa noche de 27 de junio, al igual que el año pasado y el anteaño, volvía a ofrecerse despejado para recibir el espectáculo de fuegos artificiales. Abilio aprovechó ese momento para despedirse de aquel grupo y acercarse a unos amigos que se hallaban más cerca de la casa que del jardín. Las figuras centellantes de cometas, aspas de molino, panderetas y dragones empezaron a iluminar en colores la noche. Todos los invitados enfocaron la atención en el espectáculo. Abilio entró en la casa y después de dieciséis años recorrió sus ambientes más íntimos.

Afuera, alguien que había estado escondido en su auto se acomodó en el asiento del conductor y se marchó de la fiesta.

Los fuegos artificiales ejercían un efecto cautivador sobre Alicia y Alejandro Arangüena; no prestaron atención cuando a lo lejos el auto de su hijo encendió motores y se marchó. Además, estaban advertidos de que se retiraría temprano para acudir a otra fiesta que amigos suyos de la universidad habían organizado en la ciudad. No había, pues, demasiada falsedad en lo que les había dicho: hacia allá se dirigía mi padre, conduciendo aquel auto para conmemorar de otra manera el 27 de junio.

A medianoche, Carlos consideró que todos los vecinos del zaguán donde vivía el Chino ya estarían resguardados en sus casas. Entonces procedió a abrir la reja de ese pequeño vecindario. Así como la fortuna había permitido una noche despejada para los fuegos artificiales de Estuardo Lester; también liberó a Carlos de una lluvia que le hubiera entumecido los huesos mientras lo aguardaba acucillado tras un seto. Poco antes de la una de la madrugada, un auto aparcó cerca. Al escuchar que la persona que bajaba empezaba a silbar la ranchera Adelita, pudo estirar las piernas para abrir la puerta a mi padre. Durante las dos horas siguientes, en silencio, cada cual tras su seto, esperaron atentos su reencuentro con el Chino.

Tres eventualidades podían haber truncado aquel plan. La primera era que repentinamente el Chino se hubiera vuelto abstemio y esa noche regresara a su casa con los sentidos intactos, cosa que Carlos daba por improbable dado que había constatado que hasta hacía dos días se mantenía como parroquiano asiduo de una cantina próxima a su cuartel, la misma que para esa noche tenía programado un espectáculo con «morenas hondureñas». La segunda resultaba

más riesgosa: era la posibilidad de que regresara acompañado por colegas de Mano Blanca para proseguir la celebración en su casa aunque allí habitaran su esposa y sus tres hijos pequeños (durante el seguimiento que Carlos le había hecho, eso había ocurrido una vez). La tercera era que el Chino festejara tanto la liberación de Guatemala, que no se le diera por retornar a su casa hasta la mañana.

Cuatro días atrás, Pedro Ixil les había hablado de las estrellas y aquella noche el cielo despejado les alentaba a creer que lograrían su objetivo. Hacia las tres de la madrugada, el Chino atravesó el zaguán de su vecindario. Tambaleándose, estaba por abrir la puerta de su casa cuando alguien le apuntó con un arma mientras otra persona lo atrapaba por el cuello y lo adormecía con un paño bañado en formol. Como si fueran colegas de borrachera, se lo llevaron de brazos hasta la calle y lo metieron en el asiento trasero del auto de Abilio. Allí ataron sus pies, lo esposaron y lo amordazaron.

Aunque las estrellas también le estuvieran siendo propicias, la tarea de Abilio era más compleja. Tras haber recorrido todas las habitaciones de servicio de la primera planta y las familiares de la segunda, ingresó en la de Jorge Lester. Allí no conocía ningún lugar donde se pudiera camuflar; pero sabía que en esa casa antigua todas las habitaciones familiares tenían paredes falsas disimuladas por roperos y estanterías. Al encender la linterna que llevaba en un bolsillo, se sintió abrumado al descubrir que la estantería de zapatos estaba abigarrada: allí estarían todos los pares que Jorge Lester debió haber usado desde que aprendiera a caminar hasta el día en que se suicidó. Abilio sopesó que las soguillas, sandalias y zapatos exhibidos en el galpón de su padre exhalarían miedo, dolor, pobreza; pero en esa habitación, al pasar un dedo sobre uno de los zapatos de Jorge se le heló la sangre, como si hubiera

tocado la piel de un hombre que estuvo muerto desde el principio de los tiempos.

En el otro extremo de la habitación, en la esquina donde convergían la estantería de cochecitos y el ropero, Abilio localizó la puerta secreta. El cubículo que escondía era bastante estrecho. Mientras se acomodaba al fondo, descubrió una caja de zapatos. En su interior encontró a Coralia.

Había centenares de fotografías de Coralia, casi todas tomadas de lejos. Debajo de un estuche de terciopelo, las primeras que contempló la mostraban tal como habría sido en sus últimos meses de vida: lucía delgada y su cabello era más largo que la última vez que la viera en la universidad. Ahí estaba Coralia, paseando por la Sexta Avenida con su marido y su pequeña hija, con el cabello suelto y un vestido ceñido; ahí estaba, saliendo de su trabajo, con un moño en la cabeza y zapatos de tacón, portando un fajo grueso de papeles bajo el brazo; ahí estaba con una coleta, con pantalones vaqueros y mocasines bajos, tomando el autobús sabatino para acudir a Amayel; en muchas más aparecía en diferentes días, con diversas ropas, paseando con su familia, sin darse cuenta del acecho al que estaba siendo sometida, pero quizás intuyéndolo. Ahí está aferrando a su hija en brazos; en otras aparece sonriéndole, haciéndole muecas, tratando de alegrarla: una leona protegiendo a su cría. En esas fotografías, la chiquita debe tener dos años, una edad donde la mirada divaga tratando de entender el significado de colores, formas, movimientos. Al menos hubo un momento en que los ojos de esa niña se fijaron en la cámara que las estaba retratando de lejos; su mirada expresa turbación; quizás es la primera vez que observa la ausencia de color en el vacío.

Más abajo, Abilio descubrió otras fotos de Coralia embarazada, mientras sale de su casa y camina por las calles, casi siempre con el gesto taciturno, volteando a un costado y otro en lugar de fijar la vista adelante; resulta

evidente que en esas fechas sí se sabía acechada. Abilio hubiera querido llevárselas todas, al menos las de su última época feliz; imaginaba que su hija no tendría tantas fotos de Coralia como las que había en esa caja.

Siguió mirando hacia atrás. De repente, se encontró con mi padre, con Carlos Fonseca y Pablo Garmendia. Quedó paralizado, horrorizado. Varias fotos los mostraban juntos, colgados bocabajo, ensangrentados de los pies a la cabeza; otras les habían sido tomadas de forma individual, de cerca. Mi padre creía que aquella noche de marzo de 1966 les habían tomado tres fotografías; Abilio halló más de diez. No quiso detenerse en los detalles que revelaban; siete años después, le quemaban el tacto, como si de nuevo esa pesadilla se estuviera escenificando ante sus ojos y él no pudiera hacer nada para borrarla de la historia ni de la memoria de los hombres que allí yacían colgados. Consternación. Le alivió que afuera la fiesta de Estuardo Lester se prolongara, porque si el dueño de El Amanecer se hubiera recogido para dormir a esas horas, no se hubiera atrevido a emboscarlo.

Hasta las once de la noche de aquel 27 de junio, Abilio había calibrado muchas veces los peligros de su plan; sin embargo, siempre le había latido la seguridad de que podrían llevarlo adelante sin contratiempos graves, y si estos surgían, había confiado en que tendrían la posibilidad de fugar. Desde los diez años había escuchado el grito de los cautivos; la noche anterior había sido testigo inane de una violación; pero nunca había visto con sus propios ojos lo que le podría ocurrir si Estuardo Lester lo reducía esa noche o lo mandaba atrapar después. Empezó a relativizar el valor del coraje y la traición. ¿De qué le serviría cualquiera de esas actitudes si lo colgaban bocabajo y le arrancaban los zapatos para condenarlos al fondo de un galpón? Estaba asustado y empezó a reconsiderar todo lo que había planificado; a fin de cuentas, todavía estaba vivo y afuera una gran fiesta seguía ocupando a la gente; podía, por tanto, retomar el control de su vida; podía salir con disimulo

de aquella habitación y reintegrarse al mundo en el que había nacido, al menos por esa noche, para al día siguiente regresar a la ciudad y ejecutar el plan primigenio con Masa y el Chino. Sin Estuardo Lester.

Lloró de impotencia. No obstante, el tiempo no parecía tener prisa.

Con su linterna, alumbró la pila de fotografías del fondo del cajón. También tomadas de lejos, estas lo transportaron a 1965. En muchas de ellas, Coralia aparecía saliendo y entrando de la universidad, o subiendo y bajando del autobús que cada sábado la conducía a Amayel. También encontró una fotografía que la mostraba sentada en una acera de la plaza del pueblo, rodeada por varias mujeres mayas; todas parecen observar la danza que unos adolescentes están escenificando alrededor de una ruma de piedras. La cabeza de una de ellas había sido marcada con un círculo rojo: se trataba de una anciana que con una mano sujetaba sobre su regazo a un niño de pocos meses y con la otra apretaba la de Coralia. Solo ella y nadie más podía haber sido la partera de Amayel. Mama Ixchel. Sin pensarlo dos veces, se guardó esa foto en la solapa interior de su chaqueta.

Abilio seguía asustado, se sentía acechado. Pero no conseguía levantarse y escapar de aquella habitación. Antes quiso terminar de ver las fotografías que le faltaban. Y entre ellas se encontró. Al fondo de esa caja de zapatos había decena de imágenes de Coralia caminando por los claustros de la universidad; en dos o tres la habían retratado con amigas; muchas más fueron tomadas mientras conversaba o caminaba con compañeros y profesores varones. Allí estaba mi padre, León Cordado; tampoco faltaba Carlos Fonseca, ni Pablo Garmendia, ni el mismísimo anciano profesor de Antropología. Y aunque Abilio nunca había sido un amigo cercano de ella, menos después de la dura discusión política que tuvieron en una clase, también aparecía retratado, probablemente en una de las pocas y breves ocasiones en que se detuvieron a conversar sobre alguna cuestión académica.

Jorge Lester no parecía haber vivido nada que no fuera Coralia. ¿Qué era aquella inmensa y primorosa colección de cochecitos del mundo; qué valía el oro, la plata o el aluminio con que algunos de ellos habían sido aderezados? Nada. ¿Qué aliento podía insuflarle la colección de zapatos que había almacenado desde que era un niño? Quizás si hubiera dado una vuelta al mundo con ellos, o al menos una vuelta profunda por Guatemala, los habría nutrido de vida y se hubiera salvado. Pero se había pegado un tiro dejando la única memoria de vida que conoció en aquel oscuro cuarto secreto.

Abrumado, Abilio deseaba esfumarse. Sin embargo, de nuevo empezaba a crisparle la posibilidad de librar a Lester del juicio al que durante años lo había querido someter. En ese momento recordó el estuche de terciopelo que había apartado a un costado. Su pequeña cerradura estaba sellada; dudó sobre la pertinencia de violentarla o no, dada la eventualidad de que decidiera volver a la fiesta como si nada hubiera ocurrido.

Sacó su navaja y con un forcejeo la cerradura del estuche cedió. Abilio iluminó su interior con la linterna. Al principio no entendió qué era eso. Se fijó bien. Una náusea lo acometió. No podía creer lo que estaba viendo. Se quedó sudando, temblando, derribado tras la falsa pared de la habitación de un hombre que siempre vivió muerto, en la casa de un psicópata que no era ningún enfermo mental, sino tan solo un tirano embriagado de poder que oficiaba de anfitrión en una fiesta donde sus invitados conocían de sus usos y costumbres más sórdidas; sin embargo, jamás hacían ascos a que su mano les rozara la piel; por el contrario, todos anhelaban ser sus mejores amigos.

Estuardo Lester, nacido en la ciudad de Antigua, Guatemala, en 1916; el adicto de poder y servidor de tinieblas que en 1954 tuvo la desfachatez de cambiar el nombre de su guarida para que en lugar de La Ciénaga pasara a llamarse

El Amanecer. En aquel estuche había colocado el último regalo para su hijo.

Le daba igual que estuviera muerto. Le importaba un bledo lo que pudiera haber opinado de aquel regalo. Siempre debió actuar así. Sería él quien desde niño le inyectó su afición por los cochecitos, por los zapatos, por las fotografías truculentas. Consideraría que todo lo que era valioso para él, también debería serlo para su hijo. De qué otra manera se explica que le regalara semejante estuche. Porque a pesar de lo obsesivo y siniestro de sus sentimientos por Coralia, Jorge Lester la había amado y nunca había sido capaz de hacerle daño. Aunque ella le reiterase su temor y su rechazo. Podía haber recurrido a su padre para que le vengara la afrenta, pero había preferido suicidarse. Eso jamás lo iba a entender Estuardo Lester. He ahí las fotografías de ese estuche. He ahí Coralia, o lo que quedó de ella tras pasar una semana en las tinieblas.

Desde 1954, millares de mujeres y hombres guatemaltecos habían perecido de maneras semejantes; pero de todas esas víctimas, Coralia era la única a la que Abilio había conocido. Y él había escuchado sus gritos. Y por creer que era imposible que una mujer que conocía de cerca se hallara en esa situación, se había quedado paralizado. No había hecho nada. Y aquel 27 de junio de 1973 siguió derribado en aquel cubículo, temblando. En ese estuche había más fotografías. Un impulso lo incitaba a ver qué más habría; otro le hablaba de guardar el respeto y recuperar más bien el coraje. Él, un historiador que tantas veces había comentado cuánto daría por viajar en el tiempo con una cámara fotográfica para retratar cómo pudo ser la vida y la muerte en los antiguos tiempos mayas, tenía en sus manos un estuche de fotografías que le podía enseñar cómo era la muerte en la historia guatemalteca reciente. Alumbró una foto más. De nuevo el espanto. ¿Cómo pudo Coralia resistir tanto tiempo, tanta afrenta, tantas heridas? Todavía está viva, agonizante. A su lado, de pie, con una mano apoyada en la cintura y la otra señalando a su presa, Estuardo Lester.

Cerró el estuche. El cuerpo le seguía temblando. Angustia, náusea, frío. Furia. De la caja de zapatos extrajo las fotos de Coralía y su pequeña familia; luego, dudó un momento, pero al final buscó aquella donde él y ella conversan apaciblemente en un pasillo de la universidad y también la guardó en su chaqueta. No quiso demorar más: aunque el papel fotográfico fuera inflamable y el humo del cubículo pudiera escapar a la habitación, extrajo un mechero de su bolsillo y quemó todas las fotografías del estuche. Durante largo rato el fuego iluminó aquel cuarto escondido. Y Abilio se calentó. También tosió y se sofocó. Abrió entonces el cubículo y las ventanas de la habitación. Desde allí contempló la hoguera.

Afuera la fiesta proseguía. Abilio tuvo tiempo para memorizar los pasos que debía dar. Hacia la una de la madrugada, escuchó las voces de Alba y sus hermanas subiendo por las escaleras. Aunque ellas pasaron de largo por el corredor, decidió que ya era tiempo de cerrar las ventanas y esconderse de nuevo. Casi dos horas después, con paso temblante, Estuardo Lester se fue a acostar; no sin antes pasar por el baño para orinar y lavarse las manos y los dientes. Habitado a vivir solo, no tenía la costumbre de cerrar esa puerta. Desde el cubículo, Abilio lo escuchó todo. Le hubiera gustado saber cómo reaccionaría si desde el espejo su sombra le hubiera recomendado que disfrutara largamente de aquel momento, porque donde estaba a punto de ir ya nada le devolvería la sensación de limpieza.

A pesar de la borrachera, Lester todavía dio un par de vueltas por la habitación antes de ponerse el pijama y caer dormido. Abilio estaba decidido: aunque su plan no funcionara, no saldría de esa casa sin haberse llevado por delante al feo durmiente. La cama contaba con varias almohadas; él tenía un revólver, una botella de formol, también unas manos enfurecidas. Salió del cubículo y se quedó observando la silueta de Lester. Había quedado inconsciente, aunque igual roncaba. Cuando Abilio lo alumbró con la linterna, vio que su nariz y sus párpados gesticulaban con fastidio, como si un moscardón estuviera aleteando sobre su rostro. Con suavidad, lo colocó de perfil; Lester no reaccionó. Con más soltura, tiró de sus manos atrás y las esposó.

Abilio estaba asombrado. Por fin comprendía por qué era tan famosa una banda de asaltantes que en los últimos años se había convertido en el azote de los barrios ricos de Antigua y Guatemala. No aplicaban violencia. Al parecer, bastaba con que alguno ingresara a la residencia elegida en un momento del día y rociara «perfume del sueño» en las almohadas de las camas, para que a medianoche sus ocupantes quedasen tan dormidos que se habían dado casos en que antes de que los cacos se marcharan con su botín, habían armado verdaderas jaranas con la música y los tragos de la casa asaltada. El año anterior, Carlos se había interesado por esa banda; recurrió entonces a su hermana, que era estudiante de Farmacia en México y logró elaborar una fórmula potente a la que añadió extractos de floripondio y semillas de adormidera. La puso a prueba consigo mismo y con dos amigos que se ofrecieron de voluntarios. Los efectos resultaron pasmosos.

Una vez que Lester estuvo maniatado y amordazado, Abilio buscó su billetera y su juego de llaves. Luego colocó en una bolsa la ropa que había vestido esa noche. Todo parecía listo; el problema era que no conseguía despertar al dueño de casa. Tras echarle un poco de agua en la cara, logró que abriera los ojos. Cuando lo encañonó con el revólver y le ordenó que se levantara, Estuardo Lester parece haber creído que estaba hundido en una pesadilla: sus ojos pugnaron por cerrarse de nuevo.

Aquello fue más sencillo de lo que Abilio hubiera imaginado. Tirando de la esposas hacia arriba, logró que Lester se pusiera en pie y avanzara hasta la puerta arrastrando los pasos. Así también caminó por el pasillo y descendió las escaleras hasta llegar al garaje posterior de la casa; al famoso garaje de El Amanecer.

Si el hijo coleccionaba lujosos coches en miniatura, el padre coleccionaba automóviles de verdad. Su lema era «Dime cuál es tu auto y te diré quién eres». La suya sería una personalidad voluble, pues casi todos los años se

compraba uno nuevo; lo que no quiere decir que no mantuviera afecto a los que dejaba atrás: los volvía a usar según el humor con el que despertara y nunca se deshacía de ellos, salvo que hubieran sufrido graves estropicios o que con los años se hubieran convertido en modelos populares.

Al encender las luces del garaje, Abilio se encontró con una veintena de autos brillantes e impolutos. Los que estaban cerca de la puerta eran los que más le interesaban: los dos tenían lunas polarizadas. Podía escoger entre un Chevrolet de 1971 y el más flamante Pontiac de 1973. Eligió este último: la oscuridad de sus lunas era más intensa. Le costó empujar a Lester dentro del maletero; empezaba a ofrecer resistencia. En cuanto lo consiguió, derramó abundante somnífero en un pañuelo y se lo colocó sobre la cara. Antes de que hubiera pasado un minuto, Lester había empezado a roncar de nuevo. Sin hacer demasiado ruido, Abilio sacó el auto. En las habitaciones de servicio, mayordomos y sirvientas debían estar reposando un sueño tan profundo como su patrón.

Le faltaba atravesar la última puerta, aquella a cuyo guardián nadie había adormecido. Hasta ese momento no había tenido complicaciones. Recordó el refrán «en la puerta del horno se quemó el pan» y se puso nervioso. Si el portero no le abría las rejas sin rechistar, se vería obligado a bajar las lunas y a cara descubierta decirle que su auto se había estropeado y Lester le había prestado el suyo hasta el día siguiente. Esto podría despertar sospechas, pues era sabido que el dueño de la mejor colección de autos de Guatemala era bastante posesivo con ella. Desde lejos, tocó la bocina con los cuatro toques característicos de Lester, que eran idénticos a los del padre de Abilio. Cuando tuvo al guardián enfrente, de nuevo insistió. Durante algunos segundos, este se quedó detenido, tal vez esperaba una orden verbal adicional; pero Abilio dio otros cuatro fuertes toques a la bocina y las puertas le fueron abiertas sin más pausa.

Al día siguiente, poco después de las seis de la tarde, con la parte trasera de su auto atestada de cajas selladas y libros, Abilio regresó a la finca de sus padres. Llegó a tiempo para cenar con ellos y compartir impresiones sobre la fiesta de la víspera. Su madre se mostraba disgustada porque su vecino estuviera extremando sus cortesías con militares de medio rango.

—Está bien que tenga confianzas con los generales y almirantes de las castas antiguas; pero en los últimos años, va de amiguísimo con un montón de coronelitos y comandantitos de incierto origen, y por su culpa, al final todos nosotros nos vemos obligados a intimar con ellos.

Abilio admite que el clasismo y el racismo de su madre eran tan antológicos, que esos comentarios le hicieron reír.

—Pues yo anoche te vi muy contenta disfrutando de los chistes y apreciaciones del coronel Arriaga —le había respondido con ironía.

—Sí, sí, el hombre tiene su gracia, no nos vamos a engañar; pero su esposa, ¡vaya!, esa mujer es una simplona. ¡Y qué mal gusto para vestir! ¡Yo antes muerta que aparecer en una fiesta con unos zapatos y un vestido como ese!

Abilio la dejó que hablara, hablara y hablara. Le hubiera encantado que Rafael Arriaga pudiera escuchar lo que una dueña de Guatemala opinaba verdaderamente sobre él y su familia; sobre la nueva clase militar que con tanto fervor les servía.

—Pero *m'hijo* —había proseguido—, no pienses que soy una criticona despiadada, ¡no! Sutilmente, conduje nuestra conversación del tema de las mises al de la moda, y me puse a comentar qué combinaciones de ropa quedan muy bien y qué otras son un bochorno. Algo habrá entendido la pobre, supongo. Apostaría a que el próximo año vestirá ropa parecida a la que yo o Marita de Lester lucíamos anoche. ¿Qué te apuesto?

Poco después, alguien dio unos golpecitos en la puerta de la casa y Alejandro Arangüena se levantó para ver qué pasaba. Afuera, en voz baja alguien le transmitió un mensaje. Volvió a la mesa con el rostro preocupado y anunció que al año siguiente nadie iba a celebrar la liberación de Guatemala en la finca vecina:

—Esta tarde han encontrado el auto de Estuardo desbarrancado en el río Pensativo —agregó—. Al parecer se fue de su casa por la madrugada; querría proseguir la fiesta en alguna parte, quién sabe. El hecho es que se fue lejos, y en una curva el sueño o la borrachera, qué se yo, le ha vencido...

Tras expresar largamente su consternación, su esposa los urgió a visitar a la viuda e hijas para darles las condolencias y ver si podían apoyarlas con los trámites del sepelio.

No había cadáver. Eso es lo que le aclaró su marido.

De todas formas, Abilio y sus padres no demoraron en ir a El Amanecer. Allí se encontraron de nuevo con Arriaga. Él no descartaba la posibilidad de que se tratara de un secuestro, o de un ajuste de cuentas de los traidores de la patria. La pregunta que Abilio hubiera querido lanzar con tono mordaz, la pronunció la hija menor de Lester con ingenuidad:

—¿Qué es eso de ajuste cuentas? ¿A quién le ha hecho daño mi papá para que alguien quiera ajustarle cuentas?

Arriaga retomó el asunto del secuestro; pero su imaginación le hacía apuntar a circunstancias extravagantes: señalando que no deseaba ofender a las hijas del desaparecido, comentó que era posible que hubiera querido proseguir la fiesta en alguna cantina de los pueblos del camino a Antigua, o quizás en la misma Antigua o Guatemala, y cualquier desalmado, al reconocerlo, hubiera aprovechado su embriaguez para atacarlo. En la cabeza de Arriaga no cabía la posibilidad de que lo hubieran secuestrado en su misma casa sin dejar rastro.

Hasta que Abilio y sus padres se retiraron, la palabra paciencia fue la que más se pronunció para consolar a la esposa e hijas del desaparecido: paciencia para esperar a que Lester apareciera de repente vivo; paciencia hasta que el río Pensativo devolviera su cuerpo; si no, paciencia para aguardar el comunicado que los secuestradores o algún disparato ajustador de cuentas alcanzaría a la familia o a las autoridades.

A la mañana siguiente, dos amigos de Abilio aparecieron en un Chevrolet azul. Pertenece a Gerardo Garmendia, el padre de Pablo, quien los días anteriores también les había prestado su casa para que efectuaran las tareas que considerasen necesarias. Aquella visita no era imprevista. Abilio los presentó a sus padres con nombres ficticios. No faltó a la verdad al decirles que se conocían desde la época universitaria ni que la noche del 27 de junio la había terminado de celebrar con ellos en Ciudad de Guatemala. Sí les mintió al contarles que estaban allí para preparar un proyecto de investigación y dar algunos paseos por la finca. Sus padres se mostraron hospitalarios, conversaron brevemente con ellos, y antes de marcharse dejaron instrucciones a los empleados de la casa para que esmerasen sus servicios durante los días que los invitados permanecerían en El Descanso.

Al despedirse de Abilio, reiteraron lo apenados que se sentían por tener que ausentarse más de un mes mientras él se hallaba de vacaciones en Guatemala. Él les dijo que no se preocuparan. Su hermana estaba a punto de dar a luz a su primer hijo en Los Ángeles, y aquel era un acontecimiento sumamente esperado.

El auto de sus padres se estaba perdiendo de vista, cuando frenó de repente. La madre de Abilio le hizo señas para que se acercara. Le pidió que no se olvidara de visitar y ofrecer su apoyo a las pobres chicas Lester. Él asintió.

A diferencia de Estuardo Lester que tenía varias fincas repartidas entre el norte, el altiplano y la costa, Alejandro Arangüena solo poseía una al sur de la Baja Verapaz; pero sus 2000 hectáreas la hacían superior a la de su vecino. Allí también albergaba un galpón secreto, bastante alejado de la casa y la carretera, que tampoco servía para cobijar vacas, ovejas o caballos. Abilio no tuvo que darme esos detalles en la charla que tuvimos; hace un mes yo había leído su pequeña novela autobiográfica, y a partir de lo que cuenta en ella, me he limitado a deducir.

El hecho determinante para que él —o su alter ego Carlos Arangüena Coral— se marchara de Guatemala a fines de 1967, sin siquiera aguardar la Navidad, fue el descubrimiento de aquel galpón en funcionamiento. Ubicado en una quebrada húmeda, a casi dos horas a caballo desde la casa, para llegar se debía atravesar un bosque de pinos y guarumos que parecía marcar el límite norte de la propiedad pero en realidad servía de camuflaje al lugar reservado para los castigos ejemplares desde tiempos coloniales. El abuelo de Abilio había suavizado el trato dispensado a sus siervos, aunque nunca había dejado de alabar la necesidad de contar con un calabozo para los alborotadores. El padre de Abilio había heredado esa finca, así como los puntos de vista de su predecesor; pero era consciente de que sus hijos estaban viviendo una época jaloneada por ansias de cambios, de modo que para evitarse problemas en casa y a la espera de que sus hijos madurasen, mantenía en secreto la existencia de ese galpón. Como a Abilio le encantaba cabalgar e incursionaba en rutas cada vez más alejadas, tuvo que arribar el día

en que lo descubrió, precisamente en un momento en que una familia se hallaba confinada dentro a causa de la pérdida de unas vacas. Esa fue la historia que cambió el curso de su vida.

Ahora bien, el hecho por el que Abilio —o Carlos Arangüena Coral— retornó a Guatemala en 1971, fue que condicionó su presencia en el matrimonio de su hermana al cierre definitivo de esa mazmorra. Como símbolo de ese trato, al regresar a su país después de cuatro años, su padre le entregó las llaves del galpón. Con este relato concluye la novela corta del historiador Arangüena. Y con esas llaves en sus manos daría un giro radical a su vida.

Como una hora después de que sus padres se marcharan, Abilio invitó a su amigos a que lo siguieran en su auto para enseñarles los límites de la trocha carrozable de la finca. Demoraron casi media hora en llegar al bosque donde terminaba el camino. Los aguardaba un peón con los caballos en los que Abilio pretendía enseñarles a cabalgar. Una vez que ese campesino se alejó, de los asientos traseros extrajeron mochilas y varias cajas de cartón, y de los maleteros dos costales y a los tres hombres que habían capturado. Del Chevrolet azul, sacaron como pesos muertos a Masa y Chino, a quienes habían vuelto a adormecer poco antes de salir de Guatemala. En el auto de Abilio, Estuardo Lester ya estaba despierto. Llevaba allí casi veinte horas. En cuanto le retiraron la mordaza, con ansia se lanzó a beber del agua que le ofrecieron.

La noche anterior, con sigilo, dos veces Abilio se había levantado para ventilar la maletera y darle un poco de agua, pero permanecía rendido por la última dosis de «perfume del sueño» que le habían aplicado. Por este motivo, aquella mañana del 29 de junio era natural que lo primero que hiciera al ser liberada su boca, fuera beber, beber y beber. No había hecho lo mismo el día anterior cuando le sirvieron el desayuno y el almuerzo: entonces se había

dedicado a amenazar, amenazar y amenazar. Se había explayado en los tormentos que aguardaban a sus captores, a sus familias y a sus guerrillas cuando se iniciaran los operativos para liberarlo. Había sido particularmente crudo con Abilio. Ellos no le habían ofrecido respuestas; pero al borde del bosque, cuando otra vez empezó a amenazar, le aclararon las cosas:

—Esto no es un secuestro —enfaticó Carlos antes de amordazarlo de nuevo.

Como podía ser peligroso sedarlo otra vez, fue el único cautivo al que le desataron los pies para que caminara por el bosque, algo que hizo con lentitud porque tenía los ojos vendados. Los caballos cargaron con sus dos esbirros y las cajas y costales traídos desde la ciudad. A paso moroso, tardaron casi dos horas en arribar a la quebrada donde se escondía un vetusto galpón colonial. Carlos y mi padre se quedaron boquiabiertos.

—He aquí el paraíso —anunció Abilio.

Hacia la una de la tarde, recién Masa y Chino recuperaron la conciencia. Aunque todavía tenían los ojos vendados mientras les daban de almorzar, se dieron cuenta de que no eran los únicos cautivos. Masa tomaba cada bocado que le daban con furia. El Chino se mostraba asustado y masticaba con dificultad. Cuando le retiraron la mordaza para que comiera, Lester ya no lanzó amenazas; pero al percibir la presencia de los otros dos, levantó la voz para preguntar quiénes eran. Al escucharlo, a Masa se le cayó el trozo de carne que acababan de introducirle en la boca; el Chino también se había quedado paralizado. Ninguno de los dos respondió. Cuando les retiraron las vendas de los ojos, no pudieron exclamar su asombro: los habían vuelto a amordazar y les anunciaron que la hora del juicio había llegado.

Mi padre se encargó de exponer las razones por las que estaban apresados. El Chino se había mantenido quieto, dirigiendo en momentos la mirada a su amo, como si esperase que emitiera alguna proposición

liberadora. Lester trataba de sostenerse altivo, pero era evidente que el temor lo estaba venciendo. Masa se mostraba incólume. Mientras mi padre detallaba los crímenes de los que él, Carlos y Abilio habían sido testigos o protagonistas directos, así como otros que la Mano Blanca había cometido en El Amanecer y en las aldeas y caseríos de Amayel, Masa no le había quitado la vista de encima. Era una mirada cargada de odio y algo más oscuro que consiguió turbar a mi padre, hasta que se percató de que por instantes dirigía miradas más cautas a Carlos y Abilio. Durante años, aquel hombre se había preparado para sufrir una emboscada; siempre debió proyectar un ataque masivo. Su captura le suponía una humillación que no alcanzaba a esconder, máxime porque lo estaban juzgando delante de un colega y un amo que lo habían considerado imbatible.

Fue a Masa a quien primero le retiraron la mordaza para conocer si podía expresar algún alegato en su defensa. Lanzó un escupitajo en dirección de mi padre y se quedó callado. Abilio había querido abofetearlo, pero el brazo de Carlos lo contuvo; fue entonces cuando Masa, o Tacho, o Fabián Chej, o Anastasio Fabián Morales Chej, o Mario Anastasio Fabián Morales Sandoval, habló. Desafiante, les espetó que nunca llegarían a ser hombres completos porque un hombre de verdad golpea de verdad y es capaz de destrozarse la piel del enemigo sin que nadie lo detenga. ¿Qué era una bofetada, qué podía ser un tiro?; él sabía que nunca los matarían con sus propias manos; seguramente los iban a fusilar, de lejos, algo bien propio de los cobardes. Abilio había querido lanzarse sobre él para demostrarle cuán capaz era de molerlo a golpes. De nuevo, Carlos lo contuvo:

—No lo hagas —le había advertido, sujetándolo por el brazo—. Eso es exactamente lo que está buscando; así podrá decir que solo te atreves a golpearlo porque está atado y te hará sentir vergüenza.

—Pero es cierto que si yo no estuviera atado, ninguno de ustedes me enfrentaría cuerpo a cuerpo —había retado Mario Anastasio Fabián Morales Sandoval.

—Eso es verdad, mi despreciado Tacho —le había respondido Carlos—. Pero precisamente porque nuestra fuerza no es bruta, tú has caído y la historia te dejará para siempre derribado.

Tacho le lanzó un escupitajo y lo miró con desdén. Mi padre le preguntó por última vez si deseaba decir algo en su defensa; él respondió que no, porque todo aquello de lo que se le acusaba lo había hecho con gusto y lo volvería a hacer.

Abilio lo amordazó con ira.

Llegó el momento de escuchar el alegato del Chino.

Más que ofrecerles un juicio, deseaban saber qué palabras, qué frases, qué lógicas podrían utilizar aquellos hombres para justificarse, para negar lo incuestionable. Al principio, el Chino intentó mostrarse desafiante; pero cuando Carlos le dijo que no fuera tan simple, y que además el final que les aguardaba nada tenía que ver con lo que se pudieran figurar, su semblante se cargó de angustia. No tardó en señalar que él solo había cumplido órdenes; que de niño había aspirado a ser maestro; que por pura pobreza de su familia se había buscado el futuro en la Policía guatemalteca; que había sufrido mucho teniendo que cumplir con todo lo que le ordenaron hacer. Mi padre había flaqueado ante sus últimos argumentos; Carlos se había dado cuenta, así que recordando otras acusaciones que él había recopilado sobre el Chino, le preguntó si consideraba que haber sido pobre justificaba que se hubiera convertido en traficante de los objetos de valor de la gente a la que desaparecían; o si de verdad sufría obedeciendo las órdenes de sus jefes, porque estaba señalado como uno de los más brutales violadores de la Mano Blanca y porque se le atribuía el asesinato de su superior, un comandante de

la Policía que lo había denunciado por instigar la masacre de una comunidad mam. Temblando, el Chino aseveró que eso no era cierto. Cuando Carlos le mencionó el nombre de tres testigos, se derrumbó; gimoteando, volvió a asegurar que solo había cumplido órdenes. Entonces empezó a culpabilizar a un sinnúmero de jefes a los que había servido: habló de Jorge Córdova Molina, Máximo Zepeda, Carlos Arana Osorio y, por supuesto, de Rafael Arriaga y Estuardo Lester.

Abilio había imaginado que cuando a Lester le tocara su turno caería en uno de dos extremos: volvería a amenazar o se mantendría callado. La impasibilidad de su gesto mientras el Chino solicitaba perdón y lo acusaba le había llevado a esa conclusión. Lo que pronunció en tono firme y cortante los dejó alelados. Les ofreció un millón de dólares a cambio de su vida y la promesa de que, si se marchaban del país, nadie tomaría represalias contra sus familias.

Sus captores se miraron entre sí, confundidos, sin decir nada. Ante ese prolongado silencio, Lester incrementó su oferta a un millón y medio.

—... Les tocaría medio millón a cada uno. Si aceptan, tienen mucho que ganar y nada que perder —había afirmado.

Carlos empezó a reír de forma desbocada; intentaba controlarse, pero cuando volvía a mirar a Lester, nuevas carcajadas lo inundaban.

—¿Es que solo es capaz de decir eso? —había exclamado.

Abilio y mi padre se contagiaron de su risa. Lester se puso nervioso y por última vez elevó su oferta:

—Recibirán dos millones de dólares; es todo el dinero que tengo en mis cuentas. No tienen que liberarme hasta que los hayan retirado...

Sus captores volvieron a quedarse callados. Ante una señal de Carlos, lo amordazaron y se alejaron. Si hoy esa es una suma portentosa, en 1973 era colosal.

—No sé si estoy cayendo en una trampa —había manifestado Carlos—, ¿pero saben la cantidad de armamento y propaganda que nuestras guerrillas podrían financiar con la mitad de ese dinero? El otro millón podría servir para que una docena de comunidades mayas compren tierras y se independicen...

Su discusión se extendió más de lo que hubieran imaginado, hasta que Abilio les recordó que si Estuardo Lester era capaz de ofrecer dos millones a cambio de su vida, era porque los negocios que la gente como él tenía en Guatemala valían cientos de veces más y era evidente que las cantidades que luego aportarían para luchar contra la insurgencia se multiplicarían. Por otro lado, era cierto que podrían comprar tierras para diez o doce comunidades, pero habrían otras mil que quedarían sin nada, y lo que es peor: en el momento en que la gente de Lester descubriera de dónde unos campesinos harapientos habían sacado ese dinero, los aniquilarían. Sus amigos le dieron la razón; además, nadie podía garantizar que sus familias no sufrieran represalias más adelante, ni mucho menos que Lester dejaría de utilizar su galpón como centro de torturas.

No cabían negociaciones monetarias en el juicio al que lo estaban sometiendo; eso es lo que Lester escuchó como respuesta. Cuando le volvieron a retirar la mordaza para que manifestara algún alegato, se derrumbó: empezó a justificar en nombre de la patria, el cristianismo, su dolor de padre, etc., etc., los actos de los que se le acusaban. Y comoquiera que esas proclamas a nadie conmovían, había apelado a la humanidad de sus captores.

—Si ustedes dicen que me han prendido porque yo he herido y matado, ¿cómo podrán justificar ante sus conciencias la ejecución que apliquen sobre nosotros?

Silencio. Breve. Los tres historiadores se habían mirado unos segundos, hasta que León habló:

—¿Cuál es el castigo que usted espera que le demos? Y díganos también, ¿cuál cree que sería el castigo que la gente de Amayel, Coatzán o Ichimula desearía que le diéramos?

Mi padre asegura que aquello le salió de las entrañas, de repente. Se había dado cuenta de la facilidad con que Lester podía manipular a la gente, si no a fuerza de dinero, poniendo en cuestionamiento sus valores. Deseaba que se callara o que pronunciara algo que lo arrancara de su posición de juez y justificador de sus hechos. Lo consiguió; pero jamás hubiera sospechado hasta qué punto sus preguntas desatarían las paranoias que Estuardo Lester habría acumulado desde el día en que nació.

El atardecer se derramaba sobre su rostro. Lester temblaba, empezó a balbucear cosas ininteligibles, su cabeza cayó a un costado, como la de una marioneta sin cuerdas. Todos los presentes lo observaron absortos, hasta que entre sollozos imploró que por piedad no lo entregaran a los indios. Les dijo que no eran capaces de imaginar lo que esa gente le podía hacer y él solo era una criatura del mundo. Todos permanecieron atónitos. Entonces Lester clamó que había visto las cosas que los indios le iban a hacer; afirmaba que desde niño había tenido pesadillas con los castigos que le darían y tenía miedo, mucho miedo. A gritos empezó a suplicar perdón, se declaró culpable de todo y rogó que lo mataran sin demora.

—Pero por favor, por lo que más quieran, no me entreguen a esa gente.

De su silla, Estuardo Lester se había arrojado al suelo para ponerse de rodillas. Sus captores seguían paralizados. Su consternación se hizo mayor cuando pasó a pronunciar una letanía de torturas, fuegos, aullidos, violaciones, hiel, rechinar de dientes; una suma de atrocidades en las que se proyectaba como víctima si lo entregaban a la justicia de los mayas.

De pronto, empezó a convulsionar.

Mi padre se le había acercado para que no se golpeará el cráneo contra la silla que tenía detrás. Al hacerlo, la mirada que Lester clavó en sus ojos era la de una hiena herida.

—Cálmate —le dijo—. Lo que estás imaginando solo es el espejo de lo que tú y tal vez tu padre y tu abuelo han hecho.

—¡No! —había gemido Estuardo Lester.

La tarde estaba llegando a su fin. La sentencia de los tres historiadores ya no se hizo esperar.

VIII

*Hay que desnudar la memoria...
para reconstruir la verdadera historia
y desnudar esas luciérnagas dormidas
en los ojos de nuestros hijos
para prepararle una emboscada rotunda
a la tristeza
e invocar la fuerza
de quienes se atrevieron.*

Nora Murillo

Último sábado de noviembre, a las diez de la noche he terminado de preparar mis maletas y tendría que acostarme. Mañana viajo a Guatemala y mi vuelo sale muy temprano; no quisiera que nada en el mundo me arriesgue a perderlo. Aunque siento vértigo.

Esta tarde almorcé con mi madre en su restaurante favorito. Le he entregado el cuaderno. Se quedó sorprendida; le pedí disculpas porque Miriam y yo lo hubiéramos mantenido en secreto durante tres meses. Esforzó una sonrisa, pero no pudo esconder su ansiedad porque acabáramos de comer. Era evidente que deseaba leerlo cuanto antes. Al despedirnos en la puerta de su casa, me abrazó con fuerza y en inglés y castellano me pidió que me cuidara mucho. Le dije que no se preocupara. Cada vez que quiere enfatizar algo que considera importante, lo hace en los dos idiomas. Guatemala es un nombre que en mi familia produce inquietud. Incluso Miriam, quien hasta hace pocos días se mostraba molesta conmigo por mi insistencia en darle el cuaderno a mamá, ayer me llamó para decirme que le gustaría llevarme al aeropuerto. Ha dicho que no le importa tener que madrugar.

A Guatemala volveré después de catorce años. En mi primer viaje al país de mi padre no iba solo: toda mi familia abordó aquel avión. Ninguno de ellos viajará conmigo esta vez; pero el país al que llegaré hoy más que nunca es también mi país. Será un viaje de quince horas, pese a que mi vuelo solo hace una escala corta en Madrid. Sin embargo, dadas las seis horas de diferencia que hay con el Reino Unido, en Guatemala todavía será de día

cuando baje del avión. Y hará calor si los pronósticos meteorológicos se cumplen. Y mi tío Luis me estará esperando en el aeropuerto.

La última vez que nos vimos fue en 2004, cuando vino de visita con su familia. A pesar de que entonces tenía 62 años, papá seguía dándole el trato protector que debió marcar su relación desde que Luis nació. Él no pudo venir a su entierro, pero desde entonces ha intensificado sus comunicaciones con nosotros.

Tras la implacable represión que cayó sobre su guerrilla, en 1972 se marchó a México para reorganizar nuevas actividades de oposición con otros exiliados y de paso sacó adelante una maestría en Economía. A los guatemaltecos como él, su Gobierno los acusaba de vivir a cuerpo de rey con el dinero que les inyectaría a raudales la Unión Soviética. «No hubiera estado mal», ha comentado alguna vez; el caso es que, salvo algunos grupos que recibieron entrenamiento en Cuba, gran parte de los guerrilleros guatemaltecos se financiaban como podían y no recibían mayores apoyos del extranjero. Tal vez por más antigua, su lucha había caído en el olvido y no inspiraba la atención mediática ni el apoyo que lograron las guerrillas nicaragüenses y salvadoreñas. Quien financió a mi tío en sus años de exilio mexicano fue su madre, quien mantuvo en pie su taller de metalurgia hasta el día en que murió.

A finales de 1976, después de cuatro años, Luis volvió a Guatemala clandestinamente como miembro del EGP (Ejército Guerrillero de los Pobres). Estaban seguros de que las nuevas condiciones del país esta vez sí les permitirían vencer. En febrero de aquel año, un devastador terremoto había dejado un saldo de 30 000 muertos y medio millón de damnificados, agravando la crisis económica y poniendo en evidencia que la rapiña de sus gobernantes no conocía límites: en medio del caos, millones de dólares en ayudas enviados del extranjero jamás llegaron a las víctimas, hecho que

avivó el hartazgo hacia el régimen. Esta ola contestataria se vio respondida por una represión aún más encarnizada, pues, aunque en 1977 el gobierno de Carter en Estados Unidos había paralizado el envío de ayuda militar a los generales guatemaltecos, siguieron recibiendo el financiamiento de muchos terratenientes y corporaciones.

Ante la represión indiscriminada que se desató a partir de 1980, recién la comunidad internacional comenzó a prestar atención al viejo conflicto guatemalteco. Así es como Luis conoció a Susan Baartz, una reportera norteamericana que logró entrevistar a los mandos del EGP destacados en las zonas urbanas. Las notas que periodistas como ella enviaban a los medios en Estados Unidos y Europa, acrecentaron las denuncias en el exterior. No obstante, poco pudo hacer esa presión frente al apoyo que el Gobierno norteamericano volvió a otorgar a los dueños de Guatemala a principios de 1981, en cuanto Ronald Reagan asumió la presidencia. Aquel año, por medio de una carta poder, Luis se casó con Susan en un condado de California. Con ese matrimonio, ella buscaba proporcionarle un salvavidas en caso de que cayera en manos del Ejército. Esa unión selló de algún modo el duelo que él había arrastrado por más de una década.

En 1970, Luis había eludido la muerte por azar. Su diezmada guerrilla le había encargado bajar a una aldea para buscar comida; al regresar, encontró a cinco de sus compañeros ametrallados; a los otros tres el Ejército los condujo a un destino incierto; entre ellos estaba Iliana, su pareja, embarazada de cuatro meses. Nunca localizaron sus cuerpos; al cabo de dos años debería haber tenido la certeza de que estarían muertos; pero pasó mucho tiempo antes de que él se quitara de la cabeza la posibilidad de que Iliana estuviera viva, y acaso también el bebé que esperaban; menos se podía quitar el sentimiento de culpa, la idea de que, si aquel día hubiera demorado en bajar a

la aldea, o si hubiera regresado antes, o si se hubiera negado a alejarse del destacamento sin Iliana, esa ofensiva hubiera podido terminar de otra manera.

A fines de 1981 de nuevo se había librado de una emboscada. Susan logró introducirlo en la embajada de su país segura de que allí estaría protegido dado su matrimonio con una ciudadana estadounidense. No se equivocaba; sin embargo, los diplomáticos que los atendieron les dieron 48 horas para que decidieran entre dos opciones: tomar el primer avión que saliera rumbo a Estados Unidos, o bien la embajada podía escoltar a Luis hasta donde él quisiera dentro de la ciudad, pero sin capacidad de evitar que alguien los siguiera y lo capturase en cuanto abandonara el auto diplomático. A él le parecía una traición exiliarse en el país cuyo Gobierno había apoyado las dictaduras con las que había luchado desde su adolescencia. La otra opción, quedarse en Guatemala, significaba el martirio. La gente como él respiraba la muerte como una posibilidad inminente; esto era algo que sus gobernantes sabían; de ahí que lo que despertaba el terror de sus opositores eran las torturas que les caerían encima si eran capturados vivos. A Luis le perturbaba eso, como también la certidumbre de que si lo mataban, las Fuerzas Armadas no arrojarían su cuerpo a una cuneta; lo desaparecerían para evitarse un problema con el país del que más dependían. En ese caso, Susan podría pasarse incontables años buscándolo y padeciendo lo que él ya había padecido.

A los 39 años inició una nueva vida en California. Su esposa lo vinculó con las redes de apoyo a las causas centroamericanas y lo ayudó a conseguir una beca para realizar su doctorado en la Universidad de Davis. Cuatro años después, ya estaba obteniendo su título de doctor e iniciando una carrera como profesor universitario. Sin duda, es un tipo brillante. Esa es la otra parte de la tragedia guatemalteca: los millares de seres brillantes que el país perdió. Un régimen como el guatemalteco necesitaba mentes dóciles, espíritus

pragmáticos que no se detuvieran a indagar en el por qué de las cosas; requería de personas a quienes se premia según el número de adversarios que hayan derribado en el camino. En un reino como aquel, no es extraño que las facultades más golpeadas por la represión hayan sido las de Derecho y Economía, aquellas de donde salía el mayor número de dirigentes políticos. Entre 1980 y 1983, prácticamente no hubo día en que alguno de los mejores alumnos y maestros universitarios fuera muerto, desaparecido, torturado o exiliado. Hubo fechas particularmente trágicas, como el 15 de junio de 1980, en que las cunetas de la ciudad recogieron los cadáveres de dieciocho universitarios que en las semanas previas habían sido secuestrados por las Fuerzas Armadas y paramilitares.

En 1997, pocos meses después de la firma de los acuerdos de paz, Luis y Susan renunciaron a sus trabajos en California para instalarse con sus dos hijos en Guatemala. Esta fue una decisión que todos sus seres queridos, incluido mi padre, calibraron como delirante. La represión política no había cesado y muchos exguerrilleros y opositores destacados seguían siendo asesinados. Desde 1966, él se había pasado la vida soñando con aportar algo de sí a su país y deseaba volver a caminar libre por sus calles. Con esos argumentos, convenció a su familia para que lo siguiera; aunque el salario que pasaría a cobrar en la Universidad de San Carlos fuera siete veces menor al que recibía en California. Afortunadamente, Susan no demoró en conseguir trabajo en el área de Comunicaciones de la oficina de Naciones Unidas en Guatemala, lo que les permitió mantener a su familia sin estrecheces. Sus hijos terminaron allá la secundaria; cumplieron así con el sueño de vivir alguna vez en el país de su padre; luego, León, el mayor, optó por retornar a Estados Unidos para cursar sus estudios universitarios y no ha vuelto a Guatemala más que de vacaciones. Roberto, el menor, estudió Artes Plásticas y hoy vive en Flores, la ciudad más próxima a Tikal.

Luis Cordado. Mañana me estará esperando en el aeropuerto de La Aurora. Me siento orgulloso de ser su sobrino. Tengo muchos amigos y conocidos que lo observarían como un idealista trastornado o, peor aún, como un violentista porque en su momento debió tomar la difícil opción de las armas. No es extraño. En los últimos tiempos se está colocando a todos los movimientos armados latinoamericanos en el mismo saco; así la ORPA podría aparecer como similar al sanguinario Sendero Luminoso peruano; o las FAR podrían ser confundidas con las FARC colombianas. Tampoco se puede negar que las guerrillas guatemaltecas cometieron numerosos robos, secuestros y ejecuciones sumarias; o que muchas veces presionaron a sus integrantes y a las comunidades indígenas a lanzarse a combates excesivamente desiguales contra el Ejército; como tampoco se puede negar que prolongaron en demasía el conflicto o que muchas células guerrilleras funcionaron bajo mandos totalitarios que ejecutaron a los miembros que cuestionaran la ortodoxia de sus posturas. No obstante, en la eventualidad de que las guerrillas guatemaltecas hubieran derrocado al régimen que combatían, así como los resistentes europeos ganaron contra el nazismo, nadie se atrevería a denominarlos violentistas, trasnochados, o llanamente terroristas, haciendo coro a los depredadores de Guatemala que hoy se han acomodado al juego democrático y desde allí siguen pretendiendo imponer su historia.

Luis nos ha pedido que no lo observemos como un quijote, una fama que le ha venido por su decisión de abandonar una cátedra en una reconocida universidad de los Estados Unidos por otra en una universidad centroamericana. Él afirma que, si volvió, fue porque como todo el mundo, también estaba buscando su felicidad, nada más que él la hallaba al sur, y tuvo la fortuna de que su familia lo acompañara en esa empresa; si no, se hubiera quedado en California, cumpliendo ante sus conocidos el sueño

americano. En varias ocasiones, cuando hemos hablado por teléfono o nos hemos visto cara a cara por internet (en los últimos meses lo he llamado varias veces), me ha contado sobre otras personas que tras la firma de los acuerdos de paz también regresaron a Guatemala. Por lo visto, muchos volvieron a marcharse al cabo de un tiempo: algunos porque ya no se adaptaban al país que tanto habían añorado desde el exilio; otros porque terminaron deprimidos ante la inseguridad ciudadana y la miseria que encontraron.

—Cada uno de ellos tiene su razón —me dijo en una de nuestras últimas conversaciones—. A ninguno se le puede negar la valentía que mostraron para regresar a Guate, ni la que tuvieron para marcharse otra vez. Ha habido momentos en que yo también me hubiera querido ir. No es fácil haberse pasado media vida enfrentando dictaduras feroces, para que después, en cualquier momento, un patojo te pegue un tiro por robarte la billetera.

Me ha dicho que quiere presentarme a dos de sus mejores amigos; uno que nunca se fue del país y otro que prefirió volver a Costa Rica, aunque en estos días está de visita. Ojalá tenga tiempo para conocerlos, porque hay varias cosas que quiero hacer en pocos días y hay una persona a la que me es indispensable ver. Entre la colonia de exiliados retornados a Guatemala está Eleonora Itzel Waltz. Es la hija de Coralia.

En 1983 mi padre no tenía idea de qué pudo pasar con esa niña. Diez años antes, ella vivía en Ciudad de Guatemala con su abuela materna, todavía no asistía a ningún jardín infantil y para no traumatizarla le habían contado que su mamá había muerto en un accidente automovilístico y su papá en otro.

Tras haber ajustado cuentas con los asesinos de Coralia, mi padre, Carlos y Abilio fueron a visitarla. Los tres se quedaron impresionados por el parecido que guardaba con su madre. La niña se había mostrado tímida al principio. Les tomó confianza cuando le entregaron las fotografías que Abilio

había rescatado del cuarto oscuro de Jorge Lester; aquellas de 1971 en las que aparecía con sus padres. Les preguntó dónde las habían conseguido. Para esto tenían una respuesta preparada: entre los archivos de un fotógrafo ambulante que hacía poco tiempo había fallecido. Mientras tomaban el café, Eleonora había empezado a hacerles preguntas sobre su madre. Carlos había sido quien más respuestas y sonrisas le ofreció. A mi padre y Abilio les costaba destrabar el nudo que tenían en la garganta. Ante el esfuerzo de ellos tres por recordar a Coralia viva, su madre no había podido contener las lágrimas. Probablemente para desahogarse sin perturbar a la niña, en un momento dado se disculpó y se retiró a la cocina. Eleonora aprovechó la ocasión para preguntarles si sabían la verdad sobre la muerte de sus papás. Recién iba a cumplir cinco años pero sería inevitable que a veces escuchara por la calle, la radio o la televisión, que los asesinatos eran una constante en su país. Los tres se habían quedado titubeantes, hasta que le afirmaron la historia que sus familiares le habían contado. Poco después se despidieron.

Al igual que la mía, su abuela también murió de un infarto en 1981. Por lo visto, Eleonora pasó entonces a vivir con la familia de una tía paterna. Allí le perdieron la pista.

Abilio no regresó a Guatemala hasta 1990. La violencia política estaba atenuándose y algunos investigadores del extranjero empezaron a retomar sus trabajos de campo en tierras mayas. Sus padres también retornaron ese año. En 1984 habían dejado sus propiedades en manos de un administrador y se habían marchado a Estados Unidos por temor a ser víctimas de un secuestro de las guerrillas o de una extorsión por parte de alguna banda criminal. Abilio se quedó dos meses; sus padres, que habían regresado con la intención de permanecer, volvieron a marcharse al cabo de seis años. Aunque en 1996 las guerrillas ya no les suponían un riesgo, la delincuencia común se había multiplicado a la par que se expandía el fenómeno de las maras, las violentas pandillas juveniles que hoy caracterizan el mapa social del país. Sin embargo, el hecho que determinó el retorno definitivo de sus padres a los Estados Unidos fue el temor a las bandas paramilitares vinculadas al narcotráfico: porque mientras la delincuencia común y las maras tenían como principales víctimas a los sectores medios y pobres de la sociedad guatemalteca, las otras contaban —y cuentan— con la capacidad operativa para apuntar a los peces más gordos. Eso le había ocurrido a Alba Lester: a pesar de que había reforzado el número de guardianes que vigilaba el acceso a El Amanecer y que se habían amurallado los dos kilómetros que daban a la carretera, en 1994 había sufrido un atraco que le costó la venta de la finca. Tras ametrallar a los tres guardianes de la entrada, los asaltantes ingresaron hasta la casa en tres picops y neutralizaron a los capataces del interior. A ella la amenazaron con torturarla en caso de que no les firmara la venta de esa propiedad en el

acto. Con ellos llevaban a un notario aterrado al que también habían extorsionado. De este modo, Alba vendió una finca de 600 hectáreas que durante cuatro siglos había pertenecido a su familia al precio de nada. El registro de venta consignaba como nueva propietaria a una sociedad agrícola limitada que al año siguiente revendería El Amanecer por una cantidad irrisoria al comandante Mario Arriaga Vélez, quien seguramente en honor de su padre, que antaño había sido un asiduo de esta finca, la rebautizó como El señorío de Rafael.

—Lo único bueno de esto es que Alba salió de aquel maldito lugar —me comentó Abilio en nuestro último encuentro—. A pesar del padre que tuvo, ella no es una mala persona, y si se quedaba allí, tal vez las sombras de esa ciénaga la hubieran desquiciado. ¿Sabes que poco después ella estuvo a punto de venirse a vivir a Londres?

Por supuesto que no lo sabía. Aquella proximidad hubiera sido bastante incómoda para Abilio. Por fortuna, Alba había optado por mudarse a Nueva York. Hace unos años, ella lo había buscado a la salida de un Congreso donde él había participado. Entonces supo que desde su instalación en la Gran Manzana pasa sus tardes visitando museos y asistiendo a cursos de música e historia; las mañanas las dedica a pasear a perros propios y ajenos. Ninguno de sus empleadores imaginaría que esa mujer fue una de las herederas más ricas de Guatemala y que las rentas que todavía conserva le asignan cada mes una cantidad de dinero superior a la que ellos deben percibir como salario. De vez en cuando ella y Abilio se comunican por correo electrónico, pero ya no han vuelto a verse.

A su retorno a Guatemala, Abilio había buscado a Eleonora. No la encontró; la tía paterna que la había criado desde los doce años le informó que en 1985 se mudó a Nueva Jersey con la familia de José Eduardo, el hermano menor de Coralía. Abilio consiguió su teléfono; sin embargo, no fue

hasta 1993 que pudo visitarla aprovechando una invitación para dictar un seminario en Princeton. Para entonces, ella ya se había independizado, estaba realizando su maestría en Leyes y empezaba a considerar la opción de volver a Guatemala si el proceso de paz se concretaba.

Al verla entrar en el restaurante donde se habían citado para cenar; él se había quedado pasmado: frente a sus ojos le había parecido encontrar a la misma Coralia que fuera su compañera de clases en la universidad. Al verlo tan sorprendido, ella se había echado a reír.

—Ya lo sé, ya lo sé —había señalado—. Usted también me va a decir que soy idéntica a mi mamá.

Al escuchar su risa y su voz en directo, Abilio se había sentido más perturbado. Apenas terminaron de saludarse, del libro que portaba extrajo la fotografía que un ojo acechador les había tomado a él y Coralia mientras conversaban en 1965 o 1966.

—Lo siento, Coralia, yo he envejecido mucho; tú no —pronunció.

Ella se había quedado largo rato mirando la foto. Cuando volvió a fijar la vista en Abilio, le sonrió.

—¿No tendrá un hijo igualito a usted para que me case con él y cambiemos la historia? —le había preguntado y de nuevo se había echado a reír.

Todavía impresionado, Abilio le había pedido que lo disculpara, pues sus hijos eran muy chiquillos.

—No se preocupe —le había respondido ella—. Estuvo bien que mi mamá no se enamorase de usted, porque si no, no se hubiera casado con mi papá, ni usted con otra estupenda mujer guatemalteca; porque debe haber elegido a una gran mujer, ¿cierto?

—Cierto, muy cierto, Coralia.

En 1983 Eleonora había confirmado lo que siempre sospechó: que la muerte de sus padres fue causada por la represión. Ante sus reclamos porque nadie le hubiera dicho la verdad en tantos años, sus tíos le explicaron que todo fue para protegerla; también le rogaron que no removiera esas historias porque estaban viviendo tiempos donde eso podría costarle la vida. Fue en balde; ella siguió haciendo averiguaciones hasta que descubrió de qué manera murió su madre. Sufrió un *shock*. Durante varios meses se le quitó el apetito y por poco repite el año escolar. Cuando empezó a recuperarse, se implicó en un grupo estudiantil que organizaba vigili­as por el fin de la violencia en las cercanías de comisarías y cuarteles. Ninguno de sus miembros tenía más de 18 años. Por el terror imperante, sus actividades se limitaban a encender velas, recitar poemitas por la paz y la libertad, o clamar a veces el nombre de muertos y desaparecidos. Una noche de 1984 varios autos los cercaron y los hombres que salieron acometieron a porrazos contra ellos. Aunque dejaron que la mayoría huyera, se llevaron a los dos fundadores del grupo; una chica y un chico. Sus restos aparecieron destrozados diez días después.

—Desde que llegué acá, no sabe la cantidad de veces que en el colegio y luego en la universidad se me ha pedido que hable de Guatemala. Mucha gente ha escuchado con indignación estas informaciones; pero varias veces me he encontrado con personas que me enfrentan señalando que estoy exagerando; que por razón de mi exilio veo las cosas en blanco y negro; que en ninguna parte del mundo los malvados pueden ser tan malos.

—Lo sé, Coralia; yo también he pasado por ese tipo de encuentros.

Aquel grupo estudiantil se desarticuló rápidamente; sin embargo, Eleonora tenía demasiado fresca la herida de su madre y se vinculó a las campañas del Grupo de Apoyo Mutuo. Tras la brutal represión que en 1985 cayó sobre sus líderes, un nuevo *shock* la acometió y entre sus parientes de

Guatemala y Nueva Jersey acordaron que lo mejor era que se marchara del país.

Así es como había llegado a Estados Unidos. Y allí se hallaba en marzo de 1993, charlando con Abilio del pasado, también del presente. Estaba iniciando una relación con el hombre con el que se casaría un año más tarde: un abogado suizo con quien tuvo un hijo y cuyo amor le borró de la cabeza la idea de volver a vivir en Guatemala.

A su regreso a Inglaterra, Abilio la había llamado un par de veces. Luego ella se mudó y perdieron el contacto. El año 2000, él había vuelto a Princeton para participar en un seminario sobre discursos y mitos apocalípticos; antes de viajar trató de ubicarla pero no lo consiguió; no conservaba el teléfono antiguo de su tío y el que ella tuviera en 1993 había sido dado de baja.

Yo no pude encontrar sus datos de contacto por internet; sin embargo, logré conseguir el teléfono de su tío en Nueva Jersey. Aunque al principio no se mostrara confiado como para proporcionar noticias de su sobrina a un extraño, me informó que ella ya no vivía en Estados Unidos y me dio su correo electrónico. Hace dos semanas le escribí. Me contestó tres días después. En mi mail le di pocos detalles sobre mí; fui más extenso para explicarle por qué estoy viajando a Guatemala y por qué me gustaría saber si la hija de Coralía se encuentra bien. Eleonora me hizo saber que desde hace dos años está viviendo de nuevo en Ciudad de Guatemala y que para ella también será un gusto encontrarse conmigo. Nos veremos el próximo jueves por la tarde.

Estoy impaciente por conocerla; no sé si su rostro será igual al de la mujer a la que he visto en sueños. Hoy su aspecto debe ser distinto al de la joven que mi padre conoció cuando era profesor en la Universidad de San Carlos.

¿Por qué has cambiado de nombre?, le pregunté en el último mail que le envié. ¿Por qué, Eleonora, tienes hoy un nombre tan distinto?, añadí. ¿Por qué en la longitud de tu nombre el río de tu madre no aparece por ninguna parte?, me atreví a agregar en un posdata.

Te explicaré con calma las razones de mi nombre cuando vengas, me respondió y me confirmó el lugar y hora para nuestro encuentro. Yo nunca he cambiado de nombre, Ariel; eso fue lo que escribió en su posdata.

Me cuesta aguardar la hora de ese encuentro. Me gustaría hablar con ella esta misma noche. Pero Eleonora tiene varios compromisos que cumplir hasta el jueves.

Y antes de verla, yo me apresto a conocer un extraño paraíso.

Último día de noviembre. Las seis horas de diferencia con Londres me tienen despierto desde las tres de la madrugada. En un intento por conciliar el sueño, me puse a leer los periódicos locales de ayer. No ha sido una buena idea. Guatemala, ¿cómo es posible que un país tan hermoso, tal vez el más hermoso del mundo, pueda seguir lacerado por la tragedia? ¿Hasta cuándo? He venido acá impulsado por un delirio que me apremia a resolver algo en mí que quizás ya no necesita resolverse. ¿Todo para encontrarme con estas noticias y volver a empezar, otra vez? ¿Qué es Guatemala? ¿Cómo hace su gente de bien para no perder la cordura? ¿Cuál es su rumbo? ¿Cuál es su esperanza?

El domingo pasado hallaron los restos de Nicol Lesly L. T., una muchacha de 16 años a quien su familia andaba buscando desde hacía dos semanas. En todo ese tiempo, ninguna autoridad les había prestado atención, hasta que su cadáver apareció en un vertedero que antaño fuera un lago. Tenía el rostro desfigurado y sus manos habían sido cortadas; la pudieron identificar por el lunar que aún se distinguía en su muslo derecho. La autopsia ha confirmado que antes de morir le fueron arrancados los pezones y que había sido brutalmente violada. Nicol Lesly era una de las mejores alumnas de su clase, vivía en una de las zonas más pobres de Escuintla y no tenía ninguna vinculación personal ni familiar con las maras. Por este motivo, el periódico señala que podría tratarse de un nuevo caso donde una joven ha sido sacrificada por sicarios del narcotráfico como parte de un ritual de afirmación de poder. Con ella, en lo que va del año, la cifra de guatemaltecas

asesinadas ha alcanzado la redonda cifra de 1000. Gracias a la mística de este número, la breve historia de esa chiquilla ha conseguido insertarse en las noticias. Por algunos minutos, durante un día o dos. Antes de pasar al vertedero de lo prescindible, de lo común. En la última década, el promedio anual de mujeres y hombres guatemaltecos asesinados ronda los 6000. Hay años como este donde ese promedio se supera largamente. En un recuadro más corto, el periódico menciona que el mismo día que hallaron a Nicol Lesly, cinco pandilleros fueron acribillados en circunstancias sin esclarecer. En ese caso ya ni siquiera se registra sus nombres, sus iniciales, o sus edades, menos aún de dónde eran o cuál puede ser la situación de sus familias. Con ellos, la cifra oficial de muertes violentas asciende a 6029 en lo que va del año. Y todavía queda un largo mes para seguir contando...

Dejo caer el periódico. Miro a mi costado y verifico que estoy solo. Y sin embargo, veo a mi hermana. Como si pudiéramos proseguir una conversación que tuvimos hace tres meses, y hace un año, y hace dos:

—La impunidad del ayer, Ariel, sigue matando, sigue alimentando a viejos y nuevos actores de la violencia.

Asiento, nada puedo replicar. Ella prosigue:

—El machismo despiadado, tan arraigado, tan enfermizo, sigue alimentando su impotencia con la sangre de las mujeres guatemaltecas.

Asiento otra vez.

—Cinco siglos de violaciones perpetuadas como ejercicio de poder, normalizadas como símbolo de victoria... Más de cuarenta años de exterminio desplegado con una violencia que el mundo no es capaz de concebir; llegado su fin, más de una década de esperanzas que no se ven cumplidas. ¿Será que en el paisito de papá el monstruo ha ganado la batalla? ¿Vamos a admitir que esto siga sucediendo?

¿Qué puedo responder?

Vuelvo a leer la noticia. Como ser humano debería rehuir del dolor, del espanto; pero parece que estoy anestesiado, y de nuevo leo esa noticia. Hay algo más. Creo que hay algo más.

En esta página de periódico queda Nicol Lesly, sumada a los otros 6028 cuyos asesinatos han sido registrados este año. La mayoría eran jóvenes y pobres. ¿Qué futuro habrán soñado antes de que las tinieblas los fagocitaran? Ahí quedan, arrojados al olvido. Solos viven. Solos mueren. Guatemala sola, con su mala sombra. Guatemala. Sola. Alguna vez oí a mi padre decir que quizás todo empezó cuando le perturbaron el nombre.

El autor de esa biblia maya que es el Popol Vuh, denomina a esta región como Quiché, un término que en varias lenguas mayas significa «bosque» o «lugar poblado de árboles». En el siglo XVI también era denominada Iximulew, que en idioma quiché significa «tierra de maíz». El maíz es alimento, también es una planta sagrada; el maíz tiene el corazón claro. En 1523, los tlaxcaltecas que acompañaron a los españoles para conquistar este territorio lo denominaron Quauhtlemallan, que en náhuatl significa «lugar de muchos árboles» o «lugar de bosques». Por facilitarse su pronunciación, Pedro de Alvarado y sus huestes convirtieron a esta tierra de maíz y árboles en Guatemala. Antes aun de avasallarla a punta de estupro y barbarie, le violentaron el nombre. Guate. Mala. Cosas del etnocentrismo y la pereza para pronunciar al otro en sus propias palabras. ¿Qué tienen que ver los árboles con la maldad?

Mi padre se perdía en sus disquisiciones para luego reírse de sí mismo:

—¡Ay, mis hijitos, no me hagan caso! Para tratar de entender algunas cosas me pierdo en absurdos: porque un nombre por sí solo no determina un destino.

Mi padre, buscándole alguna interpretación a la tragedia de su país; el país de bosques, estrellas y quetzales que también nos heredó.

Mi padre, tratando de encontrar razones que explicaran la maldad secular.
Mi padre, retando a las sombras:

—¡A ver! Que vengan aquí los bárbaros que llaman salvajes a los que viven entre los árboles y llaman civilizados a quienes asesinan a los habitantes de los árboles. Y no contentos con ello, también se cargan a los mismos bosques. ¡Que vengan, que vengan a decírmelo a mí! ¡Ja!

Mi padre tuvo que macharse de su país. Como él, millares de personas que hubieran querido transformar el sino de Guatemala huyeron o fueron masacradas. Se fueron, y tantos más desaparecieron. Sola se quedo Guatemala. En el vertedero Nicol Lesly estuvo sola. Ya estaba sola antes del vertedero.

Mi padre debía regresar a Londres a principios de julio de 1973; faltando pocos días, llamó para avisar que se quedaría un mes adicional. En su trabajo solicitó la extensión de su permiso y había estado dispuesto a renunciar si no le concedían ese periodo extra. No había podido estar con nosotros en mi sexto cumpleaños, y con esa postergación tampoco pudo llegar para el de Miriam. A estas alturas, treintaiséis años más tarde, mi madre ya habrá descubierto las verdaderas razones por las que extendió su tiempo de estancia en Guatemala, aun a riesgo de perder su trabajo y el mismo nacimiento de su tercer hijo. Aun a riesgo de perder la vida.

La tarde del viernes 29 de junio de 1973, los principales responsables del asesinato de Coralia fueron juzgados y sentenciados por tres historiadores. Empezaba a oscurecer cuando las puertas del antiguo galpón de los Arangüena fueron de nuevo cerradas. Casi a tientas, León, Abilio y Carlos avanzaron con los caballos a través del bosque que separaba la parte conocida de El Descanso de su lado oculto.

En uno de los foros sobre Sociedad y Política que mi padre y dos colegas organizaban en la Facultad de Historia, un estudiante preguntó qué tipo de sanción sería la más apropiada para la gente que, como los tiranos de Guatemala, podía multiplicar sus tropelías una y otra vez sin que jamás le ocurriera nada. Era una pregunta que mi padre también se había planteado en algunas ocasiones. Aquella tarde se aventuró a expresar en voz alta lo que se le había pasado por la cabeza pocos días antes, como una posibilidad abstracta. Eran los primeros días de marzo de 1966 y su respuesta fue una

entre otras muchas. Volvería a comentar esa idea con mi madre cuando se iban conociendo en México. Con el transcurso de los años, debió aparcarla en el desván de su memoria; lo mismo debió ocurrirle a Abilio, a Carlos, a Pablo, probablemente también a Coralia. Pero en 1973, a Raquel Gaspar no se le había olvidado.

Mientras aguardaba el retorno de Abilio, recién liberada, sentada al borde de un maizal, junto a uno de los hombres que la había ultrajado, todavía cerca del galpón donde podían haberla retenido perpetuando sus vejaciones, ella se había quedado temblando. También cavilando. En voz baja, mientras huían, Abilio le había contado por qué motivo él se había aproximado a ese galpón; por tanto, también tuvo que confiarle cuál era el destino que estaban preparando para el amo de aquel lugar y dos de sus secuaces, uno de los cuales era el hombre que de manera improvisada acababan de capturar.

Cuando Abilio regresó para recogerla, descubrió lo que había hecho con los zapatos de Mario Anastasio Fabián Morales Sandoval. Más tarde, en su camino a la ciudad, Raquel le había pedido que cambiaran el curso de su plan y le había dado razones de peso. Al despedirse en el hotel donde la dejó resguardada, le hizo prometer que lo modificarían.

Nada se cambió del proyecto inicial, salvo su final.

Una vez capturados, Estuardo Lester y sus dos esbirros fueron conducidos hasta el extraño galpón de El Descanso. Allí fueron juzgados y sentenciados. Los hubieran ejecutado esa misma tarde: cada uno de los historiadores se encargaría de disparar en la nuca a uno de los tres cautivos. Incluso tenían definido a quién ejecutaría cada cual. Esa no era la idea de una sanción adecuada que aleteaba en la mujer que había logrado sobrevivir al galpón de Estuardo Lester.

Durante años, Raquel había recordado la propuesta que su profesor León Cordado planteara en aquel foro sobre Sociedad y Política: cómo no fuera

posible crear una prisión que concediera a los verdugos de su país la demostración concreta de la sociedad perfecta que anhelaban; una sociedad donde no cupieran adversarios políticos ni indios mayas a los que tanto atribuían el atraso de Guatemala. De esta manera, los condenados obtendrían su paraíso, a la par que sus víctimas o potenciales víctimas considerarían que dejarlos viviendo exclusivamente entre sí sería un castigo atroz. Paraíso para unos, infierno para otros; todos contentos.

La mañana de su liberación, Raquel sopesó que aniquilar de un tiro a criminales como aquellos era poca cosa. Le parecía necesario darles un tiempo prolongado para que se preguntasen por qué habían sido capturados, para que como a ella misma le había ocurrido el día previo, experimentaran el tormento de sentirse culpables y acaso se hundieran en el recuerdo de los hechos verdaderamente atroces que habían cometido. Al mismo tiempo, a pesar de lo que le había sucedido hacía pocas horas, en momentos emergían en ella las enseñanzas sobre la redención que había absorbido desde niña.

Durante el tiempo que Abilio se alejó, había tratado de exorcizar la vejación que había sufrido despojando de sus zapatos a uno de sus verdugos y dejándolos semienterrados entre tallos de maíz. También había configurado una fórmula para compatibilizar su idea de justicia y redención con sus anhelos de venganza y castigo.

Nadie podía explicar, ni siquiera Abilio, con qué intenciones el galpón secreto de su familia fue construido con esas características. Los mapas más antiguos de El Descanso datan de 1645; en ellos, el lugar figura como un esbozo enclavado en las faldas de dos montañas, está consignado como El Recreo, carece de cercos, pero ya cuenta con el pozo y la casita de adobe que tres siglos más tarde seguirían en pie. La enorme extensión de pinos y guarumos que lo separa de las partes más visibles de la finca aparece reconocida como Bosque de Guarumos. En un mapa de 1730, El Recreo ya

está cercado y ha pasado a denominarse Galpón Mayor. El último mapa al que Abilio tuvo acceso data de 1922, es un documento más elaborado y detallado de la finca; sin embargo, tras el bosque de guarumos y pinos no se consigna ninguna construcción, solo las palabras «Montes finales». De esa misma década parece proceder el cerco de unos diez metros de altura y aproximadamente treinta metros de diámetro que se reconstruyó con piedra y cemento para mantener el recinto como calabozo inexpugnable. El filo de vidrios cortantes con que se coronó la parte superior del cerco habría sido añadido después, posiblemente en los años sesenta; por tanto, esa era obra de su padre. En 1967, Abilio había conseguido que ese galpón fuera clausurado. Creyó que sería definitivo. Seis años más tarde, con sus propias manos reabría esas puertas para dar lugar al paraíso al que fueron condenados Donato Álvarez Oliva, Mario Anastasio Fabián Morales Sandoval y Estuardo Lester.

Por la manera intempestiva en que los historiadores cambiaron la sentencia que tenían prevista, no pudieron ofrecer más que un par de frazadas a cada uno de los cautivos y una toalla que tendrían que compartir. Para su alimentación, dejaron a su disposición un costal de naranjas y otro de bananos deshidratados, bolsas de frutos secos, cajas de chocolates y galletas, cecina de res y cucharas de melamina. El pozo les garantizaría el agua.

La tarde en que los juzgaron les comunicaron que no los dejarían allí eternamente; al cabo de un mes regresarían con refuerzos para consumir la sentencia. El cambio en el plan era que a lo largo de ese mes los cautivos tendrían la posibilidad de escoger a uno para que sobreviviese, siempre y cuando este encontrase la manera de garantizar que nunca volvería a cometer los crímenes por los que había sido juzgado. Los otros dos serían ejecutados.

Al sentenciarlos a que convivieran un mes entero solamente entre ellos, Raquel imaginó que los estaba condenando a un infierno; al concederles la

posibilidad de que reflexionaran sobre sus crímenes y eligieran a uno que pudiera salvarse, consideró que prolongaba su agonía y al mismo tiempo abría una pequeña puerta a la redención; no solo la de los cautivos, también la de sus captores.

Carlos había sido el más reacio a modificar el plan inicial; no porque le disgustara la idea de que esos tres se pasaran un mes conviviendo día y noche, sino por la posibilidad de que en ese tiempo tramasen alguna treta o consiguieran escapar. Al final, aquella prórroga también supuso una agonía para los historiadores. Además de temer que sus prisioneros urdieran una fuga, se les acentuaba el resquemor a ejecutarlos a sangre fría. Apenas se vieron esas semanas. Carlos retomó su vida clandestina; Abilio se mantuvo en El Descanso, resguardando a Raquel en la habitación de huéspedes y vigilando que ningún siervo se adentrara en el bosque de guarumos; mi padre mantenía el velo de unas vacaciones en las que acompañaba a su madre en sus quehaceres, visitaba amigos y paseaba con su perro. Faltando ocho días para el vencimiento del plazo, se encontraron de nuevo en un aula de la universidad. Sus inquietudes se intensificaron cuando Carlos les comunicó que le era complicado buscar refuerzos entre sus compañeros de guerrilla y tampoco le parecía apropiado implicar a más personas. En efecto, resultaba muy riesgoso llevar a terceros buscados por el Ejército hasta la finca de los Arangüena, porque tras la desaparición de Estuardo Lester, varias patrullas policiales vigilaban férreamente las vías de acceso a El Amanecer, El Descanso y otras fincas del municipio. A esta preocupación se sumaron las disquisiciones de mi padre: había preguntado qué podría pasar si los cautivos no elegían a ninguno para que sobreviviera; o si por el contrario, el elegido pedía cambiar su vida por la de otro. Sus dos amigos coincidieron en que si sucedía lo primero, tendrían que ejecutarlos a los tres tal cual era el plan original. Respecto a lo segundo, opinaron que estaba delirando: afirmaron

que dado el carácter tan poco altruista de esos cautivos, eso no iba a ocurrir jamás.

Al amanecer del 29 de julio de 1973, mientras ensillaban sus caballos para dirigirse al galpón, Abilio les transmitió una opinión que Raquel le había dado la víspera: si los prisioneros hubieran conseguido elegir a uno que sobreviviera y este no lograba dar garantías de que nunca volvería a cometer tropelías, igual habría que respetar su vida; no se le concedería libertad, pero habría que exonerarlo de la muerte.

—Quizás esto pueda redimirnos a todos de la ejecución a sangre fría que se habrá que aplicar sobre los otros dos —había sopesado Raquel.

Al escuchar esa proposición, Carlos se ofuscó, mi padre se puso muy nervioso, los tres empezaron a discutir amargamente. Se preguntaban cómo diablos pudieron acceder al cambio de plan; ello les había supuesto sumar sobre sus espaldas y la de sus familias severos e innecesarios riesgos. Además, se habían pasado ese último mes perturbados por las disquisiciones morales, enredados en un plan de venganza y liberación que de ninguna manera podrían dar marcha atrás; y encima, por tanta controversia en la que se habían sumido, apenas se habían dado tiempo para prepararse para las eventualidades más reales e inmediatas que estaban a punto de enfrentar. Una de ellas era qué podrían hacer si esos tres sujetos, tan bien entrenados para la guerra, les hubieran preparado una o muchas trampas. Aunque les hubieran advertido que regresarían con refuerzos pretendiendo así rebajarles la guardia, sus tres prisioneros, especialmente Masa, tenían capacidad para enfrentar e incluso batir a una cuadrilla de guerrilleros. Y allí estaban solo ellos tres, imberbes, armados únicamente con cuatro granadas y tres revólveres.

Al llegar a ese punto, Carlos intentó reafirmarles la fortaleza. «Sabremos sobrellevar cualquier emboscada», había asegurado. Aunque no lo iba a

admitir, él, que era el más escéptico, al atravesar el bosque había terminado siendo el único que parecía aferrado al buen augurio que les habían proporcionado las estrellas de Pedro Ixil. Cuando lo escuchó pronunciar esas palabras, mi padre había retomado la calma; no porque confiara en aquel augurio, tan solo, escribió en su cuaderno, para no alterar la inocencia, casi infantil, con que su antiguo alumno había expresado confianza. En pocos minutos una muerte rápida o terrible podía estar aguardándolos; aun así, Carlos había hablado como un niño que está seguro de hallarse del lado del bien, como si eso fuera suficiente para enfrentarse a los malos. «Sabremos sobrellevar cualquier emboscada», había dicho. Mi padre no lo contradijo; se quedó observándolo. Carlos, jaguar. Balam. Tan intrépido, inocente jaguar, Carlos Fonseca.

Faltaba muy poco para arribar al galpón; cualquier discusión pendiente ya no tenía cabida. Como para reconfortarles en lo mínimo, Abilio les recordó que había advertido a Raquel que si al final del día no regresaban del bosque, con urgencia se pusiera en contacto con sus padres en Estados Unidos y con la familia de Carlos para informarles de lo sucedido. Aunque a esas alturas ellos tres ya podrían estar muertos.

Al fin se encontraban frente al galpón. El silencio reinaba en su interior. Se miraron entre sí, cada uno empuñó su revólver con firmeza. No debían demorar más. Abrieron las puertas extremando precauciones. Quedaron estremecidos ante las razones del silencio.

El hombre al que primero conocieron como Masa aprovechó su estupefacción. Súbitamente, se les abalanzó desde un costado. Con un garrote de madera derrumbó a Carlos; su revólver saltó por los aires. Antes de que mi padre o Abilio pudieran reaccionar, de una patada en el rostro derribó a uno y con un garrotazo desarmó al otro, tras lo cual le propinó más golpes que lo dejaron privado. En el suelo mi padre empuñó su revólver, pero Masa saltó

sobre él. A pesar del cabezazo que le dio, no consiguió que aflojara la mano que sostenía su arma; entonces se la mordió con tal furia, que un chorro de sangre estalló de su muñeca.

Por cuestión de segundos, el destino de los historiadores no acabó allí. La cabeza de Masa fue impactada por un balazo. Su cuerpo se derrumbó sobre su presa, sus sangres quedaron mezcladas en la tierra. Mi padre debió desplegar un gran esfuerzo para empujarlo a un lado. Tras disparar, Abilio se había quedado paralizado. Masa todavía respiraba; al percatarse de que no tenía escape, los desafió a que le dieran el tiro de gracia. Ni mi padre ni Abilio se atrevían.

—Paraísos —balbuceó antes de echarse a reír como si estuviera tosiendo.

Otra vez los desafió a que le pegaran un tiro final, de hombre a hombre, mirándolo a los ojos. No le respondieron. Carraspeando, Masa espetó que mientras no se enterasen de que el mundo pertenece a los más fuertes, nunca iban a ganar ninguna guerra. Abilio y mi padre habían vuelto la vista al interior del galpón; le preguntaron por qué había hecho eso. Aquel hombre contempló su obra y se las arregló para responder con firmeza:

—Porque el único que merecía sobrevivir era yo.

Expiró con los ojos abiertos. Su mirada quedó clavada en su última creación.

Al encerrarlos en aquel galpón, a ninguno de esos historiadores se le pasó por la cabeza que sus ideas respecto a lo que tres camaradas podían hacer entre sí durante un mes pudiera ser muy distinta —en extremo distinta— a lo que se le podía ocurrir a alguien como Mario Anastasio Fabián Morales Sandoval; mucho menos hubieran imaginado que mientras celebraban su juicio y dictaban sentencia, aquel capataz también elaboraba juicios y valoraciones sobre el poder, la fuerza y las flaquezas que cabían en quienes lo estaban juzgando, así como en los prisioneros entre los que se encontraba. A

Abilio lo conocía desde niño; a mi padre y Carlos los había tenido bajo vigilancia desde 1965 y bajo sus garras en 1966. A sus dos compañeros de cautiverio los conocía todavía mejor.

Por el estado en que hallaron sus cuerpos, es de suponer que bien al principio de ese mes de condena, Lester no lo habría vuelto a llamar «mi Tacho», y el capitán Donato Álvarez Oliva, alias Chino, habría entendido que nunca más debería alardear de su grado policial superior ante un capataz que no tenía ninguna propiedad, título ni cargo reconocido por el mundo oficial.

Al quinto, sexto, o a lo sumo séptimo día de encierro, Masa debe haber comprobado que sus gritos de auxilio no obtenían ninguna respuesta que no fuera la del eco atrapado entre los altos muros del galpón; por tanto, comprendería que estaban aislados del mundo. A medida que pasaban los días, debió tener claro que la compañía continuada de un dueño de Guatemala y un colega de la Mano Blanca no le suponía ningún paraíso. Estos tampoco le aportarían ideas geniales de fuga o enfrentamiento victorioso con los historiadores que volverían por ellos en un mes acompañados por una guerrilla. También le preocuparía que sus captores cambiaran de opinión y los dejaran abandonados en aquel lugar; en ese caso, se pondrían en riesgo sus provisiones y por tanto su subsistencia. Harto de disquisiciones, al quinto, sexto, o tal vez séptimo día, consideraría que sus colegas y él nunca se podrían de acuerdo para elegir a quien pudiera sobrevivir, de modo que deliberó que su única opción era acumular fuerzas y atacar por sorpresa.

Era tiempo de lluvias; Masa ponderaría que su sed no quedaría sin saciar, ni aunque desmontara la polea de madera adherida al pozo; al fin y al cabo, para extraer agua bastaba con la cuerda y la palangana. La barra de la polea la adaptó como garrote; los puntales los clavó como picas a la entrada del galpón. Los utilizaría al final. Antes, debió neutralizar sin dificultad a Lester y al Chino y dejó que fueran muriendo de hambre. Se reservó para sí toda la

comida. Seguramente, cada mañana y cada anochecer redobló los ejercicios que lo mantenían ágil y macizo. Aun así, analizaría que para enfrentar a sus captores y a los refuerzos que pudieran acompañarlos, no le sería suficiente atacar con contundencia.

Antes del cumplimiento del mes de condena, acabó con los organismos de Estuardo Lester y Donato Álvarez de las maneras que mejor conocía. Colgó sus restos en las picas y aguardó el regreso de sus captores. Cuántas veces habría observado que la gente caía en estado de *shock* ante una escenificación brutal de la muerte.

El 29 de julio de 1973, sus mayores expectativas no fallaron: los historiadores arribaron sin refuerzos; los tres se quedaron paralizados tras abrir la puerta del galpón; a los tres los derribó en cuestión de instantes. Sin embargo, tal vez porque era un día de intenso sol en plena temporada de lluvias, o quizás por la proximidad de un bosque, o simplemente porque nunca había sido un hombre fuerte, Mario Anastasio Fabián Morales Sandoval no consiguió posponer más la hora de atravesar su espejo.

IX

*Desplumados los pájaros carroñeros,
alzo nuevamente el vuelo.
Del pasado y sus heridas, nace la vida.
El mundo que no se detiene,
la realidad fugándose en todas direcciones,
pero el pasado en mi memoria
ya no es más un obstáculo, es más bien la plataforma
de donde parto en vuelo
hacia ese lugar más allá de la oscuridad,
más allá del silencio.*

Gustavo Maldonado

Por unos segundos, me quedé mirando el sol. Su luz de serpentinas sigue palpitando en mis ojos, aunque ya hace rato he desviado la vista a este papel que me aguarda; aletea ahora como un rayo amarillo, como un jaguar siempre libre balam. El sol de Guatemala nunca ha dejado de brillar. Y me seguirá atravesando con su rayo quetzal hasta el fin de mis días balam; aunque me vuelva a mi otro país de nubes, azul, bruma; las atravesará para seguir lloviendo, siendo balam, árbol, jaguar, río, sol. Enreda tu nombre en mis palabras. Bosque. Volcán. Lago. Sol. Coral. Balam.

El martes por la tarde viajé por la Carretera al Atlántico. En menos de dos horas, tío Luis me condujo hasta el El Descanso. En los treintaiséis años transcurridos desde que mi padre realizara ese recorrido, innumerables detalles y paisajes deben haber cambiado; para empezar, esa ruta se encuentra hoy totalmente asfaltada, pero eso es lo menos relevante. Más allá de la exuberancia de las montañas y bosques circundantes, llama la atención la cantidad de comercios y barriadas que han brotado en los márgenes del tramo principal de la carretera, así como las patrullas de seguridad que se emplazan a la entrada de las fincas de Ichimula y Coatzán. Recién allí pude ver aldeas y mercados mayas semejantes a los que aparecen en los pósters y folletos turísticos de Guatemala. Durante unos minutos nos detuvimos en uno de ellos; reflejaba el espíritu de las acuarelas más alegres que mi padre trazara cuatro décadas atrás. De paso, compramos café, bananos y algunas artesanías.

Habíamos retomado nuestro viaje cuando, de repente, me empecé a sofocar. Estábamos atravesando los exteriores de una finca que hoy se llama

El señorío de Rafael. Le pedí a Luis que se detuviera. Al otro lado de sus muros, a una distancia que desconozco, sin que nadie acudiera a auxiliarlas, se había diezmado la vida de decenas, tal vez centenares de personas, entre ellas la de una mujer llamada Coralia del Río. Recordé uno de los dibujos oscuros que, en 1983, mi padre había escondido junto al cuaderno de sus secretos; el de un niño con la mirada espantada, acurrucado en el suelo, que intenta protegerse la cabeza de una sombra inmensa de la que solo emerge una lengua de sangre y fuego. Allí detenidos como estábamos, me di cuenta de que yo mismo me había desmoronado y estaba temblando. La diferencia era que al mirar a mi costado, la figura que me acompañaba era la del hermano de mi padre. Y lo mejor es que no abrió la boca para preguntarme qué me estaba ocurriendo; me pasó un brazo por encima del hombro y empezó a silbar, como un quetzal.

No pudimos quedarnos mucho tiempo; dos vigilantes de la finca se nos acercaron en un auto patrullero e inquirieron qué hacíamos. No nos apuntaron con sus metralletas, pero demostraron que estaban dispuestos a hacerlo si no nos marchábamos de inmediato.

Cuando llegamos a El Descanso, nos encontramos con otro patrullero y tres hombres armados resguardando su entrada. Pese a que estaban informados de nuestra visita, debían asegurarse, por lo que debimos presentarles nuestros documentos de identidad. Adentro nos esperaba Cirio, el administrador de la finca, que vivía con su familia en un alero de la casa. Nos acomodó en una amplia habitación de huéspedes y nos atendió con esmero a la hora de la cena y el desayuno. A mí me hizo muchas preguntas sobre cómo era la vida en Inglaterra, algo que él proyectaba como un paraíso. Le contesté que pocas veces contábamos con un sol tan espléndido como el guatemalteco, aunque definitivamente era un país más seguro; pero eso no era lo que le parecía más importante. Deseaba que yo le contara sobre las

maravillas que debían albergar sus plazas, calles y centros comerciales. Imaginaba que en Londres todo sería más moderno, «civilizado», y que no habría pobreza. Tal como Abilio me había advertido, a Cirio no le cabía en la cabeza que en una de las ciudades más ricas del mundo hubiera medio millón de pobres. También me advirtió que si me hacía muchas preguntas, le contara lo que quisiera; pero que evitara mencionarle que mi padre había sido un antiguo amigo suyo.

La tarde del 29 de julio de 1973, Cirio tenía doce años; por encargo de su padre, mayordomo de El Descanso, había ido a supervisar la poda de los cafetales en el ala oriental de la finca. Al regresar, se desvió del camino y terminó descubriendo a Abilio y sus dos huéspedes saliendo del bosque de guarumos. Se les había acercado en su caballo y ellos no se lo habían podido impedir. El chico los encontró con los cuerpos magullados y la ropa teñida de sangre, sudor y tierra. En ese momento todavía no tenían una coartada convincente que explicara por qué se hallaban en tal condición. Señalaron que se habían despeñado por un barranco, pero el chico se había quedado observando con extrañeza su aspecto respecto a lo impecables que lucían sus caballos. Para deshacerse de su mirada, le ordenaron que se apresurase en ir a la casa y pidiera a su padre que fuera en busca del único médico de Coatzán.

Cabalgando a paso lento, Abilio, Carlos y mi padre llegaron a la casa casi dos horas después. Ese fue el último esfuerzo que pudieron desplegar aquel día. Mi padre se desmayó apenas divisaron los techos de la casa: su mano derecha había seguido sangrando a pesar de la venda que improvisó sobre su herida y a las seis de la tarde su organismo no rendía más. Cuando el médico apareció, Abilio se estremecía de dolor por la fractura de tres costillas. Carlos deliraba enfebrecido; la contusión de su cabeza le había hecho caer en estado de inconsciencia. El médico prescribió que en esas circunstancias lo mejor era el reposo absoluto durante al menos 72 horas. Temía que con un excesivo

movimiento Carlos desarrollase una embolia. Su diagnóstico fue acatado y los heridos cumplieron su recomendación. Por su parte, el médico dio por cierta la explicación sobre el accidente que habrían sufrido. El padre de Cirio también admitió esa historia, aunque las miradas y cuchicheos que compartió con su hijo indicaban lo contrario.

Ayer por la mañana fue ese Cirio, quien nos acompañó a Luis y a mí hasta el bosque de guarumos y pinos. Una vez que arribamos a esa frontera, costó convencerlo de que nos dejara solos; intentaba ser gentil y supongo que deseaba seguir charlando. Nosotros tuvimos que ser poco amables: afirmamos que nos apetecía pasear en silencio y dormir un rato al sol antes de tomar muestras de los guarumos (que yo llevaría a Inglaterra para estudiar sus propiedades médicas: esa era la historia que Abilio había inventado como justificante).

Yo estaba advertido de que no quedaba prácticamente nada del sendero que antaño conducía al galpón secreto. La única pista era que la entrada estaba marcada por un pino en cuyo tronco Abilio había pintado un círculo blanco que encontramos bastante desdibujado. Desde allí, en línea medianamente recta, atravesamos el bosque.

Era la primera vez que yo veía uno y millares de guarumos. Sus troncos, flexibles y delgados, contrastaban con la rigidez y el grosor de los pinos aleados con ellos. Todos los sonidos y aromas del mundo parecían concentrarse en las hierbas, helechos y arbustos brotados entre los árboles. Muchos guarumos desprendían miel, atrayendo a colonias enteras de hormigas que parecían danzar en círculos antes de tomar su turno en el festín. Las hojas de este árbol son también un alimento favorito para las aves y los mamíferos silvestres de la zona. Dicen que los antiguos mayas, así como los que mantienen todavía vivas sus costumbres, utilizaban su corteza, miel, semillas, flores y hojas como alimento y medicina. Por su generosidad, lo

consideraban sagrado. A mediodía terminamos de cruzar el bosque. Tocaba pisar un terreno muy distinto.

Frente a nuestros ojos no se apostaba ningún galpón; solo un promontorio de piedras, adobes y cascotes de cemento de los que apenas quedaba rastro debido al avance de la maleza y la alfombra de hojas secas que el viento había tendido sobre él a lo largo de una década. En 1999, Abilio había contratado una cuadrilla de obreros para que dinamitara el galpón y erigiera esa colina artificial con los escombros. Del antiguo pozo solo subsistían las bases, como un ojo de agua que en las mañanas debe reflejar las nubes, los rayos del sol, el vuelo de las aves. En las noches debe ser espejo de la luna y las estrellas. De ninguna tiniebla.

En julio de 1973, varios metros por debajo de esa colina, quedaron enterrados los restos de tres hombres que nunca habrían contemplado el aliento del bosque, el misterio de las montañas, ni el reflejo de los ojos de agua. Es muy posible que alguna vez alguien o algo los haya invitado a detenerse en esa contemplación. Por algún motivo no lo hicieron. Y sin embargo, aunque hasta el fin del mundo sus restos yazcan sepultados bajo el peso de una amarga historia, también han quedado rodeados por dos montañas, un bosque ancestral y un ojo de agua.

Hace ocho horas regresé de El Descanso; sin embargo, me parece que hubiera ocurrido en un tiempo remoto. A fin de cuentas, han transcurrido treintaiséis años desde la última vez que mi padre estuvo allí. Él nunca volvió a ese lugar, como tampoco volvió a ver a Eleonora. En 1993 se había quedado muy impresionado cuando Abilio le contó que conservaba un parecido extraordinario con Coralia.

—Creo que tu papá, como todos nosotros, soñó con ella alguna vez —eso es lo que me dijo Abilio el día en que lo conocí.

La noche que lo llamé para avisarle que había ubicado a Eleonora y que ella estaba viviendo de nuevo en Guatemala, a su exclamación de asombro le siguió un largo silencio. Cuando retomó la palabra, fue para decirme que necesitaba reflexionar sobre algunas cuestiones y que ojalá pudiéramos vernos antes de mi viaje. Unos días después, lo invité a tomar una copa en mi casa. Esta vez no nos extendimos demasiado en nuestra charla. En 1993, él no había encontrado la manera de revelar a Eleonora lo que había ocurrido con los principales responsables de la muerte de su madre. Dieciséis años más tarde, me encargó que yo lo hiciera.

—A este paso, todo el mundo va a enterarse de esa historia. ¡Ni modo! —comentó Abilio elevando los hombros.

—¿Y hablarás con tus hijos sobre esto?

—Raquel y yo hemos concluido que es tiempo de que lo sepan. Ya no son ningunos niños —señaló con firmeza.

Mientras se ponía el abrigo, me reiteró que transmitiera a Eleonora su deseo por retomar el contacto con ella. Ya le había abierto la puerta, entonces me pidió que llenáramos de nuevo nuestras copas para brindar por mi viaje. ¡Salud, Abilio!

Y ahora estoy en Guatemala, aguardando el momento de conocer a Eleonora. No concilio el sueño. Es medianoche y la inquietud me embarga, como si fuera un adolescente al que mañana le tocará afrontar una prueba final en este país de preguntas a medias resueltas. Eleonora. Coralia. Espero que me ayuden.

En 1981, la violencia correteaba ebria por las calles y campos de Guatemala. Mientras muchos criminales acentuaban su sed de tinieblas, tras haberse sumergido en orgías de espanto, otros terminaron desquiciados, consumiéndose en el alcohol o las drogas, sino pegándose un tiro o desbarrancándose en los vertederos donde alguna vez arrojaron a sus víctimas. Ya que negarse a participar en la violencia podía convertirlos en un enemigo ante sus compañeros, también hubo casos de soldados que tras haber servido a la represión se pasaron a las filas guerrilleras o huyeron al Chiapas mexicano junto con los millares de campesinos mayas que buscaban refugio en el país vecino. Por lo general, se trataba de personas que ingresaron a las Fuerzas Armadas guatemaltecas creyendo que su misión se limitaría a salvaguardar el orden en calles y plazas; o, como fue el caso de muchos indígenas, porque el servicio de conscripción militar, fuera forzado o voluntario, les garantizaba mayor seguridad y comida. Igidio Molina pertenecía a esta categoría.

Una madrugada de septiembre, vestido con ropas campesinas, había aparecido en una casa que el EGP tenía en las proximidades del Palacio Presidencial. Preguntó por Carlos Fonseca, no por el «Comandante Cardoza», su nombre de guerra. Lo dejaron entrar rápidamente, y más rápido aún, él les comunicó que antes de la medianoche y con la máxima reserva deberían desocupar la casa, pues estaba prevista una emboscada de la G-2. Les dio pruebas de que esa era una información fidedigna y solicitó al «Comandante Cardoza» que lo integrase en su guerrilla. Carlos no lo había reconocido; se

trataba de uno de los adolescentes a los que había enseñado a leer en Amayel. Esa misma mañana Igidio le entregó su arma; por la tarde, cuando consiguieron huir a otra casa de seguridad, le alcanzó una carta. Durante diez años la había mantenido envuelta en un paño de algodón.

Carlos visitaba a Eleonora cada vez que tenía la oportunidad. Aquel año no pudo hacerlo hasta diciembre, el día de su cumpleaños. Al darse cuenta o ser advertido de que todavía desconocía la verdad sobre el final de sus padres, no le entregó la carta. Sí le dijo que le hacía feliz que lo llamara tío Carlos, aunque su nombre no era Carlos Velarde ni su oficio representante de ventas; le confió, pues, que se llamaba Carlos Fonseca Páez y que vivía en la clandestinidad. A Eleonora le emocionó recibir ese secreto. Quizás por ello, al despedirse, él le contó que tres meses atrás había logrado esquivar las garras de la muerte; pero también le advirtió que no sabía si podría seguir sorteándola hasta el advenimiento de la paz.

Ocho meses más tarde, la casa de seguridad donde se resguardaba en Huehuetenango fue asaltada en plena mañana. Carlos y dos compañeros lograron escapar por los tejados; desde allí se enfrentaron a tiros contra unos perseguidores cuyas metralletas no tardaron en acribillarlos.

La última tarde en que Eleonora lo vio fue también la última en que Carlos pudo visitar a Gerardo Garmendia. En su casa dejó una extensa misiva dirigida a mi padre y Abilio en la que les relataba quién había sido Igidio Molina. Allí también, sobre la marcha, escribió una nota en la que le explicaba a Eleonora por qué no le había entregado la carta de su madre.

En julio de 1971, el recluta Molina llevaba un año bajo las órdenes del entonces teniente Donato Álvarez Oliva, alias «Chino». En ese tiempo, había empezado a encontrarle gusto a las tareas represivas que le encomendaban. Pero en esa fecha, el Chino y su superior en la Mano Blanca, el coronel

Arriaga, anunciaron a su patrulla que se preparasen para una acción especial que deberían mantener en secreto absoluto.

Tres hombres armados comandados por el Chino prendieron a Coralia a la salida de su trabajo. Iban vestidos de civil aunque la camioneta en la que la introdujeron pertenecía a Inteligencia del Ejército y en ella se hallara, aguardándolos a todos, el coronel Arriaga. A varios metros de distancia, en un auto más discreto, Igidio y otros tres hombres estaban parapetados resguardando la captura. Desde allí se dirigieron al galpón de una finca donde él nunca había estado. Al llegar, fueron recibidos por el dueño y su capataz. Recién en ese momento reconoció a Coralia y se estremeció.

Según Igidio, los primeros días él no participó de su tortura porque al ser el de menor rango le ordenaron que se limitara a observar y vigilara los alrededores. La tercera noche, Lester premió a sus invitados convidándolos a tomar unos tragos y a descansar en su casa. A él lo dejaron cerrado en el galpón para que tomara su turno con la cautiva.

En 1965, mientras Igidio aprendía a leer con Carlos Fonseca, su madre hacía lo propio con Coralia. Al año siguiente, los profesores que enseñaban en aquel programa en su aldea desaparecieron del mapa repentinamente y lo mismo ocurrió con dos ancianos jefes de un de caserío vecino. Pocas semanas después, solo Coralia retomó las clases de alfabetización y empezó a reorganizar el programa con nuevos voluntarios. También les contó que Carlos, Pablo y mi padre habían tenido que exiliarse en México. Esto fue suficiente para que Igidio se diera cuenta de que las cosas no pintaban nada bien y se apresurase a tomar partido: acababa de cumplir 18 años y se presentó al Ejército como recluta.

Aquella noche de 1971 le reveló a Coralia quién era y le anunció que no le iba hacer daño. Ella le había rogado que la ayudara a huir; él le había respondido que eso era imposible:

la puerta estaba trancada por fuera, ella estaba malherida y él no sabía por dónde podrían encontrar salida. Entonces Coralia le pidió un favor distinto. Igidio condescendió. Al fondo del galpón encontró su carpeta de trabajo. Extrajo varios folios y un lapicero, le desató las manos y ella empezó a escribir. Él se durmió; cuando despertó, Coralia seguía escribiendo.

Al día siguiente, Lester despidió a sus invitados señalando que él y Tacho se encargarían de darle fin a la cautiva. Al regresar a la ciudad, Arriaga reiteró a sus subalternos que mantuvieran especial discreción sobre ese operativo, apuntando la importancia de salvaguardar la imagen de un benefactor como don Estuardo Lester.

En 1990, Abilio y mi padre recibieron la misiva donde Carlos les relataba el testimonio del recluta Molina. Gerardo Garmendia había cumplido la promesa de guardarla con celo hasta que pudiera entregarla en mano a alguno de sus destinatarios. Además de las noticias sobre Coralia, recién se enteraron de que Rafael Arriaga había tenido una participación principal en su asesinato. Pero a esas alturas de la historia, él ya había muerto de un cáncer en 1977, el mismo año en que falleciera un homónimo suyo en nombre y aficiones: el general Rafael Arriaga Bosque, quien entre 1966 y 1968, como ministro de Defensa, fue uno de los mayores instigadores de las atrocidades de aquel periodo. Ese Arriaga murió tiroteado en las calles de Guatemala.

A las cinco de la tarde, Eleonora y yo empezamos a sumergirnos en la historia de nuestros padres y sus amigos, como si fueran gente mucho más joven y viva que nosotros mismos. Ahí estamos, sentados en la cafetería de esa magnífica librería que es Sophos. A medida que pasan los minutos, agradezco que ella haya escogido ese lugar para nuestro encuentro. En medio de la inseguridad que había estado respirando en las calles desde que llegué, a pesar de hallarnos en un centro comercial que parece incrustado de Beverly Hills y no en Guatemala, puedo absorber el aroma de miles de libros que hablan de la historia de este país que hoy reconozco como mío y bebo mi café con ganas.

De una estantería, Eleonora ha extraído una carpeta de arte y me la extiende. «Mirá», me dice, nada más. Y yo solo debo, pues, mirar. Contemplo. Sus páginas ofrecen muestras del trabajo realizado por jóvenes guatemaltecos que a punta de creatividad dan rienda suelta al coraje, a su indignación, a su misma esperanza, como si fueran inmortales. Veo fotografías de las performances que una mujer chiquitita llamada Regina José Galindo levanta como un volcán frente a la hipocresía y la violencia que ha acorralado a las mujeres guatemaltecas del pasado y del presente. Con su propio cuerpo, desde su piel, imaginación y osadía. No puedo decir nada, no vale decir nada; solo quedarse con el ojo abierto, hasta la entraña. Me alegra que Eleonora no me pida opiniones. Bebo un largo sorbo de café, abro la siguiente página. Dos directores de cine que en la calle me habrían parecido dos adolescentes, bailan con sarcasmo ante seis imágenes fantasmagóricas de

su última película; mas han identificado a esos espectros con nombres y apellidos y se mofan de sus insignias, de sus trajes impolutos, de sus bigotes torcidos. Con sus dedos los señalan, y sus voces repiten sus nombres a lo largo de la película. Rebelión ante el silencio por decreto convertido en oficio de fe. Y yo me pregunto cómo carajos agarran tanto coraje; cómo así les brota en una ciudad donde rebelarse al miedo sigue costando amenazas y no pocas veces la vida. Abro la siguiente página y allí está un mural callejero, de anónimo autor: «Agarrate nomás a la vida, *muchá*». Nada más. Termino mi primera taza de café y abandono el temor a regresar a pie a casa.

No todo murió, ni toda la valentía quedó en el pasado. Claro que no.

Como fui yo quien había buscado a Eleonora, me tocó empezar a hablar. Y entonces tuve que remontarme al año 1965, y quizás me remonté muchos años más atrás, hasta la misma época del dictador Ubico, para explicar por qué mi padre admiraba tanto la cultura maya, por qué se había apasionado por la política, y por qué terminó enseñando las cosas que enseñaba a sus alumnos en la Universidad de San Carlos. Allí se había producido el encuentro de mi padre con Carlos Fonseca, Pablo Garmendia, Abilio Arangüena, Raquel Gaspar y Coralia del Río. Demoré mucho antes de relatarle de qué manera allí también se produjo el desencuentro de todos ellos con Jorge Lester y su sicario. No obstante, recordé que nosotros dos, al igual que los hijos de Abilio, cada cual con sus particularidades, también somos consecuencia de aquellos encuentros y desencuentros.

—Pero lo que somos jamás debería haber costado tanto —afirmó Eleonora.

Me quedé mirándola. Asentí. Qué otra cosa podía hacer frente a una mujer que era tan igual a la que se me había aparecido en sueños.

A las siete de la noche, ella me preguntó si me apetecía extender nuestra conversación; asentí de nuevo, por supuesto. Entonces me pidió un minuto,

llamó a su casa y avisó que tardaría en llegar.

Hace tres años se divorció del abogado suizo, aunque llevaban más tiempo distanciados. El factor determinante de la ruptura fue una conferencia sobre la impunidad y las desigualdades como causas de la violencia en «estados fallidos» como El Salvador y Guatemala. Había vuelto a sentir la punzada por no haber regresado a vivir en su país. Ya se iban a cumplir diez años desde la firma de los acuerdos de paz y nunca había intentado ese retorno. Ni siquiera porque su motivación para estudiar leyes fuera el deseo de implicarse en la construcción de un Estado de derecho en Guatemala. En esa misma conferencia, un reportero neoyorquino había hablado sobre la necesidad de mantener equipos permanentes de periodistas en «estados fallidos» porque incluso los periódicos más serios estaban ofreciendo una información superficial y sesgada. Alguien le había preguntado si él se atrevería a ser un reportero permanente en países con tasas de criminalidad tan desmesuradas. Con una sonrisa, él señaló que se hallaba instalado en Guatemala desde hacía un año. Al finalizar la conferencia, Eleonora se le había acercado para preguntarle por su experiencia; así iniciaron una larga conversación que se convirtió en romance. Él es su segundo esposo y el padre de su hijo menor. Desde el año 2007 viven en Guatemala. Al regresar, ha podido trabajar en las áreas que más la motivaban: poco antes de llegar obtuvo una plaza en la Comisión Internacional contra la Impunidad en Guatemala y desde hace un año dicta un par de cursos en la Universidad de San Carlos.

Pedimos otro café y postres de chocolate. Mientras esperábamos que nos sirvieran, ella me recordó que desde su primer mail me había ofrecido varios detalles de su vida personal, mientras yo parecía hermético para contarle algo de la mía. Era cierto; en mi *mail* solo le había mencionado que era divorciado, que no tenía hijos, y punto.

—Pero alguien especial habrá, ¿no?— me preguntó con picardía.

Entonces le hablé de Elaine. Y me sentí extraño. Desde que hace tres meses pasamos a ser más que amigos, apenas había hablado de ella. Con mi tío y con mi hermana me he limitado a hacer comentarios superficiales; nunca les he hablado sobre los sentimientos que me aproximan a ella, ni sobre mi temor a que todo lo que siento no sea más que una ilusión que se disipará cuando nos volvamos a encontrar. Eleonora me escuchaba con atención, sin dar muestras de impaciencia porque retomáramos el tema que nos había reunido, aunque eso retrasara más su regreso a una casa donde la aguardaban su marido y sus hijos. Yo le seguí hablando de Elaine. Ella parecía feliz por constatar que nuestras vidas ofrecen más páginas y no tienen que estar absorbidas por la tragedia que asaltó a nuestros padres.

—¡Salud, Ariel! —me invitó a un brindis con su taza de café.

—¡Salud, Eleonora Itzel Waltz!

—Del Río —agregó con énfasis.

¿Quién fue Mama Ixchel? El prolongado nombre de Eleonora me proporcionó una respuesta que yo no andaba buscando.

Mama Ixchel; la primera vez que mi padre y Carlos Fonseca oyeron ese nombre fue a gritos, en la voz de unos verdugos que estaban a la caza de esa anciana, probablemente para escarmentarla; aunque pudiera ser que Jorge Lester también la buscara para exigirle alguna respuesta, sino un conjuro que le devolviera a Coralia.

En 1965, las historias de Mama Ixchel la habían conmocionado y habían cambiado el curso de su vida. Al principio, Coralia todavía estaba enamorada de Lester y habría tratado de transmitirle los sentimientos encontrados que su experiencia de voluntariado sabatino le estaba despertando. Y para hacerlo tuvo necesariamente que hablarle de esa mujer. Mama Ixchel.

Los ancianos a los que habían torturado junto a mi padre y sus alumnos habían señalado que era una partera cuya ubicación no podían proporcionar, tal vez para protegerla, o porque era cierto que no se les ocurría que se pudiera hallar en otro lugar que no fuera su casa; aunque la casa de una partera maya puede ser cualquier hogar donde haya atendido un nacimiento. Los esbirros de Lester debieron buscarla tozudamente en su choza de barro en Amayel, también en las de sus vecinos, pero ella tenía muchas casas repartidas por todo el municipio de San Martín Jilotepeque y aún más lejos: podían llegar hasta la misma frontera de México, porque una parte de su comunidad ya se había empezado a desplazar a la selva norte. Aunque les supusiera sobrevivir al filo del abismo, decidieron quedarse en territorio

guatemalteco como comunidades de población resistencia o sencillamente CPR, bombardeadas tantas veces con napalm y dinamita, pero allí se quedaron. Por miles de años habían conocido la selva maya como nadie y esta las recogió como suyas.

La primera carta que Eleonora recibió de su madre está fechada el día de su nacimiento. El 8 de diciembre de 1968 le explicó el significado de su nombre. Cuando estaba embarazada, Mama Ixchel le había hablado de la importancia de escoger con cuidado el nombre de los niños. Coralia quería que su hija se llamara Eleonora, pero también quería que tuviera un nombre maya. La anciana le había proporcionado uno que se adaptaría bien al castellano, tanto en su pronunciación como en su significado. Lucero de la tarde es uno de los significados de Itzel.

Aquel no era, pues, el apellido de su primer marido, como yo había supuesto en un momento. Waltz tampoco correspondía al de su esposo neoyorquino: era el verdadero apellido de su padre, a quien desde niño, por facilitarse la pronunciación, sus amigos llamaban Fernando Voz, un seudónimo que años más tarde él tomaría para desarrollar sus labores radiales.

Mama Ixchel fue la partera de Coralia en Amayel. Siguió viendo a madre e hija cada vez que volvían para las clases de alfabetización. Al enterarse del asesinato de Coralia, había viajado a la ciudad para ver a Eleonora; aquel fue un encuentro que ella hubiera olvidado si no fuera porque en 1981, pocas semanas antes de la muerte de su abuela, Mama Ixchel la había vuelto a visitar acompañada por uno de sus nietos. No habían podido conversar con fluidez porque ni la anciana ni su nieto manejaban bien el castellano, ni ella sabía nada de cakchiquel. Aun así, pudieron entenderse. Mama Ixchel le había llevado mazorcas de maíz y le habló de Coralia. También le avisó que quizás era la última vez que se verían porque su comunidad por completo

estaba partiendo en éxodo para refundarse como pueblo en la selva de Ixcán. Eleonora había deseado marcharse con ella. La anciana la había acunado y le había dicho: «Eres igual que tu mamá».

Sus padres le habían dejado varias cartas; la mayoría eran notas breves en las que recogían sucesos como sus primeras palabras o sus reacciones ante las lluvias, los pájaros, las tormentas. Su abuela le había entregado la cajita donde las guardaba cuando aprendió a leer y consideró que ya era capaz de cuidarlas bien. La última carta de su padre, fechada en mayo de 1972, había reforzado su sospecha de que ni él ni su madre habrían muerto en un accidente. Allí le pedía disculpas por si demoraba en regresar del largo viaje que estaba por emprender, un viaje que debía realizar por amor a ella y al recuerdo de Coralia. Fernando Waltz murió ocho meses después; hasta entonces, varias veces había podido llamar por teléfono a su hija, pero nunca más pudo escribirle.

La penúltima carta que su madre le escribió no era breve y correspondía al 27 de junio de 1971. Como si presintiera que estaba siendo cercada, en ella le hablaba de Mama Ixchel y de lo que esa «partera, que es también una semilla» le había contado sobre el secreto del pueblo maya para sobrevivir. Mencionaba que lo más íntimo de su cultura lo resguardan como un tesoro, como una perla que se cuida bien de quienes puedan venderla, destruirla o profanarla.

Yo no sé qué partes de su vida personal Eleonora no ventila a los cuatro vientos; sí he conocido cuál es el símbolo que resguarda del mundo ajeno. El río de su madre.

Última noche en Guatemala. No dejaré que pase mucho tiempo antes de volver. Yo también soy de aquí. Al igual que Eleonora, soy heredero de su historia. Porque somos herederos de nuestros padres, de sus compañeros de caminos, de sus sueños, temores y valentías, como también somos herederos de Estuardo Lester y los Masas del mundo. Y, sobre todo, aunque tantas veces lo olvidemos, descendemos de Mama Ixchel.

Mañana viajaré por dos semanas a San Francisco. En el aeropuerto, Elaine me estará esperando. No sé qué ocurrirá con nosotros en el tiempo por venir. Me basta con que haya estado cerca en estos meses en los que he debido despojarme de mis armaduras para sumergirme en Guatemala, tratando de descubrir qué más existe al fondo de sus bosques para poder mirarme sin miedo frente al espejo.

Cómo le puedo agradecer a Eleonora que esta tarde me haya llevado a pasear por los claustros de la universidad donde nuestros padres se conocieron, y cómo agradecerle que después me haya invitado a su casa para que no me vaya de aquí sin conocer a su marido y sus hijos. El mayor se llama Fernando, como su abuelo materno; al menor le puso Carlos, en memoria de Carlos Fonseca. Cómo se le podría agradecer a ese hombre que se las arreglara para sobrevivir tantos años, para asaltar al peligro con tal de visitar a Eleonora niña, arriesgando incluso la vida con tal de no faltar nunca a sus cumpleaños. Cómo agradecer a tantos hombres y mujeres como Carlos Fonseca haberse atrevido tanto; cómo pudieron ser tan entregados y cómo tantos de ellos fueron desgarrados... Y, sin embargo, como jaguares balam

cada día retornan desde la madrugada, recorriendo persianas, aleteando el aliento, balam, como el colibrí jugueteando en el aire. Para enseñarnos a despertar.

La última vez que Carlos visitó a Eleonora aún no podía entregarle la carta de su madre. Es razonable que la dejara a buen recaudo. Al padre de Pablo Garmendia, un compañero de estudios y voluntariado, que de manera absurda se convertiría también en compañero de tormentos, le pidió que guardara esa carta. También le pidió que se mantuviera al corriente de lo que pudiera estar pasando en la vida de Eleonora, y en unos años más, cuando lo considerase oportuno, se la entregara sin más pausa. En 1984, ella había descubierto cómo mataron a su madre. En esas circunstancias, la última carta de Coralía llegó a su destinataria.

Treintaiocho años después de que fuera escrita, bajo el halo de la universidad donde se conocieron nuestros padres, Eleonora Itzel Waltz del Río me habló de esa carta.

Este insomnio no nace de la angustia. Es de la mera emoción de estar aquí. En calma.

La habitación que me acoge no es la mía, pero podría ser perfectamente mía. La utilizan mis primos cuando vienen de visita. Un póster de Chagall ocupa el centro: un niño cabalga en un gallo al que se abraza con algo más que ternura. Cualquiera de nosotros podría ser ese niño, ese gallo, el árbol que los resguarda, o la pareja pequeñita que en el fondo azul navega en una barcaza. Ese cuadro lo escogió León, el hijo mayor de Susan y Luis. Él vive a una hora de San Francisco; a él también lo veré en los próximos días. En la estantería se combinan libros de literatura, ciencia ficción e historia guatemalteca en inglés y español con numerosas esculturas de barro de estilo maya. Presumo que la mayoría de ellas las ha comprado o labrado Roberto, el menor de mis primos, que es escultor y anteaer vino a verme desde Flores. Se parece tanto a Christian. Puestos juntos, como ocurriera hace cinco años, están cerca de asemejarse a dos gotas de agua. Ambos trabajan buscando formas y armonías, tratando de inventar líneas que rompan la inflexibilidad.

En el velador hay un candelabro de hierro forjado que mirado de un lado parece un pez y del otro un pájaro de trueno a punto de volar. Imagino que ha sido Susan quien lo ha escogido; le encantan las velas, como a mi madre, como a mi hermana, como a Elaine.

Más cerca, sobre el escritorio donde me apoyo y escribo, hay una fotografía enmarcada que me habla de por qué me encuentro aquí, y es lo que más me hace sentir en casa. Mi padre y mi tío aparecen sonrientes, elegantes,

abrazados; al fondo se ven serpentinas, globos, parejas bailando; es la fiesta de Año Nuevo de 1966; papá tiene 28 años, su hermano, 23, y sus miradas trasuntan confianza en el futuro.

Después de todo, merezco estar aquí. En paz. Por ellos. Por Coralia.

Epílogo

*Así es que no murieron. Estaban vivos cuando amaneció.
Ciertamente lo que querían los de Xibalbá era que murieran.
Pero no fue así, sino que cuando amaneció estaban llenos de salud,
y salieron de nuevo cuando los fueron a buscar los mensajeros...
Ja' jech mu'yuk bu ichamik; kuxulik k'alal isakub osile.*

Popol Vuh

Seis hojas de papel escritas por el anverso y el reverso. En varios párrafos, la letra es temblorosa; pero en las partes más duras se muestra firme, libre. Plantea preguntas; no obstante, en ese momento lo imperativo para Coralia era expresar respuestas. Y amor. Las cuatro primeras hojas hablan fundamentalmente de las formas y profundidades del amor que siente por su hija, por su marido, por sus padres y hermanos, por los amigos que la echarán de menos. Recuerda a Mama Ixchel y habla del bosque, también de los árboles que están observando las tinieblas donde la han arrojado. Aún escucha el viento y quitar a los pájaros.

Hay que cargarse de coraje antes de leer el final, me advirtió Eleonora. Pero ahí es donde hay que llegar, afirmó. Me enseñó la carta original: ese papel desgastado, el rastro de lágrimas que diluyeron la nitidez de algunas palabras, los sucesivos doblados que se hicieron con ella para que lograra

burlar la violencia y aguardar años de años hasta arribar a su hija. Eleonora. Coralia.

No sé qué me espera en las horas o días que tenga por vivir. No te puedo mentir, físicamente estoy mal y me han advertido que me aguardan cosas peores de las que ya me han hecho. Sé que en estas condiciones no me dejarán escapar con vida; además, yo los conozco y podría señalarlos. Yo los conozco demasiado bien. Ellos me han dicho que también me conocen bien y que van a ver y escuchar de mí cosas que ni yo misma sabía. Si eso les hace felices, ¿qué puedo hacer? Por lo pronto, solo puedo constatar cuán grande es su vacío, porque hay que valer muy poco para hallar placer en humillar, herir; hay que tener demasiado miedo para imponerse por la fuerza y creer que eso es la fuerza. Nunca confundás vos esas dos cosas. Ellos saben cómo quitar la esperanza. Saben que sin esperanza un ser humano se hunde. Pero no han aprendido que lo que se quita por medio de la violencia más temprano que tarde rebrota con mayor coraje. Yo no veía esto hasta hace un momento. Estaba hundida. De repente apareció este regalo de papel para escribirte y confiar en que esta carta llegue a tus manos. Y si no te llegara, estoy segura de que la vida te enseñará lo que te estoy diciendo y pidiendo aquí. Porque no moriré sin la esperanza de que por algún medio vos no me recordés por mi muerte, sino por mi vida.

Cuando tengas edad para saber lo que me ha pasado, o cuandoquiera te aplaste el dolor por lo que le están haciendo a otros dentro o fuera de nuestro amado país, llora, haz duelo, reclama; pero no te quedés aplastada. Haz memoria de la vida. Sé vos misma un elogio de la vida. Eso es lo que yo estoy tratando de hacer en este momento. Aun estando en este reino de profanaciones, estoy recordándome que pertenezco a la luz y quiero que vos me recordés así. Que los señores de la oscuridad jamás te hagan olvidar que he sido mucho más que la infamia que me está tocando. A mí me han dicho

que desearé no haber nacido. Pero incluso si estos días consiguieran algo semejante, qué más da. Lo habrán logrado por la brutalidad y el terror que nace de su debilidad, de su miseria; jamás por el convencimiento ni la libertad. Les perteneceré cinco días, diez días, un mes quizás, y aunque me despojaran de la razón para el resto de la vida, ¿acaso podrán cambiar el pasado? ¿Acaso podrán borrar la memoria o el amor de quién fui cuando estaba cuerda, libre? Si ellos no pueden borrarlo, ¿por qué tendrías vos que olvidar quién he sido?

Busca la justicia, es muy importante. Pero no te quedés en el duelo, ni mucho menos en la amargura. Por cada agravio duplica tus ganas de vivir, tu justicia, tu alegría. Recuérdate en esa luz. Así venceremos, siempre. Al principio te va a costar recordarme así. Es lógico y natural que vayas a sentir rabia, angustia, impotencia, deseos de matar y morir. Atraviesa por ese sendero, pero no te quedés en él. No estás sola. No olvidés nunca de dónde venís. No sé cuánto te va a tomar atravesar esa oscuridad; pero no dejés de avanzar hasta que la vida te muestre lo que en verdad es poderoso y eterno. Querida, sueño mío, yo te estaré aguardando. No me olvides.

Índice

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

Epílogo

Encuéntranos en:





Karina Pacheco Medrano

El bosque de tu nombre

En medio de una crisis personal, Ariel, médico afincado en Londres, relee uno de sus antiguos cuadernos infantiles. Entre dibujos y garabatos, descubre un texto inquietante: su padre, un exiliado guatemalteco que acaba de morir, confiesa su participación en un ajuste de cuentas sucedido cuatro décadas atrás, por el asesinato de una mujer de la que nunca oyó hablar.

Bajo la luz de hechos tan remotos como ignorados, Ariel confrontará pasajes oscuros de su propia historia familiar con la historia de violencia política que ha estremecido Guatemala en el último siglo.

Publicado por primera vez en 2013, *El bosque de tu nombre* nos propone un recorrido que es, a la vez, una inmersión en las tinieblas y un viaje a la semilla de nuestras naciones fragmentadas, para comprender la pasmosa ambigüedad de la condición humana.

Seix Barral Biblioteca Breve



ISBN: 978-612-4379-31-4



9 786124 379314